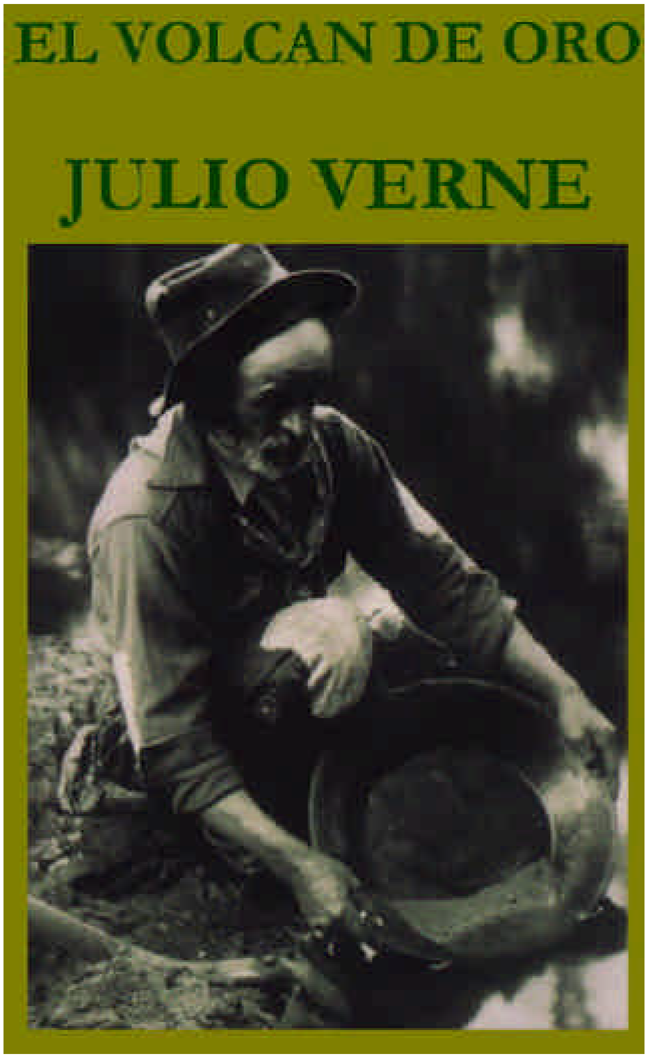
EL VOLCAN DE ORO

(Obra Póstuma)

JULIO VERNE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE

I
El legado de un tío[1]

El 18 de marzo, en el antepenúltimo año de este siglo, el cartero que cumplía sus funciones en la calle Jacques-Cartier en Montreal entregó en el número veintinueve una carta dirigida al señor Summy Skim. La carta decía: "El señor Snubbin saluda al señor Summy Skim y le ruega pasar sin tardanza a su estudio por un asunto que le interesa".

¿Con qué propósito quería ver el notario al señor Summy Skim? Este lo conocía, como todo el mundo en Montreal. Era un hombre excelente, un consejero seguro y prudente. Canadiense de nacimiento, dirigía el mejor estudio de la ciudad, el mismo que sesenta años antes tenía por titular al famoso señor Nick, cuyo verdadero nombre era Nicolás Sagamore, huronés de origen, patrióticamente implicado en el terrible asunto Morgaz, cuya resonancia fue muy considerable hacia 1837.[2]

El señor Summy Skim se sorprendió mucho al recibir esta carta, pues no tenía ningún asunto en el estudio de Snubbin. Acudió sin embargo al llamado. Media hora después llegaba a la plaza del mercado Bonsecours y era introducido en el gabinete del señor Snubbin, que lo esperaba.

-Buenos días, señor Skim dijo el notario levantándose-, y permítame presentarle mis saludos.

-Y yo los míos -respondió Summy Skim, sentándose cerca de la mesa.

-Usted es el primero en llegar, señor Skim. -¿El primero, señor Snubbin? ¿Entonces somos varios los convocados?

-Dos -respondió el notario-: el señor Ben Raddle, su primo, ha debido recibir una carta invitándole, como a usted, a venir.

-Entonces no hay que decir "ha debido recibir" sino "recibirá" -declaró el señor Summy Skim-, pues Ben Raddle no está en Montreal en este momento.

¿Regresará pronto? -preguntó el señor Snubbin.

-Dentro de tres o cuatro días.

-Lo lamento.

¿Lo que usted tiene que comunicamos es algo urgente?

-En cierto modo, sí -respondió el notario-. Pero, después de todo, voy a ponerlo a usted al corriente y, cuando regrese, usted le dirá al señor Ben Raddle lo que yo estoy encargado de comunicarles.

[1] Miguel Veme cambia casi todos los títulos de los capítulos. Aquí, lo reemplaza por "Un tío de América", lo que es absurdo, ya que todos habitan en América.

[2] El relato de este conmovedor drama es el tema de la novela Familia sin nombre, de la serie de "Viajes extraordinarios". (Nota del autor.)

El notario se caló las gafas, hojeó algunos papeles esparcidos sobre la mesa, tomó una carta que sacó del sobre y, antes de leer el contenido, dijo:

-El señor Raddle y usted, señor Skim, son los sobrinos del señor tosías Lacoste...

-En efecto, mi madre y la madre de Ben Raddle eran sus hermanas. Pero, desde el fallecimiento de ellas, hace siete u ocho años, hemos perdido toda relación con nuestro tío. Dejó Canadá para ir a Europa. Cuestiones de interés nos separaron. Desde entonces, nunca ha dado noticias e ignoramos lo que ha sido de él.

-Pues bien -respondió el señor Snubbin-, yo acabo de recibir la noticia de su deceso, fechada el 25 de febrero último.

Aunque toda relación estuviera desde hacía tiempo interrumpida entre el señor Josías Lacoste y su familia, esta información no dejó de impresionar vivamente a Summy Skim. Su primo Ben Raddle y él no tenían padre ni madre, y ambos, hijos únicos, se encontraban reducidos a esta relación de parentesco que una estrecha amistad hacía aún más fuerte. Summy Skim bajó la cabeza, los ojos húmedos, pensando que de toda su familia no quedaban más que Ben Raddle y él. En varias ocasiones habían tratado de averiguar noticias de su tío, lamentando que él hubiera roto toda relación con ellos. Quizás esperaban que el futuro les reservara el placer de volverse a ver. Pero he aquí que la muerte venía a destruir esta esperanza.

Además, Josías Lacoste había sido siempre bastante lacónico y de carácter aventurero. Su partida de Canadá para ir a hacer fortuna corriendo mundo se remontaba a una veintena de años. Soltero, poseía un modesto patrimonio que esperaba acrecentar dedicándose a la especulación. ¿Se había realizado esta esperanza? ¿No se había arruinado más bien a causa de ese bien conocido temperamento que tenía, que lo llevaba a arriesgar el todo por el todo? ¿Les correspondería a sus sobrinos, únicos herederos suyos, una pequeña parte de su herencia? Hay que decir que Summy Skim y Ben Raddle jamás habían pensado en eso, y ahora que su tío había muerto, menos pensarían en algo semejante. Sólo sentirían dolor por la pérdida de su último pariente.

El señor Snubbin dejó a su cliente entregado a sí mismo, esperando que le hiciera algunas preguntas que estaba preparado para responder. Por lo demás, no ignoraba nada de la situación de esta familia, conocida como muy honorable en Montreal, y tampoco ignoraba que los señores Summy Skim y Ben Raddle eran sus últimos representantes desde la muerte de Josías Lacoste. Como era a él a quien el gobernador del Klondike había hecho notificar el deceso del propietario de la parcela 129 del Forty Miles Creek, había invitado a los dos primos a su estudio para que tomaran conocimiento de los derechos que les venían del difunto.

-Señor Snubbin -preguntó Summy Skim-, ¿la muerte de nuestro tío se produjo el 17 de febrero?

-El 17 de febrero, señor Skim.

-¿Hace ya entonces veintinueve días?

-Veintinueve, en efecto, y ha sido necesario todo este tiempo para que la noticia llegara a mí.

-¿Nuestro tío estaba entonces en Europa, en el interior de Europa, en alguna región apartada? -continuó Summy Skim, convencido de que Josías Lacoste jamás había vuelto a poner los pies en América.

-De ninguna manera -respondió el notario.

Y le pasó una carta con los sellos canadienses.

-¿Así que se encontraba en Canadá sin que nosotros lo supiéramos?

-Sí, en Canadá, pero en la parte más retirada del Dominion, casi en la frontera que separa nuestro país de la Alaska americana y con la cual las comunicaciones son lentas y difíciles.

-Klondike, supongo, señor Snubbin.

-Sí, Klondike, donde su tío fue a instalarse hace unos diez meses.

-Diez meses -repitió Summy Skim- y, atravesando América para ir a esa región de las minas, no se le ocurrió la idea de venir a Montreal a estrechar la mano de sus sobrinos... la última vez que hubiéramos podido verlo.

Ello no dejó de afectar vivamente a Summy Skim.

-Qué quiere usted -respondió el notario-. Sin duda el señor Josías Lacoste tenía urgencia de llegar a Klondike, como tantos miles de hombres semejantes a él, enfermos, diría yo, poseídos de esta fiebre del oro que ha hecho y hará todavía tantas víctimas. De todos los lugares del mundo viene una invasión hacia los nuevos yacimientos. Después de Australia, California, después de California, Transvaal, después de Transvaal, Klondike, después de Klondike otros territorios auríferos y así será hasta el día del juicio, quiero decir, del yacimiento final.

El señor Snubbin dio a conocer a Summy Skim las informaciones que contenía la carta del gobernador. En efecto, a principios del año 1897 Josías Lacoste había llegado a Dawson-City, la capital de Klondike, con el equipo de prospector que se requería. Desde julio de 1896, después del descubrimiento de oro en el Gold Bottom, un afluente del Hunter, el distrito de Klondike había despertado interés. El año siguiente, Josías Lacoste, como tantos otros mineros, llegaba a esos yacimientos. Quería dedicar a la adquisición de una parcela el poco dinero que le quedaba, seguro de hacer fortuna en ese lugar. De acuerdo con las informaciones, se convirtió en propietario de la parcela 129, situada a

orillas del Forty Miles Creek, un tributario del Yukon, la gran arteria alasko-canadiense.

El señor Snubbin añadió:

-No parece que esta parcela haya dado todavía todos los beneficios que esperaba de ella el señor Josías Lacoste. Sin embargo, no parece estar agotada, y puede ser que vuestro tío haya obtenido los beneficios que esperaba. Pero a cuántos peligros se exponen los desdichados emigrantes en esa lejana región, los fríos terribles del invierno, las enfermedades endémicas, las miserias a las que sucumben tantos infortunados, y cuántos regresan más pobres que cuando partieron...

-¿Será, pues, la miseria la que mató a nuestro tío? -preguntó Summy Skim.

-No -respondió el notario-, la carta no dice que se haya visto reducido a esa situación. Sucumbió al tifus, tan temible en ese clima y que hace tantas víctimas. Alcanzado por los primeros síntomas de la enfermedad, el señor Lacoste abandonó la parcela, volvió a Dawson-City y allí murió. Como se sabía que era originario de Montreal, a mí me informaron de su deceso para que yo diera parte a la familia.

Summy Skim había adoptado una actitud de recogimiento. Pensaba en lo que había podido ser la situación de este pariente suyo durante una explotación que, sin duda, no fue fructuosa. ¿No había empleado sus últimos recursos después de haber comprado esa parcela, tal vez a un precio exorbitante, como lo hacían tantos prospectores sin prudencia? ¿No habría muerto incluso insolvente, endeudado con los trabajadores que había contratado? Hechas estas reflexiones, Summy Skim dijo al notario:

-Señor Snubbin, es posible que nuestro tío haya dejado tras él una situación muy difícil. Pues bien, y yo garantizo que mi primo no me desautorizará, nosotros jamás dejaremos que el nombre de los Lacoste, ese nombre que han llevado nuestras madres, se desprestigie, y si hay que hacer sacrificios, los haremos sin vacilar. Será necesario, pues, y cuanto antes, establecer un inventario...

-Perdón, pero tengo que detenerlo, querido señor -respondió el notario-. Yo lo conozco a usted y esos sentimientos no me sorprenden, pero no creo que sea necesario prever los sacrificios de los que usted habla. Que vuestro tío haya fallecido sin fortuna, es probable. Sin embargo, no olvidemos que era propietario de esa parcela de Forty Miles Creek, y esa propiedad tiene un valor que permitirá hacer frente a cualquier necesidad. Y bien, esta propiedad ahora es vuestra, suya y de su primo Ben Raddle, de modo indivisible, ya que vosotros sois los únicos parientes del señor Josías Lacoste con derecho a sucesión.

De todos modos el señor Snubbin convino en que habría que actuar con cierta prudencia. Esta sucesión sólo debería ser aceptada bajo beneficio de inventario. Se establecerían el activo y el pasivo, y entonces los herederos decidirían sobre esta herencia.

-Yo me voy a ocupar del asunto, señor Skim -añadió- y me informaré del mejor modo. En suma, ¿quién sabe? Una parcela es una parcela. Incluso si hasta ahora no ha producido nada o casi nada, todavía no lo sabemos todo. Basta un feliz golpe de piqueta para que los bolsillos se llenen, como dicen los prospectores.[3]

-Entendido, señor Snubbin -respondió Summy Skim-, y si la parcela de nuestro tío tiene algún valor, nos apresuraremos a venderla en las mejores condiciones.

-Sin duda -respondió el notario-, pero usted deberá estar de acuerdo en eso con su primo...

-Estoy seguro -replicó Summy Skim-, y no pienso que jamás se le pase por la mente a Ben explotarla él mimo.

-¿Quién sabe, señor Skim? El señor Ben Raddle es ingeniero. Quizás, tentado... Si, por ejemplo, él descubriera que la parcela de vuestro tío está situada sobre una buena veta...

-Yo le aseguro, señor Snubbin, que no irá ni siquiera a verla. Por lo demás, debe regresar a Montreal dentro de dos o tres días. Lo consultaremos al respecto, y le rogamos entretanto tomar las medidas necesarias, ya para vender la parcela de Forty Miles Creek al mejor postor, ya, lo que es posible y es lo que yo temo, para cumplir con los compromisos de nuestro tío en el caso de que hubiera estado endeudado.

Concluida la conversación, Summy Skim se despidió del notario, fijando su próxima visita para dentro de dos o tres días. Regresó a la casa de Jacques-Cartier, donde habitaba junto con su primo.

Summy Skim era hijo de un hombre de origen anglosajón y de una madre francocanadiense. Esta antigua familia del país se remontaba a la época de la conquista de 1759. Establecida en el Bajo Canadá, distrito de Montreal, poseía un dominio de bosques, tierras y praderas, su principal fortuna.

De treinta y dos años de edad por entonces, de talla por encima de la media, la

[3] El proverbio a que alude Verne implica un juego de palabras entre píoche (piqueta) y poche (bolsillo): Il suffit d'un heureux coup de pinche pour faire un heureux coup de poche. (N. del T.)

fisonomía agradable, la constitución robusta del hombre habituado al aire de los campos, los ojos de un azul oscuro, la barba rubia, Summy Skim ofrecía el tipo tan personal y simpático de los francocanadienses, que había heredado de su madre. Vivía en su propiedad sin preocupaciones, sin ambición, la existencia envidiable de un caballero hacendado en este privilegiado distrito del Dominion. Su fortuna, sin ser considerable, le permitía satisfacer sus gustos, poco dispendiosos por lo demás, y jamás hubiera sentido el deseo o la necesidad de acrecentarla. Amaba la caza y podía entregarse con toda libertad a ella en medio de las vastas llanuras del distrito, de los bosques llenos de animales que lo cubren en gran parte. Amaba la pesca y tenía a su disposición toda esa red hidrográfica de los tributarios y subtributarios del río Saint-Laurent, sin hablar de los extensos lagos tan numerosos en las latitudes septentrionales de América.

La casa que poseían los dos primos, sin lujo, pero cómoda, estaba situada en uno de los barrios más tranquilos de Montreal, lejos del centro industrial y del comercio. Allí ambos pasaban, no sin esperar impacientes el retorno de la primavera, esos inviernos tan duros de Canadá, aunque el país esté situado en el mismo paralelo que el Mediodía de Europa. Los vientos terribles, que no detiene ninguna montaña, las borrascas cargadas del frío de la región ártica, se desencadenaban allí con extraordinaria violencia.

Montreal, sede del gobierno desde 1843, habría podido ofrecer a Summy Skim la ocasión de intervenir en los asuntos públicos. Pero, muy independiente de carácter, se relacionaba poco con la alta sociedad de los funcionarios y sentía un santo horror por la política. Además, se sometía

de buena gana a la soberanía de Gran Bretaña, más aparente que efectiva. Jamás había tomado posición entre los partidos que dividen el Dominion.[4] Desdeñoso del mundo oficial, era, en suma, un filósofo que hacía simplemente su vida, sin ambiciones de ningún tipo.

A su juicio, cualquier modificación en su existencia sólo le traería contratiempos, preocupaciones y disminución de su bienestar.

Se comprenderá, pues, que este filósofo jamás hubiera pensado en el matrimonio y que tampoco pensara ahora en eso, aunque treinta y dos años hubieran pasado ya sobre su cabeza. Quizás si su madre no le hubiera sido arrebatada -ya se sabe cómo las madres quieren perpetuarse en sus nietos-, tal vez le habría dado la satisfacción de tener una nuera. En este caso, no tengamos la menor duda al respecto, la mujer de Summy Skim habría compartido sus gustos. Entre esas numerosas familias de Canadá en que los niños sobrepasan a menudo las dos docenas, se le habría encontrado, ya en la ciudad, ya en el campo, la heredera que le hubiera convenido, y en tales condiciones esta unión habría sido feliz. Pero la señora Skim había muerto hacía cinco años, tres años después de su marido, y si desde hacía tiempo ella pensaba en una mujer para su hijo, éste no pensaba lo mismo, y con toda seguridad, ahora que su madre había desaparecido, jamás la eventualidad del matrimonio se le vendría a la mente.

Cuando la temperatura de este duro clima empezaba a suavizarse, cuando el sol, más matinal, anunciaba el próximo retomo de la buena estación, Summy Skim se preparaba para abandonar su casa de la calle Jacques Cartier, sin haber logrado todavía que su primo se decidiera a retomar tan pronto la existencia rural. Se dirigía entonces a la hacienda de Green Valley, a una veintena de millas en el norte del distrito de Montreal, en la ribera izquierda del Saint-Laurent. Allí reencontraba la vida campestre,

[4] Dominion es el nombre de Canadá. (Nota del autor.)

interrumpida por los rigores del invierno, que hiela todas las corrientes de agua y cubre todas las planicies con un espeso tapiz de nieve. Se veía en medio de sus campesinos, buenos hombres que desde hacía medio siglo estaban al servicio de la familia. ¿Y cómo estos hombres no habrían sentido un cariño sincero y una devoción a toda prueba por este amo bueno, servicial, dispuesto a hacerles cualquier servicio, aun a costa de sus intereses? No le escatimaban manifestaciones de alegría a su llegada, como no dejaban de manifestar su tristeza cuando partía.

La propiedad de Green Valley proporcionaba, fuera el año bueno o malo, unos veinte mil francos que se repartían los dos primos, pues el dominio tenía la calidad de indivisible, lo mismo que la casa de Montreal. Los cultivos se hacían en grande. El suelo era fértil en forraje y en cereales, y su rendimiento se añadía al de esos magníficos bosques que cubren todavía los territorios del Dominion, principalmente en su parte oriental. La hacienda comprendía un conjunto de construcciones bien acondicionadas y mantenidas; caballerizas, graneros, establos, patios, cobertizos; y poseía un material muy completo, muy moderno, como lo exigen hoy las necesidades de la agricultura. La casa del amo era un pabellón situado a la entrada de un vasto recinto tapizado de césped, a la sombra de unos árboles, y su sencillez no excluía la comodidad.

Tal era la residencia en que Summy Skim y Ben Raddle pasaban la primavera, y que el primero, por lo menos, no hubiera querido cambiar por ningún castillo señorial como los de los opulentos americanos. Modesta como era, su casa le bastaba y no pensaba ni en agrandarla ni en embellecerla, satisfecho de lo que la naturaleza ofrece por sí misma. Ahí transcurrían sus días, ocupados en ejercicios cinegéticos, y sus noches, favorecidas por un buen sueño.

Conviene insistir en el hecho de que Summy Skim era bastante rico con el producto de sus tierras. Las hacía producir con método y con inteligencia. Pero, aunque no permitía que su fortuna decayera, no se preocupaba en absoluto de acrecentarla, y por nada del mundo se hubiera lanzado en los negocios, que son tan variados en América, en las especulaciones comerciales e industriales, ferrocarriles, bancos, minas, sociedades marítimas y otras. No. Este hombre sabio sentía horror por todo lo que presenta riesgos o tan sólo dificultades.

Vivir siempre calculando las buenas y las malas oportunidades, sentirse a merced de eventualidades que no se pueden impedir ni prever, despertarse por la mañana con el pensamiento "¿Soy ahora más rico o más pobre que ayer?" le hubiera parecido horrible. Hubiera preferido no dormir o no despertar jamás.

Allí residía el muy marcado contraste entre los dos primos, del mismo origen canadiense. Que los dos hubieran nacido de dos hermanas, y que tuvieran sangre francesa en sus venas, no ofrecía ninguna duda. Pero si el padre de Summy Skim era de nacionalidad anglosajona, el padre de Ben Raddle era de nacionalidad americana, y existe

con seguridad una diferencia entre el inglés y el yanqui, diferencia que se acentúa con el tiempo. Jonathan y John Bull, si son parientes, no lo son más que en un grado lejano, que no da derecho a la sucesión, y este parentesco, al parecer, terminará por desvanecerse enteramente.

Así pues, los dos primos, muy unidos por lo demás, si bien no imaginaban nada que pudiera separarlos en el futuro, no tenían los mismos gustos ni el mismo temperamento. Ben Raddle, de menor talla, moreno de cabellos y de barba, dos años mayor que Skim, no consideraba la existencia bajo el mismo ángulo que él. Se apasionaba por el movimiento

industrial y científico de su época. Había hecho estudios de ingeniero y participado en algunos de esos prodigiosos trabajos en los cuales el americano busca triunfar por la novedad de las concepciones y la audacia de la ejecución. Al mismo tiempo, ambicionaba ser rico, muy rico, aprovechando esas ocasiones tan extraordinarias pero tan contingentes que no son raras en Norteamérica, sobre todo la explotación de las riquezas mineras. Las fabulosas fortunas de los Gould, de los Astor, de los Vanderbilt, de los Rockefeller, y de tantos otros que habían llegado a ser multimillonarios, sobreexcitaban su cerebro. De este modo, mientras Summy Skim sólo se desplazaba para sus frecuentes excursiones a Green Valley, Ben Raddle había recorrido los Estados Unidos, atravesado el Atlántico, visitado una parte de Europa sin haber podido convencer jamás a su primo de que lo acompañara. Acababa de llegar de un viaje bastante largo a ultramar, y, desde su regreso a Montreal, esperaba alguna ocasión, o más bien algún enorme negocio en el cual participar. Summy Skim podía temer, pues, que su primo fuera arrastrado a algunas de esas especulaciones por las que él sentía horror.

Por otra parte, hubiera sido lamentable que Summy Skim y Ben Raddle se hubieran visto obligados a separarse, pues se querían como hermanos, y si Ben Raddle lamentaba que Summy Skim no quisiera lanzarse con él en una empresa industrial, a Summy Skim le apesadumbraba que Ben Raddle no limitara su ambición a explotar el dominio de Green Valley, ya que éste les aseguraba independencia y, con la independencia, la libertad.

II
Los dos primos

De regreso en su casa, Summy Skim se ocupó de ciertas disposiciones que le imponía la muerte de Josías Lacoste, de los partes que debía enviar a los amigos de la familia y del duelo que convenía hacer. No olvidó ordenar un servicio religioso en la iglesia de la parroquia. Este servicio sería celebrado por el descanso del alma del difunto, pero sólo cuando Ben Raddle hubiera regresado de su viaje, pues tendría que asistir.

En cuanto al arreglo de los asuntos personales de su tío, a la aceptación de esa herencia que parecía reducirse a la propiedad de la parcela de Forty Miles Creek, ya habría ocasión de conversar más seriamente con el señor Snubbin cuando los dos primos se hubieran puesto de acuerdo. El notario solamente tomó la precaución de enviar al gobernador de Klondike, en Dawson-City, un telegrama informándole que los herederos de Josías Lacoste decidirían sobre la aceptación de esta herencia después de que un inventario estableciese la situación financiera de su tío.

Ben Raddle sólo volvió a Montreal cinco días más tarde, en la mañana del 21 de marzo, después de una estancia de un mes en Nueva York. Allí había estudiado con otros ingenieros el gigantesco proyecto de tender un puente sobre el Hudson, entre la metrópoli y New Jersey, gemelo del que comunicaba Nueva York con Brooklyn.

Se comprenderá fácilmente que el estudio de este trabajo haya apasionado a un ingeniero. Ben Raddle se había identificado con él de todo corazón, e incluso había

ofrecido entrar al servicio de la compañía Hudson-Bridge. Pero no parecía que la construcción del puente pudiera realizarse pronto. Se hablaba mucho de ella en los diarios, se la estudiaba en el papel. El invierno no había terminado, y en esas latitudes de los Estados Unidos se prolonga hasta mediados de abril. Quién sabe si el verano vería comenzar los trabajos. Así, pues, Ben Raddle se decidió a regresar.

Su ausencia había parecido larga y penosa a Summy Skim. Cómo lamentaba no poder inculcar a su primo sus propias ideas y hacerle compartir su indolente existencia. Además, este asunto del Hudson-Bridge no cesaba de causarle inquietud. Si Ben Raddle participaba en tal empresa, ¿no permanecería largo tiempo, años quizás, retenido en Nueva York? Entonces Summy Skim quedaría solo en la casa que compartían, solo en la hacienda de Green Valley. Pero en vano había tratado de retener a Ben Raddle. La diversidad de caracteres de los dos primos era tan grande que ninguno de ellos ejercía mucha influencia sobre el otro.

En cuanto el ingeniero estuvo de regreso, su primo le comunicó la muerte de su tío Josías Lacoste. Si no le había telegrafiado a Nueva York dándole la noticia era porque lo esperaba de un momento a otro.

La noticia afligió sinceramente a Ben Raddle. El tío Lacoste era el único que quedaba de toda la familia. Aprobó las medidas que había tomado su primo para la ceremonia fúnebre y, al día siguiente de su llegada, los dos asistieron al oficio celebrado en la iglesia de la parroquia.

Sólo ese día Ben Raddle se enteró de los negocios de su tío. El nombre de Klondike era muy resonante entonces, y que su tío poseyera una parcela allí sólo podía sobreexcitar los instintos de un ingeniero. Sin duda, ser el heredero de un yacimiento aurífero no dejaría a Ben Raddle tan indiferente como a Summy Skim, y tal vez entrevió allí un negocio. No que había que liquidar, sino que había que proseguir, contrariamente a lo que pensaba su primo.

Sin embargo, Ben Raddle no quiso decir nada todavía. Con su hábito de estudiar seriamente las cosas, deseaba reflexionar antes de pronunciarse. Parece que veinticuatro horas le bastaron para sopesar la situación, pues al día siguiente, desayunando con Summy Skim, que lo encontraba singularmente absorto, dijo:

-¿Y si habláramos un poco de Klondike?

-Ya que se trata sólo de hablar un poco, mi querido Ben, hablemos...

-Un poco... a menos que no sea mucho, Summy.

-Di lo que tengas que decir, Ben.

-¿El notario no te ha comunicado los títulos de propiedad de esa parcela 129?...

-No -respondió Summy Skim-, aunque los recibió, pero yo no creo que sea útil tomar conocimiento de eso...

-Ya veo -dijo Ben Raddle-; sin embargo yo no miro este asunto con tanta indiferencia, y mi opinión es que merece una atención seria y un estudio profundo.

Al principio, Summy Skim no contestó a este preámbulo, pero cuando su primo se hubo manifestado más claramente, dijo:

-Mi querido Ben, me parece que nuestra situación es muy sencilla: o esta herencia tiene algún valor, y nosotros la liquidaremos del modo más conveniente para nuestros intereses, o no tiene ninguno, lo que es infinitamente probable, pues nuestro tío no era un hombre hábil para enriquecerse, y nosotros no la aceptaremos.

-Eso será sensato -declaró Ben Raddle-. Pero no habrá que apresurarse. Con esos

yacimientos hay tantas contingencias... Se los cree pobres, se los cree agotados, y un golpe de piqueta puede dar una fortuna.

-Y bien, mi querido Ben, eso es precisamente lo que deben saber los exploradores, los que explotan en este momento los famosos yacimientos de Klondike. Si la parcela de Forty Miles Creek vale algo, trataremos de deshacemos de ella al precio más ventajoso... Pero, lo repito, es de temer que nuestro tío se haya lanzado en un mal negocio del cual nosotros pagaremos las consecuencias. El jamás ha triunfado en su vida y no imagino que haya abandonado este mundo en el momento de hacerse millonario.

-Es lo que queda por determinar -respondió Ben Raddle-. El oficio de prospector es fecundo en sorpresas de este tipo. Se está siempre en vísperas de descubrir una dichosa veta, y con esta palabra, "veta", no quiero decir "suerte", sino filón aurífero donde las pepitas abundan. En fin, entre estos buscadores de oro hay algunos que no han tenido de qué lamentarse.

-Sí -respondió Summy Skim-, uno entre cien, y al precio de cuántas preocupaciones, cuántas fatigas, y cuántas miserias...

-En fin -respondió Ben Raddle-, no pienso contentarme con una hipótesis. Hay que hacer comprobaciones serias antes de decidirse.

Summy Skim se dio cuenta de adónde quería llegar su primo, y, si esto lo afligió, no podía causarle sorpresa. Se aferró, pues, al tema que le era familiar:

-Mi amigo, ¿no es suficiente la fortuna que nos ha dejado nuestra familia? ¿No nos asegura nuestro patrimonio independencia y bienestar? Te hablo así porque me doy cuenta de que das a este asunto más importancia que la que yo le he dado, que la que a mi juicio merece. ¿Sabemos los sinsabores que nos reserva? Veamos, ¿no somos bastante ricos?

-Nunca se es bastante cuando se puede ser más.

-A menos que uno lo sea demasiado, como ciertos multimillonarios que tienen tantos problemas como millones, y que hacen más sacrificios para conservarlos que los que hicieron para conseguirlos.

-Vamos, vamos -respondió Ben Raddle-, la filosofía es algo muy bonito, pero no hay que llevarla al exceso, y no me hagas decir lo que no digo. Yo no espero encontrar toneladas de oro en la parcela de nuestro tío Josías, pero repito que es prudente informarse.

-Nos informaremos, entendido, mi querido Ben, y quiera el cielo que una vez informados no nos encontremos en una situación embarazosa, a la cual tendríamos que hacer frente por respeto a nuestra familia. Quién sabe si allá, en la explotación de esa parcela 129, los gastos de adquisición, de instalación, de explotación no han sobrepasado los medios de nuestro tío. En ese caso, yo he asegurado al señor Snubbin...

-Y has hecho bien, Summy, y yo lo apruebo -respondió sin vacilar Ben Raddle-. Pero en cuanto a eso que dices..., ya lo sabremos cuando tengamos un conocimiento profundo del asunto. He leído todo lo que se ha publicado sobre las riquezas de esos territorios, aunque la explotación se remonta apenas a dos años. Después de Australia, después de California, después de África del Sur, se podía creer que los últimos yacimientos de nuestro globo se habían agotado... Y, precisamente, he aquí que en esta parte de Norteamérica, en los confines de Alaska y el Dominion, el azar ha permitido descubrir nuevos yacimientos... Parece, además, que estas regiones septentrionales de América son privilegiadas en este aspecto... Y no solamente existen minas de oro en Klondike, sino

que se han encontrado en Ontario, en Michipicoten, en la Columbia británica, minas como War Eagle, Standard, Sullivan Group, Álhabarca, Fern, Syndicate, Sans-Poel, Caribú, Deer Trail, Georgie Reed y tantas otras cuyas acciones están en plusvalía, sin hablar de las minas de plata, de cobre, de manganeso, de hierro, de carbón... Pero, en lo que concierne a Klondike, piensa, Summy, en la extensión de esa región aurífera. Doscientas cincuenta leguas de largo por alrededor de cuarenta de ancho, y no cito los yacimientos de Alaska. Sólo los que están en el territorio del Dominion. ¿No representa eso un campo inmenso por descubrir?... El más vasto que se ha encontrado en la superficie de la Tierra. Y quién sabe si no es por millones sino por miles de millones como se contarán un día los productos de esta región.

Ben Raddle habría podido hablar largo sobre el asunto, y Summy Skim vio que lo conocía a fondo. Se contentó con decir:

-Vamos, Ben, es evidente, tú tienes la fiebre.

-Cómo que tengo la fiebre...

-Sí, la fiebre del oro, como tantos otros, y esta fiebre no se cura con sulfato de quinina, porque no es intermitente.

-Tranquilízate, mi querido Summy -respondió Ben Raddle riendo-, mi pulso no late más rápido que de ordinario... Yo no querría exponerte al contacto de un afiebrado.

-¡Oh, yo! Yo estoy vacunado -respondió en el mismo tono Summy Skim- y no tengo nada que temer. Pero vería con pena que tú te lances...

-Querido amigo, no se trata de lanzarse, se trata simplemente de estudiar un negocio y, en suma, de sacar provecho si se puede. Tú dices que nuestro tío no ha tenido éxito en sus especulaciones... Lo creo, en efecto, y es muy probable que esta parcela de Forty Miles Creek le haya producido más barro que pepitas... Es posible... Pero tal vez él no tenía los recursos necesarios para explotarla, tal vez no operaba con experiencia y método, como habría podido hacerlo...

-Un ingeniero, ¿verdad, Ben?

-Sin duda, un ingeniero.

-Tú, por ejemplo.

-Yo, ciertamente -respondió Ben Raddle-. En todo caso, actualmente no es ésa la cuestión. Antes de deshacerse de la parcela cuya propiedad tenemos por herencia, será conveniente, lo confesarás, pedir algunas informaciones en Klondike.

-Es razonable, en efecto -respondió Summy Skim-, aunque yo no me hago ninguna ilusión sobre el valor de esa propiedad...

-Lo sabremos después de habernos informado -replicó Ben Raddle-. Es posible que tengas razón como es posible que estés en un error. Para concluir, vamos a ir al estudio del señor Snubbin, le encargaremos todas las gestiones. Hará venir las informaciones de Dawson-City por el medio más rápido posible, y cuando sepamos a qué atenernos sobre el valor de la parcela, veremos lo que convendrá hacer.

La conversación acabó allí. Summy Skim no podía objetar nada a lo que proponía su primo. Es natural informarse antes de tomar una decisión. Que Ben fuera un hombre serio, inteligente, práctico, no podía ser puesto en duda por Summy Skim. Pero no estaba menos afligido e inquieto al ver con qué ardor encaraba su primo el porvenir, con qué avidez se lanzaba sobre esta presa que tan inesperadamente se ofrecía a su ambición. ¿Conseguiría retenerlo? Sin duda, Summy Skim no se separaría de Ben Raddle. Sus intereses serían siempre los mismos en este asunto. Persistía en creer que todo se

arreglaría pronto, y era de desear que las informaciones pedidas a Dawson-City fueran de tal naturaleza que no justificaran seguir adelante.

Pero qué idea, qué mala idea había tenido el tío Josías de ir a buscar fortuna en Klondike, donde sólo había encontrado la miseria y, seguramente, la muerte.

Por la tarde, Ben Raddle fue al estudio del notario, en el que tomó conocimiento de los documentos enviados de Dawson-City.

Estos documentos establecían categóricamente la situación de la parcela 129, propiedad del señor Josías Lacoste, ya fallecido. La parcela se emplazaba en la orilla derecha del Forty Miles Creek, en el distrito de Klondike. El caudal afluía a la orilla izquierda del gran río Yukon, que atraviesa Alaska después de regar los territorios occidentales del Dominion. Sus aguas, inglesas en su curso alto, se convirtieron en americanas cuando esta vasta región de Alaska fue cedida por los rusos a los Estados Unidos.

Un plano permitía determinar con exactitud la

situación de la parcela 129. Se encontraba a (...)[5]

kilómetros de Fort Cudahy, una aldea fundada en la orilla izquierda del Yukon por la compañía de la bahía de Hudson.

Durante la conversación, al señor Snubbin no le costó mucho comprender que el ingeniero consideraba este asunto de modo muy diferente que su coheredero. Ben Raddle estudió los títulos de propiedad con el mayor cuidado. No podía apartar los ojos del gran mapa extendido ante sus ojos, que comprendía el distrito de Klondike y la parte vecina de Alaska. Remontaba con el pensamiento ese Forty Miles Creek que atravesaba el meridiano 140, escogido como línea divisoria entre los dos países. Se detenía allí, cerca de esta frontera, precisamente en el lugar donde se indicaban los jalones de la parcela de Josías Lacoste. Contaba las otras parcelas de ambas riberas del río cuyo nacimiento se ocultaba en alguna región aurífera de Alaska. ¿Por qué no podían ser estas parcelas tan favorecidas como las del río Kiondike, de su afluente el Bonanza, de sus subafluentes el Victoria, el Eldorado y otros ríos, tan productivos entonces, tan buscados por los mineros? Devoraba con la mirada esta maravillosa comarca cuya red hidrográfica arrastra con profusión el precioso metal. El oro valía (precio de DawsonCity) dos millones trescientos cuarenta y dos mil francos la tonelada.

Cuando el señor Snubbin lo vio tan absorto en sus reflexiones que no pronunciaba palabra, creyó su deber decirle

-Señor Raddle, ¿puedo preguntarle si su intención sería conservar y explotar la parcela del difunto Josías Lacoste?

-Tal vez -respondió Ben Raddle.

-Sin embargo, el señor Skim...

-Summy no tiene que pronunciarse, y yo mismo reservo mi opinión, hasta el momento en que haya verificado que estas informaciones son exactas y haya visto todo yo mismo.

-¿Piensa usted emprender ese largo viaje a Klondike? -preguntó el señor Snubbin, sacudiendo la cabeza.

-¿Por qué no? Y sea lo que sea lo que pueda pensar Summy, el negocio, a mi juicio, merece que uno se tome alguna molestia. Aunque sólo sea para vender la parcela, usted estará de acuerdo, señor Snubbin, lo mejor es visitarla.

[5] Dejado en blanco por el novelista.

-¿Es absolutamente necesario? -interrogó el señor Snubbin.

-Indispensable -afirmó Ben Raddle-. Y además, no basta con querer venderla. Hay que encontrar un comprador.

-Si no es más que eso -respondió el notario-, usted puede evitarse las fatigas de tal viaje, señor Raddle.

-¿Por qué?

-Tenga, he aquí el despacho que acabo de recibir hace una hora y que me disponía a enviarle cuando usted me hizo el honor de venir a mi estudio.

El señor Snubbin tendió a Ben Raddle un telegrama fechado hacía ocho días, que había llegado a Montreal después de haber sido trasmitido de Dawson-City a Vancouver.

Había un sindicato americano que ya poseía ocho parcelas en Klondike, cuya explotación dirigía el capitán Healy, de la Angloamerican Transportation and Trading Co. (Chicago y Dawson).

Este sindicato hacía una oferta firme por la adquisición de la parcela 129 del Forty Miles Creek: cinco mil dólares, que serían enviados a Montreal en cuanto se recibiera el telegrama de aceptación.

Ben Raddle había tomado el papel y lo leía con el mismo cuidado con que acababa de estudiar los títulos de propiedad.

-He aquí, pues, señor Raddle -observó el notario-, lo que lo dispensará de hacer el viaje.

-No sé -respondió el ingeniero-. ¿Es suficiente el precio que nos ofrecen? ¡Cinco mil dólares por una parcela en Klondike!

-Yo no puedo responderle sobre eso.

-Usted ve, señor Snubbin: si ese sindicato ofrece cinco mil dólares por la parcela 129, es que vale diez veces más si se quiere continuar su explotación.

-Teniendo en cuenta ese precio, no parece que vuestro tío haya tenido éxito con su parcela, señor Raddle. Conviene saber, pues, si en lugar de lanzarse en ese tipo de negocios tan azarosos, no sería preferible ahorrarse preocupaciones y guardarse los cinco mil dólares.

-No es mi opinión, señor Snubbin.

-Ya veo, pero puede que sea la del señor Summy Skim.

-No después que haya conocido este telegrama; yo le explicaré mis razones y él es demasiado inteligente para no comprenderlas. Luego, cuando yo lo haya convencido de la necesidad de emprender este viaje, se decidirá a acompañarme.

-¿El? -exclamó el señor Snubbin-, el hombre más feliz, más independiente que jamás un notario haya encontrado en el ejercicio de su profesión...

-Sí, a este hombre feliz, a este hombre independiente quiero yo darle el doble de felicidad y de independencia. ¿Qué arriesgamos, en suma, si siempre podemos aceptar el precio ofrecido por ese sindicato?

-Bueno, señor Raddle, le hará falta a usted mucha elocuencia.

-No, me bastará con tener razón. Déme ese telegrama, señor Snubbin. Voy a mostrárselo a Summy y hoy mismo se habrá tomado una decisión.

-¿Conforme a su deseo?

-Conforme a mi deseo, señor Snubbin, y habrá que ponerlo en ejecución lo antes posible.

El notario podía pensar cualquier cosa, pero Ben Raddle no dudaba de poder

convencer a Summy Skim de la necesidad de hacer ese viaje.

Después de haber abandonado el estudio, optó por lo más corto. Regresó a la casa de la calle Jacques-Cartier y subió inmediatamente a la habitación de su primo.

-¿Y bien? -le preguntó éste-. Has visto al señor Snubbin. ¿Hay algo nuevo?

-De nuevo, sí, Summy. Bastantes noticias.

-¿Buenas?

-Excelentes.

-¿Viste los títulos de propiedad?

-Los vi. Están en regla. En calidad de herederos de nuestro tío, somos propietarios de la parcela de Forty Miles Creek.

-Así que se va a acrecentar nuestra fortuna -respondió riendo Summy Skim.

-Es probable -declaró el ingeniero- y, sin duda, más de lo que tú piensas.

-¿Y qué novedades has sabido para hablar así?

-Simplemente lo que dice este telegrama, que llegó esta-mañana al estudio del señor Snubbin y que contiene una oferta de compra de la parcela 129. Summy Skim leyó el telegrama.

-Perfecto. Vendamos la parcela lo más pronto posible.

-¿Vender en cinco mil dólares lo que sin duda vale mucho más?

-Mi querido Ben...

-Tu querido Ben te responde que los negocios no se hacen así. No hay nada como haber visto las cosas con los propios ojos.

-¿Todavía sigues con eso?

-Más que nunca. Reflexiona, Summy. Si nos hacen esta proposición de compra, es que conocen el valor de la parcela, saben que su valor es infinitamente mayor. Hay otros terrenos a lo largo de los ríos o en las montañas de Klondike.

-¿Lo sabes tú?

-Yo lo sé, Summy, y si una sociedad que ya posee terrenos quiere adquirir precisamente la parcela 129, es que tiene no cinco mil razones para ofrecer cinco mil dólares, sino diez mil, cien mil...

-En verdad, Ben, tú juegas con las cifras.

-Pero las cifras son la vida, mi querido Summy, y tú no haces bastantes cifras.

-No tengo condiciones para las matemáticas.

-No se trata de matemáticas, Summy. Créeme, te hablo muy en serio y después de haber reflexionado mucho. Tal vez yo hubiera vacilado en partir para Dawson-City, pero ahora, con este telegrama, estoy decidido a llevar mi respuesta en persona.

-¿Qué? ¿Quieres ir a Klondike?

-Es indispensable.

-¿Y sin tener más información?

-Voy a informarme allá mismo.

-¿Me vas a dejar solo entonces?

-No, tú me acompañarás.

-¿Yo?

-Tú.

Jamás.

-Sí, pues el negocio nos interesa a los dos.

-Yo te daré amplios poderes.

-No, yo te llevo.

-Pero si se trata de un viaje de dos mil leguas.

-Pongamos ciento cincuenta más.

-¿Y cuánto durará?

-Lo que tenga que durar... Sí, no tenemos interés en vender nuestra parcela, sino en explotarla.

-¿Cómo? ¿Explotarla? -exclamó Summy Skim-. Pero... Eso representará todo un año.
-Dos, si es necesario.

-Dos años, dos años -repetía Summy Skim.

-Cada mes acrecentará nuestra fortuna.

-No, no -exclamaba Summy Skim, acurrucán

dose, hundiéndose en el sofá, como resuelto a no abandonarlo jamás.

Ben Raddle hizo un último esfuerzo para convencerlo. Retornó al asunto en todos sus aspectos. Le probó con las más poderosas razones que su presencia era indispensable en la parcela de Forty Miles Creek, que no podía vacilar, y concluyó:

-En cuanto a mí, Summy, estoy decidido a partir para Dawson-City y no creo que tú puedas rehusar acompañarme.

Summy Skim habló de la perturbación que ese viaje traería a su existencia. Antes de dos meses

debería dejar Montreal para cazar y pescar en Green Valley.

-Bueno -replicó Ben Raddle-, la caza no falta en las planicies ni los peces en los ríos de Klondike, y tú cazarás y pescarás en un país nuevo, que te reservará sorpresas.

-Pero nuestros campesinos, nuestros buenos campesinos que nos esperan...

-Ya tendrán ocasión de lamentar nuestra ausencia cuando regresemos lo bastante ricos como para comprar todo el distrito. Además, Summy, tú has llevado hasta ahora una vida demasiado sedentaria. Hay que correr el mundo un poco.

-Podría visitar otras regiones de América o Europa si quisiera. Lo que no haría es empezar mis viajes hundiéndome en el corazón de ese abominable Klondike.

-Que te parecerá encantador cuando hayas comprobado por ti mismo que está sembrado de polvo de oro y empedrado con pepitas.

-Ben, mi querido Ben, me das miedo. Sí, me das miedo. Quieres embarcarte en un negocio en el que sólo encontrarás penas y desilusiones.

-Penas, tal vez. Desilusiones, jamás.

-Comenzando por esa maldita parcela que sin duda no vale un arriate de repollos o de papas de Green Valley.

-¿Por qué entonces esa compañía ofrecería, para empezar, miles de dólares?

-Cuando pienso, Ben, que hay que ir a explorar un país donde la temperatura cae a cincuenta grados bajo cero...

-Excelente, el frío. Lo conserva sano a uno.

Finalmente, después de mil réplicas, Summy Skim debió declararse vencido. No. No dejaría a su primo partir solo a Klondike. Lo acompañaría, aunque sólo fuera para traerlo de regreso lo más pronto posible.

Ese día, un telegrama que anunciaba la próxima partida de los señores Ben Raddle y Summy Skim fue enviado al capitán Healy, director del sindicato angloamericano Transportation and Trading Company, Dawson-City, Klondike.

III
De Montreal a Vancouver

Si toman el Canadian Pacific Railway, turistas, comerciantes, emigrantes y buscadores de oro pueden transportarse directamente, sin cambiar de línea, sin dejar el Dominion o la Columbia británica, de Montreal a Vancouver. Desembarcados en esta metrópoli, no tienen más que elegir entre diferentes rutas, terrestres, fluviales o marítimas, entre diversos modos de transporte, barcos, caballos, coches, e incluso pueden viajar a pie en la mayor parte de los recorridos.

Resuelta ya la partida, Summy Skim confió en su primo Ben Raddle para todos los detalles del viaje, la adquisición de material y la elección de la ruta. Todo era responsabilidad de este ambicioso pero inteligente ingeniero, único promotor de la empresa.

En primer lugar, Ben Raddle observó con toda razón que había que partir antes de quince días. Los herederos de Josías Lacoste debían estar en Klondike antes del retorno del verano, un verano, se entiende, que no calienta más que cuatro meses esa región hiperbórea, situada casi en el límite del círculo polar ártico. En efecto, cuando consultó el código de las leyes mineras canadienses que regía en el distrito de Yukon, leyó un cierto artículo 9, que decía así:

"Volverá a pertenecer al dominio público toda parcela que permanezca sin ser trabajada más de setenta y dos horas durante la buena estación (definida por el comisario), a menos que se cuente con un permiso especial de este último".

El comienzo de la buena estación, por poco precoz que sea, tiene lugar en la segunda mitad de mayo. En esta época, si la parcela 129 quedara sin trabajar más de tres días, la propiedad de Josías Lacoste volvería al Dominion, y era muy verosímil que el sindicato americano no perdiera la ocasión de comprarla al Estado a un precio probablemente mucho más ventajoso que el que ofrecía a los dos herederos.

-Tú comprendes, Summy, que no podemos dejar que se nos adelanten, y que tenemos urgencia de ponernos en camino -declaró Ben Raddle.

-Comprendo todo lo que tú quieres que comprenda, mi querido amigo -respondió Summy Skim.

-Lo que es perfectamente razonable, por lo demás -añadió el ingeniero.

-No lo dudo, Ben, y no me molesta dejar Montreal lo más pronto posible si eso nos permite regresar lo más pronto posible también.

-No nos quedaremos en Klondike más de lo necesario, Summy.

-Entendido, Ben. ¿Cuándo partimos?

-El dos del mes próximo -respondió Ben Raddle-, esto es, dentro de dos semanas.

Summy Skim, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, sintió ganas de exclamar: "¿Qué? ¿Tan pronto?". Pero no dijo nada, porque no hubiera servido de nada. Se había jurado a sí mismo que no se le escaparía tampoco ninguna recriminación durante el viaje.

Por lo demás, Ben Raddle actuaba atinadamente al fijar el dos de abril como fecha

límite de la partida. Con el itinerario a la vista, se embarcó en una serie de observaciones, tapizadas de cifras que manejaba con incontestable competencia.

-Por el momento, Summy -dijo-, no tenemos que elegir entre dos rutas para ir a Klondike, porque no hay más que una. Quizás un día, para ir al Yukon, se tomará el camino de Edmonton, de Fort Saint John, de Peace River, que atraviesa el noreste de la Columbia inglesa, pasando por el distrito de Casiar...

-Una región ideal para la caza, he oído decir -observó Summy Skim, abandonándose a sus sueños cinegéticos-. ¿Y por qué no seguir ese camino?

-Porque nos obligaría, al dejar Vancouver, a hacer un recorrido de mil cuatrocientos kilómetros por tierra, después de haber hecho ochocientos por agua -respondió Ben Raddle.[6]

-Entonces, ¿qué dirección piensas seguir, Ben?

-Nos decidiremos cuando lleguemos a Vancouver, y según las ventajas que veamos en el lugar. En todo caso, aquí hay cifras muy exactas sobre la longitud del itinerario: de Montreal a Vancouver, cuatro mil seiscientos setenta y cinco kilómetros; de Vancouver a Dawson-City, dos mil cuatrocientos ochenta y nueve.

-O sea, en total -dijo Summy, haciendo la operación-: cinco y nueve, catorce, y guardo uno; siete y cuatro, once, y guardo uno; cinco y dos, siete,

esto es, siete mil ciento sesenta y cuatro kilómetros.

-Exactamente, Summy.

-Bien, Ben, si traemos tantos kilos de oro como kilómetros haremos...

-Sacaremos las cuentas. Con la tasa actual de dos mil trescientos cuarenta francos el kilo, a dieciséis millones setecientos sesenta y tres mil setecientos sesenta francos...

-Perfecto -replicó Summy Skim-, y nos resarciremos estupendamente de nuestro gastos.

-¿Y por qué no? -replicó Ben Raddle-.[7] El geógrafo John Muir ha declarado que Alaska produciría más oro que California, cuyo rendimiento ha sido sin embargo de cuatrocientos cinco millones, sólo en el año 1861. ¿Por qué Klondike no añadiría su buena parte a los veinticinco mil millones de francos que componen la fortuna aurífera de nuestro globo?

-Tú tienes respuesta para todo, Ben.

-El porvenir confirmará mis respuestas. Summy Skim hubiera querido no dudar de ello.

-Por lo demás -añadió-, no vamos a volver sobre lo que ya hemos convenido.

-En efecto -respondió Ben Raddle-, es como si ya hubiéramos partido.

-Preferiría decir: como si ya hubiéramos regresado.

-Hay que comenzar por ir, Summy -respondió Ben Raddle-, antes de regresar.

-Tu lógica es perfecta, Ben. Ahora, pues, pensemos en los preparativos... No se va allá, a ese país increíble, con una camisa y un par de calcetines.

-No te preocupes por nada, Summy. Yo me encargo de todo. Tú sólo tienes que subir en el tren en Montreal para bajar en Vancouver. En cuanto a los preparativos, no haremos como un emigrante, que se aventura en un país lejano llevando todo su equipaje consigo. El nuestro ya está enviado. Lo encontraremos en la parcela del tío tosías. Es el que le servía para explotar su parcela. Nosotros sólo tendremos que ocuparnos de nuestras

[6] Veme, multiplicando las variaciones, escribe aquí "Ben Craddle".
[7] Aquí Veme escribe "Ben Naddle".

personas.

-Pero eso ya es algo -respondió Summy Skim-. Nuestras personas merecen que tomemos ciertas precauciones... sobre todo contra el frío. ¡Brrr! Me siento ya helado hasta la punta de las uñas.

-Vamos, Summy, cuando lleguemos a Dawson-City el verano estará en su apogeo.

-Entonces, si pudiéramos regresar antes del invierno...

-No te preocupes -respondió Ben Raddle-. Incluso en invierno no te faltará nada. Buena ropa, buena alimentación. Volverás más gordo que cuando partiste.

-No, yo no pido tanto -respondió Summy Skim, que había optado por resignarse-, y te prevengo que si voy a engordar, aunque sea dos libras, me quedo.

-Bromea, Summy, bromea todo lo que quieras, pero ten confianza.

-Comprendido, la confianza es obligatoria. El 2 de abril nos pondremos en camino en calidad de eldoradores, ¿no es así?

-Sí, el 2 de abril; eso me bastará para todos nuestros preparativos.

-Y bien, Ben, ya que faltan quince días, podría pasarlos en el campo.

-Sea -respondió Ben Raddle-, pero todavía no hace buen tiempo en Green Valley.

Summy Skim hubiera podido responder que, en todo caso, el tiempo sería mejor que en Klondike.

Además, aunque no hubiera terminado el invierno, estaría feliz de encontrarse durante unos días entre sus campesinos, de ver sus campos aunque estuvieran blancos de nieve, los hermosos bosques cargados de escarcha, los arroyos de los alrededores cubiertos de hielo. Y, por fin, cuando hace mucho frío, no le falta al cazador la ocasión de abatir algunas soberbias piezas, sea de pelo o de pluma, sin hablar de las fieras: osos, pumas y otros animales que rondan por los alrededores... Era como un adiós que Summy Skim quería dirigir a todos los habitantes de la región. Partía a un viaje largo. ¿Quién podría decir cuándo regresaría?

-Deberías acompañarme, Ben -le dijo.

-¿Se te ocurre? -respondió el ingeniero-. ¿Quién se ocuparía de los preparativos de la partida?

Al día siguiente, Summy Skim tomó el tren, encontró en la estación de Green Valley un lugar adecuado para descansar y por la tarde descendió a la hacienda.

Los campesinos, ya se puede imaginar, se sorprendieron con esta llegada, y no quedaron menos sorprendidos que satisfechos. Como de costumbre, Summy Skim se mostró muy sensible a la afectuosa acogida que recibió. Pero cuando los campesinos se enteraron del motivo de esta visita anticipada, cuando supieron que pasarían el verano sin su amo, no pudieron ocultar su pena.

-Sí, mis amigos -dijo Summy Skim-. Ben Raddle y yo partimos a Klondike, un país del diablo, un país que el diablo tiene en su poder, y que está tan lejos que se tarda cuatro meses sólo para ir y otros tantos para volver.

-¡Y todo eso para recoger pepitas! -dijo uno de los campesinos, alzando los hombros.

-Y eso cuando se las recoge -añadió un viejo filósofo que movía la cabeza con gesto poco alentador.

-Y aún hay que tener cuidado de no caer -dijo Summy Skim-, porque el que cae no se levanta. Qué queréis, amigos, es como una fiebre o más bien como una epidemia que de tiempo en tiempo atraviesa el mundo y hace muchas víctimas.

-Pero, ¿por qué ir allá, amo? -preguntó el decano de la hacienda.

Entonces Summy Skim explicó a sus campesinos cómo su primo y él acababan de heredar una parcela tras la muerte de su tío Josías Lacoste, y por qué razón Ben Raddle estimaba que su presencia era necesaria en Klondike.

-Sí -dijo el viejo-, nosotros hemos oído hablar de lo que pasa en la frontera del Dominion, y sobre todo de las miserias a las que sucumben tantas pobres gentes. En fin, señor Skim, usted no se quedará. Cuando haya vendido su montón de barro, regresará.

-Verano perdido, invierno todavía más triste -añadió una vieja que se persignó-. Dios lo proteja, señor.

Después de una semana en Green Valley, Summy Skim pensó que ya era tiempo de reunirse con su primo. Tenía algunos preparativos personales que hacer. Con emoción, una emoción bien compartida por todos, se despidió de esa buena gente. Y pensar que dentro de unas semanas el sol de abril se levantaría en el horizonte de Green Valley, que de entre la nieve surgirían los primeros brotes primaverales, que si no fuera por ese maldito viaje él habría regresado, como lo hacía cada año, a instalarse en este pabellón hasta los primeros fríos del invierno. Y no dejaba de esperar que le llegara a Green Valley una carta de Ben Raddle en que le comunicara que ya no se realizarían sus proyectos. Pero la carta no llegó. La partida tendría lugar en la fecha prevista. Así, pues, Summy Skim se hizo conducir a la estación y el 31 de marzo en la mañana se encontraba en Montreal frente a su terrible primo, plantado delante de él como un signo de interrogación:

-¿Nada nuevo? -le preguntó.

-Nada, Summy, salvo que todos nuestros preparativos están listos.

-De modo que te has procurado...

-Todo, salvo los víveres, que encontraremos en Vancouver -respondió Ben Raddle-. Sólo me he ocupado de la vestimenta. En cuanto a las armas, tú tienes las tuyas y yo tengo las mías. Son excelentes y estamos habituados a ellas. Dos buenos fusiles y el equipo completo de cazador. Pero como allí no es posible renovar nuestro guardarropas, ya que las tiendas no se han instalado todavía en la capital de Klondike, he aquí las ropas que llevamos como medida de precaución: cuatro camisetas de franela, dos camisolas y calzones de lana, un suéter de lana gruesa, un traje de pana, dos pares de pantalones de paño grueso, dos pares de pantalones de tela, un traje de tela azul, una chaqueta de cuero forrada de piel con capuchón, un traje impermeable de marino con sombrero idem, un abrigo de caucho, seis pares de calcetines ajustados y seis pares de calcetines de un número más grande, un par de guantes de cuero, un par de botas de caza con clavos gruesos, dos pares de mocasines de fibra, un par de raquetas, una docena de pañuelos, toallas...

-¡Pero con eso tenemos para diez años! -exclamó Summy Skim.

-No, dos años solamente.

-Solamente, Ben... Solamente es simplemente espantoso. Veamos, sólo se trata de ir a DawsonCity, de ceder la parcela 129 y regresar a Montreal.

-Sin duda, Summy, si nos dan lo que vale la parcela.

-Y si no nos lo dan...

-Reflexionaremos.

En la imposibilidad de obtener otra respuesta, Summy Skim no insistió y, durante los días que precedieron a la partida, erró como un alma en pena de la casa de la calle Jacques-Cartier al estudio del señor Snubbin.

El 2 de abril por la mañana, los dos primos se encontraban en la estación de Montreal, adonde ya se había transportado el equipaje. Este no era muy voluminoso y no constituiría verdaderamente un estorbo hasta que se completara en Vancouver.

Antes de dejar Montreal, ellos hubieran podido tomar los billetes de barco para Skagway en la Canadian Pacific. Pero Ben Raddle no se había decidido aún por el camino para llegar a DawsonCity. Podía ser el que remonta el Yukon desde su desembocadura hasta la 'capital de Klondike, o el que, al otro lado de Skagway, atraviesa las montañas, las planicies y los lagos de la Columbia británica.

Habían partido al fin los dos primos, uno arrastrando al otro; este último resignado, el primero, lleno de confianza. Iban a viajar, por lo demás, en las mejores condiciones. Ocupaban un vagón de primera clase de los más confortables, y es comprensible que se quieran tener todas las comodidades cuando se trata de un viaje de cuatro mil setecientos kilómetros o, lo que es lo mismo, de seis días.

Durante la primera parte del viaje, el tren atravesó esa región del Dominion que comprende los tan variados distritos del este y del centro. Sólo después de atravesar la zona de los Grandes Lagos entrarían en los territorios menos poblados y a veces desiertos de las proximidades de la Columbia británica. Era la primera vez que Summy Skim y Ben Raddle visitarían esa parte de Norteamérica.

El tiempo era bueno, el aire agradable, el cielo se veía velado por ligeras brumas. La columna termométrica oscilaba alrededor del cero, con un aire seco y cortante cuando estaba por encima de cero, y breves nevazones cuando estaba por debajo.

Las planicies completamente blancas se extendían hasta perderse de vista. En algunas semanas se tornarían verdosas. Los múltiples ríos se liberarían de su capa de hielo. Numerosas bandadas de aves, adelantándose al tren, se dirigían hacia el oeste, batiendo fuertemente las alas. De cada lado de la vía, sobre la nieve, se podían observar las huellas de animales, fieras u otros, que se dibujaban hasta los bosques del horizonte. Allí había pistas que hubiera sido fácil seguir hasta concluir en un buen tiro. Se puede imaginar la impaciencia de Summy Skim, encerrado en ese vagón, sin poder satisfacer sus instintos de cazador.

Aunque, en efecto, se trataba de cazar en ese momento. Había cazadores en ese tren que marchaba hacia Vancouver. Pero eran sólo cazadores de pepitas, y los perros que los acompañaban no estaban destinados a atrapar perdices o liebres ni a perseguir ciervos u osos. No, los amos, que los habían comprado en Montreal, tenían intención de emplearlos para tirar los trineos cuando debieran atravesar la superficie solidificada de los lagos

y de las corrientes de agua en toda esa parte de la Columbia británica comprendida entre Skagway y el distrito de Klondike.

Entre los viajeros embarcados en Montreal o recogidos en las diversas estaciones del Canadian Pacific Railroad, se encontraban emigrantes, campesinos y hombres de la ciudad que, desafiando las más espantosas miserias, el frío, la enfermedad, iban a buscar fortuna en los barriales del Yukon.

Sí, la fiebre del oro no había hecho más que comenzar. No cesaban de llegar noticias sobre el descubrimiento de numerosos yacimientos en los ríos Eldorado, Bonanza, Hunter, Bear, Gold Bottom, afluentes todos del Klondike, cuyo curso sobrepasa los doscientos cuarenta kilómetros. Se hablaba de parcelas en las cuales el prospector lavaba hasta mil quinientos francos de oro por fuente. La afluencia de emigrantes no cesaba de crecer. Se lanzaban sobre Klondike como se habían lanzado sobre Australia, California,

el Transvaal, y las compañías de transporte no daban abasto. Además, los que llevaba ese tren no eran en absoluto representantes de sindicatos, de sociedades, organizados con el apoyo de grandes bancos de América o de Europa, hombres provistos de excelentes materiales que podían sentirse al abrigo de cualquier contingencia, pues serían reaprovisionados constantemente de ropa y víveres por servicios especiales. No, allí sólo había pobre gente víctima de todos los rigores de la existencia, pobres hombres expulsados de sus respectivos países por la miseria, y a los cuales, hay que reconocerlo, la esperanza de hacer de pronto fortuna había trastornado el cerebro. Estos aventureros, si no tenían los medios de trabajar por cuenta propia, podían través del distrito de Cassiar, tan célebre desde el punto de vista cinegético. Pasando por Edmont, Fort Saint John, Peace River, Dease, Francis, Pelly, une el nordeste de la Columbia británica con el Yukon. Pero, difícil y larga, obliga a los viajeros a reaprovisionamientos frecuentes, en un recorrido que sobrepasa los dos mil kilómetros. Es verdad, esta región es particularmente aurífera. Se puede lavar en casi todos los cursos de agua. Pero está desprovista de recursos y no será aprovechable sino cuando el gobierno canadiense haya establecido lugares de relevo cada quince leguas.

Durante la travesía de las Rocosas, en los recodos que hacía el tren, los viajeros pudieron entrever el monte Stephen, el Cathedral Peak, soberbios lugares, y particularmente esos titanes de Selkirk, eternamente cubiertos con sus casquetes de nieve, los glaciares que se perdían en la distancia. En medio de esas soledades reinaba el silence of all life, sólo perturbado por los aullidos de la locomotora.

Antes de dejar Montreal, Summy Skim se procuró el Short, una guía publicada por el Canadian Pacific Railway. Si no podía visitar todos los lugares célebres señalados en ese libro, por lo menos leía las descripciones. Se informaba además en esta guía para elegir los hoteles en las diversas estaciones en que se detenía el tren. No era raro que fuesen de primer orden, notable comodidad y cocina excelente, lo que variaba un poco la rutina de las comidas en el coche-comedor; así el Skyte, en la estación de Field, y el Glacier, que tenía una espléndida vista al grupo de Selkirk.

A medida que el tren avanzaba hacia el oeste, nuevas regiones se extendían delante, no ya tierras fértiles de las que el trabajo podía extraer una rica

producción. No. Eran los territorios de Kootaway, esos Gold Field del Caribú donde se encontró y se encuentra todavía abundante oro, esa red hidrográfica que arrastra pepitas del precioso metal. Se podía uno preguntar por qué los prospectores no frecuentaban más asiduamente un país al que era fácil llegar, en lugar de afrontar las fatigas y los enormes gastos de un largo viaje a Klondike.

Y Summy Skim se decía y se repetía, mientras el tren lo alejaba más y más de Montreal y de Green Valley:

"En verdad, es aquí en el Caribú donde el tío Josías debía haber tentado fortuna. Ya habríamos llegado. Ya sabríamos lo que vale su parcela. Tendríamos el dinero en veinticuatro horas y nuestra ausencia no duraría más de una semana...".

Sí, pero sin duda estaba escrito en el gran libro del destino que Summy Skim debía llegar a esa terrorífica región de Klondike y atascarse en los barriales de Forty Miles Creek.

El tren continuó hacia el litoral de la Columbia británica, dirigiéndose en línea oblicua al sudoeste. Ningún incidente marca la última parte de este viaje de cuatro mil seiscientos setenta y cinco kilómetros y, al cabo de seis días, los dos primos abandonaron

el vagón del Canadian Pacific Railroad y pusieron los pies en Vancouver.

IV
Vancouver

La ciudad de Vancouver no se halla en la gran isla de ese nombre, situada frente al litoral columbano. Ocupa una punta de esa lengua de tierra que se destaca del continente y no es más que una metrópoli. Victoria, la capital de la Columbia británica, con una población de dieciséis mil habitantes, se yergue precisamente en la costa sudeste de la isla, donde se encuentra igualmente New-Westminster, con seis mil almas.

Vancouver fue fundada en el extremo de una rada que se abre en el sinuoso estrecho de Juan de la Fuca, el cual se prolonga hacia el noroeste. Detrás de la rada se alza el campanario de una capilla, entre espesas frondosidades de pinos y cedros que bastarían para ocultar las torres de una catedral.

Después de continuar por el lado meridional de la isla, que llevó en un principio el nombre de sus dos primeros ocupantes, el español Cuadra y el inglés Vancouver, este estrecho bordea las costas orientales y septentrionales bajo las denominaciones de Georges al este y de Johnstone y Reina Carlota al norte. Ya se ve, el puerto de Vancouver es fácilmente accesible para los navíos que vienen del Pacífico, sea que desciendan a lo largo del litoral canadiense, sea que suban por el litoral de los Estados Unidos de América.

¿Los fundadores de la ciudad de Vancouver adivinaron el porvenir? No se puede responder a esta pregunta, aunque hoy el descubrimiento de los yacimientos auríferos de Klondike le dan a la ciudad una animación exuberante. Lo que es cierto es que Vancouver podría albergar una población de cien mil habitantes. La circulación sería fácil por sus calles, que se cortan en ángulo recto como los casilleros de un tablero de ajedrez. Vancouver posee iglesias, bancos, hoteles. Tiene luz eléctrica y de gas. Se provee de agua en las fuentes situadas al norte de Burardi Inlet. Está comunicada por puentes que atraviesan el estuario de False-Bay, y posee un parque de trescientos ochenta hectáreas de superficie, acondicionado en la península del noroeste.

A la salida de la estación, Summy Skim y Ben Raddle, siguiendo los consejos de la guía que llevaban, se hicieron conducir al hotel Westminster, en el que se hospedarían hasta el día en que les fuera posible partir para Klondike.

Lo difícil fue precisamente encontrar habitación en ese hotel, que estaba a rebasar. Los viajeros afluían por esa época en que los trenes y los paquebotes desembarcaban doscientos emigrantes al día. Es fácil imaginar las ganancias que obtenía la ciudad, en especial los ciudadanos que se dedican a alojar y alimentar a los forasteros imponiéndoles precios inverosímiles. Estos, claro, permanecían en la ciudad el menor tiempo posible, tanta era la urgencia que tenían de llegar a los territorios a los que el oro los atraía como el imán al hierro. Pero no era fácil partir. Costaba encontrar lugar en los numerosos barcos que se dirigían al norte después de haber hecho escalas en diferentes puertos de México y Estados Unidos.

Muchos van a través del Pacífico en dirección de la desembocadura del Yukon, en Saint-Michel, en la costa occidental de Alaska, y remontan el curso del río hasta Dawson-City, la capital de Klondike. Sin embargo, la mayoría de los barcos tiene como destino Victoria y Vancouver, de donde llegan a Dyea o Skagway bordeando la costa americana. Cuál de estas dos rutas tomaría Ben Raddle, era un asunto que el ingeniero acababa de resolver. Pero, entre tanto, Summy Skim y él debieron instalarse en una de las habitaciones del hotel Vancouver, en el que por lo menos no tendrían motivo para quejarse ni del servicio ni de la comida.

Lo primero que preguntó Summy Skim en cuanto estuvieron instalados en su habitación, fue:

-¿Y cuánto tiempo estaremos en Vancouver, mi querido Ben?

-Unos cuatro días -respondió Ben Raddle-, el tiempo que falta para la llegada del Foot-Ball.

-¿El Foot-Ball? ¿Qué es eso de Foot-Ball?

-Un barco del Canadian Pacific que nos llevará a Skagway, y en el cual voy a reservar pasaje hoy mismo.

-Así, pues, ¿entre las diferentes rutas que conducen a Klondike ya has elegido una?

-La elección estaba hecha, Summy, desde el momento en que no me decidí por la desembocadura del Yukon, una travesía de cuatro mil quinientos kilómetros. Tomaremos la ruta más frecuentada, y, siguiendo el litoral de la Columbia británica al abrigo de las islas, llegaremos a Skagway sin fatiga. En esta época del año, el lecho del Yukon está aún copado de hielo, y no es raro que los barcos zozobren, sin contar con que pueden demorarse en llegar hasta el mes de julio. Por el contrario, el Foot Ball no tardará más de una semana en llegar, sea a Skagway, sea hasta el mismo Dyea. Es verdad que después, una vez desembarcados, tendremos que franquear las pendientes del Chilkoot o de White Pass, que son bastante escarpadas, pero, una vez al otro lado, mitad por tierra, mitad por los lagos, alcanzaremos el Yukon, que nos conducirá a Dawson-City. Pienso que llegaremos a nuestro destino a comienzos de junio, es decir en la época favorable. No tenemos más que hacemos de paciencia y esperar el FootBall.

-¿Y de dónde viene ese paquebote de nombre deportivo? -preguntó Summy Skim.

-Precisamente de Skagway, pues pertenece a un servicio regular entre Vancouver y esa ciudad. Se le espera para el 14 de este mes, a más tardar.

-Bueno, Ben, ya que eso te conviene, querría ya estar a bordo del Foot-Ball.

-¿Apruebas mi proyecto?

-Enteramente, y ya que nuestro destino es ir a Klondike, yo confío en ti para llegar allá en las mejores condiciones.

Los dos primos no estarían muy ocupados durante su estancia en Vancouver. No tenían que completar su equipaje, y no había que adquirir el material necesario para la explotación de la parcela, ya que el del tío Josías quedaba a su disposición. Durante la travesía en el Foot-Ball, volverían a encontrar las comodidades de que habían disfrutado durante el viaje en el tren del Transcontinental Pacific. Sería en Skagway donde Ben Raddle tendría que ocuparse especialmente en preparar los medios de transporte hasta Dawson-City, conseguir una embarcación desmontable para la navegación de los lagos y un equipo de perros para tirar los trineos en las planicies heladas. Vería además si no convenía tratar con algún transportista de oficio que los condujera a Dawson-City, llevando los víveres necesarios para un largo viaje por si resultaba difícil procurárselos en el

camino. Evidentemente, todo ello era muy costoso, pero bastarían una o dos pepitas de oro para resarcirse de los gastos.

Habría también que resolver las cuestiones reglamentarias con la aduana canadiense, que es bastante exigente, por no decir desagradable, y siempre está dispuesta a crear dificultades.

Por lo demás, tal era la animación de la ciudad, tal la afluencia de viajeros, que Summy Skim no se aburrió un instante. Nada más curioso que la llegada de los trenes, tanto de los que venían del este del Dominion como de los que venían de los Estados de la Unión. Nada más interesante que el desembarco de esos miles de pasajeros que los vapores depositaban en Vancouver. Cuánta gente que esperaba su partida para Skagway o Saint-Michel erraba por las calles, la mayoría reducidos a acurrucarse en los rincones del puerto o en los tablones de los muelles inundados de luz eléctrica.

Las ocupaciones -orden y vigilancia- no faltaban a la policía en medio de esta abrumadora muchedumbre compuesta por toda clase de aventureros sin Dios ni ley, que llegaban atraídos por la fama de Klondike. A cada paso se encontraban agentes vestidos con un uniforme color hoja seca, listos para intervenir en las muchas querellas que se producían y que no era raro terminaran con derramamiento de sangre, pues los mineros son buenos para el cuchillo.

Sin duda estos policías realizaban su tarea, a menudo peligrosa, a menudo difícil, con todo el celo y todo el coraje que se requería en ese mundo de emigrantes en que se enfrentan individuos de todas las clases sociales y, quizás más particularmente, de la de los sin clase. Pero podría ser también que estos policías pensaran que sería para ellos más provechoso y menos peligroso lavar el barro de los afluentes del Yukon. Cómo olvidar que cinco policías canadienses, casi al comienzo de la explotación del Klondike, habían vuelto con cien mil dólares de beneficio. Estos hombres debían tener una gran fuerza de voluntad para no contraer la fiebre del oro como tantos otros.

Varias veces, consultando su guía, Summy Skim quedó impresionado al leer que durante el invierno la temperatura descendía a cincuenta grados bajo cero. Parecía exagerado, aun considerando que Dawson-City está casi atravesada por el círculo polar ártico. Sin embargo, lo que lo hizo reflexionar fue ver en una tienda de óptica, en una de las calles de Vancouver, varios termómetros que marcaban hasta noventa grados bajo cero.

"Es evidente que en esto hay una exageración", pensó. "La gente de Klondike está orgullosa de sus fríos y los luce casi con coquetería."

Summy Skim entró en la tienda del óptico y le pidió que le mostrara algunos termómetros, porque quería elegir uno.

El comerciante tomó diversos modelos de este instrumento de su vitrina y se los ofreció. Todos estaban graduados, no según la escala Fahrenheit, que es la que se usa en el Reino Unido, sino según la escala centígrada, la más corriente en el Dominion, todavía imbuido de las costumbres francesas.

-¿Estos termómetros están bien graduados? -preguntó Summy Skim.

-Desde luego, señor -respondió el óptico-. Estoy seguro de que usted quedará satisfecho.

-Pero por lo menos no habrá días en que marquen setenta u ochenta grados -declaró Summy Skim en el tono más serio.

-Bueno -replicó el comerciante-, lo esencial es que marquen lo justo.

-Desde luego, señor. ¿Y ocurre que la columna descienda a sesenta grados bajo cero?

-Frecuentemente, señor, e incluso más.

-Vamos -dijo Summy Skim-, es difícil de admitir, incluso en Klondike, que un termómetro pueda bajar tanto.

-¿Y por qué no? -respondió el comerciante con cierto orgullo-, y si el señor desea un instrumento que esté graduado hasta ahí...

-Gracias, gracias -respondió Summy Skim-. Me contentaría con el que sólo llega hasta sesenta.

Y, después de todo, para qué esta adquisición, habría debido preguntarse. Cuando los ojos se agrietan bajo los párpados enrojecidos por el viento del norte, cuando el aliento se transforma en nieve en torno tuyo, cuando la sangre se hiela en las venas, cuando no se puede tocar un objeto de metal sin dejar en él la piel de los dedos, cuando sientes delante de las fogatas como si el fuego mismo hubiera perdido todo su calor, no se tiene mucho interés en saber si la temperatura es de sesenta o de ochenta grados bajo cero, y no hay necesidad de termómetro para comprobarlo.

Los días transcurrían y Ben Raddle, que ya había terminado los preparativos, no ocultaba su impaciencia mientras esperaba la llegada del FootBall. ¿Se habría retrasado en el mar? Se sabía que había partido de Skagway el 10 de abril. La travesía duraba cinco días, y ya debería haber estado a la vista de Vancouver.

En verdad, la escala que haría sería muy corta, la suficiente para recoger a las centenas de pasajeros que habían reservado pasaje. No había carga que embarcar ni 'que desembarcar. Este paquebote no se dedicaba al transporte de mercancías, sino sólo al de emigrantes. Sólo tendría que limpiar sus calderas, llenar sus bodegas de carbón y aprovisionarse de agua dulce. Sería un asunto de veinticuatro horas, treinta y seis a lo más, y no había que temer la lentitud de una travesía que se efectuaba junto al litoral y, lo más a menudo, bajo la protección de las islas.

En cuanto al aprovisionamiento de DawsonCity, se hacía por medio de barcos de carga que transportaban harina, líquidos, carnes en conserva y legumbres secas, y llegaban hasta Skagway sin recoger pasajeros. Después del Foot-Ball, se esperaban otros barcos, que embarcarían a varios miles de emigrantes con destino a Klondike. Los hoteles y albergues de Vancouver no daban abasto para recibirlos, y familias enteras dormían al sereno. Que se juzgue por sus miserias actuales las que les reservaba el porvenir, sin techo y con una temperatura aún más rigurosa.

La mayor parte de esa pobre gente no iba a encontrar más comodidad a bordo de los barcos que los transportaban de Vancouver a Skagway, y luego, ¡qué interminable, qué espantoso viaje de Skagway a Dawson-City! A bordo, las cabinas de popa y de proa apenas bastaban para los pasajeros que querían pagarlas. El entrepuente daba asilo a familias que se amontonaban por esos seis o siete días de travesía debiendo bastarse para todas sus necesidades. Había incluso quienes aceptaban viajar encerrados en la cala, como animales. Por último, eso era preferible a estar expuesto en el puente a los rigores atmosféricos, a las ráfagas glaciales, a las tempestades de nieve, tan frecuentes en esos parajes que remontan hasta el círculo polar.

Por esa época, Vancouver no estaba invadida sólo por los emigrantes que acudían de las profundidades del Viejo y el Nuevo Mundo. Había que contar también las centenas de mineros que no querían pasar el invierno en los glaciares de Dawson-City. Durante esos meses resulta imposible continuar la explotación de las parcelas. Todos los trabajos

deben ser suspendidos por fuerza, ya que el suelo se cubre con unos diez a doce pies de nieve y esta capa, sometida a un frío de cuarenta y cincuenta grados, se endurece como el granito y quiebra las piquetas.

Los prospectores que pueden hacerlo, los que la suerte en cierto modo ha favorecido, prefieren regresar a las principales ciudades de la Columbia británica. Tienen oro y lo gastan con una prodigalidad de la que es difícil hacerse idea. Tienen la convicción de que la fortuna jamás los abandonará: la próxima estación será fructuosa... se han descubierto nuevos yacimientos en los afluentes de Yukon y del Klondike... se llenarán las manos con un cúmulo de pepitas. A fines de abril o principios de mayo llegará el momento de volver a sus terrenos y recomenzar la campaña. Estos hombres ocupan la mejores habitaciones de los hoteles para pasar los seis o siete meses de invierno, como tendrán las mejores cabinas en los paquebotes para regresar a Skagway y retomar las rutas del norte.

Pronto Summy Skim pudo comprobar que era entre estos hombres, los mineros afortunados, donde se encontraban los tipos más violentos, más groseros, más alborotadores, los que se abandonaban a todos los excesos en las casas de juego, en los casinos, donde, con el dinero en la mano, se sentían los amos.

En tales circunstancias, Summy Skim conoció a uno de estos prospectores de reputación deplorable, la que por desgracia se confirmaría en el futuro.

El 15 de abril, por la mañana, Summy Skim y Ben Raddle se paseaban por el muelle cuando se escucharon los pitazos de un barco.

-Por fin el Foot-Ball -dijo el más impaciente de los dos primos.

-No creo -respondió el otro-. Esos pitazos vienen del sur, y el Foot-Ball debe venir del norte.

En efecto, se trataba de un vapor que llegaba al puerto de Vancouver después de remontar el estrecho de Juan de la Fuca, y por lo tanto no podía proceder de Skagway.

Sin embargo, Ben Raddle y Summy Skim se dirigieron hacia el extremo de la escollera en medio del numeroso público que se reúne cada vez que llega un barco. Además, varias centenas de pasajeros iban a desembarcar en espera de poder tomar otro barco que los condujera al norte.

El paquebote que se acercaba era el Smyth, un navío de dos mil quinientas toneladas que hacía todas las escalas de la costa americana desde el puerto mexicano de Acapulco. Después de haber desembarcado a sus pasajeros en Vancouver, el Smyth debía regresar a su punto de partida, pues sólo se encargaba del servicio del litoral. Sus pasajeros llegaban a engrosar la muchedumbre de los que debían elegir en Vancouver entre la ruta de Skagway o la ruta de Saint-Michel para ir a Klondike. Sin duda el FootBall no bastaría para transportar a toda esa gente, y la mayoría tendría que esperar otros barcos para llegar a Dawson-City.

Ben Raddle y Summy Skim hubieran preferido que la sirena, cuyo silbido se acentuaba a medida que el barco entraba en la rada, anunciara el FootBall. Pero, aunque fuera el Smyth, les pareció curioso asistir al desembarco.

Cuando el paquebote atracó, se vio a uno de los pasajeros empujar furiosamente para ser de los primeros en desembarcar. Sin duda tenía prisa por reservar pasaje en el Foot-Ball. Era un hombre corpulento, brutal y vigoroso, de barba negra y tupida, la tez bronceada de los hombres del sur, mirada dura y cara de malvado, antipática a primera vista. Lo acompañaba otro pasajero, de la misma procedencia a juzgar por el aspecto, y que no parecía más paciente ni más sociable que él.

Había otros pasajeros que tenían tanta prisa como él por desembarcar. Pero hubiera sido difícil adelantársele, ya que se abría paso a codazos, indiferente a las órdenes de los oficiales y del capitán, rechazando a los que tenía a su lado, insultándolos con una voz ronca que acentuaba la dureza de sus injurias, proferidas mitad en inglés, mitad en español.

-Allí tenemos lo que se puede llamar un agradable compañero de ruta -dijo Summy Skim-, si llega a conseguir pasaje en el Foot Ball.

-Sólo será por unos días -respondió Ben Raddle-, y ya nos arreglaremos para mantenerlo apartado.

En ese momento, uno de los curiosos que se encontraban junto a los dos primos exclamó:

-Pero, ¿no es ese condenado de Hunter? ¡Tendremos ruido esta tarde en las casas de juego, si es que no se va hoy mismo de Vancouver!

Summy Skim comprendió que el tal Hunter era muy conocido, aunque no por sus cualidades. Debía ser uno de esos aventureros que regresaban de su país en espera de la época favorable para recomenzar una nueva campaña.

En efecto, Hunter, uno de esos tipos violentos, de sangre americana mezclada con sangre española, regresaba de Texas, su país de origen. Este mundo revuelto de los buscadores de oro le proporcionaba justamente el medio que convenía a sus bajos instintos, a sus costumbres repugnantes, a sus pasiones brutales, a su gusto por la existencia irregular, donde sólo reina el azar. Efectivamente, llegaba ese día a Vancouver con su compañero para esperar allí el Foot-Ball. Cuando supo que el paquebote no llegaría antes de treinta y seis o cuarenta y ocho horas, se hizo conducir al hotel Westminster, donde Ben Raddle y Summy Skim estaban alojados desde hacía seis días.[8]

Sin duda, no era para felicitarse de que se les hubiera impuesto la compañía de un tipo así. Pero ya sabrían evitarlo, tanto durante la estancia en el hotel como en la travesía de Vancouver a Skagway.

A Summy Skim se le ocurrió informarse de quién era este tal Hunter.

-¡Quién no lo conoce en Vancouver y en Dawson-City! -le respondieron.

-¿Es un propietario de parcela?

-Sí, una parcela que explota él mismo.

-¿Y dónde está situada esa parcela?

-En el Forty Miles.

-¿Tiene número?

-Ciento veinte y siete.

-¡Vaya! -exclamó Summy Skim-, nosotros tenemos el 129. Seremos vecinos de ese abominable texano...

Al día subsiguiente, la llegada del Foot Ball fue señalada a la salida del estrecho de la Reina Carlota, y veinticuatro horas después, en la mañana del 17 de abril, se hacía a la mar.

[8] Julio Verne olvida que los dos primos estaban alojados en el hotel Vancouver.

V
A bordo del Foot-Ball

El Foot-Ball desplazaba mil doscientas toneladas, y si no contaba más pasajeros que toneladas era porque el inspector de navegación no había autorizado el embarque de un número mayor. Por lo demás, la línea de flotación, indicada por el cero atravesado por una barra pintado en el casco, ya se encontraba bajo el nivel normal. En veinticuatro horas las grúas del muelle habían depositado a bordo una pesada carga, una centena de bueyes, caballos y asnos, una cincuentena de renos y varios cientos de perros destinados a tirar los trineos en el hielo.

Cabe destacar, de pasada, que estos perros eran san Bernardo y esquimales, comprados en su mayoría en las ciudades canadienses, donde los precios son menos elevados, incluso contado el costo del transporte.

En cuanto a los pasajeros del Foot-Ball, había de todas las nacionalidades: ingleses, canadienses, franceses, noruegos, suecos, alemanes, australianos, americanos del sur y del norte, unos con familia, otros sin ella. Se comprende que, si la separación en dos clases era posible en las cabinas de primera y de segunda, no había medio de evitar la promiscuidad en el puente. Incluso en las cabinas se había doblado el número de literas: cuatro en lugar de dos. El entrepuente presentaba el aspecto de un largo dormitorio con una serie de caballetes entre los cuales se tendían hamacas. En cuanto al puente, ya se puede imaginar lo que era. Apenas se podía circular. Los pobres, que no podían pagar los treinta y cinco dólares que costaba una cabina, se amontonaban en la borda. Es verdad que, si tenían con qué abrigarse, las ráfagas de frío resultaban soportables y, por la protección de las islas, los temibles mares no eran demasiado peligrosos desde Vancouver a Skagway.

Ben Raddle había podido reservar dos lugares en una de las cabinas de popa. Un tercer hombre ocupaba la misma cabina, un noruego llamado Boyen, que poseía una parcela en el Bonanza, uno de los afluentes del Klondike. Era un hombre apacible y suave, audaz y prudente a la vez, de esa raza escandinava que ha dado a los Audrec y los Nansen. Originario de Christiania, regresaba a Dawson-City después de haber visitado su ciudad natal durante el invierno. En suma, era un compañero de viaje poco molesto, poco comunicativo, con el cual Summy Skim no pudo intercambiar más que unas cuantas palabras de cortesía.

Era una suerte que los dos primos no tuvieran que compartir la cabina del texano. Hunter y su compañero habían reservado una cabina de cuatro plazas, aunque ellos sólo fueran dos. Varios pasajeros que no habían podido conseguir cabina les habían rogado en vano a estos groseros personajes que les cedieran los dos lugares vacantes. Perdieron su tiempo, sin hablar del brutal rechazo que recibió su petición.

Ya se ve, este Hunter y este Malone -así se llamaba el otro- no se hacían problemas con los precios. Ganaban mucho con la explotación de su parcela. Gastaban sin medida y derrochaban dine

ro en el juego. Como el Foot-Ball tenía un salón de (...) y de póquer, se pasarían allí horas enteras. Los demás pasajeros no experimentaban ningún deseo de frecuentarlos, y ellos no manifestaban deseos de frecuentar a nadie.

En cuanto hubo salido, a las seis de la mañana, del puerto y de la bahía de Vancouver, el Foot Ball enfiló por el canal para llegar al extremo septentrional de la isla. A partir de ese punto, a menudo protegido por las islas Reina Carlota y Príncipe de Gales, no tendría más que remontar una 'corta distancia a lo largo de la costa americana.

Los pasajeros de popa no debían abandonar el toldillo que les estaba reservado. El puente estaba atestado de corrales con animales encerrados: bueyes, caballos, asnos, renos a los que no se podía dejar impunemente en libertad. No ocurría lo mismo con la turba de perros, que circulaban aullando en medio de los grupos de segunda clase, hombres todavía jóvenes pero en los que ya eran visibles los signos de la miseria, mujeres de aspecto agotado rodeadas de niños enfermizos. Esta gente emigraba, no para explotar algún yacimiento por su cuenta, sino para ponerse al servicio de los sindicatos, de los cuales se disputaban los salarios.

-Bueno -dijo Summy Skim-, tú lo has querido, Ben, y aquí estamos, en camino hacia Eldorado. Después de todo, ya que ha sido preciso hacer este viaje, lo que he visto hasta aquí y lo que veré más adelante es sin duda curioso. Tendré ocasión de estudiar allí este mundo de los buscadores de oro, que no parece precisamente de los más recomendables.

-Sería difícil que fuera diferente, mi querido Summy -respondió Ben Raddle-, y hay que tomarlo como es.

A condición de no pertenecer a él, y nosotros no somos de ese mundo ni lo seremos jamás. Tú eres un caballero, y yo soy otro caballero, y hemos heredado una parcela llena de pepitas, quiero creerlo, pero no nos quedaremos ni con la menor parte de ella.

-Eso se entiende -respondió Ben Raddle, con un imperceptible movimiento de hombros que no tranquilizó demasiado a Summy Skim.

-Vamos a Klondike a vender la parcela de nuestro tío Josías -continuó Skim-, aunque hubiera sido fácil efectuar esta venta sin hacer el viaje. ¡Señor Dios! De sólo pensar que yo hubiera podido compartir los instintos, las pasiones, las envidias de esta turbamulta de aventureros...

-Me vas a citar el auri sacra fames, Summy...

-Y con razón, Ben -respondió Summy Skim-. Esta execrable sed de oro, por la que siento horror, este deseo desenfrenado de riquezas que hace sufrir tantas miserias, no es un trabajo; es un juego. Es la competencia por el primer premio, por la gran pepita. Y cuando pienso que, en lugar de navegar en este barco a países inimaginables, podía estar en Montreal, preparándome para ir a pasar la bella estación en las delicias de Green Valley...

-Prometiste no recriminarme, Summy. Terminado, Ben. Es la última vez, y no pienso más que en...

-¿En llegar a Dawson-City? -preguntó Ben Raddle, no sin cierta ironía.

-En regresar, Ben, en regresar -respondió con franqueza Summy Skim.

Mientras el Foot Ball evolucionaba en el estrecho de la Reina Carlota sin alcanzar mucha velocidad, los pasajeros no sufrieron con el mar; apenas se hacía sentir el balanceo. Pero cuando el paquebote hubo pasado la punta extrema de la isla de Vancouver, quedó expuesto al oleaje del mar abierto. El recorrido era el más largo que tendría que hacer en esas condiciones, hasta la altura de la isla de la Reina Carlota, esto es, a una distancia de (...) millas más o menos. Encontraría de nuevo la alta mar entre esta isla y la del Príncipe de Gales, al atravesar la Dixon Entrance, pero durante (...) millas solamente. Más allá navegaría protegido hasta el puerto de Skagway.

El tiempo era frío, la brisa áspera, el cielo nuboso a causa del viento del oeste. Un fuerte oleaje azotaba las arenas del litoral columbiano. Ráfagas de lluvia y nieve caían con violencia. Podemos imaginar lo que debían sufrir los emigrantes que no podían encontrar refugio ni bajo los toldos instalados en la cubierta ni en el entrepuente. La mayoría estaban abrumados por el mareo, pues al balanceo se unían las sacudidas del barco y resultaba imposible transitar sin asirse de las jarcias. Los animales no padecían menos. A través de los silbidos de las ráfagas se escuchaban mugidos, relinchos, rebuznos, un concierto espantoso del que es difícil hacerse idea. Los perros corrían de un lado para otro, rodaban, ya que era imposible mantenerlos atados o encerrados. Algunos de estos animales se volvían furiosos. Se echaban sobre los pasajeros, les saltaban a la garganta tratando de morderlos. Fue necesario matar a tiros a algunos de ellos. Esto provocó un desorden que el capitán y sus oficiales lograron controlar sólo después de grandes esfuerzos.

Obviamente, Summy Skim, convertido en un observador decidido, desafiaba el mal tiempo y sólo regresaba a su camarote a las horas de reposo.

Ni él ni su primo se marearon, y tampoco su compañero de viaje, el impasible noruego Boyen, al cual nada de lo que ocurría parecía impresionar.

Lo mismo sucedió con el texano Hunter y su camarada Malone. Desde el primer día lograron reunir una banda de jugadores y se instalaron alrededor de una mesa a jugar al monte y al faro. Día y noche se escuchaban sus provocaciones y sus brutales vociferaciones.

Entre las pasajeras que el último tren de Montreal había conducido a Vancouver, dos habían llamado la atención de Summy Skim. Eran dos religiosas que habían llegado a Vancouver en la víspera de la partida y que tenían plaza reservada a bordo del Foot-Ball. Una tenía treinta y dos años, y la otra, veinte. Francocanadienses de nacimiento, pertenecían a la congregación de las hermanas de la Misericordia, que las enviaba al hospital de Dawson-City porque su superiora había solicitado un aumento del personal.

Summy Skim no pudo reprimir su emoción ante estas dos hermanas que, obedeciendo la orden de su convento de Montreal, se habían puesto en camino inmediatamente, sin duda sin una réplica, sin la menor vacilación. Y a qué peligroso viaje se exponían, con qué mundo de aventureros y desgraciados de toda especie iban a mezclarse. Qué sufrimientos tendrían que soportar durante ese largo viaje, y qué miserias les esperaban en Klondike, de donde quizás jamás regresarían... Pero el espíritu de caridad las sostenía y el espíritu de devoción las inundaba. Su misión era socorrer a los desventurados, y ellas no fallarían.

Ya a bordo de ese paquebote que las llevaba tan lejos, se dedicaron a aliviar a los pobres sin distinción, prodigando sus cuidados a las mujeres,

a los niños, privándose ellas mismas para procurar algún bienestar a los otros.

Sólo al cuarto día el Foot-Ball se encontró de nuevo al abrigo de la isla de la Princesa Carlota.[9]

La navegación se efectuó entonces en condiciones menos duras, en un mar ya no perturbado por un oleaje furioso. En la orilla se sucedían fiordos comparables a los de Noruega, que debían evocar muchos recuerdos de su país al compañero de cabina de Summy Skim y de Ben Raddle. Junto a esos fiordos se levantaban altos acantilados, boscosos en su mayoría, entre los cuales aparecían, si no aldeas, al menos caseríos de

9 La "Reina" se convierte en "Princesa"...

pescadores y, lo más frecuente, alguna casucha aislada cuyos habitantes de origen indio vivían de la caza y de la pesca. Al paso del Foot-Ball se acercaban a vender sus productos, para los que encontraban fácilmente compradores.

Si detrás de los acantilados, a bastante distancia, las montañas perfilaban sus crestas nevadas a través de la niebla, del lado de la isla de la Princesa Carlota la mirada abarcaba extensas llanuras o espesos bosques completamente blancos de escarcha. Aquí y allá se veían también algunas aglomeraciones de casitas junto a las estrechas caletas donde los barcos de pesca esperaban un viento favorable.

Después de haber traspasado la punta septentrional de esta isla, el Foot Ball quedó otra vez expuesto a la alta mar durante la travesía de la Dixon Entrance, que cierra el norte de la isla del Príncipe de Gales. Esta travesía duró veinticuatro horas. Sin embargo, el balanceo y los bandazos fueron menos violentos. Por lo demás, a partir de Príncipe de Gales el paquebote navegaría protegido por una serie de islas y por la península de Sitka hasta su llegada al puerto de Skagway. La navegación marítima se convertiría en navegación fluvial.

Este nombre de Príncipe de Gales se aplica a todo un archipiélago bastante complicado, cuyo último extremo en el norte se pierde en una maraña de islotes. La isla principal tiene por capital el puerto de Shakan, situado en la costa oeste, en el que los navíos se refugian cuando hay tempestad.

Más allá se prolonga la isla Baranof, donde los rusos fundaron el fuerte de Nuevo Arcángel, y cuya principal ciudad, Sitka, es también la capital de toda la provincia de Alaska. Cuando Alaska fue cedida por el imperio moscovita a los Estados Unidos, Sitka no volvió al Dominion ni a la Columbia británica, sino que, de acuerdo con el tratado de 1867, permaneció bajo el dominio americano.

El Foot-Ball pasó a la vista de Port-Simpson, primer puerto canadiense en el litoral columbiano, al fondo de la Dixon Entrance, pero no hizo escala allí ni en el puerto de Jackson, en la isla más meridional del grupo de Príncipe de Gales.

Si el paralelo 49 constituye el límite de las dos posesiones un poco más abajo de Vancouver, se comprende que la longitud que debe separar Alaska del Dominion tiene que estar claramente determinada a través de esos terrenos auríferos del Norte. Quién sabe si, en un futuro más o menos lejano, no habrá una disputa entre el pabellón de Gran Bretaña y el pabellón de las cincuenta y una estrellas de los Estados Unidos de América...

El 24 de abril por la mañana, el Foot Ball hizo escala en el puerto de Wrangel, en la desembocadura del Stikeen. La ciudad sólo contaba entonces con unas cuarenta casas y algunos aserraderos en actividad, un hotel, un casino y casas de juego, que nunca están inactivas durante la estación.

En Wrangel desembarcaron los mineros que deseaban ir a Klondike por la ruta de Telegraph Creek en lugar de seguir la de los lagos, al otro lado de Skagway. Esta ruta alcanza los cuatrocientos treinta kilómetros, que hay que recorrer en las peores condiciones. Es menos costosa, sin embargo. Una cincuentena de emigrantes dejaron el barco, resueltos a desafiar los peligros y las fatigas a través de esas interminables planicies de la Columbia septentrional.

A partir de Wrangel los pasos se hicieron más estrechos, los recovecos más caprichosos, en un laberinto de islotes entre los cuales se deslizaba el paquebote. Un holandés hubiera podido creer que se hallaba en medio de los dédalos de Zelanda, pero pronto se, habría dado cuenta de la realidad, al oír como silban los vientos glaciales

venidos de las regiones polares, al contemplar todo ese archipiélago todavía sumergido bajo la espesa capa de nieve, al escuchar el tronar de las avalanchas que se precipitan en los fiordos desde lo alto de los acantilados del litoral. Un ruso hubiera estado menos sometido a los efectos de la ilusión, pues se hubiera encontrado en el paralelo de San Petersburgo.

En Mary's Island, en las proximidades de Fort Simpson, el Foot Ball dejó atrás el último puesto de aduana americano. En Wrangel el paquebote se encontraba ya en aguas canadienses. Si algunos pasajeros hubieran desembarcado, no hubiera sido por no estar informados de que la ruta de los trineos seguía impracticable.

El paquebote remontó hacia Skagway a través de pasos cada vez más cerrados, bordeando el continente, cuyo relieve se acentuaba. Después de atravesar la desembocadura del río Taker, hizo escala durante unas horas en Juneau. Esta era todavía una aldea, que andando el tiempo se convertiría en ciudad.

Al nombre de Juneau, su fundador hacia 1882, conviene agregar el de Richard Harris, ya que dos años antes ambos descubrieron los yacimientos de la cuenca de Silver Bow, de donde extrajeron sesenta mil francos de oro en pepitas unos meses después.

De esta época data la primera invasión de mineros, atraídos por la resonancia que obtuvo este descubrimiento y la explotación de los terrenos auríferos en el norte de Telegraph Creek, anterior a la explotación de Klondike. Desde entonces, la mina de Treadwille, trabajada por doscientos cuarenta pilones, tritura hasta mil quinientas toneladas de cuarzo al día y produce dos millones y medio de francos; esta mina, después de cien años de explotación, no se agotaría todavía.

Ben Raddle puso a Summy Skim al corriente de los éxitos obtenidos en estos territorios.

-Bueno -respondió éste-, es una lástima que la parcela de nuestro tío Josías, en lugar de estar en el Forty Miles Creek, no esté en el río Taku.

-¿Por qué?

-Porque no tendríamos necesidad de ir hasta Skagway.

Conviene decir que en ese momento no había razón para lamentarse. El Foot-Ball llegaría a Skagway al día siguiente. Pero entonces empezarían las verdaderas dificultades y muy probablemente las excesivas miserias, cuando se tratara de atravesar los pasos del Chilkoot y de alcanzar la orilla izquierda del Yukon por la ruta de los lagos.

Sin embargo, todos estaban ansiosos por abandonar el Foot-Ball para aventurarse en la región regada por la gran arteria de Alaska. Sólo pensaban en el porvenir, y no para ver en él las fatigas, las contrariedades, los peligros, las decepciones, sino el espejismo con que los deslumbraba.

En fin, después de Juneau el paquebote remontó el canal de Lynn, que termina en Skagway para los barcos de cierto tonelaje, y que las gabarras pueden sobrepasar por dos leguas hasta el pueblo de Dyea. Al oeste resplandecía el glaciar de Muir, de doscientos cuarenta pies de altura, y del cual el Pacífico recibe incesantemente ruidosas avalanchas. Barcas tripuladas por indígenas escoltaban el Foot Ball, que incluso remolcó algunas.

La última tarde a bordo tuvo lugar un formidable partido de cartas en la sala de juego, en el que participaron muchos de los que la habían frecuentado durante la travesía y habían perdido en ella hasta su último dólar. Los dos texanos, Hunter y Malone, habían sido de los más asiduos y, sobre todo, de los más violentos. El resto era de la misma categoría de aventureros que se encontraban habitualmente en las casas de juego de

Vancouver, Wrangel, Skagway y Dawson-City.

No parecía que hasta ahora la fortuna les hubiera sido desfavorable a los dos texanos. Desde que se habían embarcado en Acapulco, varios miles de dólares habían llegado a sus manos gracias a su suerte con las cartas. Y sin duda esperaban que la suerte no los abandonara esa última tarde que pasarían a bordo.

Pero no fue así y, por el ruido que salía de la sala de juego, estaba claro que ésta era el teatro de escenas deplorables. Se escuchaban gritos estridentes, groseras invectivas, y quizás el capitán hubiera debido intervenir para restablecer el orden; pero, como hombre prudente, no lo haría sino en caso de extrema necesidad. Si era preciso, a la llegada acudiría a la policía de Skagway, la que se haría cargo de los alborotadores.

Eran las nueve cuando Summy Skim y Ben Raddle se dispusieron a volver a su cabina. Al descender, se encontraron cerca de la sala de juego, que se hallaba sobre la sala de máquinas. De pronto, la puerta de la sala se abrió con estrépito y una docena de pasajeros se precipitó sobre el puente. Entre ellos se encontraba Hunter, en el último grado de la cólera. Se pegaba con uno de los jugadores, vomitando un torrente de injurias. Una discusión surgida durante el juego había conducido a esta escena abominable, en la que todos esos locos furiosos se disponían a intervenir.

No parecía que Hunter tuviera a la mayoría de su parte, porque se le abrumaba de amenazas, a las que respondía con las más horribles invectivas. Podía ser que la detonación de los revólveres se mezclara con los furiosos bramidos de los contendientes.

En ese momento, Hunter se liberó con un golpe vigoroso del grupo que lo rodeaba y dio un salto adelante. Las dos religiosas, que volvían al toldillo de cubierta, se encontraron delante de él, que derribó sobre el puente a una de ellas, la mayor.

Summy Skim, indignado, se precipitó sobre Hunter, mientras Ben Raddle levantaba a la hermana.

-¡Miserable! -gritó Summy Skim-, usted merecería...

Hunter se detuvo y ya se llevaba la mano a la cintura para sacar un cuchillo que portaba en una vaina cuando, cambiando de opinión, dijo a Summy Skim:

-¡Ah, usted es el canadiense! Nos encontraremos allí. No perderá nada con esperar.

Mientras regresaba a su cabina con su compañero Malone, la religiosa se acercó a Summy Skim.

-Señor -le dijo-, le agradezco su gesto... Pero este hombre no sabía lo que hacía. Hay que perdonarlo, como yo lo perdono.

VI
Skagway

Skagway, como todos esos paraderos perdidos en medio de una región en la que escasean los caminos, donde faltan medios de transporte, al principio era sólo un campamento en el que se detuvieron los primeros buscadores de oro. A una confusión de casuchas le sucedió un conjunto de cabañas, luego casitas, construidas en forma más ordenada en esos terrenos cuyo precio no cesaba de aumentar. Y quién sabe si en el futuro, cuando los yacimientos se hayan agotado, estas ciudades creadas para las

necesidades del momento no serán abandonadas, si esta región no quedará desierta.

No se pueden comparar estos territorios con los de Australia, California o el Transvaal. En esos países, incluso después de la explotación de las vetas, los pueblos se transformaron en ciudades, incluso en metrópolis. En tomo de ellas la región era habitable, el suelo productivo, las empresas comerciales o industriales podían adquirir real importancia y, después de haber entregado sus tesoros metálicos, la tierra bastaba para remunerar el trabajo.

Pero aquí, en esta parte del Dominion, en esta frontera de Alaska, casi en el límite del círculo polar, con este clima glacial, durante esta estación de invierno que dura ocho meses, ¿qué esperar, e incluso qué hacer cuando se hayan extraído las últimas pepitas, en esta región sin recursos, medio agotada ya por los traficantes de pieles?

Es muy posible que Skagway, Dyea, DawsonCity, donde no faltan actualmente la animación de los negocios ni el movimiento de los viajeros, perezcan poco a poco cuando las minas de Klondike queden vacías, aunque se formen sociedades financieras para establecer comunicaciones más fáciles entre ellas y se hable de construir un ferrocarril de Wrangel a Dawson-City.

En ese momento, Skagway rebosaba de emigrantes: los que desembarcaban de los paquebotes del océano Pacífico y los que dejaban allí los trenes canadienses o de Estados Unidos, todos con destino a los territorios de Klondike.

Algunos de estos viajeros se hacían transportar con todo su material hasta Dyea, situada en el extremo del canal de Lynn. Pero no por barco, pues la profundidad del canal no permitía navegar más arriba de Skagway. Los viajeros tomaban pasaje en gabarras construidas de modo que pudieran cubrir las cinco millas que separan las dos ciudades, lo que abreviaba la penosa ruta por tierra.

Era en Skagway, por lo demás, donde comenzaban las verdaderas dificultades del viaje, después de este transporte relativamente (fácil)[10] a bordo de los paquebotes que hacen el servicio del litoral.

Para empezar, había que contar con la vejaciones que impone la aduana americana. En efecto, más allá de Skagway, que pertenece al Dominion, hay una larga banda de treinta y dos kilómetros que es posesión americana. Los americanos, con el fin de impedir el tráfico durante la travesía de esta banda, obligan a los viajeros a aceptar una escolta que los acompaña hasta la frontera y que deben pagar muy cara.

Los dos primos ya habían elegido un hotel entre los varios de que dispone Skagway. Ocupaban una habitación por un precio que sobrepasaba los de Vancouver, por lo que harían todo lo posible para dejarla cuanto antes.

Innecesario es decir que los viajeros hacían nata en este hotel, esperando su partida para Klondike. Todas las nacionalidades se codeaban en el comedor. La comida era tan sólo pasable, pero, ¿tenían derecho a mostrarse difíciles esos emigrantes que por varios meses estarían expuestos a tantas privaciones?

Durante su estancia en Skagway, Summy Skim y Ben Raddle no tuvieron ocasión de encontrarse con los dos texanos cuya compañía habían rehuido a bordo del Foot-Ball. Hunter y Malone partieron a Klondike de inmediato. Como regresaban al lugar de donde habían salido hacía seis meses, sus medios de transporte estaban asegurados con anticipación, y no habían tenido más que ponerse en camino con sus guías, sin el impedimento de un material que ya se encontraba en la explotación de Forty Miles Creek.

[10] Espacio en blanco en el manuscrito de julio Verne.

-Qué suerte que ya no tengamos como compañeros a esos brutos -dijo Summy Skim-, y compadezco a los que van con ellos... a menos que sean tal para cual, lo que es muy probable en este bonito mundo de los buscadores de oro.

-Sin duda -respondió Ben Raddle-, pero esos brutos tienen la suerte de no atrasarse aquí en Skagway, mientras nosotros tendremos que esperar varios días.

-Pero llegaremos, Ben, llegaremos -exclamó Summy Skim-, y, cuando lleguemos, tendremos la oportunidad de reencontrar a esos dos bandidos en la parcela 127, vecina de la 129. Agradable circunstancia. Nos apresuraremos a vender nuestra parcela al mejor precio y tomaremos el camino de regreso.

Si Summy Skim no se preocupó más de los dos texanos, no le ocurrió lo mismo con las dos religiosas que desembarcaron del Foot-Ball. Ben Raddle y él no podían dejar de pensar con impresión en los peligros y en las fatigas a los que iban a exponerse esas santas mujeres. ¿Y qué apoyo, qué ayuda podrían esperar ellas, si alguna vez la necesitaban, de ese tumulto de emigrantes entre los cuales la envidia, la ambición, la pasión del oro extinguía todo sentimiento de justicia y honor? Habían tomado sin vacilar el largo camino de Klondike, ya cubierto de cadáveres por cientos, y no retrocedían ante los peligros que hubieran amedrentado con razón al hombre más resuelto.

Al día siguiente, Summy Skim y Ben Raddle tuvieron la ocasión de encontrar a estas hermanas de la Misericordia; las monjas hacían gestiones para unirse a una caravana cuyos preparativos para la partida se resolverían dentro de algunos días. Esta caravana no comprendía más que a gente miserable, inculta y grosera. ¡Qué compañía para las dos religiosas, durante ese larguísimo viaje entre Skagway y Dawson-City, a través de la región de los lagos!

En cuanto las divisaron, los dos primos se dirigieron a ellas con la esperanza de poder ser útiles. Las dos monjas habían pasado la noche en una casita religiosa de Skagway.

Summy Skim se aproximó y muy respetuosamente les preguntó si, después de las fatigas del

viaje, no pensaban reposar un poco.

-No podemos -respondió la hermana Marta, la mayor de las dos.

-¿Ustedes van a Klondike? -preguntó Summy Skim.

-Sí, señor -respondió sor Marta-. Los enfermos son muy numerosos en Dawson-City. La superiora del hospital nos espera, y desgraciadamente aún estamos lejos.

-Ustedes vienen de... -dijo Ben Raddle.

-De Quebec -respondió la más joven, sor Magdalena.

-Adonde regresarán, sin duda, cuando sus servicios ya no sean necesarios.

-Lo ignoramos, señor -respondió la hermana Marta-. Partimos porque nuestra superiora nos ordenó partir, y regresaremos cuando Dios lo quiera.

Estas palabras manifestaban tanta resignación, o más bien tanta confianza en la bondad divina, que Summy Skim y Ben Raddle se sintieron profundamente emocionados. Luego hablaron de esa lejana Dawson-City, de las largas jornadas de viaje a través de la región lacustre y de los territorios de Yukon, de las dificultades del transporte, de la penosa marcha en trineo sobre la nieve endurecida de las planicies, sobre la superficie helada de los lagos. Cuando las religiosas llegaran a su destino, todas las dificultades habrían desaparecido. Que las epidemias fueran temibles, que las hermanas debieran exponerse día y noche a las enfermedades más peligrosas, era su deber. Tendrían la

satisfacción que proporciona el deber cumplido. Su vida pertenecía a los desventurados, a los afligidos, a todos los que sufren... Por esta razón sor Marta y sor Magdalena buscaban asegurarse los medios de transporte compatibles con los escasos recursos de que disponían.

-¿Ustedes son canadienses, hermanas? -preguntó Summy Skim.

-Francocanadienses -respondió sor Marta-, pero no tenemos familia, o mejor dicho no tenemos más que la gran familia de los desdichados.

-Nosotros conocemos a las hermanas de la Misericordia -declaró Raddle-, y sabemos cuántos servicios han prestado y siguen prestando en todo el mundo.

-Nuestras compatriotas pueden disponer de nosotros -añadió Summy Skim-, si somos tan felices de poder hacerles algún servicio.

-Se lo agradecemos, señores -respondió la hermana Magdalena-, pero tengo la esperanza de que podremos unirnos a esta caravana que se dispone a partir a Klondike.

-¿Ustedes van a Dawson-City, señores? -preguntó la hermana Marta.

-En efecto -respondió Summy Skim-. ¿Con qué fin venir a Skagway si no para subir hasta Dawson-City?

-¿Y piensan permanecer allí toda la estación? -dijo la hermana Magdalena.

-Oh, no -exclamó Summy Skim-, solamente el tiempo de liquidar el asunto que nos lleva hasta allí, y eso puede hacerse en unos días. Pero, en fin, ya que vamos a tomar el camino de Klondike, mis hermanas, en el caso de que ustedes no pudieran arreglarse con esa caravana, estamos a vuestra disposición.

-Se lo agradecemos, señores -respondió sor Marta-. De todos modos nos encontraremos en Dawson-City, donde nuestra superiora estará feliz de volver a ver compatriotas.

Desde que llegó a Skagway, Ben Raddle se ocupaba de asegurarse el transporte a la capital de Klondike. Siguiendo el consejo que le habían dado en Montreal, se había informado de un tal Bill Stell, con el cual proyectaba ponerse en contacto.

Bill Stell se encontraba precisamente en ese momento en Skagway. Era un antiguo explorador de las praderas, de origen canadiense. Durante algunos años, y con gran satisfacción de sus jefes, había cumplido las funciones de scout en las tropas del Dominion, y participó en las largas luchas que éstas sostuvieron contra los indios. Se le tenía por hombre de gran coraje, de mucha sangre fría y muy enérgico.

Stell ejercía actualmente el oficio de escolta de los emigrantes que el regreso del buen tiempo llama a Klondike. Pero él no era solamente un guía; era el jefe de los hombres que servían en los barcos durante la travesía de los lagos, y el propietario del material exigido para el viaje y de los perros que tiraban los trineos en las llanuras heladas que se extienden más allá de los pasos del Chilkoot. También aseguraba la comida para la caravana, que él mismo organizaba.

Precisamente porque contaba con utilizar los servicios de Bill Stell, Ben Raddle no se había cargado de equipaje. Sabía que el scout le proporcionaría todo lo necesario para llegar a Klondike, y no dudaba de que se iban a entender sobre un precio conveniente para la ida y el regreso.

Al día siguiente de su llegada a Skagway, Ben Raddle fue a la casa de Bill Stell y se enteró de que estaba ausente. Había ido a conducir una caravana por el Paso Blanco hasta el extremo del lago Benett, pero su partida se remontaba ya a más de una semana y no debía tardar en regresar. Si no había tenido contratiempos en la ruta, o si no había sido

requerido de nuevo por otros viajeros, podía estar de vuelta en Skagway a partir de las próximas horas. Fue lo que ocurrió, y al día siguiente Raddle pudo ponerse en contacto con él.

El explorador era un hombre de cincuenta años, de talla mediana, cuerpo de hierro, barba que empezaba a platearse, pelo corto, duro y grueso, mirada firme y penetrante. Una perfecta honestidad se leía en su fisonomía simpática. En su oficio de explorador del ejército canadiense había adquirido las más extraordinarias cualidades de circunspección, de vigilancia y prudencia. No hubiera sido fácil engañarlo. Era un hombre reflexivo, metódico, lleno de recursos. Filósofo a su manera, tomaba la vida por el lado bueno. ¿No es verdad que existe siempre un lado bueno en la vida? Muy contento con su oficio, jamás había experimentado la ambición de aquellos a quienes conducía a los territorios auríferos. ¿No sabía acaso él que la mayoría sucumbía a los sacrificios o regresaba de esas duras campañas más miserables que antes?

Ben Raddle dio a conocer al scout su proyecto de partir para Dawson-City lo antes posible. Se dirigía a él porque le habían dicho en Montreal que no podría encontrar un guía mejor en Skagway.

-Bien, señor -respondió Stell-, usted me pide que lo transporte a Dawson-City. Es mi oficio guiar a los viajeros, y tengo el personal y el material indispensables para este viaje.

-Lo sé -dijo Ben Raddle-, y sé también que se puede confiar en usted.

-¿No piensan quedarse más que algunas semanas en Dawson-City? -preguntó Bill Stell. -Es lo más probable.

-¿No se trata entonces de explotar una parcela?

-No, ésta que poseemos, mi primo y yo, nos viene por herencia. Nos han hecho una proposición de compra, pero antes de aceptarla hemos querido apreciar su valor.

-Ha actuado usted con prudencia, señor Raddle, pues en este tipo de asuntos abundan las astucias que se emplean para engañar a todo el mundo, y se debe desconfiar.

-Es lo que nos ha decidido a emprender este viaje a Klondike.

-Y cuando hayan vendido su parcela, ¿regresarán a Montreal?

-Es nuestra intención, y después que nos haya conducido a la ida, le pediremos que nos conduzca de regreso.

-Podremos entendernos a este respecto -respondió Bill Stell-, y como yo no tengo el hábito de cobrar caro, he aquí mis condiciones, señor Raddle.

Se trataba de un viaje de unos treinta y cinco días de duración, para el cual el scout proporcionaría los caballos o mulas, los perros, los trineos, los barcos y las tiendas de campaña. Summy Skim y Ben Raddle no transportaban todo ese material del que tienen que proveerse los prospectores para la explotación de las parcelas. Bill Stell se encargaría asimismo del mantenimiento de su caravana, y se podía confiar en él para eso, pues conocía mejor que nadie las necesidades y las exigencias de esa larga marcha a través de territorios privados de recursos, sobre todo durante la estación invernal.

El precio del viaje se fijó en mil trescientos francos de Skagway a Dawson-City, y una suma igual para el regreso.

Ben Raddle sabía con quién tenía que tratar, y hubiera sido inoportuno discutir las condiciones con un hombre tan concienzudo y honesto.

Por lo demás, en esta época los precios del transporte, sólo por atravesar los pasos hasta la región de los lagos, eran bastante elevados, a causa de las dificultades de las dos rutas. Lo que pedía Bill Stell era perfectamente aceptable.

-Convenido -dijo Ben Raddle-, y no olvide que queremos partir lo más pronto posible.

-Cuarenta y ocho horas es todo lo que necesito -respondió el explorador.

-¿Es necesario que vayamos a Dyea en barco? -preguntó Ben Raddle.

-Es inútil, ya que ustedes no traen material. Me parece preferible que permanezcan en Skagway hasta el momento de partir, y evitamos ese desplazamiento de cinco a seis millas.

Quedaba por decidir qué camino seguiría la caravana a través de esa zona montañosa que precede la región de los lagos, donde se acumulan las mayores dificultades.

A las preguntas que le hizo Ben Raddle a este respecto, Bill Stell respondió:

-Hay dos caminos, o más bien dos huellas: el Paso Blanco y el paso de Chilkoot. Una vez atravesados ambos, las caravanas sólo tienen que bajar al lago Benett o al lago Lindeman.

-¿Y cuál de esos dos caminos piensa tomar?

-El del Chilkoot, que me permite llegar directamente al extremo del lago Lindeman después de haber hecho alto en el Sheep Camp, donde podemos albergarnos y aprovisionarnos. En el lago Lindeman me espera mi material, y así me evito traerlo a Skagway y me ahorro el paso de la montaña.

-Le repito -dijo Ben Raddle- que confiamos en su experiencia, y lo que usted haga estará bien hecho. En cuanto a nosotros, estamos listos para partir en cuanto usted lo decida.

-Dentro de dos días, como le he dicho -contestó Bill Stell-. Necesito ese tiempo para mis últimos preparativos, señor Raddle. Partiendo muy de mañana, no es imposible recorrer las cuatro leguas que separan Skagway de la cumbre del Chilkoot.

-¿A qué altura está esa cumbre?

-A tres mil pies, más o menos -respondió el scout-, pero el paso es estrecho, sinuoso, y lo que lo hace más difícil es que por esta época está atestado de mineros, vehículos y perros, sin hablar de la nieve que los obstruye a veces.

-Y sin embargo usted lo prefiere al otro -observó Ben Raddle.

-Sí, y por esta otra razón: porque, llegando a la vertiente norte del Chilkoot, sólo tengo que bajar para encontrarme en el lago Lindeman.

Una vez que estuvo todo arreglado con Bill Stell, a Ben Raddle sólo le restaba decirle a Summy Skim que estuviera preparado para dejar Skagway en cuarenta y ocho horas.

Lo hizo ese mismo día, declarando que habían tenido suerte al tratar con el explorador, que le inspiraba entera confianza y se encargaba de todo lo que exigía un viaje tan penoso. En cuanto al precio pedido y aceptado, no había nada de excesivo, teniendo en cuenta que la distancia entre Skagway y Dawson-City no podía cubrirse en menos de cinco semanas.

Summy Skim aprobó lo que había hecho su primo y se contentó con decir:

-Veo que las cosas marcharán del mejor modo, mi querido Ben-. Pero se me ocurre una idea que tú encontrarás excelente, espero, y que no puede causarnos ningún inconveniente.

-¿Cuál, Summy?

-Se trata de las dos religiosas que desembarcaron al mismo tiempo que nosotros en Skagway. Las he vuelto a ver y me dan pena. No han podido arreglarse con esa caravana,

que además no les convenía, y no saben cómo ir a Klondike. ¿Por qué no proponerles que vengan con nosotros?

-Excelente idea -respondió sin vacilar Ben Raddle.

-Sin duda, Ben, habrá algunos gastos suplementarios de transporte y comida...

-Nos haremos cargo de eso, Summy. Sobra decirlo. Solamente, ¿has pensado si esas monjas aceptarán...?

-¿Cómo? Son canadienses y viajarán con canadienses. ¿No es suficiente?

-Entendido. Anda a ver a la hermana Marta y a la hermana Magdalena y diles que estén...

-En una hora estarán listas para partir.

Era lo mejor que les podía ocurrir a las dos monjas: viajar protegidas por sus compatriotas. No estarían expuestas a la promiscuidad de las caravanas formadas por gente sin principios, venida de todos los rincones del mundo. Ninguna consideración les faltaría, ninguna ayuda si algo necesitaran por el camino.

El mismo día Summy Skim y Ben Raddle fueron donde las dos monjas, que trataban en vano de procurarse un medio de transporte para Klondike. Con profunda emoción aceptaron la proposición que se les hacía, y expresaron su agradecimiento.

-No son ustedes las que tienen que agradecernos, hermanas -dijo Summy Skim-, sino los pobres enfermos que las esperan allá y que necesitan de sus cuidados.

VII
El Chilkoot

Bill Stell tenía razón al preferir el paso del Chilkoot. El Paso Blanco, es verdad, se puede seguir en cuanto se sale de Skagway, mientras que el otro recién empieza en Dyea. Hay que dirigirse pues a este pueblo, que los emigrantes alcanzan fácilmente con gabarras aptas para remontar hasta el final el canal de Lynn.

He aquí lo que los viajeros tienen que hacer después de haber llegado al punto más elevado de los pasos: si han tomado el Paso Blanco, tienen que recorrer todavía cerca de ocho leguas en condiciones deplorables para llegar al lago Benett. Si han tomado el paso del Chilkoot, sólo les quedan cuatro leguas para alcanzar el lago Lindeman. Este lago mide sólo veintitrés kilómetros, y de su extremo superior por el río Caribú no hay más de tres kilómetros hasta el extremo inferior del lago Benett.

El paso del Chilkoot tiene una cuesta más empinada que el Paso Blanco, es verdad, y hay que subir un talud casi vertical de mil pies de altura. Pero resulta dificultoso sobre todo para los emigrantes, que arrastran un pesado impedimentum con ellos y, ya lo sabemos, éste no era el caso de los dos canadienses que iba a guiar el scout. Al otro lado del Chilkoot se encontrarían con una ruta convenientemente mantenida que desemboca en el lago Lindeman. Si hubieran tenido que transportar material de minero, es probable que Bill Stell les hubiera aconsejado tomar el Paso Blanco. Esta primera parte del viaje a través de la barrera montañosa del territorio no ofrecería, pues, grandes dificultades.

En cuanto al número de emigrantes que se dirigían hacia la región de los lagos, era

tan considerable en un paso como en el otro. Había que contar por miles los que se arriesgaban a tales esfuerzos para alcanzar Klondike al comienzo de la campaña de explotación.

El 2 de mayo por la mañana, Bill Stell dio la señal de partida. Las dos monjas, Summy Skim y Ben Raddle, el explorador y los seis hombres que le servían tomaron la ruta del Chilkoot. Dos trineos tirados por mulas serían suficientes en esta parte del viaje, que terminaba en la punta sur del lago Lindeman, donde Bill Stell había establecido su posta principal. El recorrido no podía efectuarse en menos de tres o cuatro días en las circunstancias más favorables.

Uno de los trineos estaba destinado a las dos religiosas, que se instalaron en él bien envueltas por mantas y pieles que las protegían de una brisa extremadamente viva. Nunca imaginaron que su viaje se realizaría de esta manera, y reiteraban sus agradecimientos a Summy Skim, que se empeñaba en no escucharlos. Ben Raddle y él estaban realmente felices de poder serles útil facilitándoles el cumplimiento de su misión.

Por otra parte, el honrado Bill Stell no ocultaba la satisfacción que le producía ver que las religiosas hubiesen aceptado el ofrecimiento de sus compatriotas. ¿No era él también, como ellas y como ellos, de origen canadiense?

Además, el scout no había ocultado a la hermana Marta y a la hermana Magdalena con qué impaciencia se les esperaba en Dawson-City. La superiora no podía cumplir con las exigencias del servicio, y varias religiosas se habían contagiado cuidando a los enfermos que llenaban el hospital, víctimas de diferentes epidemias. La fiebre tifoidea, en particular, asolaba por entonces la capital de Klondike. Sus víctimas se contaban por centenas. Estos desdichados emigrantes, después de haber dejado a tantos de sus compañeros en los caminos de Skagway a Dawson-City, eran presa de las epidemias que permanentemente reinaban en ese lugar.

"Encantador país", se decía Summy Skim. "Y nosotros sólo iremos de pasada. Pero estas dos santas mujeres que, sin vacilar, van a desafiar tales peligros, y que quién sabe si nunca regresarán..."

No había parecido necesario llevar víveres para esta travesía del Chilkoot, cuyas pendientes son tan duras. El scout conocía, si no hoteles, por lo menos alojamientos, albergues de los más rudimentarios en los que servían comida y se podía pasar la noche. Es verdad, se paga medio dólar por la plancha que sirve de lecho, y un dólar por una comida que consiste siempre en tocino y pan a medio cocer. Sin embargo, la caravana de Bill Stell no estaría reducida a este régimen cuando atravesara la región lacustre.

El tiempo era frío. La temperatura se mantenía en diez grados bajo cero, con una brisa glacial. Pero por lo menos, cuando se internaran en el camino o huella, los trineos podrían deslizarse fácilmente sobre la nieve endurecida, no sin grandes esfuerzos de los animales de tiro, ya que la subida era empinada. Mulas, perros, caballos, bueyes y renos sucumbían allí en gran cantidad, y el paso del Chilkoot, como el Paso Blanco, se encuentra a menudo obstruido por sus cadáveres.

Al dejar Skagway, el scout se había dirigido hacia Dyea siguiendo la orilla oriental del canal de Lynn. Sus trineos, menos cargados que tantos otros que subían hacia el macizo, hubieran podido adelantárseles fácilmente. Pero los obstáculos eran prodigiosos: rutas bloqueadas por los que se retrasaban, vehículos de todo tipo atravesados o incluso volcados sobre el camino, animales que se resistían a continuar la marcha a pesar de los golpes y de los gritos, esfuerzos violentos de unos para abrirse paso, violenta resistencia

de otros para oponerse, material que había que descargar y luego cargar sobre los vehículos que llegaban de Skagway, disputas y riñas en las que se intercambiaban injurias y golpes, a veces detonaciones de revólver. Ocurría también que los aperos de los trineos se enredaran unos con otros, y cuánto tiempo empleaban los conductores en desenredarlos, acompañados de los aullidos de esos animales semisalvajes... ¡Y todo eso en medio de las ráfagas, que causaban estragos en esos estrechos desfiladeros, en medio de los torbellinos de una nieve que en unos instantes forma una capa de varios pies de espesor!

La distancia que separa Skagway de Dyea generalmente la recorren los barcos del canal de Lynn en una media hora. Por tierra, a pesar de las dificultades de la marcha, esa distancia puede completarse en algunas horas. Antes del mediodía la caravana del scout había llegado a Dyea.

Dyea sólo era entonces una aglomeración de tiendas, más algunas casas o cabañas dispersas en la entrada del canal, allí donde se desembarca el material que los mineros deben transportar al otro lado del macizo.

En ese momento, no se habría podido calcular en menos de mil quinientos los viajeros que se apretujaban en este embrión de ciudad en el límite del paso del Chilkoot.

Bill Stell, con razón, no quería prolongar su alto en Dyea, deseoso de aprovechar el tiempo frío pero seco, que facilitaba el arrastre de los trineos. Lo mejor sería comer algo y luego internarse en el paso, de manera que pudieran pasar la noche siguiente en el campamento de Sheep Camp.

Al mediodía, el explorador y sus compañeros se pusieron de nuevo en camino. Las monjas habían vuelto a tomar su lugar en su trineo. Ben Raddle y Summy Skim iban a pie. Les hubiera sido difícil no admirar los paisajes salvajes y grandiosos que se presentaban en cada vuelta del desfiladero, esos macizos de pinos y de abedules cubiertos de escarcha que se alzaban hasta la cresta del talud, esos torrentes que habían resistido los efectos del frío y que saltaban tumultuosamente hasta el fondo de los abismos, cuya profundidad escapaba a la vista.

El Sheep Camp distaba de Dyea unas cuatro leguas, no más. Se podía llegar, pues, en algunas horas. El paso estaba constituido por rampas muy empinadas. Los animales de tiro marchaban al paso. Se detenían con frecuencia y no era sin dificultad que el conductor los obligaba a continuar la marcha.

Por el camino, Ben Raddle y Summy Skim conversaban con el scout. A una pregunta que le hicieron, éste contestó:

-Pienso llegar al Sheep Camp a las cinco o seis más o menos, y allí nos instalaremos hasta la mañana.

-¿Encontraremos un albergue donde nuestras dos compañeras puedan descansar un poco? -preguntó Summy Skim.

-Desde luego -respondió Bill Stell-. Sheep Camp es un lugar de descanso para los emigrantes.

-Pero -intervino Ben Raddle-, ¿no debemos temer que esté muy lleno de gente?

-No hay duda de que lo estará -afirmó el guía-. Además, sus albergues son poco atractivos. Quizás sea preferible levantar nuestras tiendas y pasar la noche en ellas.

-Señores -dijo sor Marta, que desde su trineo había escuchado la conversación-, nosotras no queremos ser motivo de molestia.

-¡De molestia, hermana! -respondió Summy Skim-. ¿En qué podrían ustedes molestamos? ¿No tenemos dos tiendas? Se les reservará una a ustedes. Nosotros

ocuparemos la otra.

-Y con nuestras dos estufitas, que arderán hasta el amanecer -añadió Bill Stell-, no hay que temerle al frío, aunque sea intenso en este momento.

-Gracias, señores -dijo sor Magdalena-, pero cuando haya que viajar de noche no queremos que nuestra presencia sea un impedimento.

-Esté tranquila, hermana -declaró Summy Skim, riendo-. Tengan por cierto que no les ahorraremos ninguna fatiga ni ninguna molestia.

La caravana llegó a Sheep Camp hacia las seis. Los animales estaban agotados. Se les desenganchó inmediatamente, y los hombres del scout se ocuparon de darles de comer.

Bill Stell tenía razón cuando dijo que los albergues de esta aldea estaban desprovistos de toda comodidad. No eran mucho mejores que las hospederías en que la gente pobre pasa la noche. Además, no hubieran encontrado lugar en ellos.

Stell hizo levantar las dos tiendas á1 abrigo de los árboles, un poco en las afueras de Sheep Camp, para que no los perturbara el espantoso tumulto de la multitud.

En cuanto las tiendas estuvieron alzadas, se trasladó a ellas las mantas y las pieles de los trineos. Luego se encendieron los hornillos. Se contentaron con carne fría, pero por lo menos las bebidas calientes, té y café, no faltaron. Por fin, la hermana Marta y la hermana Magdalena, ya solas, se envolvieron en sus mantas una junto a la otra, no sin haber orado por sus generosos compatriotas.

En la otra tienda, la velada se prolongó en medio del humo de las pipas. Hicieron bien en poner los hornillos al rojo vivo, pues esa noche la temperatura descendió a diecisiete grados bajo cero.

Pensemos en los sufrimientos que debieron experimentar los emigrantes -varias centenas quizás- que no habían podido encontrar abrigo en esa aldea de Sheep Camp: mujeres, niños, ¡muchos de ellos agotados desde el comienzo del viaje y del cual no verían el término!

Al día siguiente, muy de mañana, Bill Stell hizo plegar las tiendas. Convenía partir al alba para adelantarse a la muchedumbre en el paso de Chilkoot.

Hacía el mismo tiempo seco y frío. El termómetro bajó más todavía. Pero cuán preferible era esto a las espesas ráfagas, a los torbellinos de nieve, a las violentas ventiscas, tan temibles en las regiones altas de Norteamérica...

Sor Marta y sor Magdalena fueron las primeras en abandonar su tienda. Transportaron ellas mismas su pequeño equipaje al trineo. Después de una primera colación, o más bien de algunas tazas de café o de té bien caliente, cada uno tomó su lugar en los trineos y las mulas reiniciaron la marcha bajo el látigo de los conductores.

La marcha no iba a ser más rápida que la víspera. La rampa se acentuaba a medida que el paso ascendía hacia la cumbre del macizo. El scout había hecho bien en emplear mulas y no perros como animales de tiro. Los perros se reservan para cuando los trineos bajan hacia el lago. No había suficientes mulas robustas para tirar los vehículos sobre ese suelo desigual, rocoso, surcado de carriles y que sería todavía más impracticable cuando se ablandara después de un alza de la temperatura.

Como el día anterior, Ben Raddle y su primo prefirieron hacer una parte del trayecto a pie, y varias veces las religiosas, a las cuales el frío entumecía, juzgaron oportuno imitarlos.

Siempre la misma muchedumbre hormigueante y tumultuosa, siempre los mismos

obstáculos que hacían la huella del Chilkoot tan insufrible, siempre las detenciones forzadas, a veces largas, cuando algún trineo accidentado o un problema con los animales de tiro cortaban la ruta. En varias ocasiones el scout y sus hombres debieron llegar a las manos para abrirse paso.

Luego, triste espectáculo, no eran solamente cadáveres de animales los que se veían tirados, aquí y allá, al pie de los taludes. No era raro divisar a algún pobre emigrante, muerto por el frío y la fatiga, abandonado bajo los árboles, al fondo de los precipicios; no tendría ni siquiera una tumba. A menudo también familias, hombres, niños, incapaces de seguir más lejos, yacían sobre el suelo helado sin que nadie se preocupara de levantarlos. La hermana Marta y la hermana Magdalena, ayudadas por sus compañeros, trataban de socorrer a estos desventurados y de reanimarlos con un poco de aguardiente, del que su trineo llevaba una reserva. Pero, ¿qué más se podía hacer por ellos? O esos infortunados no habían tenido más remedio que subir a pie el Chilkoot, o los animales que los tiraban se habían dispersado por el camino, donde morían de fatiga y de hambre. Y no es raro tratándose de caballos, de mulas, de renos, animales a los que hay que proporcionar una ración habitual. Entre Skagway y la región de los lagos el forraje alcanzaba precios excesivos, cuatrocientos dólares los mil kilos de heno, trescientos dólares la avena. Felizmente, en este aspecto los animales del guía estaban suficientemente provistos, y no había temor de que les llegara a faltar alimento antes de alcanzar el lado septentrional del macizo.

En realidad, de todos esos animales de tiro los perros eran los que tenían la comida más asegurada. Podían satisfacer su hambre devorando los cadáveres de caballos y mulas que cubrían el paso, y que se disputaban aullando, hasta los últimos restos.

La ascensión continuaba lenta y fatigosa. Dos o tres veces cada cuarto de hora había que detenerse para abrirse paso entre la muchedumbre. En algunos lugares, en vueltas bruscas, el cruce era tan angosto que los pertrechos no lograban pasar. Sobre todo tenían problemas las embarcaciones desmontables que transportaban a los emigrantes, cuyos extremos excedían el ancho del sendero. Había que descargar el trineo y hacerlas tirar una a una por mulas o caballos. Ello suponía una pérdida de tiempo considerable y un obstáculo para los trineos que seguían.

Había además lugares donde la pendiente era tan empinada que el ángulo e inclinación sobrepasaba los cuarenta y cinco grados, y los animales se resistían a subir. Estaban herrados para el hielo sin embargo, y los dientes de sus herraduras dejaban profundas huellas en la nieve, manchada con gotas de sangre.

Hacia las cinco de la tarde, el scout detuvo la caravana. Sus extenuados animales no habrían podido dar un paso más, aunque su carga fuera relativamente liviana en comparación con la de tantos otros. A la derecha del paso se abría una especie de quebrada en la que crecían gran cantidad de árboles resinosos. Bajo su follaje las tiendas encontrarían un abrigo que quizás les permitiría resistir las borrascas que se anunciaban por el alza de la temperatura.

Bill Stell conocía este lugar, donde más de una vez había pasado la noche, y el campamento se organizó en condiciones normales.

-¿Teme alguna ráfaga? -le preguntó Ben Raddle.

-Sí, la noche viene mala -respondió Stell-, y todas las precauciones serán pocas contra estas tempestades de nieve que se precipitan aquí como en un embudo.

-Pero -observó Summy Skim-, estaremos relativamente seguros gracias a la

orientación de esta quebrada.

-Por eso he escogido este lugar -respondió Bill Stell.

Y había acertado. La tormenta, que se levantó hacia las siete de la tarde y se prolongó hasta las cinco de la mañana, fue terrible. La acompañaban torbellinos que no permitían ver a cinco pasos. Costó un trabajo inmenso mantener en actividad los hornillos, pues la fuerza del viento devolvía el humo al interior y no era fácil renovar las provisiones de leña en medio de las ráfagas. Sin embargo, las tiendas resistieron, aunque Summy y Ben debieron permanecer en vela una parte de la noche por temor de que el viento se llevara la tienda de las monjas.

Fue precisamente lo que ocurrió con la mayoría de las tiendas levantadas fuera de la quebrada, a lo largo del talud, y cuando amaneció, se pudo apreciar la importancia del desastre. La mayoría de los animales de tiro había roto sus arreos y andaban dispersos en todas direcciones. Los trineos se habían volcado. Se veía algunos hasta en el fondo de los precipicios que bordeaban la ruta y en los cuales mugían los torrentes. No se les podría usar nunca más. Había familias que lloraban, que suplicaban una ayuda que nadie podría darles.

-Pobre gente, pobre gente -murmuraban las religiosas-. Qué va a ser de ellos.

Pero el scout tenía prisa por abandonar el lugar e iniciar la próxima etapa hasta la cumbre del Chilkoot. Ordenó la partida, y la caravana retomó con lentitud el camino ascendente.

La borrasca había declinado al alba. Con la brusquedad que exhibe el termómetro en esas regiones elevadas, la temperatura había vuelto a caer a doce grados bajo cero.

Cubierto por una espesa capa de nieve, el suelo adquirió pronto una extrema dureza. Esta circunstancia permitía a los trineos deslizarse con facilidad, a condición de que las pendientes no fuesen demasiado empinadas, y Bill Stell pudo tranquilizar a sus compañeros sobre este punto.

Por lo demás, el aspecto de la región había cambiado. En tres o cuatro leguas no vieron bosques. Al otro lado de los taludes se extendían blancas llanuras cuya reverberación hería los ojos. Pero hubiera podido ser peor. Cuando la nieve está próxima a fundirse, suelen producirse casos de oftalmía. Los viajeros que están premunidos de anteojos azules se los ponen en la nariz. Los que no los tienen se ven en la necesidad de embadurnarse las cejas y los párpados con carbón de madera.

Eso hicieron Ben Raddle y Summy Skim por consejo del guía. Las monjas, que llevaban el rostro cubierto por la capucha, no estaban expuestas al peligro de la reverberación. Además, acurrucadas en su trineo y envueltas en sus mantas, no tenían necesidad de abrir los ojos.

Las religiosas, más habituadas a prodigar atenciones que a recibirlas, se mostraban muy conmovidas por las atenciones de sus compatriotas. Pero Summy Skim respondía siempre que no lo hacían por ellas sino por los enfermos de Dawson-City.

-Por lo demás -repetía-, sin duda Ben y yo tendremos que ir alguna vez al hospital, y con ustedes estaremos bien seguros de recibir una buena atención. Es puro egoísmo de nuestra parte.

La tarde del 4 de mayo, la caravana hizo alto en la cumbre del paso del Chilkoot y el scout estableció allí su campamento. Al día siguiente se tomarían las medidas necesarias para efectuar el descenso por la vertiente septentrional del macizo.

La planicie, en ese lugar, estaba situada a una altura de (...) pies, inferior a la del

Paso Blanco, que se calculaba en (...) pies.

Podemos imaginar lo que debían ser las dificultades en ese lugar enteramente descubierto y expuesto a todos los rigores del clima. Más de dos mil emigrantes lo ocupaban en ese momento. Allí organizaban los "escondrijos" para guardar una parte de su material. En efecto, el descenso se hacía con dificultades extremas, y había que transportar la carga por partes para evitar catástrofes. Todos esos hombres, a los cuales la visión de las parcelas auríferas de Klondike otorgaba una energía y tenacidad sobrenaturales, después de haber bajado hasta el pie de la montaña volvían a subir a la cumbre, recogían una segunda parte de sus pertrechos, bajaban y volvían a subir una vez más y así quince, veinte veces si era necesario, durante jornadas interminables. Los tiros de perros prestaban entonces un servicio inapreciable arrastrando los trineos. La mayoría de éstos se reemplazaban por pieles de bueyes, que se deslizaban más fácilmente sobre la nieve endurecida de las pendientes. Los vientos del norte soplaban con toda su fuerza en ese lado del Chilkoot y era espantoso luchar contra ellos. Pero todos estos desdichados veían delante de ellos las llanuras de Klondike. Se decían que esos territorios (...) fortuna (...) decepciones.[11]

Bill Stell y su caravana no tenían que prolongar su estancia en la cumbre ni establecer escondrijos, puesto que no llevaban más que su equipaje. No tendrían que volver a escalar el macizo, como los demás; sólo les quedaba recorrer una distancia de pocas leguas para llegar por fin al extremo del lago Lindeman.

Al día siguiente, el scout levantaría sus tiendas y sustituiría las mulas de los trineos por los perros que uno de sus hombres tenía en reserva en la planicie.

Las disposiciones se tomaron como de costumbre. Pero esa última noche fue de las peores. Bruscamente, la temperatura había subido y la tormenta recomenzó con nuevos bríos. Esta vez las tiendas no estaban, como en la víspera, al abrigo de una quebrada. Ni Summy Skim ni Ben Raddle ni las religiosas pudieron instalarse en ellas. Varias veces la ráfaga las arrancó de sus estacas y fue necesario plegarlas. De otro modo se las hubieran llevado los torbellinos de nieve. No hubo más que envolverse en las mantas y esperar filosóficamente la llegada del alba.

"En verdad", pensaba Summy Skim, "haría falta toda la filosofía de todos los filósofos antiguos y modernos para aceptar las abominaciones de este viaje, en especial teniendo en cuenta que nada nos obligaba a hacerlo".

En efecto, en los raros momentos de calma, en medio de una oscuridad profunda, en ausencia de toda hoguera -que hubiera sido imposible mantener-, estallaban los gritos de dolor y de terror, las más horribles imprecaciones. A los gemidos de los heridos, a quienes las ráfagas hacían rodar por el suelo, se mezclaban los ladridos, los relinchos, los mugidos de los animales despavoridos.

Amaneció. Bill Stell dio la señal de partida. Los perros fueron enganchados a los trineos, a los cuales nadie se subió, por prudencia. Solamente, por consejo del guía y siguiendo su ejemplo, los dos primos se pusieron tres pares de medias, unas sobre otras, y hubieran usado también mocasines, calzado que facilita mucho la marcha, si no hubieran temido que de este modo las dos monjas no hubieran podido seguirlos. Los mocasines son muy necesarios en las pendientes heladas, donde es muy difícil prevenir las caídas.

Sin embargo, gracias a las precauciones que tomaron y gracias también a la

[11] Julio Verne deja en blanco dos líneas en las que pensaba describir la esperanza de la fortuna y la realidad de las decepciones.

experiencia del € explorador, el descenso se efectuó, si no exento de fatigas, por lo menos sin accidentes. Los dos trineos alcanzaron felizmente la llanura a la salida del paso de Chilkoot. El tiempo se había tornado más favorable, y el viento, menos vivo después de haber llegado al este. El termómetro subía, sin provocar un comienzo de deshielo que habría hecho más difícil la marcha.

A la salida del paso, una cantidad de emigrantes se había reunido a esperar la llegada de sus bártulos. El emplazamiento era amplio, y los obstáculos, menos considerables que en la planicie superior. Se extendían bosques alrededor y se podían levantar las tiendas con toda seguridad.

Allí pasó la noche la caravana. Al día siguiente reemprendía la marcha siguiendo un camino bien mantenido y, después de haber recorrido cuatro leguas, llegaba al mediodía cerca de la punta meridional del lago Lindeman.

VIII
Al lago Lindeman

La tarde de esa jornada la dedicaron al reposo. Era la ocasión también de hacer algunos preparativos para la navegación a través de los lagos, de lo que se ocupó sin tardar el scout. En verdad, Summy Skim y Ben Raddle no podían sino felicitarse de haber tratado con este hombre prudente, que se había ganado la confianza de todos.

El equipo de Bill Stell[12] se hallaba en el extremo del lago Lindeman, en un campamento que ya ocupaban miles de viajeros. Su establecimiento principal estaba al otro lado de una colina. La instalación comprendía una casita de madera dividida en varias habitaciones bien cerradas, junto a la cual se hallaban los galpones en los que se guardaban los trineos y otros vehículos de transporte. Detrás se encontraban los establos para los animales de tiro y las casetas para los perros.

Este paso empezaba a ser más frecuentado que el Paso Blanco, aunque este último desembocara directamente en el lago Benett, evitando la travesía del Lindeman. En este lago, ya estuviera solidificado por el hielo o presentara sus aguas libres, el transporte del personal y del equipo de los mineros se efectuaba en mejores condiciones que en la superficie de las extensas planicies y a través de los espesos macizos que existen entre el extremo del Paso Blanco y la ribera sur del lago Benett. Así pues, esta estación elegida por el scout se hacía cada vez más importante. De hecho, el transporte de Skagway a Dawson-City constituía un buen negocio; más seguro, evidentemente, que la explotación de los yacimientos de Klondike.

Bill Stell no era el único que se dedicaba a esta productiva actividad. Otros la ejercían, ya fuera en la estación del lago Lindeman, ya en la del Benett. Se puede incluso decir que estos empresarios de origen canadiense o americano no resultaban suficientes, ya que eran miles los emigrantes que afluían en esta época del año y que tenían prisa por estar en Dawson-City en el comienzo del período de explotación, que se abre por lo

[12] A partir de este capítulo, Verne habla de Bill "Steel" en vez de Stell.

general las primeras semanas del mes de mayo.

Ahora bien, muchos de estos emigrantes no se dirigían ni al scout ni a sus colegas, por razones de economía. Se veían entonces forzados a conducir su equipamiento desde Skagway y cargar sus trineos con los barcos desmontables de madera, y ya se ha visto lo difícil que es atravesar con esa pesada impedimenta la cadena del Chilkoot. No eran menores estas dificultades en el Paso Blanco. En uno como en otro camino buena parte del material quedaba en un estado lastimoso.

Algunos, para evitar las dificultades o el gasto, recurren a otro medio. En lugar de conducir sus barcos a la ribera de los lagos, encuentran más provechoso hacerlos construir en el lugar o construirlos ellos mismos. En esa región boscosa los materiales no faltan. Pero cuánta demora hay que soportar: el tiempo de talar los árboles, cortarlos en largueros o en tablas, acondicionarlos sólidamente para que puedan resistir los violentos choques que tan frecuentemente se producen contra los témpanos o contra las rocas. Algunos astilleros han ido surgiendo en tomo de la estación, lo mismo que aserraderos, y la construcción tiende a activarse.

A la llegada de la caravana, Bill Stell fue recibido por su contramaestre. Habitaba éste en la casita con algunos hombres, canadienses como él. De ordinario trabajaban como pilotos, conduciendo los barcos de lago en lago hasta el curso del Yukon. Se podía confiar en su habilidad. Sabían cómo efectuar esta navegación, difícil incluso cuando se ha producido el deshielo.

La temperatura era muy baja y a Summy Skim y a las religiosas les vino bien alojarse en la casa del explorador, que les proporcionó las mejores habitaciones. Entre el interior y el exterior la diferencia de temperatura era de veinte grados. En cuanto a su estancia, no se prolongaría más de veinticuatro horas; los barcos estaban listos para recibir el equipaje, y respecto a las provisiones, en la estación del lago Benett las conseguirían en las condiciones más favorables.

Sor Marta y sor Magdalena se retiraron a su pequeña habitación, calentada por una estufa. Al acompañarlas, Summy Skim les aseguró que, por lo que se refería al viaje entre Skagway y Dawson-City, lo más duro ya había pasado.

Cuando regresó a la sala de estar, el scout, que lo había escuchado, creyó que era su deber aclararle:

-Sí, lo más duro ha pasado por lo que se refiere a la fatiga, pero no en cuanto al tiempo, y quedan varios cientos de leguas que recorrer para llegar a Klondike.

-Lo sé, mi buen Bill -respondió Summy Skim-, pero tengo alguna razón al pensar que esta segunda parte del viaje se efectuará sin peligros ni fatigas.

-Está en un error, señor Skim -respondió el explorador.

-Sin embargo, no tendremos más que abandonarnos a la corriente de los lagos y de los ríos.

-Por supuesto, pero no olvide que todavía queda mucho para que termine el invierno. Cuando se produzca el deshielo, nuestro barco quedará a la deriva en medio de los témpanos y más de una vez tendremos una navegación muy penosa.

-Decididamente -dijo Summy Skim-, todavía hay mucho por hacer para que el turista pueda viajar cómodamente a través de estos territorios del Dominion. Es más, pienso que ese día nunca llegará...

-¿Por qué no? -replicó Ben Raddle-. Bastaría con poner un tren. ¿No van a empezar ya los trabajos del ferrocarril de Skagway al lago Benett, que deberá seguir hasta Fort

Selkirk? Un trayecto de cinco horas hasta el lago, con tres trenes al día, a cincuenta francos el billete, la tonelada de flete a treinta francos... Dos mil hombres va a emplear en este trabajo el ingeniero Hawkins; les pagará un franco cincuenta por la hora...

-¡Bueno, bueno! -exclamó Summy Skim-, yo sé que tú siempre estás bien informado, mi querido Ben. Pero hay algo que olvidas y que los ingenieros olvidan también: cuando el ferrocarril esté terminado y listo para funcionar, ya no habrá más oro en Klondike. Y sin yacimientos, sin prospectores, sin negocios, el país será abandonado.

¿Tiene usted la misma opinión, Bill Stell? -preguntó Ben Raddle.

El guía se limitó a mover la cabeza.

A otra pregunta que le formuló Ben Raddle respondió extendiendo un mapa bastante rudimentario del territorio regado por el Yukon, desde la región de los lagos hasta la frontera de Alaska, al otro lado del Klondike.

-He aquí el lago Lindeman, que se extiende al pie del Chilkoot y que tendremos que atravesar en toda su longitud.

¿Cuánto mide?

-Dos leguas solamente -respondió el scout-, lo que exige poco tiempo cuando la superficie está uniformemente helada o cuando está enteramente libre de hielos.

-¿Y luego?

-Tendremos que transportar nuestro barco y nuestro equipaje hasta la estación del lago Benett: una media legua de distancia. El tiempo del trayecto depende de la temperatura, que usted ya sabe cómo puede variar de un día a otro.

-En efecto -confirmó Ben Raddle-, diferencias de quince a veinte grados según el viento sople del norte o del sur.

-En suma -añadió Bill Stell-, prefiero un frío seco que solidifique la nieve del suelo, pues se puede deslizar sobre ella un barco como si fuera un trineo. Un buen tiro de perros basta.

-En fin -dijo Summy Skim-, hemos llegado al lago Benett.

-Sí -respondió el scout-, y su longitud de norte a sur es de una docena de leguas. Pero no se pueden emplear menos de tres días para atravesarlo, por los descansos que es necesario hacer. Además, sus aguas todavía no están libres.

-Más allá -dijo Summy Skim, consultando la carta- hay otro trayecto por tierra.

-No, es el río Caribú, de una legua de largo, que comunica el lago Benett con el lago Tagish, de siete a ocho leguas de largo, y que da acceso al lago Marsh, que tiene una longitud parecida. Después de este último hay que seguir, durante unas diez leguas, los recovecos de un río, en cuyo curso se encuentran los rápidos de White Horse, que son muy difíciles y a veces muy peligrosos de atravesar. Después, se llega a la confluencia con el río Tahkeena, que nos lleva a la entrada del lago Labarge. Durante este trayecto se pueden producir las peores demoras a causa de los rápidos de White Horse. Me ha ocurrido que he tardado a veces toda una semana en la navegación hacia el Labarge.

-¿Y ese lago no es navegable? -preguntó Ben Raddle.

-Perfectamente navegable a lo largo de sus trece leguas -respondió Bill Stell-, pero no sería nada de agradable atravesarlo en la época del deshielo. Sólo por milagro el barco no quedaría triturado entre los hielos que derivan hacia el río Lewis. Es preferible halar el barco a tierra mientras persistan los fríos.

-Eso es mucho más largo -observó Summy Skim.

-Es mucho más seguro -replicó el scout-, y hablo por experiencia. Más de una vez

me he quedado cogido en medio del deshielo y he creído que nadie salía vivo de ahí.

-Cuando lleguemos al lago Labarge veremos lo que conviene hacer -declaró Ben Raddle.

-No creo que tengamos dificultades -respondió Bill Stell-. La buena estación no parece que vaya a ser precoz este año.

¿Cómo lo nota usted? -preguntó Summy Skim.

-Por la ausencia de aves: perdices de las sabanas, gangas y otras...

-Lástima -respondió Summy Skim-, porque habría tenido la ocasión de hacer algunos disparos.

-Hay tiempo para todo -respondió el guía-. Pensemos por ahora en salir de esta región de los lagos. Después de haberla atravesado, cuando nuestro barco baje junto a las orillas del Lewis y del Yukon, si la caza se presenta, señor Skim, podrá tirar a su gusto.

-Y no quedará por mí, Bill, aunque sólo sea para renovar nuestras provisiones.

-Stell -preguntó entonces Ben Raddle-, con la excepción de los tramos que haya que recorrer por tierra, ¿nuestro barco va a conducirnos hasta Dawson-City?

-Directamente, señor; en realidad, por agua es como el viaje será más fácil.

-¿Y cuál es la distancia entre el lago Labarge y el Klondike? -preguntó Ben Raddle.

-Unas ciento cincuenta leguas más o menos, teniendo en cuenta los recodos de los ríos.

-Ya veo -declaró Summy Skim- que no hemos llegado todavía.

-Sin duda que no -respondió el scout-, y cuando hayamos llegado a Lewis, en el extremo norte del lago, no estaremos más que a mitad de camino, como lo indica este mapa.

-Pero tengo razón de pensar -observó Ben Raddle- que ya no encontraremos dificultades tan grandes como en el paso del Chilkoot.

-Se puede afirmar incluso -declaró Bill Stellque dentro de cinco o seis semanas, cuando las corrientes de agua estén libres, el viaje se hará sin problemas. Pero ahora, a principios de mayo, como la estación no se ha adelantado mucho, la duración del viaje será seguramente mayor.

-¿Puede hacer un cálculo aproximado, considerando que las circunstancias sean favorables?

-No menos de quince días más o menos -respondió el explorador-. He visto a viajeros hacer el viaje de Skagway a Dawson-City en tres semanas, y a otros que han tardado dos meses. Le repito: depende de la época en la que uno se ponga en camino.

-Espero -dijo Ben Raddle- que lleguemos a Klondike en la primera semana de junio.

-Yo también -respondió Bill Stell-, pero no lo puedo asegurar.

-Bueno -dijo Summy Skim-, en previsión de este largo viaje, reunamos fuerzas y, ya que tenemos la ocasión de pasar una buena noche en la estación del lapo Lindeman, vamos a dormir.

Y, en efecto, fue una de las mejores noches que los dos primos pasaron desde su partida de Vancouver. Las estufas, generosamente alimentadas, mantenían una alta temperatura en la casita, bien abrigada y bien cerrada.

Sor Marta y sor Magdalena fueron las primeras en aparecer en la sala de estar al día siguiente. Se ocuparon de preparar el café, y Summy Skim y Ben Raddle encontrarían dos buenas tazas bien calientes en la mesa. Fue lo único que tomaron antes de que se embarcaran para atravesar el lago Lindeman.

La partida no iba a efectuarse antes de las nueve. Bill Stell contaba con que medio día sería suficiente para llegar al extremo del lago y luego a la estación del lago Benett, donde pasarían la noche más o menos en las mismas condiciones. Lo mejor, naturalmente, era confiar en él. Era un hombre experimentado, como ya habían podido comprobarlo los primos.

Si en el interior de la casa la temperatura sobrepasaba los siete grados sobre cero, en el exterior el termómetro marcaba quince bajo cero. Esta diferencia obligaba a tomar ciertas precauciones indispensables.

Summy Skim, al compartir el desayuno con las religiosas, las comprometió a que se abrigaran muy bien en el barco que los perros iban a halar hacia la superficie del lago.

-No nos faltan mantas -dijo-, y el frío no les tiene más consideraciones a las religiosas que a los otros viajeros. Lo permita o no la regla de su orden, van a envolverse bien en pieles de los pies a la cabeza.

-No está prohibido -respondió sonriendo sor Magdalena.

-Sea -respondió Summy Skim-. Lo que está prohibido es exponerse inútilmente, y nosotros confiamos en que ustedes tomarán en DawsonCity todas las precauciones que exige este clima abominable, en el que el termómetro baja hasta cincuenta grados bajo cero.

-En invierno -observó Ben Raddle.

-En invierno, claro -respondió Summy Skim-. No faltaba sino que fuera en verano. Y ahora, hermana Marta, y usted, hermana Magdalena, pónganse los mitones y ¡en camino!

Eran las nueve cuando se dio la señal de partir. Los hombres que habían acompañado al scout desde Skagway debían seguirlo hasta Klondike. Sus servicios serían muy útiles para la conducción del barco transformado en trineo, el que esperaban que pudiera navegar en el lago y descender el curso del río Lewis o del Yukon.

En cuanto a los perros, pertenecían a esa raza tan notablemente aclimatada en esta región. Desprovistos de pelos en las patas, son muy aptos para correr en la nieve sin riesgo de quedar aprisionados. Pero no por el hecho de que estén aclimatados hay que concluir que ya no son salvajes. En realidad, parecen serlo tanto como los lobos o los zorros. Y no es precisamente con caricias o con caramelos como sus conductores pueden domesticarlos.

Entre los miembros del personal de Bill Stell se encontraba un piloto al que estaba reservada la dirección del barco durante la navegación. Se trataba de un indio de Klondike, Neluto de nombre, que conocía muy bien su oficio y todas las dificultades que ofrece la travesía de los lagos, los rápidos y los ríos. Con nueve años al servicio del scout en calidad de piloto, se podía confiar en él.

De unos cuarenta años de edad, vigoroso, diestro con sus manos, caminador infatigable, contrastaba con los indios de esos territorios, como lo observó Summy Skim.

En efecto, los indígenas de la alta Columbia, como los de Alaska, son generalmente feos, mal conformados, estrechos de hombros, canijos, una raza que tiende a desaparecer. No son esquimales, aunque posean el color muy oscuro de esas tribus hiperbóreas. Lo que contribuye a darles un parecido con ellos son los cabellos aceitosos, largos, flotantes, que dejan caer sobre sus hombros.

Sin duda Neluto había ganado bastante en su oficio, que lo ponía constantemente en contacto con los extranjeros, aunque éstos no fueran, evidentemente, gente muy selecta desde la invasión de Klondike por emigrantes de toda procedencia. Antes de haber sido

contratado por el scout había estado al servicio de la Compañía de la bahía de Hudson, como guía de los cazadores de pieles a través de estos vastos parajes. Conocía perfectamente el país por haberlo recorrido en todos los sentidos, incluso una parte de la región situada más allá de Dawson-City, bajando el curso del Yukon hasta el límite del círculo polar.

Neluto, por lo general poco comunicativo, sabía bastante inglés como para comprender y ser comprendido. Por lo demás, aparte de las necesidades de su oficio, no hablaba y, como se dice, había que sacarle las palabras con tirabuzón. No seria de él de quien Ben Raddle y Summy Skim aprenderían gran cosa en relación con la explotación de las parcelas en la región aurífera.

Sin embargo, este hombre, perfectamente acostumbrado al clima de Klondike, podía responder de manera provechosa cualquier consulta sobre ello. Ben Raddle le había preguntado en primer lugar qué pensaba del tiempo y si creía que el deshielo llegaría pronto.

Como no se decidía a responder, sin duda porque era un extranjero el que lo interrogaba, Bill Stell intervino y le reiteró la pregunta.

Neluto declaró entonces que, a su juicio, el fin de los grandes fríos llegaría dentro de unos quince días, y que no se preveía para antes ni la fundición de las nieves ni el deshielo.

De esta afirmación había que concluir necesariamente que el barco no podría encontrar aguas libres al principio del viaje, a menos que se produjera un brusco cambio en el estado atmosférico, lo que no es raro en esas latitudes tan elevadas.

En todo caso, no era una navegación sino un deslizamiento lo que iba a efectuarse por la superficie del lago Lindeman. Las religiosas podrían acomodarse en el barco, que se deslizaría sobre uno de sus costados. Los hombres irían a pie.

Partieron, pero no sin haber excitado a gritos y a latigazos a los perros, que no parecían dispuestos a ponerse en marcha. El lago se veía animado por el movimiento de la muchedumbre. Varios cientos de emigrantes escoltaban vehículos de todo tipo.

Como el hielo se presentaba bastante uniforme, Ben Raddle y Summy Skim se habían calzado los mocasines y, si no hubieran tenido la obligación de no distanciarse del barco, habrían podido hacer la travesía del lago en media hora. Pero era mejor que la caravana no se dispersara y que permaneciera siempre bajo la dirección del scout.

El tiempo estaba calmo. La áspera brisa de la jornada precedente se había suavizado y tendía a volverse hacia el sur. Sin embargo, el frío era cortante -unos doce grados bajo cero-, circunstancia favorable para la marcha, que se hace tan difícil cuando hay tormentas de nieve.

De todos modos el camino no fue rápido y, además, las religiosas prefirieron hacer a pie una parte del trayecto. En algunos lugares el hielo se presentaba rugoso, escarpado, y el barco daba unos tropezones y unas sacudidas que parecía que se iba a volcar.

En pocas palabras, no pudieron recorrer los ocho kilómetros del lago Lindeman antes de las once de la mañana. La distancia hasta el lago Benett, no más de media legua, precisó aproximadamente de una hora más. Al mediodía, el scout y su caravana hicieron alto en la estación situada en el extremo meridional del lago.

IX
Del lago Benett a Dawson-City

El lago Benett, uno de los más vastos de esta región, se extiende sobre una longitud de diez leguas de sur a norte.

Si se estableciera un servicio de vapores para transportar a los emigrantes hasta los rápidos de White Horse; si, después de un viaje terrestre hasta el otro lado de estos rápidos, otros barcos dejaran a los hombres en el extremo septentrional del lago Labarge, cuántas fatigas, miserias y sufrimientos se ahorrarían antes de alcanzar el río Lewis, que se convierte en el río Yukon en Fort Selkirk... Es verdad que estos desplazamientos sólo podrían efectuarse después del deshielo, cuando lagos y ríos se hubieran liberado de la flotilla de témpanos que continúa bajando hasta los últimos días de mayo. Después habría que recorrer la distancia hasta Dawson-City, que se calcula en unas ciento veinte o ciento treinta leguas.

En todo caso, en esa época el servicio de vapores no existía en los lagos ni en el río Lewis; sólo estaba en proyecto, como ese ferrocarril que debe partir de Skagway, así que los emigrantes deben resignarse al más penoso de los viajes.

Evidentemente, cuando Klondike haya sido excavada y vaciada hasta sus últimos yacimientos, esta muchedumbre de mineros abandonará el país para siempre. Pero tal vez pase medio siglo antes que la piqueta haya arrancado la última pepita.

En la estación del lago Benett la aglomeración era tan considerable como en el Sheep Camp del paso del Chilkoot y en la estación del lago Lindeman. Varios miles de emigrantes la ocupaban en espera de poder proseguir viaje. Por todas partes se alzaban tiendas, que no tardarían en ser reemplazadas por cabañas y casas si el éxodo hacia Klondike continuaba todavía por algunos años.

En este embrión de aldea, que se transformaría en pueblo y ciudad, ya había albergues que a su vez se transformarían en hoteles. ¿Y no lo son ya por el precio excesivo que cobran por el alojamiento y la comida, a pesar de su falta absoluta de comodidad? Aparte de eso, la estación cuenta con un puesto de policía y, en las riberas del lago, muy boscosas, hay aserraderos y astilleros en diversos puntos. La construcción de barcos se halla en actividad.

Hay que añadir que los policías no deben prestar sus servicios sólo en la estación. El gobernador del Dominion los ha distribuido por todo el territorio. Sus funciones son a veces peligrosas en medio de tantos aventureros diseminados por la región, y apenas bastarían para asegurar el orden y la seguridad en los caminos de Klondike.

El indio Neluto no se había equivocado en sus previsiones sobre el tiempo. Después del mediodía se produjo un brusco cambio en el estado de la atmósfera. El viento ahora soplaba del sur, y el termómetro subió a cero grado, síntomas que no se podían desdeñar y que permitían pensar que la estación fría tocaba a su fin. El deshielo definitivo provocaría un rápido derretimiento de las superficies congeladas y el camino quedaría abierto para la navegación en ríos y lagos.

Además, en esta primera semana de mayo el lago Benett no estaba enteramente helado. Entre los campos de hielo había canales sinuosos por los que un barco podía internarse. El camino se haría más largo de esta manera, pero la navegación sería bastante

buena. En vez de los cuarenta kilómetros de longitud que tiene el lago, habría que recorrer el doble, pero se evitaría el arrastre de los barcos sobre el hielo. Se ahorraría tiempo incluso, de cualquier modo que se efectuara la navegación: a remo o a vela. En todo caso la travesía ocasionaría menos fatigas.

Durante la tarde, la temperatura subió todavía más. Se acentuó el deshielo. Algunos témpanos empezaron a derivar hacia el norte. A menos que se produjera un repentino retorno del frío en la noche próxima, el scout esperaba llegar al extremo septentrional del lago sin dificultades.

Summy Skim, Ben Raddle y las hermanas de la Misericordia pudieron encontrar albergue hasta el día siguiente en una de las casitas de la estación. No estuvieron allí tan convenientemente alojados como lo habían estado la víspera en la casita de su guía, pero por lo menos no tuvieron que sufrir la promiscuidad del campamento.

El termómetro no bajó durante la noche y por la mañana, el 9 de mayo, Bill Stell comprobó que la navegación podría efectuarse en condiciones bastante favorables. El viento soplaba del sur sin que nada indicara un posible descenso de la temperatura. Las nubes se inmovilizaban en las zonas altas y la brisa, si persistía, permitiría emplear la vela con el viento en popa.

Desde temprano el scout se había ocupado de acondicionar el barco y embarcar los equipajes y las provisiones. Lo ayudaban Neluto y los otros canadienses que formaban su equipo.

-¿Y bien? -le preguntó Summy Skim, que había llegado a la orilla en compañía de su primo-. ¿Hemos terminado ya con los fríos del invierno de Klondike?

-No querría pronunciarme de manera absoluta -respondió Stell-, pero me parece que los lagos y los ríos no tardarán en despejarse. Además, navegando por los pasos que dejan los hielos, aunque tardemos más, nuestro barco...

-No tendrá que dejar su elemento natural -concluyó Summy Skim-. Tanto mejor.

-¿Y qué piensa Neluto? -preguntó a su vez Ben Raddle.

-Lo mismo que yo -respondió el scout.

-Pero, ¿no son peligrosos esos témpanos que navegan a la deriva?

-Nuestro piloto es hábil y tomará todas las precauciones para evitarlos -respondió Bill Stell-. Además, nuestro barco es firme. Ya lo ha probado, navegando en medio del deshielo. De todas maneras, en caso de peligro podemos refugiarnos en la orilla.

-Sería bastante fatigoso tener que desembarcar -observó Summy Skim-, y ojalá podamos evitarles molestias a nuestras compañeras de viaje.

-Haremos todo por eso, señor Skim -respondió el scout-, y, además, no olvidemos que lo mejor sería no tener que halar el barco durante una decena de leguas. Nos tomaría no menos de una semana.

Llamó a Neluto, que acababa de bajar a la orilla.

-¿Qué piensas tú del deshielo, Neluto?

-Hace dos días que los primeros hielos están a la deriva. El lago ya debe estar despejado.

-¿Y la brisa?

-Se levantó dos horas antes de amanecer, y nos es favorable.

-¿Pero se mantendrá?

Neluto se volvió y recorrió con la mirada el horizonte en dirección hacia el sur. Las nubes se desplazaban imperceptiblemente. Ligeras brumas se deslizaban sobre los flancos

del Chilkoot.

-Creo que la brisa durará hasta la tarde -dijo el piloto, extendiendo la mano hacia la montaña.

-¿Pero mañana? -preguntó Ben Raddle.

-Mañana veremos -dijo simplemente Neluto.

-Embarquemos -ordenó Bill Stell.

Las monjas llegaron poco después.

El barco del scout era una especie de chalupa o más bien de pontón de treinta y cinco pies de largo. En la popa había un toldo, bajo el cual dos o tres personas podían albergarse durante la noche, o durante el día en caso de borrascas de nieve y ráfagas de lluvia. La embarcación, de fondo plano, y que por consiguiente desplazaba muy poca agua, medía seis pies de ancho, lo que le permitía estar equipada con una gran vela. Esta tenía el corte de la vela de trinquete de las chalupas de pesca, se amuraba hacia la proa y se alzaba en un mástil de unos quince pies de altura. En caso de mal tiempo, este mástil se podía retirar fácilmente, se le tendía en la cubierta y el barco seguía su marcha a remo.

Dada la disposición de la vela y la forma del casco, esta embarcación no hubiera podido navegar con viento contrario, pero con viento favorable alcanzaba bastante velocidad. Por las sinuosidades de los canales que se formaban entre los campos de hielo, no era raro que el piloto encontrara el viento delante. Entonces, después de haber plegado la vela y tendido el mástil, instalaba los remos, que maniobraban los cuatro robustos canadienses.

Por lo demás, la superficie del lago Benett no es considerable. No podría compararse con esos vastos mares interiores del norte de América, donde las tempestades se desencadenan con terrible violencia. Estas regiones altas del Dominion y de Alaska, como las de la bahía de Hudson, no poseen montañas que las protejan de las corrientes polares y a veces son víctimas de tormentas que levantan olas monstruosas en los lagos. Se comprende, pues, que una embarcación poco marinera no pueda resistir y llegue a naufragar si le falta tiempo para alcanzar un refugio.

A las ocho los preparativos estaban terminados y los equipajes a bordo. El scout llevaba una cierta cantidad de víveres como reserva: carne enlatada, bizcochos, té, café, un tonelito de aguardiente, una provisión de carbón para el horno que se había instalado de antemano. Por lo demás, se contaba con la pesca, pues los peces abundan en estas aguas, y también con la caza de perdices o gangas, que frecuentan las orillas de lago.

El scout estaba en regla con la aduana, que es muy exigente y no deja de molestar a algunos viajeros. Así que pudo partir al instante y, tras izar la vela, el barco abandonó la orilla.

El piloto Neluto se había instalado en el timón, detrás del toldo ante el cual habían tomado colocación las dos monjas. Summy Skim y Ben Raddle acompañaban a Bill Stell. Los cuatro hombres del equipo, situados a proa, apartaban los hielos con sus bicheros. El barco marchó con viento favorable en la popa durante una media legua, mas pronto fue necesario maniobrar para dirigirse al oeste y la velocidad aminoró.

La principal preocupación del piloto era evitar los témpanos que iban a la deriva, pues un choque con ellos habría podido averiar la embarcación. No era tarea fácil, pues había muchos barcos en los pasos. Varias centenas, aprovechando el deshielo y el viento favorable, habían dejado la , estación del lago Benett por la mañana. En medio de esta flotilla se hacía bastante difícil evitar las embestidas y, cuando se producían, qué

vociferaciones, qué injurias y qué amenazas estallaban de todos lados, sin hablar de los golpes que se intercambiaban de un barco a otro.

Ben Raddle y Summy Skim observaban con curiosidad la orilla derecha del lago, a la cual se aproximaban. Sobre la arena se apretujaban matas de espinetas amarillentas. Más allá había macizos de bosques cubiertos por una capa de nieve que continuaba resistiendo los embates del viento. Se veían aserraderos mecánicos cuyo vapor aleteaba por encima de las techumbres de cortezas y de los que escapaban chillidos metálicos. Se veían igualmente cabañas diseminadas por la orilla y, a veces, algún caserío de chozas de indios que se dedicaban a la pesca y cuyas canoas, tiradas en la arena, esperaban que la navegación quedara libre en el lago.

En el fondo se dibujaban algunas alturas desnudas que no protegían suficientemente el territorio contra las corrientes heladas del norte.

Las brumas acumuladas desde la mañana hacia el sur no se habían desvanecido bajo el efecto del viento, que, por lo demás, tendía más bien a suavizarse. El sol no había logrado atravesarlas. Se podía temer que bajaran hasta la superficie de las aguas. Navegar en esas condiciones, en medio de la deriva, hubiera resultado casi imposible. Lo mejor que se podía hacer era atracar en algún punto de la orilla y hacer alto allí hasta que cambiara el tiempo.

Después del mediodía se encontraron con una embarcación de la policía que circulaba entre los pasos y que a menudo tenía que intervenir en las riñas.

El scout conocía al jefe de esta embarcación, e intercambiaron algunas palabras.

-Siempre hay emigrantes que nos llegan de Skagway para Klondike...

-Sí -respondió el canadiense-, y más de los necesarios.

-Más son los que quedan por llegar...

-Seguro. ¿Cuántos cree usted que han atravesado el lago Benett?

-Unos quince mil.

-¿Y no ha terminado?

-Lejos de eso.

-¿Se sabe si río abajo ya hay deshielo?

-Es lo que se dice.

-Entonces podemos llegar al Yukon navegando...

-Sí, si no vuelve el frío.

-¿Se puede esperar eso?

-Se puede.

-Gracias.

-Buen viaje.

Sin embargo, aunque el tiempo era bueno y aunque Bill Stell no experimentó grandes dificultades en el lago Benett, la navegación no fue rápida; después de haber hecho escala por dos noches, sólo llegó al extremo del lago por la tarde del 10 de mayo.

En ese lugar nacía el pequeño río o más bien canal de Caribú, que a menos de una legua de distancia va a desembocar en el lago Tagish.

La partida no se efectuaría hasta el día siguiente, después del descanso de la noche. No hubo necesidad de instalar un campamento; el barco bastaría para el scout y sus pasajeros.

Summy Skim quiso aprovechar las últimas horas del día y fue a los campos vecinos a dispararles a las perdices de sabana y a las gangas de plumaje verde pálido. Trajo varias

parejas, y algunos patos. Estas aves pululan en esta región lacustre, y hubieran podido aprovisionarse para todo el viaje. Si Summy Skim era buen cazador, Bill Stell, que se había unido a él, no demostró ser menos. Se hizo un fuego con madera seca en la orilla y la caza, asada ante una llama centelleante, fue muy apreciada.

El lago Tagish, de siete leguas y media de largo, está unido al lago Marsh por un estrecho pasaje que el deshielo había obstruido durante la noche. En lugar de esperar a que el pasaje quedara libre, el guía prefirió arrastrar el barco a lo largo de una media legua. Alquiló para eso un tiro de mulas. De este modo, pudo emprender ese mismo día la navegación del lago Marsh a través de los pasos.

Llegados a este punto, y aunque habían dejado Skagway hacía doce días, Bill Stell y sus compañeros no habían recorrido más que ciento sesenta y dos kilómetros.

Les harían falta por lo menos cuarenta y ocho horas para atravesar el lago Marsh en toda su longitud, aunque sólo tiene siete u ocho leguas. En efecto, el viento había empezado a soplar del norte y, aunque no era muy fuerte, lo tendrían en contra. Servirse de la vela sería imposible, y con los remos la marcha no sería rápida.

En el transcurso de esta navegación las orillas este y oeste permanecieron visibles, pues la anchura del lago apenas alcanzaba los tres kilómetros. Lo enmarcan colinas bastante elevadas, de aspecto pintoresco, completamente blancas por la nieve y la escarcha. La flotilla de barcos parecía menos numerosa pues una cantidad de embarcaciones se había quedado atrás a causa de las dificultades.

Se hizo escala en el extremo del lago Marsh por la tarde del 13 de mayo. Después de haber consultado la carta, Ben Raddle dijo al scout:

-Ahora sólo nos queda un lago que atravesar, el último de la región, ¿verdad?

-Sí, señor Raddle -respondió Bill Stell-, el lago Labarge. Pero esta parte del viaje es la que presenta las mayores dificultades.

-Sin embargo, scout, no tendremos que arrastrar el barco en el río Lewis.

-En el río, no, pero sí en tierra -respondió Bill Stell-, si no nos es posible atravesar los rápidos de White Horse. Este pasaje es muy peligroso, y más de una embarcación se ha perdido con pasajeros y equipajes.

Estos rápidos constituyen, en efecto, el más serio peligro para la navegación entre Skagway y Dawson-City. Ocupan tres kilómetros y medio de los ochenta y cinco que separan el lago Marsh del lago Labarge. En esta corta distancia, la diferencia de nivel de las aguas del río no es inferior a treinta y dos pies. Además, la corriente está plagada de arrecifes que pueden triturar una ¡ancha si la corriente la arroja contra ellos.

-¿No se puede ir por la orilla?

-Son impracticables -respondió el scout-, pero se está preparando la instalación de un tranvía que transportará los barcos con toda su carga río abajo, en los rápidos.

-¿Y ese tranvía aún no está terminado?

-No, aunque hay cientos de obreros trabajando.

-Y usted verá, mi buen Bill, que no estará todavía terminado a nuestro regreso.

-A menos que ustedes permanezcan en Klondike mucho más tiempo del que piensan -respondió Bill Stell-. A Klondike uno sabe cuándo va, pero no sabe cuándo regresa.

-¿Escuchas, Ben? -dijo Summy Skim, dirigiéndose a su primo.

Este no respondió.

Al día siguiente, 15 de mayo, por la tarde, el barco llegó a los rápidos de White Horse. No era el único que se aventuraba en este peligroso paso. Otras embarcaciones lo

seguían, y ¡cuántas de ellas que iban río arriba se encontrarían finalmente yendo río abajo!

Se comprenderá, pues, que los pilotos que hacen el servicio de los rápidos de White Horse exijan un elevado precio por cruzar estos cuatro kilómetros. El precio, que les resulta muy beneficioso, es de ciento cincuenta francos, y no piensan abandonar este lucrativo oficio por el de prospectores.

A menudo, antes de lanzarse en la corriente es necesario descargar los barcos de una parte de su equipaje. Se vuelve a cargar después. Las embarcaciones así aligeradas pueden conducirse con más seguridad entre los arrecifes.

Pero el scout, cuyo barco no llevaba una carga tan pesada, no consideró indispensable tomar esta medida, y Neluto fue de la misma opinión. Ambos, por lo demás, conocían perfectamente los pasos.

-No se asusten -les recomendó el guía a las religiosas.

-Tenemos confianza en ustedes -respondió la hermana Marta.

En ese lugar la velocidad de la corriente es de cinco leguas por hora. No se necesitaría, pues, mucho tiempo para descender los tres kilómetros de los rápidos. Pero hay que hacer tantas maniobras, dar tantas vueltas para evitar los témpanos entre las rocas tan caprichosamente diseminadas entre las dos orillas, hay tantos escollos en movimiento cuyo choque destruiría la más sólida embarcación, que la duración del trayecto se hace extremadamente larga. Varias veces el barco, apoyado sobre los remos, tuvo que virar bruscamente ante la amenaza de un choque ya con un témpano, ya con otro barco. La habilidad de Neluto lo salvó de un desastre.

-¡Atención, atención! -gritó el scout cuando el barco hubo realizado las tres cuartas partes del trayecto.

Había que mantenerse bien asido a los bancos para no ser arrojado por la borda. El último de los saltos es el más temible, y allí se producen numerosas catástrofes. Pero Neluto tenía la mirada certera, la mano segura y una imperturbable sangre fría. El scout sabía que podía confiar en él.

No se pudo evitar que una cantidad de agua entrara en el barco en medio del furioso tumulto que provocaba el desnivel del río, pero los hombres actuaron con rapidez para eliminar este exceso de peso y el barco se halló de nuevo en buenas condiciones.

Los dos primos no habían podido evitar cierta emoción cuando el barco se lanzó, por así decirlo, en el vacío. Las hermanas se habían persignado con mano temblorosa, cerrando los ojos.

-Y ahora -exclamó Summy Skim-, ya ha pasado lo más duro, ¿no es así, Bill?

-No hay duda -añadió Ben Raddle.

-En efecto, señores -declaró el scout-. Sólo tenemos que atravesar el lago Labarge y seguir el río Lewis durante unas ciento sesenta leguas. Hay, sí, uno o dos pasos algo difíciles, pero que no se pueden comparar con los rápidos de White Horse.

-Ya ven, hermanas -dijo Summy Skim, riendo-. No faltan más que ciento sesenta leguas. Podemos decir que hemos llegado, y no hay nada que temer.

-Tememos por ustedes, señores -señaló sor Magdalena-, ya que cuando regresen tendrán que remontar estos rápidos, lo que será tal vez más peligroso...

-Tiene razón, hermana -respondió Summy Skim-, y decididamente lo mejor sería no regresar.

-A menos que el tranvía esté en funcionamiento -observó Ben Raddle.

-Como tú dices, Ben. Podríamos esperar un año o dos...

Lo que sería todavía más ventajoso, lo que haría que el viaje fuera más fácil, sería el tren que se proyectaba construir de Skagway a los rápidos de White Horse y de los rápidos a Dawson-City. Entonces, no más navegación por los lagos, no más transportes por tierra en ningún punto de la ruta. Se emplearían menos días que semanas se emplean hoy para ir del Chilkoot a Klondike. Pero, ¿cuándo se ejecutarán esos proyectos? ¿Se realizarán alguna vez?

La caravana del scout se encontraba a trescientos cinco kilómetros de Skagway cuando alcanzó la punta inferior del lago Labarge, en la tarde del 16 de mayo.

Después de haber conversado con Neluto, Bill Stell decidió hacer un alto de veinticuatro horas en la estación del lago Labarge. El viento norte soplaba con violencia. El piloto no intentaría atravesar el lago en tales condiciones. Una gran tempestad podía desencadenarse en cualquier momento. El barco, a fuerza de remos, apenas hubiera podido llegar lago adentro. Las ráfagas habían detenido los témpanos que iban a la deriva hacia el ángulo sur del lago y la temperatura bajaba. El termómetro marcaba dos grados bajo cero.

La estación del lago Labarge, creada según el mismo modelo y por las mismas necesidades que las de los lagos Lindeman y Benett, comprendía ya una centena de casas y cabañas. Una de las casas ostentaba pretensiosamente el nombre de hotel. Como era de esperar, se cobraba en ella un precio excesivo sin que presentase la menor comodidad.

Summy Skim, Ben Raddle y las religiosas encontraron allí habitaciones disponibles.

Por la tarde, los dos primos y Bill Stell, reunidos en el salón del hotel, conversaron, sobre la duración probable del viaje.

-Después de la travesía del lago Labarge, bajando el Lewis -dijo el scout-, no se pueden hacer más de cuatro o cinco leguas por día. Como estamos todavía a ciento sesenta leguas de DawsonCity, no creo que podamos llegar antes de la primera semana de junio.

-¿No navegaremos de noche? -preguntó Ben Raddle.

-Sería imprudente. El río Lewis está lleno de témpanos -respondió Bill Stell-, y Neluto no querría arriesgarse.

-Entonces -observó Summy Skim-, abordaremos una u otra orilla.

-Sí, señor, y si hay caza en los alrededores usted tendrá la oportunidad de hacer una buena faena.

-No me perderé la ocasión de hacer algunos disparos.

-No se la perderá, estoy seguro.

-Pero -observó Ben Raddle-, llegar en la primera semana de junio a Klondike, ¿no será ya demasiado tarde para la explotación de la parcela?

-No, señor Raddle -respondió el scout-. Piense en esos miles de emigrantes que están todavía detrás y que llegarán después de nosotros. Además, la explotación de las parcelas sólo es posible a mediados de junio, cuando el suelo está enteramente libre de nieve.

-Poco importa -dijo Summy Skim-. Nosotros no vamos como prospectores de la parcela 129, sino para venderla al mejor precio. Y, admitiendo que el asunto nos retenga hasta julio, tendremos tiempo de regresar a Montreal antes del invierno.

El lago Labarge, de unos cincuenta kilómetros de largo, se compone de dos partes que se juntan en el lugar mismo donde el río Lewis nace para dirigirse hacia el norte.

El barco partió en la mañana del 18 de mayo y empleó cuarenta y ocho horas en

atravesar la primera parte del lago.

Fue, pues, el 20 de mayo, hacia las cinco de la tarde, y después de haber soportado fuertes ráfagas, que la expedición llegó al río Lewis, que corre en línea oblicua hacia Fort Selkirk. Al día siguiente el barco se hallaba en medio del deshielo, procurando mantenerse en el centro del río, donde la corriente deja el paso libre.

Por la tarde, Stell dio orden de atracar en la ribera derecha, cerca de la cual pensaba pasar la noche. Summy Skim desembarcó enseguida. Poco después se escucharon detonaciones, y un par de patos y otro de gangas permitieron economizar las conservas a la hora de la cena.

Por lo demás, estos altos que se imponía Bill Stell por la noche se los imponían también las otras embarcaciones que bajaban el Lewis, y una cantidad de hogueras de campamentos se encendían en las orillas.

A partir de ese día, la cuestión del deshielo pareció estar enteramente resuelta. El termómetro se mantenía en cinco o seis grados sobre cero bajo la influencia de los vientos del sur. Los emigrantes ya no debían preocuparse por los penosos transportes terrestres. Se veía que los lagos Lindeman, Benett, Tagish, Marsh y Labarge estaban despejados y la corriente llevaba rápidamente los témpanos río abajo.

No había que temer ningún ataque de fieras en los campamentos nocturnos. No había osos en los alrededores del Lewis, por lo que Summy Skim no tuvo la ocasión de abatir a uno de esos formidables plantígrados. Pero había que defenderse de los mosquitos que invadían las orillas por miriadas, y sólo con mucha dificultad se podían evitar sus picaduras, tan dolorosas como molestas, manteniendo el fuego toda la noche.

Después de haber descendido el Lewis a lo largo de una cincuentena de kilómetros, en la tarde del día 23 percibieron la confluencia del río Hootalinga y luego la del Big Salmon, dos tributarios del Lewis. Tuvieron ocasión de comprobar cómo las aguas azules del río alteraban su color al mezclarse con sus afluentes. Al día siguiente el barco pasó por delante de la desembocadura del río Walsh, ya abandonado por los mineros después de que hubieron recogido la última pepita. Luego apareció el Cassiar, un banco de arena que emerge del agua baja, donde algunos prospectores recolectaron en un mes treinta mil francos de oro y donde aún se recogen algunos granos del precioso polvo.

El viaje continuó con alternativas de buen y mal tiempo, sin que tuvieran que sufrir mucho por el frío. El barco marchaba ya con los remos, ya con la vela, e incluso, en ciertos pasos muy sinuosos, los hombres tuvieron que halarlo con un cordel. Yendo por la orilla había que cuidarse de los altos acantilados, de donde se desprenden a veces enormes avalanchas.

El 30 de mayo habían descendido la mayor parte del Lewis, que se transformaría muy pronto en el Yukon, en condiciones bastante favorables. La caravana se encontraba ahora a unas sesenta leguas del lago Labarge. Hubo que atravesar los rápidos de Five Fingers, los que presentaron algunas dificultades. El paso por el río estaba obstruido en ese lugar por cinco islas, que producían remolinos e incluso desniveles de los cuales un piloto debe desconfiar. Por consejo de Neluto, pareció prudente desembarcar, pues el elevado nivel de las aguas hacía que la corriente fuera casi torrencial. Después de haber atravesado estos rápidos, y, algunos kilómetros río abajo, los rápidos del Rink, pasajeros y pasajeras retomaron sus lugares en el barco, que no enfrentaría dificultades serias hasta su llegada a Fort Selkirk, a unas veinte leguas de distancia todavía.

El 31 de mayo el scout se instaló en el campo de Turenne, que se halla en una

quebrada toda sembrada de flores. Numerosos emigrantes habían levantado allí sus tiendas. En ese lugar Summy Skim pudo entregarse a su ejercicio favorito. La caza, particularmente de tordos, abundaba, y habría podido cazar toda la noche, porque en esas latitudes y en esa época del año la oscuridad no es completa entre la puesta del sol y el amanecer.

Durante los dos días que siguieron descendieron rápidamente el río gracias a una corriente de tres leguas por hora. El 2 de junio por la mañana, después de haber dejado atrás el laberinto de las islas Myersall, el barco se acercó a la orilla izquierda y atracó al pie de Fort Selkirk.

Este fuerte, construido en 1848 por el servicio de agentes de la bahía de Hudson, fue demolido por los indios en 1852. Actualmente, lo que había sido un fuerte es un almacén bastante bien aprovisionado. Rodeado de cholas indias y de tiendas de emigrantes, cubre una planicie de la gran arteria, la que a partir de allí lleva más propiamente el nombre de Yukon, y que se ve engrosado por las aguas del Pelly, su principal tributario de la orilla derecha.

El scout aprovechó la ocasión de aprovisionarse en Fort Selkirk. Encontró todo lo que necesitaba, a precios excesivos, es verdad, ya que en el más insignificante de los albergues se pagan tres dólares por una comida de las más rudimentarias.

Después de un descanso de veinticuatro horas, en la mañana del 3 de junio el barco se abandonó de nuevo a la corriente del Yukon. El tiempo era incierto: lluvias y rayos del sol. Pero ya no había que temer los grandes fríos. La temperatura se acercaba a los diez grados sobre cero.

El guía pasó sin detenerse delante de la confluencia del Stewart, que comenzaba a atraer a una cantidad de buscadores de oro. Luego el barco atracó durante medio día en Ogilvie, en la orilla derecha del Yukon.

El río era muy ancho, y las embarcaciones podían circular sin tropiezos en medio de los numerosos témpanos que derivaban hacia el norte.

Después de haber dejado atrás las desembocaduras de los ríos Indian y Sixty Miles, que se abren una frente a otra a cuarenta kilómetros de Dawson-City, y después de haber dejado a la derecha la desembocadura del Baker Creek, la expedición puso al fin los pies en la capital de Klondike en la tarde del 5 de junio.

X
Klondike

Esa parte de Norteamérica que se llama Alaska es una vasta región, bañada a la vez por las aguas de dos océanos: el Ártico y el Pacífico. No se calcula en menos de ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados la superficie de este territorio, que el imperio ruso cedió a los americanos, se dice, tanto por simpatía por la Unión como por antipatía por Gran Bretaña. En todo caso, hubiera sido difícil que esta región no llegara a ser americana y sirviera al engrandecimiento del Dominion y de la Columbia británica. ¿No justificará acaso el futuro la famosa doctrina Monroe: toda América para los americanos?

Aparte de los yacimientos auríferos que posee, ¿se sacará algún provecho de este

territorio medio canadiense, medio alaskiense, regado por el Yukon, situado en parte más allá del círculo polar, y cuyo suelo no es favorable para ningún tipo de industria agrícola? Es poco probable.

No hay que olvidar, sin embargo, que, comprendiendo las islas Baranof, Amirauté, Príncipe de Gales, que pertenecen a Alaska, del mismo modo que el archipiélago de las Áleutianas, esta región presenta una extensa costa de trece mil kilómetros, en la que una serie de puertos se prestan para que los navíos hagan escala en esos tempestuosos parajes: desde Sitka, la capital de Alaska, hasta Saint-Michel, situado en la desembocadura del Yukon, uno de los ríos más grandes del Nuevo Mundo.

Después de haber sido descubierta por los rusos en 1730, luego explorada en 1741, cuando su población total no sobrepasaba los treinta y tres mil habitantes, la mayoría de origen indio, esta comarca se halla hoy invadida por la muchedumbre de emigrantes y prospectores que el descubrimiento de las minas de oro atrae desde hace algunos años a Klondike.

Para establecer la línea de demarcación entre Alaska y el Dominion, se ha escogido el meridiano ciento cuarenta y uno, que parte del monte Saint-Elie, de cinco mil ochocientos veintidós metros de altura, y termina en el océano Ártico.

Al contemplar un mapa de Alaska, se observa que el suelo es plano en la mayor parte de su superficie. El sistema orográfico no se presenta sino en el sur. Allí surge la cadena de montañas que continúa a través de la Columbia británica y California y que lleva el nombre de Cascade Range.

Lo que llama particularmente la atención es el curso del Yukon. Después de haber regado el Dominion, dirigiéndose hacia el norte hasta Fort Cudahy, después de haberlo surcado con sus afluentes y subafluentes (inmensa red hidrográfica en la que se entrecruzan el Pelly, el Big Salmon, el Hootalinga, el Stewart, el Sixty Miles, el Forty Miles Creek, el Indian, el Klondike), este magnífico río describe una curva hasta Fort Yukon, para volver a descender hacia el sudeste y derramar sus últimas aguas en Saint-Michel, en la cuenca del mar de Bering.

En suma, el Yukon es el río del oro por excelencia. Con sus tributarios, surca los yacimientos más ricos de Alaska y del Dominion, y, si las pepitas flotaran, ¡cuántas pepitas flotarían en su superficie!

El Yukon es superior al Padre de las Aguas, al mismo Mississippi. Su caudal sobrepasa los veintitrés mil metros cúbicos por segundo, y su curso se extiende sobre dos mil doscientos noventa kilómetros, a través de una cuenca cuya superficie debe tener un millón de kilómetros cuadrados.[13]

Aunque los territorios que recorre no son aptos para el cultivo, el área forestal es muy considerable. Se constituye sobre todo de impenetrables bosques de cedros amarillos, de los que todo el planeta podría disfrutar si sus bosques llegaran a agotarse. La fauna está representada por el oso negro, el oriñal, el caribú, el tebai u oveja de montaña, la gacela de largo pelaje blanco; las aves se encuentran por miríadas: gangas, becadas, tordos, perdices de nieve, patos en tal cantidad que, en los tiempos del descubrimiento, bastaban para la alimentación de la población indígena.

Las aguas que bañan este inmenso perímetro de costas no son menos ricas en mamíferos marinos y en peces de toda clase. Hay uno entre ellos, el harlatán, que es digno de mención por el uso que se puede hacer de él. Está de tal modo impregnado de

[13] Dos veces la superficie de Francia. (Nota del autor.)

aceite que basta encenderlo para que dé luz como una candela. De ahí el nombre de Candle Fish[14] que le han dado los americanos.

Pero la riqueza aurífera es superior a todas las otras. Es posible que su rendimiento sea mayor que el de Australia, California y las minas de África meridional.

Los primeros yacimientos de Klondike se descubrieron en 1864.

El reverendo Mac Donald halló por entonces oro como para recogerlo a cucharadas en un pequeño río vecino a Fort Yukon.

En 1882, un contingente de antiguos mineros de California, entre ellos los hermanos Boswell, se aventuraron a través de los senderos del Chilkoot y explotaron regularmente las primeras parcelas.

En 1885, lavadores de oro del Lewis-Yukon descubrieron los yacimientos del Forty Miles Creek, un poco río abajo del emplazamiento que iba a ocupar Dawson-City, en la línea convencional que separa Alaska del Dominion. Dos años después, el mismo año en que el gobierno canadiense procedió a la delimitación de la frontera, se extrajeron del lugar más de seiscientos mil francos de oro.

En 1892, la North American Trading and Transportation Company de Chicago fundó el caserío de Fort Cudahy, cerca de la desembocadura del Forty Miles Creek; debía defenderlo el fuerte Constantine, construido dos años después. Puestos todos al trabajo allí, trece agentes de policía, cuatro suboficiales y tres oficiales recogieron por lo menos mil quinientos francos en las parcelas del río Sixty Miles, un poco antes de Dawson-City.

La carrera había empezado. Los prospectores acudirían de todas partes. En 1895, no eran menos de mil canadienses, principalmente franceses, los que atravesaban el Chilkoot y se dispersaban por los territorios ribereños del Yukon.

En 1896 se difunde la resonante noticia: se ha descubierto el Eldorado, un afluente del Bonanza, que es afluente del Klondike, el cual es a su vez afluente del Yukon. Una multitud de buscadores de oro se precipita en esos territorios. En Dawson-City, los lotes que se vendían en veinticinco francos valen ahora ciento cincuenta mil. El gobierno de Ottawa va a reconocer a la ciudad la categoría de capital en 1898.

La región que lleva específicamente el nombre de Klondike es sólo un distrito del Dominion. Pertenece pues a esa vasta anexión inglesa del Canadá, como parte de la Columbia británica. El grado ciento cuarenta y uno de longitud, que traza la línea fronteriza entre la Alaska convertida en posesión americana y las posesiones de Gran Bretaña, marca el límite occidental del distrito.

La frontera norte la marca el río Klondike, afluente del Yukon, de ciento cuarenta kilómetros de longitud. El Klondike llega hasta la misma Dawson-City, a la que divide en dos partes desiguales.

Al oeste, el límite es el meridiano convencional, que el Yukon corta un poco al noroeste de la capital, después de haber recibido por su orilla derecha al río Stewart, al Indian, el Baker Creek y este famoso río Bonanza donde se absorbe el Eldorado.

Al este, la región de Klondike limita con la parte del Dominion en que aparecen las primeras ramificaciones de las montañas Rocosas. El río Mackensie atraviesa de sur a norte estos territorios.

El centro del distrito presenta altas colinas; la principal, conocida con el nombre de Dame, fue descubierta en junio de 1897. Son los únicos relieves de este suelo por lo general plano en el que se extiende la red hidrográfica de la cuenca del Yukon. Se puede

[14] Pez-vela.

comprender la importancia de este río sólo por el número de afluentes directos que posee: el Klondike, alimentado por el Too Much Gold, el Hunker, que surge de las entrañas del Dame, el Bear, el Awigley, el Bonanza, el Bryant, el Swadish, el Montana, el Baker Creek, el Westfield, el Geneenee, el Montecristo, el Insley, el Sixty Miles, el Indian, comentes de agua que acarrean grandes cantidades de oro, y junto a las cuales centenas de parcelas ya están en explotación.

Pero el territorio aurífero por excelencia es el que baña el Bonanza, que sale de las alturas de Cormack's, y sus múltiples afluentes: el Eldorado, el Queen, el Boulder, el American, el Pure Gold, el Cripple, el Tail, etc.

Es comprensible, pues, que los prospectores se hayan precipitado en masa sobre un territorio en el que se multiplican los ríos enteramente despejados de hielo durante los tres o cuatro meses de la buena estación, sobre yacimientos tan numerosos y de explotación relativamente fácil. Su número aumenta cada año, a pesar de la parte del viaje comprendida entre Skagway y la capital de Klondike.

En el lugar en que el río de este nombre se precipita sobre el Yukon, sólo existía hace algunos años una marisma que a menudo se sumergía en la época de las crecidas. No había allí más que algunas chozas de indios, unas "islas" construidas a la manera rusa, donde vivían miserablemente familias indígenas.

Allí se fundó Dawson-City, que ya cuenta con dieciocho mil habitantes.

Leduc, canadiense de origen, fundador de la ciudad, la dividió en lotes, por los que no pedía más de veinticinco francos, y que ahora encuentran compradores por precios que varían entre cincuenta y doscientos mil francos.

Y si los primeros yacimientos de Klondike no están destinados a agotarse en un futuro próximo, si otros terrenos auríferos se descubren en la cuenca del gran río, si las parcelas se llegan a contar ahí por miles, ¿no es posible acaso que Dawson-City se convierta en una metrópoli como Vancouver, en la Columbia británica, o como Sacramento en la California americana?

Como la nueva ciudad estaba situada sobre una marisma, desde el primer momento estuvo amenazada de desaparecer en una inundación. El Klondike la divide en dos barrios situados en la orilla derecha del Yukon, y en la época del deshielo es tal la abundancia de agua que se pueden temer los mayores estragos.

Fue preciso construir diques sólidos para resguardarse de estas inundaciones, que por lo demás se producen sólo durante un breve período. En efecto, durante el verano el estiaje de las aguas del Klondike baja a tal punto que los peatones pueden pasar sin mojarse de un barrio al otro.

Los comienzos de la nueva ciudad fueron difíciles, como se ve, lo que no impidió que el número de habitantes creciera en una proporción considerable.

Ben Raddle, no lo ignoramos, conocía a fondo la historia de este distrito, pues se había informado de todos los descubrimientos desde hacía algunos años. Sabía cuál había sido la progresión del rendimiento de las parcelas, una progresión siempre constante, y qué enriquecimientos súbitos se habían producido. Que él hubiera venido a Klondike sólo para tomar posesión de la parcela del Forty Miles Creek, para evaluarla y venderla al mejor precio, no ofrece ninguna duda. Pero Summy Skim se daba cuenta de que, a medida que se aproximaban a Dawson-City, Ben Raddle se interesaba más de lo que él hubiera querido en los trabajos de los mineros, y siempre temía que sintiera la tentación de sumarse a ellos. Desde luego, ¡él se opondría, él no dejaría a su primo comprometerse

en tales empresas, no le permitiría instalarse en ese país del oro y de la miseria!

Por esa época el distrito contaba por lo menos con ocho mil parcelas, numeradas desde la desembocadura ' de los afluentes y subafluentes del Yukon hasta su nacimiento. Los lotes eran de quinientos pies de superficie, o de doscientos cincuenta según la modificación establecida por la ley de 1896.

Cabe destacar que la preferencia de los prospectores y de los sindicatos se dirigía siempre a los yacimientos del Bonanza, de sus tributarios y también a los de las montañas de la orilla izquierda. En ese suelo privilegiado Georgie Mac Cormack vendió varias parcelas de ochenta pies de largo por catorce de ancho, de las cuales se sacaron pepitas por un valor de ocho mil dólares, o sea cuarenta mil francos, en menos de tres meses...

La riqueza de los yacimientos del Eldorado es tal que, según el experto en catastros Ogilvie, el promedio de cada plato es de veinticinco a, treinta y cinco francos. La conclusión es lógica: si, como todo lo hace creer, la vena tiene treinta pies de ancho, quinientos de largo y cinco de espesor, su rendimiento puede calcularse en unos veinte millones de francos.

Las sociedades, los sindicatos, trataban de adquirir esas parcelas y se las disputaban a los precios más altos. Es difícil prever a qué tasa llegarán las ofertas cuando se trata de terrenos en los que se recogen de mil quinientos a cuatro mil francos de oro purísimo por plato. La onza vale, en el mercado de Dawson-City, quince y dieciséis dólares.

Resultaba verdaderamente lamentable -es, al menos, lo que debía pensar Ben Raddle- que la herencia del tío Josías no fuera una de esas parcelas del Bonanza. Ya sea que se tomara la decisión de explotarla o de venderla, el beneficio habría sido más considerable. Es de suponer que, en tal caso, las ofertas de compra a los herederos habrían sido tan sustanciosas que Ben Raddle no hubiera emprendido el viaje a Klondike. Summy Skim estaría veraneando en su hacienda de Green Valley, en lugar de chapotear en las calles de esta capital en la que el barro quizás encierra partículas del precioso metal.

Es verdad que existía todavía la proposición del sindicato relativa al número 129 del Forty Miles Creek, a menos que por falta de respuesta hubiera caducado.

Después de todo, Ben Raddle había venido para ver, y vería. Aunque la 129 jamás hubiera producido pepitas de tres mil francos -y la más grande que se encontró en Klondike alcanzaba ese valor-, no debía estar agotada, ya que se habían hecho ofrecimientos de compra. Los sindicatos americanos o ingleses no tratan estos asuntos con los ojos cerrados. En todo caso, aunque tuvieran la peor de las suertes, los dos primos obtendrían por lo menos el dinero para costear el viaje.

Y luego, Ben Raddle lo sabía, ya se hablaba de nuevos descubrimientos en el río Hunker, un afluente del Klondike, cuya desembocadura está a veintitrés kilómetros de Dawson-City; se trata de una corriente de agua de siete leguas que pasa entre montañas de mil quinientos pies de altura, ricas en yacimientos en los que el oro era más puro que el del Eldorado. Se hablaba de un afluente del Gold Bottom, donde, según el informe de Ogilvie, existiría un filón de cuarzo aurífero que daba hasta mil dólares por tonelada.

Los periódicos también llamaban la atención sobre el Bear, un afluente del Klondike a sólo cuatro leguas de Dawson-City. Se dividía en sesenta lotes a lo largo de once kilómetros, y su explotación, durante la última campaña, habría producido beneficios soberbios. Cundía el rumor de que, dispuestos estos lotes de modo más regular que los del río Bonanza, se les trabajaba con mayor facilidad.

Sin duda, Ben Raddle pensaba que quizás habría que mirar hacia ese lado si no había nada que hacer con el lote 129.

En cuanto a Summy Skim, se repetía a veces:

"Todo esto es perfecto. Muy bien el Bonanza, el Eldorado, el Bear, el Hunker, el Gold Bottom. Pero a nosotros nos interesa el Forty Miles Creek, y del Forty Miles Creek no escucho decir nada, como si no existiera".

Existía, sin embargo, y el mapa de Bill Stell lo señalaba exactamente como tributario del Yukon, río abajo de Dawson-City.

En verdad, hubiera sido una deplorable mala suerte que ese Forty Miles Creek no hubiera aportado su cuota al rendimiento aurífero del Klondike, el cual, según el informe de Mac Donald, no había producido menos de cien millones de francos durante la campaña realizada entre mayo y septiembre del año 1898.

¿Cómo Ben Raddle y el propio Summy Skim habrían podido dudar de la riqueza de ese distrito, que provocaba, a pesar de las fatigas del viaje, un éxodo cada vez más considerable de mineros de todo el mundo? Ese lugar había en tregado en 1896 siete millones quinientos mil francos en pepitas, y en 1897 doce millones quinientos mil francos. El rendimiento de 1898 podía cifrarse en treinta millones... Para resumir: por numerosos' que fueran los emigrantes, ¿no podrían repartirse los doscientos cincuenta millones de francos en los cuales Ogilvie evaluaba la riqueza de Klondike? Seguramente los millonarios serían los menos, una pequeña cantidad, pero en todo caso de las entrañas de ese suelo saldrían torrentes de oro...

Hay que destacar también que el territorio de Klondike no es el único en la región que está surcado por venas auríferas. Se sabía que existían otros, no solamente en la superficie del Dominion, sino del otro lado del Yukon, en la inmensa área de Alaska, en la que ciertas regiones no han sido todavía suficientemente exploradas. E incluso en la orilla derecha del gran río, en la parte canadiense, en la frontera meridional del Klondike, se menciona el río Indian, cuyos yacimientos van a hacer la competencia a los del distrito... Los mineros ya están ocupados en la explotación de trescientas parcelas hasta la confluencia del Sulphor y del Dominion, esteros que forman ese río. Más de dos mil quinientos ya lavan platos de trescientos a cuatrocientos francos.

Y no son sólo los afluentes de la orilla derecha del Yukon los que acarrean láminas y pepitas de oro. Los prospectores se precipitan ahora hacia los afluentes de la orilla izquierda. Hay numeración de parcelas en el río Sixty Miles, el Geneenee, el Westfield, el Swadish, que poseen por lo menos seiscientos ochenta lotes, y, en fin, el Forty Miles Creek, pues existe, a pesar de lo que pueda pensar Summy Skim, y la parcela del tío Josías es la número 129, tal como el telegrama lo había indicado al señor Snubbin, el notario de Montreal.

Todavía más, en la parte del Klondike situada entre el río Indian y el Inley, otro afluente del Yukon, se encuentra una superficie todavía inexplorada donde los mineros no tardarán en descubrir nuevas riquezas.

Basta echar una mirada al mapa del Dominion para observar que las regiones auríferas, aparte de las de Klondike, ya han sido indicadas: así las vecinas al macizo del Chilkoot, que riegan el río Pelly antes de verter sus aguas en el Yukon, y la del monte Cassiar, al norte de Telegraph Creek y al sur del campo minero de Centreville.

Se ha podido comprobar asimismo que esas regiones son todavía más numerosas en el territorio de Alaska, y se puede estar seguro de que los americanos, los nuevos

poseedores de ese país, no las dejarán improductivas: al sur del gran río se hallan las de Circle-City, Rampart-City, los montes Tanana, y al norte la de Fort Yukon, y más allá del círculo polar, toda una vasta comarca regada por el Nootok y el Colville, y que proyecta la punta Hope sobre el océano Ártico.

Mientras Ben Raddle hacía relumbrar estos futuros tesoros ante los ojos de Summy Skim, éste se contentaba con sonreír.

-Sí, decididamente es una región favorecida por los dioses ésta que atraviesa el Yukon. Y nosotros poseemos sólo un pedacito... ¡y lo único que me interesa es deshacerme de una vez por todas de la herencia de nuestro tío Josías!

XI
En Dawson-City

-Una aglomeración de cabañas, de "isbas", de tiendas, una especie de campamento levantado en una ciénaga, siempre amenazado por las crecidas del Yukon y del Klondike, calles tan irregulares como embarradas, baches a cada paso, en absoluto una ciudad, sino algo así como una gran perrera buena a lo sumo para que la habiten los miles de perros que se escucha ladrar día y noche: ¡eso es lo que usted cree que es Dawson-City, señor Skim! Pero la ciudad se ha transformado a ojos vistas, gracias a los incendios que despejan el terreno. Tiene sus iglesias católicas y protestantes, sus bancos y sus hoteles, va a tener su Mascott Théatre, tendrá pronto su gran ópera, en la que dos mil doscientos dawsonenses podrán disponer de una butaca, y etcétera, y usted no puede imaginar lo que se subentiende en este "y etcétera".

Así hablaba el doctor Pilcox, un anglocanadiense de unos cuarenta años, gordo, vigoroso, activo, despabilado, de salud inquebrantable. Era de constitución resistente a cualquier enfermedad, y parecía gozar de increíbles inmunidades. Hacía un año había venido a instalarse en esta ciudad tan favorable para el ejercicio de su profesión, pues parece que las epidemias se dieron cita allí, sin hablar de la fiebre endémica del oro, contra la cual parecía que estaba no menos vacunado que el propio Summy Skim.

Además de médico, el doctor Pilcox era cirujano, boticario y dentista. Como se le sabía hábil y servicial, la clientela afluía a su bastante cómoda casa de Front Street, una de las calles principales de Dawson-City.

Hay que decir igualmente que el doctor Pilcox había sido nombrado médico jefe del hospicio donde esperaban la llegada de las dos hermanas de la Misericordia.

Bill Stell conocía desde hacía mucho tiempo al doctor Pilcox. Se había relacionado con él cuando servía en calidad de guía en el ejército canadiense. Lo había recomendado siempre a las familias de emigrantes que conducía de Skagway a Klondike. Nada más natural, pues, que se le viniera a la mente poner a Ben Raddle y a Summy Skim en contacto con un personaje tan estimado y cuyo celo alcanzaba los límites de la filantropía. ¿Dónde podrían haber encontrado a alguien que estuviera más al tanto de lo que pasaba en el país que ese doctor, confidente de tantas fortunas e infortunios? Si alguien era capaz de dar un buen consejo del mismo modo que un buen diagnóstico o un

buen remedio, desde luego era este excelente hombre. En medio de la tremenda excitación que vivía la ciudad cada vez que llegaba la noticia de algún descubrimiento, el doctor había conservado siempre la sangre fría, fiel a su oficio, y nunca habría tenido la ambición de hacer prospección por su cuenta.

El médico estaba orgulloso de su ciudad y no lo ocultó en la primera visita que le hizo Summy Skim.

-Sí -repitió-, Dawson-City ya es digna de llevar el nombre de capital de Klondike que le ha otorgado el gobernador del Dominion.

-Pero me parece que la ciudad está apenas empezando a construirse, doctor -observó Summy Skim.

-Si todavía no está enteramente construida, lo estará dentro de poco. El número de habitantes crece día a día.

-Y actualmente tiene... -preguntó Summy Skim.

-Más de veinte mil, señor.

-Que no hacen más que pasar por la ciudad, tal vez.

-Perdóneme. Esta gente se ha establecido con sus familias y no piensa más que yo en abandonar la ciudad.

-Sin embargo -observó Summy Skim, que se divertía picando al doctor-, yo no veo en Dawson-City lo que caracteriza generalmente a una capital.

-¿Cómo? -exclamó el doctor Pilcox inflándose, lo que lo hacía parecer más gordo-. Dawson-City es la residencia del Comisario General de los territorios del Yukon, el mayor James Walsh, y de toda una jerarquía de funcionarios que usted no encontrará en las metrópolis de Columbia y del Dominion.

-¿Cuáles, doctor?

-Un juez de la Corte Suprema, el señor Mac Guire, un comisario del oro, el señor Faucett, un comisario de las Tierras de la Corona, el señor Wade, un cónsul de los Estados Unidos de América, un agente consular de Francia...

-En efecto -respondió Summy Skim-, ésos son altos personajes de la administración... Pero por lo que se refiere al comercio...

-Tenemos ya dos bancos -respondió el doctor-: el Canadian Bank of Commerce de Toronto, que dirige el señor Wills, y el Bank of British North America.

-¿E iglesias?

-Dawson-City posee tres, señor Skim: una iglesia católica servida por el padre jesuita Judge y por el oblato Desmarais, una iglesia de la religión reformada y una iglesia protestante inglesa.

-Perfecto, doctor, en lo que concierne a la salvación de los habitantes. Pero en cuanto a la seguridad pública...

-¿Y qué piensa usted, señor Skim, de un comandante en jefe de la policía montada, el capitán Stearns, canadiense de origen francés, y del capitán Harper, a la cabeza del servicio postal, ambos con sesenta hombres a sus órdenes?

-Yo digo, doctor -respondió Summy Skim-, que esta escuadra de policía no parece suficiente. La población de Dawson-City, como usted dice, aumenta cada día.

-Bueno, pues, se la aumentará según las necesidades. ¡El gobernador del Dominion hará todo lo necesario para garantizar la seguridad de los habitantes de la capital de Klondike!

Había que escuchar al buen doctor pronunciar esas palabras: ¡capital de Klondike!

-Después de todo -continuó Summy Skim-, parece muy posible que Dawson-City esté destinada a desaparecer cuando los yacimientos se agoten.

-¿Que se agoten? ¿Los yacimientos de Klondike? Pero si son inagotables, señor Skim. Se descubren todos los días nuevos yacimientos a lo largo de los esteros. Cada día se explotan nuevas parcelas. No creo que haya en el mundo una ciudad que tenga más asegurada su existencia que la capital de Klondike.

Summy Skim no quiso proseguir una discusión que ya veía bien inútil. Que Dawson-City viviera dos o dos mil años, qué le importaba a él, que no iba a pasar allí más de quince días.

De todos modos, por inagotable que fuera ese suelo, como decía el doctor, terminaría por agotarse, y que la ciudad sobreviviera después de la extinción de su riqueza, cuando ya no tuviera razón de existir, en condiciones de habitabilidad tan detestables, en el límite del círculo polar, parecía inadmisible. Pero como el doctor le auguraba una vitalidad más grande que la de cualquiera otra ciudad del Dominion, Quebec, Ottawa o Montreal, para qué contradecirle. Lo importante para Ben Raddle y Summy Skim era que Dawson-City tenía un hotel.

En realidad había por lo menos tres: el hotel Yukon, el Klondike y el Northern, y fue en este último donde los dos primos obtuvieron habitación.

En realidad, por poco que los mineros continuaran afluyendo a Dawson-City, los propietarios de esos hoteles no dejarían de hacer fortuna. Una habitación costaba siete dólares diarios; la comida, tres dólares cada una; el servicio, un dólar. El corte de barba cuesta un dólar, y el de pelo, un dólar y medio.

-Felizmente -observó Summy Skim-, no tenemos la costumbre de afeitarnos. En cuanto al pelo, esperaremos estar de regreso en Montreal para cortárnoslo.

Se comprenderá por las cifras citadas que todo tiene un precio exorbitante en la capital de Klondike. Quien no se enriquece allí por un golpe de suerte está casi seguro de arruinarse a corto plazo.

Por esa época, Dawson-City se extendía al borde de la orilla derecha del Yukon y tenía una longitud de dos kilómetros. De dicha orilla a la colina más cercana había una distancia de mil doscientos metros. Su superficie era de ochenta y ocho hectáreas. Dos barrios la dividían, separados por el Klondike, que desemboca allí en el gran río. Tenía siete avenidas y cinco calles que se cortaban en ángulo recto. La más próxima al río era Front Street. Las calles tenían aceras de madera y, cuando no se veían surcadas por el paso de los trineos durante los meses de invierno, enormes coches, pesados carruajes circulaban por ellas con gran estrépito, en medio de la multitud de perros.

Alrededor de Dawson-City había unas cuantas huertas en las que crecían nabos, berzas, rábanos, lechugas y otras verduras, pero no bastaban para las necesidades de la población. Había que contar con las legumbres que venían del Dominion, de la Columbia o de los Estados Unidos. En cuanto a la carne en conserva, la carne de carnicería y la caza, los barcos frigoríficos la traían después del deshielo, remontando el Yukon desde Saint-Michel. Ya la primera semana de junio aparecían los barcos río abajo. El muelle resonaba con el silbido de las sirenas.

Es innecesario decir que, el mismo día de su llegada a Dawson-City, las dos religiosas fueron acompañadas al hospital que dependía de la Iglesia Católica. La superiora las recibió con ansiedad y no escatimó palabras de agradecimiento para Summy Skim, Ben Raddle y el scout por su ayuda y por las atenciones que habían tenido con la

hermana Marta y la hermana Magdalena.

La acogida del doctor Pilcox no fue menos emotiva, y, en realidad, su presencia era bien necesaria, pues el personal del hospital no daba abasto.

En efecto, como consecuencia del riguroso invierno las salas estaban atestadas, y es difícil imaginar a qué estado la fatiga, el frío y la miseria habían reducido a esas pobres gentes venidas de tan lejos. Había en ese momento en Dawson-City epidemias de escorbuto, de diarrea, de meningitis, de fiebre tifoidea. La estadística de los decesos se elevaba cada día, y las calles abrían sin cesar el paso a los coches fúnebres tirados por perros. A estos desdichados les esperaba en el cementerio una pobre tumba cavada en las entrañas de ese suelo lleno de oro.

Y sin embargo, a pesar de este lamentable espectáculo, los dawsonienses, o por lo menos los mineros de paso, se abandonaban incesantemente a los placeres excesivos. Se juntaban en los casinos, en las salas de juego, los que iban por primera vez a los yacimientos y los que regresaban para rehacer sus ganancias devoradas en algunos meses. Viendo esta turba amontonarse en los restaurantes y bares, resultaba difícil imaginar que una epidemia diezmaba la ciudad, y que, cerca de algunos vividores, jugadores, aventureros de constitución sólida, hubiera tantos miserables que no tenían fuego ni albergue, familias enteras, hombres, mujeres, niños, que la enfermedad detenía en el umbral de la ciudad, impedidos de ir más lejos.

Se veía a todo este mundo ávido de placeres violentos y de continuas emociones frecuentar los Folies Bergére, los Monte-Carlo, los Dominion, los Eldorado, no se sabría decir si por la tarde o por la mañana, ya que en esa época del año, próxima al solsticio, ya no había mañana ni tarde. Allí funcionaban el póquer, el monte, la ruleta. Se jugaba sobre el tapete verde, ya no guineas o piastras, sino pepitas, polvo de oro, en medio de gritos, de provocaciones, de agresiones y a veces también de detonaciones de revólver. En fin, escenas abominables que la policía era incapaz de reprimir y en las cuales individuos de la ralea de Hunter y de Malone desempeñaban los primeros papeles.

Luego, los restaurantes están abiertos toda la noche. Se come allí a cualquier hora. Se sirven pollos a veinte dólares la pieza, piñas a diez dólares, huevos garantizados a quince dólares la docena. Se bebe vino a veinte dólares la botella, whisky que ha costado (...) y se fuman cigarros a tres francos cincuenta. Tres o cuatro veces por semana, los prospectores vuelven de las parcelas vecinas y arriesgan en esas casas de juego todo lo que han ganado en los barriales del Bonanza y de sus afluentes.

Era un espectáculo triste, deprimente, en que se mostraban los más deplorables vicios de la naturaleza humana. Lo poco que le fue posible observar a Summy Skim desde su llegada a Dawson-City no pudo más que acrecentar en él su repugnancia por el mundo de los aventureros.

Pero no es probable que tuviera la ocasión de estudiarlo más a fondo. Contaba siempre con que su estancia en Klondike sería de corta duración; Ben Raddle no era hombre que perdiera el tiempo.

-Ante todo, nuestro asunto -dijo-, vamos en primer lugar a conocer la parcela 129 del Forty Miles Creek.

-Cuando quieras -respondió Summy Skim. -¿El Forty Miles Creek está lejos de Dawson

City? -preguntó Ben Raddle a Bill Stell.

-Nunca he ido -respondió el scout-. Pero, según el mapa, ese estero desemboca en el

Yukon en Fort Reliance, al noroeste de Dawson-City.

-Entonces, de acuerdo con el número que lleva -observó Summy Skim-, no creo que la parcela del tío Josías esté lejos.

-No puede estar a más de treinta leguas -respondió el scout-, ya que a esa distancia está la frontera entre Alaska y el Dominion, y el número 129 está en territorio canadiense.

-Partiremos mañana -declaró Ben Raddle.

-Entendido -respondió su primo-, pero antes de fijar el valor del 129, ¿no convendría saber si el sindicato que nos ha hecho la oferta la mantiene? -dijo Summy Skim.

-Dentro de una hora tendremos eso claro -respondió Ben Raddle.

-Les voy a indicar las oficinas del capitán Healy, de la Anglo American Transportation and Trading Company -dijo Bill Stell-. Están en Front Street.

Los dos primos dejaron el hotel Northem después del mediodía y se dirigieron, guiados por el scout, a la casa ocupada por el sindicato de Chicago.

El barrio estaba atestado de gente. El barco del Yukon acababa de desembarcar una cantidad de emigrantes, y éstos, mientras esperaban la hora de dispersarse en los diversos afluentes del río, unos para ir a explotar los yacimientos que les pertenecían, otros para alquilar sus brazos a buen precio, hormigueaban por la ciudad.

Front Street estaba más abarrotada que ninguna otra calle, ya que las principales agencias estaban allí. La turba humana se mezclaba con la turba canina. A cada paso se topaba uno con esos animales, apenas domesticados y cuyos aullidos perforaban los oídos.

-Pero, ¡ésta es una ciudad de perros! -repetía Summy Skim-; ¡su primer magistrado debe ser un dogo!

No sin soportar choques, empujones e insultos, Ben Raddle y Summy Skim lograron subir por Front Street hasta la oficina del sindicato. El scout los dejó en la puerta, y quedaron de reencontrarse en el hotel.

Fueron recibidos por el subdirector, el señor William Broll, al cual le explicaron el objeto de su visita.

-Muy bien -respondió el señor Broll-. ¿Ustedes son los señores Raddle y Skim de Montreal? Encantado de conocerlos.

-No menos encantados -respondió Summy Skim.

-¿Los herederos de Josías Lacoste, propietario de la parcela 129 del Forty Miles Creek?

-Precisamente -declaró Ben Raddle.

-Y desde que partimos para este interminable viaje -preguntó Summy Skim-, ¿se puede pensar que esa parcela no ha desaparecido?

-No, señores -respondió el señor William Broll-, tengan la seguridad de que la parcela está en el lugar que le asignó el catastro, en el límite de los dos Estados, que aún no está exactamente determinado.

¿Qué significaba esta frase inesperada? ¿Qué relación podía tener la línea fronteriza que separaba Alaska del Dominion con la parcela 129? El señor Josías Lacoste era el legítimo propietario y su propiedad había pasado legítimamente a sus herederos naturales, al margen de cualquier problema fronterizo...

-Señor -dijo Ben Raddle-, a nosotros nos avisaron en Montreal que el sindicato del cual el capitán Healy es el director proponía adquirir la parcela 129 del Forty Miles Creek.

-En efecto, señor Raddle.

-Bueno, pues, nosotros hemos venido, mi coheredero y yo, con el fin de conocer el valor de esa parcela, y queremos saber si el ofrecimiento del sindicato se mantiene.

-Sí y no -respondió el señor William Broll.

-¿Sí y no? -exclamó Summy Skim.

-Le rogaría que nos explicara, señor -dijo Ben Raddle-, por qué ese sí y ese no.

-Es muy sencillo, señores -respondió el subdirector-. Es sí, en el caso de que el emplazamiento se establezca de una manera, y es no, si se establece de otra.

Decididamente, esto merecía una explicación. Sin esperar, Summy Skim exclamó:

-De cualquier forma, el señor Josías Lacoste era propietario de esa parcela. Ahora lo somos nosotros, puesto que somos sus herederos...

En apoyo de esta declaración, Ben Raddle sacó de su portadocumentos los títulos que comprobaban sus derechos de propiedad.

-Señores -respondió el subdirector-, estos títulos de propiedad están en regla, no tengo la menor duda, pero, se lo repito, el problema no es ése. Nuestro sindicato les ha hecho llegar proposiciones relativas a la compra de la parcela del señor Josías Lacoste y, a la pregunta que usted me hace sobre el mantenimiento de esas proposiciones, yo no puedo responderle de otro modo que...

-Es decir que no hay respuesta -replicó Summy Skim, que empezaba a irritarse, sobre todo observando la actitud un tanto burlona del señor Broll, que no era como para agradarle.

-Señor subdirector -dijo Ben Raddle-, su telegrama en que ofrecía comprar la parcela del señor Josías Lacoste llegó el 22 de marzo a Montreal. Estamos a 7 de junio. Han pasado dos meses. Yo le pregunto, ¿qué es lo que pasó en este intervalo para que usted no pueda darnos ahora una respuesta formal?

-Usted habla de esa parcela como si su emplazamiento no estuviera exactamente determinado -añadió Summy Skim-. Yo pienso que está donde siempre ha estado.

-Ciertamente, señores -respondió el señor Broll-, pero ocupa en el Forty Miles Creek un punto en la frontera entre el Dominion, que es británico, y Alaska, que es americana.

-Está del lado canadiense -replicó vivamente Ben Raddle.

-Sí, si el límite de los dos Estados está bien determinado -declaró el subdirector-, pero no si no lo está. Como el sindicato, que es canadiense, sólo puede explotar yacimientos canadienses, yo no puedo darles una respuesta afirmativa.

-¿De modo que actualmente está en discusión la frontera entre los Estados Unidos y Gran Bretaña?

-Exactamente, señores -dijo el señor Broll.

-Yo creía -dijo Ben Raddle- que se había elegido el meridiano ciento cuarenta y uno como línea de separación.

-Se lo escogió, efectivamente, señores, y con razón; y desde 1867, época en que Rusia cedió Alaska a los Estados Unidos de América, siempre se estuvo de acuerdo en que ese meridiano formaría la frontera.

-Y bien -replicó Summy Skim-, pienso que los meridianos no cambian de lugar, ni siquiera en el Nuevo Mundo, y ese meridiano ciento cuarenta y uno no se ha movido ni al este ni al oeste.

-No, pero parece que no está donde debería estar -replicó el señor William Broll-, pues desde hace dos meses se han lanzado serias impugnaciones a la localización de ese

meridiano, y es posible que se le traslade un poco más al oeste.

-¿Cuántas leguas?

-No, algunas centenas de metros solamente -declaró el subdirector.

-Y por tan poco se discute... exclamó Summy Skim.

-Y con razón, señor -replicó el subdirector-: lo que es americano debe ser americano, y lo que es canadiense debe seguir siendo canadiense.

-¿Y cuál de los dos Estados es el que reclama? -preguntó Ben Raddle.

-América -respondió el señor Broll-, y reivindica una faja de terreno hacia el este que el Dominion reivindica por su parte hacia el oeste.

-¿Y qué es lo que tenemos que ver nosotros con esas discusiones? -exclamó Summy Skim.

-Tienen que ver -respondió el subdirector-, porque, si América gana este pleito, una parte de las parcelas del Forty Miles Creek pasará a ser americana.

-¿Y la parcela 129 estará entre ellas?

-Tal como usted dice -respondió el señor Broll-, y en esas condiciones el sindicato retiraría sus ofertas de adquisición.

Esta vez la respuesta era formal.

-Pero -preguntó Ben Raddle-, ¿se han comenzado por lo menos los trabajos relativos a esta rectificación de frontera?

-Sí, señores, y la triangularización se efectúa con una precisión notable.

En suma, no se trataba más que de una faja bastante estrecha de terreno situada a lo largo del meridiano ciento cuarenta y uno, y si los reclamos se hacían con tanta insistencia por parte de los dos Estados, era porque el terreno en cuestión era aurífero. Y ¡vaya uno a saber si a través de esta larga faja que va desde el monte Elie al sur y del océano Ártico al norte no corría una rica vena de la que la República federal sabría sacar tanto provecho como el Dominion!...

-En fin, para concluir, señor Broll -preguntó Ben Raddle-, si la parcela 129 permanece al este de la frontera, ¿el sindicato mantendrá su oferta?

-Exactamente.

-Y si, por el contrario, queda al oeste, ¿debemos renunciar a tratar con el sindicato? -Exactamente.

-Está bien -declaró Summy Skim-, nos dirigiremos a otros, y si desplazan nuestra parcela a tierra americana, la cambiaremos por dólares.

Así finalizó la entrevista, y los dos primos volvieron al hotel Northem. Allí los esperaba el explorador Stell, a quien le contaron lo ocurrido.

-En todo caso -les aconsejó-, harían bien en ir a Forty Miles Creek lo más pronto posible.

-Es nuestra intención -dijo Ben Raddle-. Partiremos mañana.

-Parece que ya comenzaron los trabajos de rectificación de la frontera -agregó Summy Skim riendo-. Tengo curiosidad por ver cómo terminan. No ha de ser fácil trasladar un meridiano.

-Sí, usted lo verá -dijo Bill Stell-, pero verá también que la parcela 127, vecina de la 129, pertenece a un propietario particular con el que tendrán que tener cuidado.

-Sí, ese texano Hunter -dijo Summy Skim.

-Su compañero Malone y él -continuó el scoutexplotan esa parcela de la que son dueños, pero como no tienen interés en venderla, poco les importa que esté situada en el

territorio de Alaska o del Dominion.

-Espero -añadió Ben Raddle- no tener ningún contacto con esos groseros personajes.

-Será lo mejor -afirmó el scout.

-¿Y usted, Bill, qué va a hacer? –preguntó Summy Skim.

-Voy a partir a Skagway para traer otra caravana a Dawson-City.

-¿Y estará ausente...? -Unos dos meses.

-Contamos con usted para el regreso. -Entendido, señores, pero, por su parte, no pierdan tiempo si quieren dejar Klondike antes del invierno.

XII
De Dawson-City a la frontera

En realidad, Ben Raddle y Summy Skim no tenían un día que perder para arreglar su problema. Los fríos árticos llegan pronto en esas latitudes. Comenzaba la segunda semana de junio. Antes del fin de agosto vendría la época en que los hielos bloquean los lagos y los esteros, en que la nieve y las borrascas se asientan en gloria y majestad. La buena estación no dura más de dos meses en esa región de Klondike, y debían reservar el tiempo necesario para regresar de Dawson-City a Skagway por la región lacustre, o, si decidían cambiar de itinerario, para hacer el viaje de Dawson-City a Saint-Michel, descendiendo por el Yukon hasta su desembocadura.

Desde el día siguiente de su llegada, Ben Raddle y Summy Skim hicieron sus preparativos en previsión de que la estancia en la parcela 129 se prolongara y no pudieran procurarse lo que necesitaban en Fort Reliance.

No se trataba de adquirir ni de transportar equipamiento, ya que el de Josías Lacoste se encontraba en el lugar, ni de contratar personal, pues no iban a explotar la parcela de Forty Miles Creek.

Sin embargo, les pareció conveniente tomar un guía que conociera bien el país. Como el scout había encontrado en Dawson-City a otro de sus pilotos, que iba a regresar al lago Lindeman, puso a Neluto a disposición de Ben Raddle hasta su regreso. El indio estuvo de acuerdo. Ya sabían lo valiosos que eran sus servicios. Era hombre poco comunicativo, pero eficaz. Hubiera sido difícil escoger a alguien mejor para este viaje, y los dos primos agradecieron a Bill Stell su amabilidad.

No hubo más que premunirse de víveres, sin fijarse en el precio, que fue naturalmente muy elevado. Pero no tuvieron problemas para procurarse carne congelada o salada, cerdo, tocino, harina, legumbres secas, té, ginebra y whisky: su ausencia no iba a durar más de quince días.

Por lo que se refiere al vehículo, Ben Raddle prefirió servirse de un carro en lugar del trineo que los perros tiran incluso cuando la nieve y los hielos han desaparecido. Además, estos animales estaban tan caros en ese momento que se pagaba hasta mil quinientos y dos mil francos por cabeza.

Antes de dejar Dawson-City, el scout se dedicó a buscar un carro en el que cupieran tres personas y las provisiones.

Adquirió, por mil trescientos cincuenta francos, un carro de dos ruedas provisto de

una capota de cuero que se podía levantar o plegar, bastante sólido como para resistir los sacudones y los choques. El caballo que se iba a enganchar al carro, un animal vigoroso, le costó setecientos francos. No había que preocuparse de su alimentación, ya que en esa estación los pastizales se sucedían a lo largo de los caminos, y, en esas condiciones, los caballos encuentran más fácilmente alimentación que los perros.

En cuanto a los utensilios, Neluto indicó los que era indispensable llevar y Ben Raddle pudo asegurarse de que nada le faltaría para el viaje.

Entretanto, Summy Skim se divertía paseando filosóficamente por las calles de Dawson-City, examinando las tiendas, enterándose de los precios de los objetos de consumo y de los manufacturados. Se sintió feliz de que su primo y él hubieran hecho sus compras en Montreal.

-¿Sabes tú lo que cuesta un par de zapatos en la capital de Klondike? -le preguntó a Ben. -No, Summy.

-De cincuenta a noventa francos. ¿Y un par de medias?

-No mucho.

-Diez francos. ¿Y calcetines de lana? -Pongamos veinte francos.

-No, veinticinco. ¿Y los tirantes?

-Podemos prescindir de ellos, Summy.

-Y haríamos bien. Dieciocho francos. -Prescindiremos de ellos.

-¿Y ligas de mujer?

-Eso no me importa.

-Cuarenta francos, y novecientos francos la ropa de mujer confeccionada por una buena modista. Decididamente, en este país increíble lo mejor es quedarse soltero.

-Nos quedaremos solteros -respondió Ben Raddle-, a menos que quieras casarte con una opulenta heredera.

-Y no faltan, Ben. Tampoco faltan las aventureras que dicen tener ricas parcelas en el Bonanza o en el Eldorado. Pero, en fin, salí soltero de Montreal y volveré soltero. ¡Ah, Montreal, Montreal! Qué lejos estamos, Ben.

-Qué quieres, Summy -respondió Ben Raddle, no sin cierta ironía-. La distancia que separa Montreal de Dawson-City es exactamente la misma que separa Dawson-City de Montreal.

-No lo dudo -replicó Summy-, pero eso no quiere decir que sea corta.

Por supuesto que Summy Skim no olvidó visitar el hospital. Las hermanas le reservaban una afectuosa acogida, mostrándole siempre su gratitud. El, viéndolas entregadas a sus labores, sólo sentía por ellas admiración.

En cuanto al doctor Pilcox, conversaba a menudo con Summy Skim, y no cesaba de darle al mismo tiempo ánimo y consejos, elogiando incesantemente las bellezas de ese admirable Klondike.

-Le gustará, le gustará -repetía-; si solamente tuviera la oportunidad de verlo en invierno...

-Espero no tener esa suerte, doctor.

-No se sabe, no se sabe.

Summy Skim, claro, no tomaba ni podía tomar en serio esta respuesta.

A las cinco de la mañana del 9 de junio, el carro con su caballo enganchado se encontraba frente a la puerta del hotel Northern. Las provisiones ya habían sido cargadas, lo mismo que el escaso material de campamento. Neluto ya estaba instalado en su puesto

de conductor.

-No hemos olvidado nada -dijo Ben Raddle, en el momento de partir.

-Sobre todo, no hemos olvidado que debemos estar de regreso en Montreal dentro de dos meses -añadió su primo.

La distancia entre Dawson-City y la frontera, según estaba establecido entonces, era de ciento cuarenta y seis kilómetros. Como la hacienda 129 del Forty Miles Creek se hallaba junto a la frontera, harían falta por lo menos tres días para llegar a ella a razón de doce leguas diarias.

Neluto pensaba organizar las etapas para no agotar al caballo. Harían dos por día: la primera, de seis a once de la mañana, seguida de un descanso de dos horas; la segunda, de la una a las seis, después de la cual se instalaría el campamento para la noche. No se podía exigir más a través de ese país desigual, siguiendo el curso del estero.

En cuanto al campamento, sólo tenían que levantar la tienda al abrigo de los árboles, si Ben Raddle y su primo no encontraban un cuarto en algún albergue del camino.

Las dos primeras etapas se hicieron en condiciones favorables, con un tiempo bastante bueno, una temperatura de unos diez grados sobre cero, una brisa ligera que soplaba del este y nubes elevadas, sin amenaza de lluvia. La región era accidentada, cortada por ríos que afluían hacia el Yukon y vertían sus aguas en sus diversos afluentes, unos corriendo hacia el norte, hacia el Forty Miles Creek, otros hacia el sur, hacia el río Sixty Miles. Las colinas que encuadraban el curso de los ríos no sobrepasaban los mil pies de altura. Anémonas, crocos y enebros en pleno florecimiento primaveral se multiplicaban en las praderas vecinas y sobre los taludes de los barrancos. Espinos, álamos, abedules y pinos se agrupaban en profundos macizos.

Se le había dicho a Summy Skim que la caza no le faltaría en el camino, y que incluso los osos frecuentaban esta parte de Klondike. Ben Raddle y él no habían olvidado llevar sus fusiles de caza. Pero no tuvieron la ocasión de servirse de ellos contra los plantígrados.

La región no se hallaba desierta. Cientos de mineros trabajaban en las parcelas de las montañas, cuya superficie se limita a doscientos pies. Son lotes a menudo muy productivos, como los del Bonanza, que producen hasta mil francos por día y por hombre.

El carro llegó por la tarde a Fort Reliance, un pueblo muy animado por entonces, situado en la orilla derecha del Yukon, en el lugar en que éste forma un codo para dirigirse hacia el noroeste.

Fort Reliance, lo mismo que Fort Selkirk, Fort Norman, Fort Simpson, Fort Providence, Fort Resolution, Fort Good-Hope, Fort Macpherson, Fort Chipewyan, Fort Vermillion, Fort Wrangel, en territorio canadiense, y que Fort Yukon, Fort Hamlin, Fort Kenay, Fort Morton, Fort Get There en territorio alaskiense, fue fundado por la Compañía de la bahía de Hudson para la explotación de pieles y la defensa contra las tribus indias. Pero la mayoría ha abandonado su función original y hoy son almacenes de aprovisionamiento, desde el descubrimiento de las minas de oro de Klondike. Ben Raddle había hecho bien al proveerse en Dawson-City, pues en Fort Reliance hubiera tenido que pagar una suma muy superior por los objetos de consumo y los productos manufacturados.

Los dos primos encontraron en Fort Reliance al comisario general de los territorios de Yukon, que andaba en viaje de inspección. Se dieron a conocer como caballeros

conocidos de Montreal, y, en este país donde pululan los extranjeros, estas referencias son más útiles que ninguna otra. La acogida que les brindó el mayor James Walsh fue extremadamente cordial y ellos le quedaron muy agradecidos.

Walsh era un hombre de unos cincuenta años, excelente administrador, que estaba instalado desde hacía dos años en el distrito. El gobernador del Dominion lo había enviado en la época en que miles de emigrantes asaltaron los yacimientos auríferos, y este éxodo parecía que no iba a terminar tan pronto.

La tarea no era fácil. Diariamente surgían dificultades de todo orden con las concesiones que había que establecer, ya fuera para los particulares, ya para los sindicatos; con la repartición de las parcelas, las deudas que había que cobrar y el mantenimiento del orden en esta región cuya invasión provocaba las protestas y a veces la resistencia manifiesta de los indios.

A las dificultades que traía consigo el descubrimiento de nuevos terrenos auríferos se añadía el problema del meridiano ciento cuarenta y uno, que exigía un nuevo trabajo de triangulación. Precisamente este asunto motivaba la presencia del mayor James Walsh en el oeste de Klondike.

Por lo que decía, la rectificación no dejaba de presentar ciertas dificultades, aunque su solución fuera de tipo matemático, es decir, la solución más exacta que se puede concebir en el mundo. El meridiano ciento cuarenta y uno sólo podía estar allí donde debía estar.

-¿Pero quién ha iniciado este asunto, señor Walsh? -preguntó Ben Raddle.

-Los americanos -respondió el comisario-. Ellos pretenden que la operación, realizada en la época en que Alaska todavía pertenecía a Rusia, no se hizo con la debida exactitud. La frontera, representada por el meridiano ciento cuarenta y uno, debe correrse más al este, lo que entregaría a los Estados Unidos la mayor parte de las parcelas establecidas en los afluentes de la orilla izquierda del Yukon.

-Y entre otras -añadió Summy Skim-, la parcela 129, que nos viene por herencia de nuestro tío Josías Lacoste.

-Precisamente, señores.

-El sindicato que nos hizo proposiciones de compra rehúsa ahora confirmarlas en tanto el problema no se haya resuelto -dijo Ben Raddle.

-Lo sé, señores -respondió el comisario-, y comprendo vuestra molestia.

-Pero -inquirió Summy Skim-, ¿cree usted, señor Walsh, que el trabajo de rectificación terminará pronto?

-Todo lo que puedo decirle -declaró el señor Walsh- es que la comisión ad hoc que se nombró está trabajando desde hace varias semanas, y esperamos que la frontera entre los dos Estados quede definitivamente determinada antes del invierno.

-¿Y a su juicio, señor Walsh -preguntó Ben Raddle-, hay razón para creer que se cometió un error y que sea necesario proceder a una rectificación?

-No, señores, según las informaciones que me han llegado. Me parece que todo esto es sólo una querella malintencionada que algunos sindicatos americanos le hacen al Dominion.

-Tal vez nos obligará a prolongar nuestra estancia en Klondike más de lo previsto -añadió Summy Skim.

-Haré todo lo que dependa de mí para activar el trabajo de la Comisión -respondió el señor Walsh-. Pero debo confesar que a veces su trabajo se ve obstaculizado por la mala

voluntad de algunos propietarios de parcelas vecinas a la frontera, sobre todo el de la 127...

-¡Cerca de nosotros! -exclamó Summy Skim.

-En efecto.

-Un texano llamado Hunter.

-Exactamente. ¿Han oído hablar de él?

-Más que eso, señor comisario, hemos escuchado hablar a ese grosero personaje cuando desembarcó en Vancouver.

-Veo que lo conocen. Es un individuo violento y brutal. Lo acompaña un tal Malone, texano como él y de la misma calaña. Son tal para cual.

-¿Y ese Hunter es uno de los que más han reclamado la rectificación de la frontera? -preguntó Ben Raddle.

-Desde luego, señor Raddle. Para sustraerse a la autoridad del Dominion, quiere que su parcela quede en tierra americana. Ha agitado a todos los propietarios de los yacimientos comprendidos entre la orilla izquierda del Yukon y la frontera actual. Trasladando la frontera a la orilla del río, toda la faja pertenecería a la Unión, y un texano se encontraría entonces en su país. Pero, se lo repito, dudo que los americanos vayan a ganar la causa. De todos modos les aconsejo, en la medida de lo posible, que no tengan ningún contacto con esos tipos, que son aventureros de la peor especie. Ya le han dado mucho trabajo a mi policía...

-No tema, señor comisario -respondió Summy Skim-. Nosotros no hemos venido para lavar los barriales de la parcela 129, sino para venderla, y en cuanto lo hayamos hecho retomaremos el camino del Chilkoot y luego el tren de Vancouver a Montreal.

-Y bien, señores -respondió el comisario-, sólo me queda desearles un buen viaje hasta el Forty Miles Creek y, si en algo puedo serles útil, cuenten conmigo.

-Muchísimas gracias, señor Walsh -dijo Ben Raddle.

-Y si usted pudiera apresurar ese asunto del meridiano ciento cuarenta y uno por telegrama... -añadió Summy Skim.

-Por desgracia, eso no depende de mí -respondió el señor Walsh.

Se despidieron del comisario, que siguió su camino a Dawson-City.

Al día siguiente, el carro se puso otra vez en marcha. Neluto fue bordeando casi todo el tiempo el Yukon después de haber atravesado el río en una barcaza.

El tiempo no era tan bueno como en la víspera. Con el viento del noroeste se desencadenaron violentas ráfagas. Pero, al abrigo de la capota, los dos primos no pasaron demasiadas molestias.

Neluto no le exigía mucha velocidad al caballo, pues le interesaba cuidarlo. El camino tenía cada vez más baches. Los carriles, vaciados del hielo que los llenaba desde hacía varios meses, hacían traquetear al carro y los bandazos eran difíciles de evitar. En verdad, se podía temer más por el vehículo que por el caballo.

La región estaba poblada por bosques: abedules, álamos, pinos sobre todo. La madera no faltaría durante mucho tiempo a los mineros, tanto para su uso personal como para la explotación de sus parcelas. Además, si el suelo de esta parte del distrito encierra oro, encierra también carbón. A seis kilómetros río abajo de Fort Cudahy, en el Coalcreek, y también a trece kilómetros de ahí, en el Cliffecreek, y por último a diecinueve kilómetros más lejos, en el Flatecreek, se han descubierto yacimientos de un excelente carbón, que deja un residuo de cenizas no superior al cinco por ciento. Se había

encontrado ya carbón en la cuenca del Five Fingers, y este carbón reemplazará ventajosamente a la leña, de la cual los vapores, aún los de fuerza mediana, queman media tonelada por hora. Existe, pues, una buena posibilidad de que este distrito siga activo si, después de haber entregado todo su oro, atrae a los mineros interesados en explotar sus minas de carbón.

La tarde de ese día, al cabo de la segunda etapa, que había sido muy cansadora, Neluto y sus compañeros llegaron a Fort Cudahy, en la orilla izquierda del Yukon, donde se proponían pasar la noche en algún albergue, si lo encontraban preferible a su tienda.

Fort Cudahy fue fundado en 1892 por la North American Trading and Transportation Company de Chicago, que quería arrebatarle a la compañía Alaska Commercial el negocio del aprovisionamiento en los terrenos auríferos del Yukon. El pueblo se levantó en la desembocadura misma del Forty Miles Creek, y como se ha dicho más arriba, el fuerte Constantine aseguraba la defensa.

Entre tanto, se descubría que los terrenos de esta región eran muy productivos; así los del Morse, del Davis, pequeños afluentes del Forty Miles Creek en territorio americano, y el Miller Creek, un afluente del río Sixty Miles. Algunos podían comparar su rendimiento a los del Bonanza en su curso inferior.

Eran las seis de la tarde cuando el carro completó su segunda etapa en Fort Cudahy, e inmediatamente los dos primos se pusieron a buscar un albergue para pasar la noche.

El jefe del destacamento de la policía montada les indicó, si no recomendó, una especie de albergue. Este policía reside habitualmente en este pueblo, y su acción se extiende sobre toda la parte del territorio comprendida entre la frontera y la orilla izquierda del gran río.

Ben Raddle y Summy Skim, deseosos de descansar algunas horas en una cama, cualquiera que fuera, no se mostraron muy exigentes ni en cuanto a las comodidades ni en cuanto al precio, y la noche transcurrió de manera aceptable.

A la salida de Fort Cudahy, el Yukon continúa subiendo hacia el noroeste hasta el punto en que corta el meridiano ciento cuarenta y uno, tal como se dibujaba entonces en los mapas. En cuanto al Forty Miles Creek, de cuarenta millas de largo como su nombre indica, corre en línea oblicua hacia el sudoeste, con un curso muy sinuoso, a través de una región en que se suceden los bosques y las colinas. Hasta la frontera tiene una longitud de unos setenta kilómetros, treinta en territorio británico y cuarenta en territorio americano. Neluto pensaba que, si partían muy de mañana, podían llegar por la tarde a la parcela de Josías Lacoste. Había alimentado muy bien al caballo, al que los dos días de camino no parecían haber fatigado demasiado. Si tenía que hacer un esfuerzo más, lo haría. Por lo demás, el vigoroso animal reposaría todo el tiempo que los dos primos pasaran en la parcela 129.

Ben Raddle y Summy Skim dejaron el albergue a las tres de la mañana, y el sol ya estaba alto. Dentro de diez días sería la época del solsticio, y el sol apenas desaparecería algunos instantes bajo el horizonte del norte.

El carro seguía la orilla izquierda del Forty Miles Creek, muy sinuosa, encajada entre colinas de las que la separaban profundas gargantas. La región no se hallaba deshabitada, desde luego. Por todas partes funcionaban las parcelas de los ríos y las de las montañas. A cada vuelta de las riberas, en la abertura de los barrancos, se levantaban postes que limitaban los terrenos, cada uno con el número escrito en grandes guarismos. El equipo no era complicado: algunas máquinas movidas con los brazos o con la fuerza del agua de

algún estero. La mayoría de los prospectores, ellos mismos o sus obreros, retiraban el barro de los pozos que habían cavado en la parcela y trabajaban con platos o escudillas. Trabajaban en silencio, si no contamos las ruidosas demostraciones, los gritos de alegría que señalaban que algún minero había encontrado una pepita de valor.

El primer alto duró desde las diez de la mañana hasta el mediodía, pues el caballo, un poco fatigado, debía descansar. Se le dejó pastar libre en la pradera vecina. Ben Raddle y Summy Skim pudieron fumar su pipa después de haber bebido varias tazas de café acompañado de conservas y bizcochos.

Neluto reinició la marcha poco después del mediodía y apuró al caballo, de manera que hacia las siete de la tarde el carro llegaba a la parcela 129.

Sus nuevos propietarios habían dejado Montreal el 2 de abril. El 11 de junio llegaban a su destino. El viaje había durado apenas dos meses y medio.

XIII
La parcela 129

En el lugar, el Forty Miles Creek se curvaba ligeramente y presentaba su lado convexo hacia el este. En esta curva, que comprendía alrededor de cuatrocientos metros, se sucedían unas cuantas parcelas delimitadas por postes, de acuerdo con las reglas de la ley minera del distrito, que dice así:

"Toda persona mayor de dieciocho años que posea un permiso especial de caza, pesca y mina, válido por un año, obtenido mediante el pago de diez dólares, tiene derecho de ocupar una parcela de doscientos cincuenta pies a lo largo del arroyo, no pudiendo la anchura del paralelogramo sobrepasar mil pies de una ribera a otra, si se traza una línea horizontal a tres pies por encima del nivel de las aguas".

Conforme a esta ley se estableció la parcela 129, que era la última del Forty Miles Creek sobre el territorio de Klondike. Limitaba con la frontera alasko-canadiense, entre los dos postes, de los cuales uno indicaba su número y el otro la fecha de la concesión.

El lote se extendía sólo en la orilla derecha del estero, así que era de las que se denominan parcelas de río.

Como se ve, el límite occidental de la parcela 129 era la frontera, y si los comisionados decidían trasladarse hacia el este ya no pertenecería al territorio del Dominion. Era importante, pues, que el trabajo de rectificación finalizara de una vez y fijara de manera definitiva la situación del meridiano ciento cuarenta y uno. No era sólo el interés de la parcela de Josías Lacoste, sino de todas las otras parcelas que limitaban con la frontera en esa parte de Klondike.

Más allá de la parcela 129, hacia el norte, entre colinas bastante elevadas, se extendía una verde pradera bordeada por todos lados por macizos de abedules y álamos. El Forty Miles Creek paseaba sus rápidas aguas, de un nivel todavía mediano, a través de un valle enmarcado por cerros. A la derecha se veían casitas, cabañas o chozas de prospectores, y sobre un espacio de dos a tres kilómetros se contaban varios centenares de trabajadores.

Del otro lado de la frontera, en territorio americano, se encontraban parecidas

instalaciones, sólo que el valle se ensanchaba río arriba. Aparte de las parcelas de río, se veían también numerosas parcelas de montaña, cuya concesión implica una extensión que puede sobrepasar los doscientos cincuenta pies sin llegar más allá de mil.

Como ya sabían Ben Raddle y Summy Skim, la parcela 129 confinaba con la 127. Su propietario, el texano Hunter, la explotaba desde hacía un año y acababa de empezar su segunda campaña. Que Hunter hubiera tenido problemas con su vecino Josías Lacoste era algo de lo que los dos primos estaban seguros. Ya sabían de qué clase de tipo se trataba.

En cuanto a la propiedad de la parcela 129, es innecesario decir que había sido regularmente establecida. Josías Lacoste había recibido la concesión conforme a las reglas en uso. Se hizo declaración del descubrimiento, el Estado la aceptó y se registró dentro de los plazos legales en la oficina del comisario de minas del Dominion, tras el pago de setenta y cinco francos anuales. El propietario debía pagar además el diez por ciento del oro que extrajera, y se exponía a la pena de confiscación en caso de fraude. Josías Lacoste jamás había quebrantado la ley según la cual toda parcela que permanezca inactiva durante setenta y dos horas en la buena estación retorna al dominio público. No había habido interrupción de los trabajos sino después de su muerte, en espera de que sus herederos tomaran posesión de la herencia.

La explotación emprendida por Josías Lacoste había durado dieciocho meses y se había realizado sin grandes beneficios. Los gastos de instalación, de enrolamiento de personal, transporte, etc., fueron bastante elevados. Sobrevino incluso una repentina inundación del Forty Miles Creek, que ocasionó grandes daños al trastornar los trabajos. En conclusión, el propietario de la parcela 129 apenas había comenzado a cubrir los gastos cuando lo sorprendió la muerte.

Pero, ya se sabe, en estos negocios tan azarosos, ¿qué prospector pierde alguna vez la esperanza?; ¿no se cree siempre en vísperas de encontrar una rica vena, de descubrir algunas pepitas de gran valor, de lavar escudillas de mil a cuatro mil francos?

Josías Lacoste habría tenido éxito quizás, aunque sólo disponía de un equipo limitado. No empleaba el sistema de los rockers y se limitaba a cavar pozos de quince a veinte pies de profundidad, en una capa aurífera que podía medir entre cinco y seis pies de espesor medio.

El contramaestre que estaba al servicio de Josías Lacoste proporcionó todas las informaciones relativas a la explotación de la parcela. Desde el cese de los trabajos y el despido del personal, había quedado como guardián, en espera de que la explotación se reanudase por cuenta de los herederos o del nuevo propietario.

El contramaestre se llamaba Lorique. Era un canadiense de origen francés, de unos cuarenta años. Muy entendido en el oficio de prospector, durante varios años había trabajado en los yacimientos auríferos de California y de la Columbia británica antes de trasladarse al territorio del Yukon. Nadie hubiera podido dar a Ben Raddle datos más exactos sobre el estado actual de la propiedad, sobre las ganancias efectuadas y por efectuar y sobre su valor real.

En primer lugar se ocupó de alojar lo mejor posible a Ben Raddle y a Summy Skim, que, ya se veía, deberían pasar varios días en Forty Miles Creek. En lugar de acampar bajo la tienda, aceptaron un cuarto de los más modestos, pero limpio por lo menos, en la casita que Josías Lacoste había hecho construir para él y su contramaestre. Levantada a la entrada del barranco, en medio de un macizo de abedules y álamos, proporcionaba un albergue adecuado para esa época del año en que no había que temer por el tiempo.

Durante el invierno, es decir, durante siete y ocho meses, permanecía cerrada. Cuando se licenciaba al personal, Josías Lacoste y Lorique regresaban a Dawson-City, a esperar la reanudación de los trabajos.

Mientras los prospectores y los obreros no descansaban ni de día ni de noche en las otras parcelas, la 129 estaba abandonada desde hacía cuatro meses, fecha a la que se remontaba la muerte de su propietario.

En cuanto a la comida, el contramaestre no tendría ninguna dificultad para alimentar a sus huéspedes. Existían en esa región, como en todo el Klondike, sociedades de aprovisionamiento. Se organizaban en Dawson-City, donde recibían las vituallas de los yukoneros del gran río, y extendían su servicio a todos los territorios en explotación; obtenían grandes ganancias, por los elevados precios de los diversos artículos de consumo y la cantidad de trabajadores empleados en el distrito.

Al día siguiente de su llegada al Forty Miles Creek, Ben Raddle y Summy Skim, guiados por Lorique, visitaron el emplazamiento de la parcela, deteniéndose ante los pozos ya despejados de los hielos del invierno, al fondo de los cuales se amasaba el precioso barro.

Lorique les relató entonces los comienzos de la explotación, después de que su tío, una vez cumplidas las formalidades y pagados los derechos, tomó posesión del lote 129.

-El señor Lacoste -dijo- no empleó al principio a su personal, compuesto por unos cincuenta obreros, en abrir pozos en la orilla del estero. Se limitó a realizar la raspadura superficial que exige la ley. Solamente hacia el fin de la primera campaña los pozos penetraron hasta la capa metálica.

-¿Y cuántos pozos abrieron en esa época?

-Catorce -respondió el contramaestre-. Cada uno tenía un orificio de nueve pies cuadrados, como ustedes pueden ver. Han permanecido en el estado en que estaban, y bastaría seguir escarbando para reiniciar la explotación.

-Pero -preguntó a su vez Summy Skim-, antes de cavar los pozos, ¿qué ganancias dio la raspadura del suelo? ¿El rendimiento cubría los gastos?

-Sin duda que no, señor -respondió Lorique-, y lo mismo ocurre en casi todos los yacimientos cuando uno no hace más que lavar la arena y los guijarros auríferos.

-Ustedes trabajan solamente con plato y escudilla -observó Ben Raddle.

-Únicamente, señores, y es raro que hayamos llegado a platos de quince francos.

-Mientras que en las parcelas del Bonanza se hacen dos o tres mil por plato -exclamó Summy Skim.

-Crean ustedes que es la excepción -declaró el contramaestre-, y, si se obtiene un promedio de cien francos, ya es como para sentirse satisfecho. En cuanto a la parcela 129, no ha sobrepasado jamás los seis o los siete francos, y como los salarios de los obreros llegan hasta siete francos cincuenta la hora...

-¡Triste resultado! -dijo Summy Skim.

Ben Raddle preguntó entonces:

-¿Por qué se esperó tanto tiempo antes de horadar los pozos?

-Porque es necesario que el agua, de la que se van llenando poco a poco, se congele -respondió Lorique-. De este modo forma una especie de blindaje sólido que mantiene las paredes y permite cavar otros pozos sin provocar derrumbes.

-Así que -dijo Ben Raddle-, ha sido necesario dejar pasar el invierno para utilizarlos.

-Es lo que hemos hecho, señor Raddle -respondió el contramaestre.

¿Y qué profundidad tienen?

-De diez a quince pies, es decir, hasta la capa donde se encuentran generalmente los depósitos auríferos.

-¿Y cuál es, lo más a menudo, el espesor de esa capa?

-Alrededor de seis pies.

-¿Y cuántos platos da un pie cúbico de la materia que se extrae?

-Más o menos diez, y un buen obrero es capaz de lavar una centena por día.

-Así, pues, ¿estos pozos todavía no han dado nada? -preguntó Ben Raddle.

-Todo estaba listo para que empezaran a funcionar cuando sobrevino la muerte del señor tosías y el trabajo tuvo que suspenderse.

Estas informaciones interesaban mucho a Ben Raddle, y era evidente que provocaban también un cierto interés en su primo. Lo que le interesaba era saber lo más exactamente posible el valor de la parcela. Para ello era preciso poseer un conocimiento exacto de lo que había rendido en la primera campaña. Le hizo la pregunta al contramaestre.

-Extrajimos unos treinta mil francos de oro, y los gastos han absorbido más o menos dicha suma. Pero a mí no me cabe duda de que la vena del Forty Miles Creek es buena. En las parcelas vecinas, cuando los pozos han funcionado, el rendimiento ha sido considerable.

-Y bien, Lorique, seguramente usted sabe que un sindicato de Chicago nos ha hecho una oferta de compra.

-Lo sé, señor. Sus agentes vinieron a visitar el terreno hace tres meses.

-Yo le preguntaría, pues -dijo Ben Raddle-, ¿cuál puede ser, a su juicio, el valor de esta parcela?

-Basándome en el rendimiento obtenido en las otras parcelas del Forty Miles Creek, no lo calculo en menos de doscientos mil francos.

-¿Y se pagó por ella...?

-El señor Lacoste pagó cincuenta mil.

-Doscientos mil francos -dijo Summy Skimes una bonita cifra, y no tendríamos que lamentar nuestro viaje si recibimos ese precio. Pero el sindicato no quiere mantener su ofrecimiento mientras el problema fronterizo no esté definitivamente resuelto.

-Y qué importa -respondió el contramaestreque la 129 esté en territorio canadiense o de Alaska. No tiene menos valor por eso.

-Nada más exacto -declaró Ben Raddle-, pero no es menos cierto que las proposiciones de compra han sido retiradas, aunque esto no tenga una explicación clara.

-Lorique -preguntó Summy Skim al contramaestre-, ¿cree usted que esta rectificación de la frontera se hará pronto?

-No puedo responder más que una cosa, señores -declaró Lorique-,[15] y es que la comisión ya comenzó sus trabajos. ¿Cuándo terminarán? Pienso que ninguno de los comisarios puede decirlo. Están asesorados por uno de los más notables expertos en catastros de Klondike, el señor Ogilvie, que ha levantado con precisión el catastro del distrito.

-¿Y qué piensa usted del resultado de la operación? -preguntó Ben Raddle.

-Que va a llenar de confusión a los americanos -respondió el contramaestre-. Si la frontera no está donde debe estar, quiere decir que habrá que trasladarla al oeste.

-Y en ese caso, la 129 estará siempre segura de figurar en el territorio del Dominion -

[15] A partir de aquí, Verne llama al contramaestre "Lorrique".

concluyó Summy Skim.

-Tal como usted dice -afirmó Lorique.

Ben Raddle preguntó entonces al contramaestre cómo habían sido las relaciones de su tío con el propietario de la parcela vecina, la 127.

-¿Ese texano y su compañero, Hunter y Malone?

-Exactamente.

-Han sido muy desagradables, lo digo con absoluta claridad. Son dos pillos esos americanos. A propósito de cualquier cosa nos han buscado querella y enseguida sacan el puñal. En el último tiempo hemos tenido que trabajar con el revólver en el bolsillo. Muchas veces los agentes han debido intervenir para hacerlos entrar en razón.

-Es lo que nos dijo el jefe de la policía montada que encontramos en Fort Cudahy -declaró Ben Raddle.

-Y -añadió Lorique- pienso que tendrá que intervenir todavía. La verdad, señores, es que no habrá paz mientras no hayan expulsado a esos dos bandidos.

-¿Y cómo podrían hacerlo? -preguntó Summy Skim.

-Nada más fácil, y crean ustedes, señores, que se hará si la frontera se traslada más al oeste. La parcela 127 quedará entonces en territorio canadiense, y Hunter deberá someterse a las exigencias de nuestra administración.

-Y naturalmente -observó Summy Skim-, Hunter es de los que pretenden que el meridiano ciento cuarenta y uno debe ser trasladado hacia el este.

-Por supuesto -respondió el contramaestre-, y ha amotinado a todos los americanos de la frontera, tanto a los del Forty Miles Creek como a los del río Sixty Miles. Más de una vez han amenazado con invadir nuestro territorio y apoderarse de nuestras parcelas. Hunter y Malone los empujan a estos excesos. Las autoridades de Ottawa han hecho llegar sus quejas a Washington, pero no parece que el gobierno de la Unión tenga mucha prisa en ocuparse de ellas.

-Espera, sin duda -dijo Ben Raddle-, que la cuestión de la frontera se haya arreglado.

-Es probable, señor Raddle, y mientras ustedes no hayan cedido a otro la parcela 129, tengan cuidado, manténganse alerta. Cuando Hunter sepa que los nuevos propietarios llegaron al Forty Miles Creek, no sería nada de raro que intente alguna bribonada.

-Estamos prevenidos -respondió Summy Skim-, y sabremos tratar a esos facinerosos como se lo merecen.

Recorriendo la extensión de la parcela después de haber subido hasta su límite norte, los primos y el contramaestre bajaron hasta la orilla izquierda del estero. Se detuvieron cerca del poste que indicaba la separación de las dos propiedades. La 127 se mostraba en plena actividad. El personal de Hunter trabajaba en los pozos cavados río arriba. Después de haber sido lavado, el barro arrastrado por el agua de las acequias iba a perderse en la corriente del Forty Miles Creek. Se veían también algunas embarcaciones que descendían el río, no sin haber pagado antes las tarifas correspondientes en la frontera, donde la aduana ejercía una severísima vigilancia.

Ben Raddle y Summy Skim trataron vanamente de reconocer entre los obreros a Hunter y Malone. No los divisaron. Lorique pensaba que, después de haber pasado algunos días en el lugar, habían ido hacia el oeste, a esa parte de Alaska en la que se señalaban nuevas regiones auríferas.

Cuando terminaron la visita de la parcela, los dos primos y el contramaestre regresaron a la casita, donde les esperaba la comida. No tenían que ocuparse de Neluto.

Al indio le bastaba con el carro, y el caballo tenía asegurada su mantención.

Cuando terminaron de comer, Summy Skim preguntó a Ben Raddle lo que pensaba hacer y si su intención era prolongar su estancia allí.

-Ya conoces la propiedad -dijo-, sabes en qué estado está y cuál es su valor. No creo que puedas saber más quedándote.

-No es lo que pienso -respondió Ben Raddle-. Quiero conversar más con el contramaestre, examinar las cuentas de nuestro tío Josías, y no pienso que sea demasiado permanecer aquí otras cuarenta y ocho horas.

-Vaya por las cuarenta y ocho horas -dijo Summy Skim-, pero, mientras tú verificas la contabilidad, yo me permitiré cazar en los alrededores.

-Sí, a condición de no extraviarte y de no exponerte a algún mal encuentro.

-Puedes estar tranquilo, Ben. Me haré acompañar por el buen Neluto, que conoce el país.

-Haz lo que te parezca, pues, te lo repito, me parece indispensable acampar aquí algunos días.

-Vaya -sonrió Summy Skim-, he aquí que las cuarenta y ocho horas de las que hablabas se han transformado en algunos días...

-Sin duda -respondió Ben Raddle-, y si yo hubiera podido ver a los obreros lavar algunos platos en mi presencia...

-Eh, cuidado, Ben -exclamó Summy Skim-. No hemos venido como prospectores a la parcela 129, sino solamente para saber cuánto vale.

-Entendido, Summy, entendido. Pero no olvides que no podemos tratar de la venta de nuestra parcela en este momento. Es necesario que la comisión de rectificación acabe sus trabajos, que el experto en catastros entregue su informe... Y durante ese tiempo, no veo por qué Lorique no podría reiniciar la explotación.

-Entonces -dijo Summy Skim-, estamos condenados a echar raíces aquí hasta que coloquen a ese maldito meridiano en su verdadero lugar.

-¿Dónde más pasaríamos ese tiempo, Summy?

-En Dawson-City.

-¿Y estaríamos mejor allí?

Summy Skim no respondió. Ya veía que su primo ardía en ganas de meter las manos en la masa... o más bien en el barro. Y una vez que le hubiera tomado el gusto, ¿no sentiría la tentación de continuar la obra del tío Josías?

"No, no", se dijo Summy Skim. "De buen grado o por la fuerza, tengo que impedírselo."

Tomó su fusil, llamó a Neluto y ambos dejaron la casa y remontaron el barranco hacia el norte.

Summy Skim no se equivocaba. Ya que se le había presentado la ocasión, Ben Raddle estaba decidido a estudiar la explotación de un terreno, y sobre todo de un terreno que se había convertido en su propiedad. Sin duda, cuando partió de Montreal, el ingeniero no tenía otra idea que ceder el lote 129 después de haber conocido su valor. Pero he aquí que una circunstancia inesperada lo obligaba a prolongar su estancia en Forty Miles Creek tal vez durante algunas semanas. ¿Cómo resistir la tentación de utilizar los pozos ya abiertos, de verificar su rendimiento? Además, ¿había hecho el tío Josías todo lo necesario para obtener buenos rendimientos? ¿No se había contentado con seguir los viejos métodos de los buscadores de oro, evidentemente muy rudimentarios? El, como

ingeniero, seria capaz de encontrar un procedimiento más rápido, más productivo... En fin, de las entrañas de ese suelo que le pertenecía se podían extraer cientos de miles de francos. ¿Era razonable entregarlos a un sindicato por un precio ridículo?

Tales eran las ideas que se agitaban en el espíritu de Ben Raddle. Por ello no lo contrariaba que la cuestión de la frontera y el aplazamiento de las proposiciones de la sociedad Anglo-American Transportation and Trading Company lo obligaran a esperar. Haría que Summy Skim aprendiera a tener paciencia. Pensaba que su primo llegaría a tomarle el gusto a la empresa.

Así, pues, cuando el contramaestre le proporcionó todos los documentos y se sumió en el estudio de las cuentas del tío Josías, dijo:

-Si usted tuviera que contratar personal, ¿podría hacerlo todavía?

-No lo dudo -respondió el contramaestre-. Miles de emigrantes repartidos por el distrito buscan trabajo y no lo encuentran. Llegan todos los días a los yacimientos del Forty Miles Creek. Pienso incluso que, en vista de la afluencia, estos hombres no podrían pretender salarios muy elevados.

-¿Serian necesarios unos cincuenta mineros?

-Unos cincuenta. El señor Lacoste no empleaba más.

-¿En cuánto tiempo podría usted reunir ese personal? -preguntó Ben Raddle.

-En veinticuatro horas -respondió el contramaestre.

Luego añadió:

-¿Acaso tiene usted la intención de hacer prospección por su cuenta, señor Raddle?

-Tal vez, mientras no entreguemos la parcela a un precio justo.

-En efecto, y eso le permitirá a usted apreciar mejor el valor de la parcela y ser más exigente con los sindicatos que le propongan comprarla.

-Por lo demás, ¿qué vamos a hacer aquí hasta el día en que la cuestión de la frontera quede solucionada de una manera o de otra?

-Exacto -respondió el contramaestre-, y, finalmente, ya sea la parcela americana o canadiense, no valdrá nunca menos de lo que vale, y yo siempre he tenido la idea de que las parcelas de los afluentes que están a la izquierda del Yukon no son en absoluto inferiores a las que están en la orilla derecha. Tenga la seguridad, señor Raddle: se hará fortuna tan rápidamente en el Sixty Miles o en el Forty Miles Creek que en el Bonanza o en el Eldorado.

-No lo olvidaré, Lorique -respondió Ben Raddle, satisfecho de estas respuestas, que tan bien concordaban con sus propios deseos.

Y, como si comprendiera que una última eventualidad podía presentarse todavía en la mente del ingeniero, el contramaestre añadió:

-Sí, señor Raddle. Cualquiera que sea el resultado obtenido por la comisión de rectificación, la parcela 129 no será menos de lo que es. Usted no debe abrigar la menor inquietud. Su parcela es canadiense, lo más canadiense que se pueda concebir, y seguirá siéndolo.

-Deseo que así sea -respondió Ben Raddle-. Consultaré con mi primo Skim y le propondré la reanudación del trabajo de nuestro tío.

Lo que Ben Raddle entendía por consultar a su primo era tan sólo ponerlo al corriente de sus proyectos, sin dejarlo discutir mucho, según su costumbre. Cuando Summy Skim regresó de la caza con unas perdices y unas becadas, se contentó con decirle:

-He reflexionado, Summy, y ya que estaremos retenidos aquí por algunos meses, lo mejor que podemos hacer es reiniciar la explotación.

-¿Nosotros, prospectores? -exclamó Summy Skim.

-Sí, en espera de que se venda nuestra parcela.

XIV
La explotación

Los temores de Summy Skim se vieron pues justificados. Mientras esperaban que se pudiera vender la parcela, Ben Raddle iba a ponerla de nuevo en actividad. Y quién sabe si consentiría alguna vez en deshacerse de ella. Es verdad, por poco fruto que diera esta explotación, ¿era como para lamentarlo?

"Esto tenía que ocurrir", se repetía Summy Skim.

"Me dan ganas de maldecir al tío Josías. Por su culpa nos hemos convertido en mineros, en prospectores o como quiera que se llamen estos buscadores de oro que yo llamo buscadores de miserias. Debí haberme opuesto desde el comienzo a esta aventura. Si me hubiera negado a dejar Montreal, a acompañar a Ben a este país espantoso, es seguro que no hubiera partido y no estaríamos metidos en este deplorable asunto. Y aunque haya millones en estos barros del 129, va a ser odioso pensar que desempeñamos el oficio de lavadores de barro... Y luego, una vez que hayamos metido la mano en este engranaje, vamos a meter todo el cuerpo, y llegará el próximo invierno antes de que hayamos podido regresar a Montreal. ¡Un invierno en Klondike! Con fríos de cincuenta grados, para los cuales ha sido necesario fabricar termómetros con tantos grados bajo cero como los termómetros normales tienen sobre cero. ¡Qué perspectiva! Ah, tío Josías, usted ha hecho la desgracia de sus sobrinos."

Así razonaba Summy Skim. Pero, filósofo después de todo, sabía resignarse. En cuanto al arrepentimiento que experimentaba por no haberse opuesto a este viaje a Klondike, sí tenía razón para arrepentirse. Debía haberse opuesto. Pero, en el fondo, sabía que no hubiera podido impedirle a Ben que partiera, incluso si se hubiera negado a seguirlo. Y, en fin, de todos modos... habría terminado por acompañarlo.

La estación para la explotación aurífera del Yukon estaba recién comenzando en esta primera semana de junio. Hacía sólo unos quince días que el deshielo había hecho practicable el suelo. La tierra, endurecida por los grandes fríos, ofrecía todavía alguna resistencia a la piqueta, pero se lograba dominarla. A través de los pozos ya era más fácil llegar hasta el filón sin temor de que las paredes solidificadas por el invierno se desmoronaran. Bastaría unirlos entre sí mediante acequias para que el trabajo pudiera efectuarse regularmente.

Era evidente que, a falta de un material más perfeccionado, a falta de máquinas que hubieran sido de gran provecho, Ben Raddle tendría que limitarse al empleo de la escudilla o del plato, el "pan", como se le llama en la jerga de los mineros. Pero estos utensilios rudimentarios bastarían para lavar el barro en los terrenos adyacentes al Forty

Miles Creek. Son las parcelas de cuarzo, no las parcelas de ribera, las que deben trabajarse industrialmente, y ya se habían instalado en los yacimientos de Klondike máquinas de pilón para moler el cuarzo, similares a las que funcionaban en otras regiones mineras de Canadá y de la Columbia inglesa.

Ben Raddle no habría podido encontrar un colaborador más valioso que el contramaestre Lorique. Sólo había que dejar hacer a este hombre experimentado, perfecto conocedor de este tipo de trabajos. Lorique había dirigido explotaciones en la Columbia británica. Además, era capaz de aplicar los perfeccionamientos que pudiera proponerle el ingeniero.

Hay que hacer notar que una inactividad demasiado prolongada de la parcela 129 habría podido ser causa de problemas con la autoridad. Siempre ávida por cobrar impuestos, por el beneficio que proporcionaban los terrenos auríferos, la administración podía decretar la inhabilidad de los que no funcionaban durante un tiempo relativamente breve.

Por esta razón, el contramaestre se preocupó inmediatamente de encontrar personal. Se topó con dificultades que no imaginaba. Numerosos yacimientos se habían demarcado en la parte del distrito dominada por los Dómes, y los mineros se habían precipitado allí pues la mano de obra se iba a pagar a buen precio. Las caravanas no cesaban de llegar a Dawson-City. La travesía de los lagos y el descenso del Yukon era más fácil durante la buena estación. De todas partes pedían obreros, ya que en esa época el empleo de máquinas no se había generalizado.

Sin embargo, Lorique logró reclutar una treintena de emigrantes, en lugar de los cincuenta de Josías Lacoste. Pero tuvo que fijarles un salario muy elevado, entre cinco y seis francos la hora.

Ese era el precio que se pagaba en la región del Bonanza. Numerosos obreros se hacían setenta y cinco a ochenta francos por día, y cuántos se enriquecerían si no gastaran ese dinero tan fácilmente como lo ganaban.

No hay que sorprenderse de que los salarios no dejaran de subir, ya que en los yacimientos de Sookum, entre otros, se lavaban hasta cien dólares por obrero y por hora. En realidad, los obreros no recibían más que la centésima parte de lo que producían.

Se ha dicho que el equipo de la parcela 129 era de los más rudimentarios, los que empleaban los prospectores cuando se descubrieron los primeros yacimientos: el plato y la escudilla. Sin duda Josías Lacoste pensaba completar este equipo tan primitivo, y lo que él no hizo trató de hacerlo su sobrino. Ocurrió, pues, que, gracias al contramaestre y pagando un buen precio, se añadieron dos rockers al material del 129.

El rocker es simplemente una caja de tres pies de largo y dos de ancho, que se monta sobre una báscula. En el interior se coloca un cedazo provisto de un cuadrado de lana, que retiene los granos de oro y deja pasar el agua y la arena. En el extremo inferior de este aparato, que oscila de modo regular gracias a la báscula, se dispone una cantidad de mercurio, con el cual se amalgama el metal cuando no se puede retener con la mano por ser demasiado minúsculo.

En vez del rocker, Ben Raddle hubiera preferido un sluice, y, en la imposibilidad de procurárselo, pensó fabricarlo. El sluice es un conducto de madera con unas ranuras transversales cada seis pulgadas. Cuando se lanza en él una corriente de barro líquido, la tierra y el ripio son arrastrados y las ranuras retienen el oro, a causa de su peso.

Estos dos procedimientos son bastante eficaces, pero ambos requieren la instalación

de una bomba para elevar el agua hasta el extremo superior del sluice o del rocker, y eso es lo costoso del aparato.

Cuando se trata de parcelas de montaña, se pueden utilizar las caídas naturales, pero en la superficie de las parcelas ribereñas hay que recurrir a un medio mecánico, lo que implica un fuerte gasto.

La explotación de la parcela 129 se reinició pues en las mejores condiciones. Filosofando a su manera, Summy Skim no dejaba de observar con qué ardor, con qué pasión Ben Raddle se entregaba a ese trabajo.

"Decididamente, se decía, Ben no ha escapado a la epidemia reinante, y Dios quiera que no me contagie yo también. ¡Qué fiebre ésta del oro, y no es intermitente, y no se la puede cortar con una quinina cualquiera! Veo que no se sana de ella, incluso después de haber hecho fortuna. No basta con tener bastante oro. No. Hay que tener más y más, y nunca es suficiente."

Los herederos del tío Josías, claro, no estaban todavía en ese caso. Si el yacimiento era rico, como decía el contramaestre, no entregaba generosamente sus riquezas. Había dificultades para alcanzar la vena aurífera que corría a través del suelo hacia el oeste, siguiendo el curso del Forty Miles Creek. Ben Raddle debió reconocer que los pozos no tenían suficiente profundidad y que sería necesario excavar más a fondo. Supondría un buen esfuerzo, pues la temperatura ya no producía la solidificación de las paredes que se obtiene naturalmente en tiempos de helada.

Pero, ¿sería inteligente lanzarse a trabajos costosos? ¿No sería mejor dejar esa tarea a los sindicatos o a los particulares que adquirieran la parcela? ¿No debía Ben Raddle contentarse con lo que producían los platos y los rockers? ¿Era prudente aventurarse en gastos que no acrecentarían el valor del 129?

Los platos alcanzaban apenas un cuarto de dólar. Con el precio que se pagaba al personal, la ganancia era mínima. ¿Reposarían sobre bases serias las previsiones del contramaestre?

Durante el mes de junio el tiempo fue bastante bueno. Estallaron varias tormentas, muy violentas a veces, pero pasaban pronto. Los trabajos interrumpidos se reiniciaban a la brevedad en todo el Forty Miles Creek.

Llegó julio. Sólo quedaban dos meses de la buena estación. El sol se ocultaba a las diez y media y reaparecía antes de una hora encima del horizonte. Entre la salida y la puesta del sol reinaba un crepúsculo que apenas permitía ver las constelaciones circumpolares. Con un segundo equipo que trabajara mientras descansaba el primero, los prospectores hubieran podido continuar su trabajo. Así se hacía en los terrenos situados del otro lado de la frontera, donde los americanos desplegaban una increíble actividad.

No hay que asombrarse de que, dado su temperamento, Ben Raddle quisiera tomar parte en las faenas. No desdeñaba unirse a los obreros, vigilándolos siempre, y, con el plato en la mano, lavar el barro del lote 129. Luego se ocupaba del trabajo de los rockers, y Lorique lo secundaba como si hubiera trabajado por su propia cuenta.

Más de una vez le dijo a su primo:

-¿No quieres probar, Skim?

-No -respondía invariablemente Summy Skim-. No tengo vocación para eso.

-No es difícil, sin embargo: se agita un plato, se elimina el ripio y al fondo quedan los pedacitos de oro.

-No, Ben, aunque me pagaran dos dólares la hora.

-Estoy seguro de que tienes buena mano.

Un día, tendiéndole un plato, Ben Raddle le dijo:

-Prueba, te lo ruego.

-Por darte en el gusto, Ben.

Dócilmente, Summy Skim tomó el plato, lo llenó con un poco de tierra que acababan de extraer de uno de los pozos y, después de haberlo transformado en limo, hizo que se escurriera poco a poco. Si hubiera contenido algunos pedacitos de oro, habrían quedado en el fondo del plato. No apareció ni la menor traza de ese metal que Summy Skim no cesaba de maldecir.

-Ya lo ves -dijo-. Ni siquiera con qué pagarme una pipa de tabaco.

-Otra vez tendrás más suerte -insinuó Ben Raddle, que no quería dar su brazo a torcer.

-En la caza me va mejor -respondió Summy Skim-. Nadie me impide correr tras la presa.

Y llamando a Neluto, tomó su fusil y partió por toda la tarde.

Era raro que regresara con las manos vacías, no solamente gracias a su talento de cazador, sino porque la caza de pelo y de pluma abundaba en las llanuras y en las gargantas vecinas. Los oriñales, los caribús solían andar por los bosques, subiendo hacia el norte, en esa extensa curva que forma el Yukon cuando se dirige hacia el este. En cuanto a las becadas, las perdices de nieve, los patos, pululaban en la superficie de las marismas de ambos lados del Forty Miles Creek. De este modo Summy Skim se consolaba de su prolongada estancia, no sin sentir nostalgia por los campos de Green Valley, tan aptos para la caza.

Durante la primera quincena del mes de julio, el lavado arrojó mejores resultados. El contramaestre había dado con el verdadero filón aurífero, que se hacía más rico a medida que se aproximaba a la frontera. Los platos y los rockers producían una suma importante en granos de oro. Aunque no se recogió ninguna pepita de gran valor, el rendimiento de esa quincena no fue inferior a los diecisiete mil francos. Las palabras del contramaestre se vieron justificadas, y ello sobreexcitó la ambición de Ben Raddle.

El mejoramiento se producía también en la parcela 127 a medida que la explotación avanzaba hacia el este. No cabía duda de que se trataba del mismo filón.

Resultaba, pues, que el personal de Hunter y Malone y el de Ben Raddle y Summy Skim avanzaban el uno hacia el otro. No tardaría en llegar el día en que se encontraran en el trazado actual de la frontera impugnada por los dos Estados.

Los reclutados de los texanos, una treintena de hombres, eran todos de origen americano. Hubiera sido difícil reunir una tropa de aventureros más deplorable, y de peor catadura: especie de salvajes capaces de todo, violentos, brutales y pendencieros, eran bien dignos de esos texanos tan desfavorablemente conocidos en la región de Klondike. Casi todos habían trabajado allí el año anterior, pues Hunter y Malone habían adquirido su parcela cuando se efectuaron los primeros descubrimientos después de la cesión de Alaska por los rusos.

Por lo demás, existía cierta diferencia entre los americanos y los canadienses empleados en los yacimientos. Estos se mostraban generalmente más dóciles, más tranquilos, más disciplinados. Los sindicatos los preferían. Eran los menos los que se ponían al servicio de las sociedades americanas. Estas buscaban a sus compatriotas, a pesar de su carácter turbulento, su tendencia a la rebelión y su comportamiento en las

riñas que se producían casi todos los días a causa de los licores fuertes, y sobre todo de ese cóctel que hace inmensos estragos en las regiones auríferas. Era raro el día en que la policía no tuviera que intervenir. Se intercambiaban puñaladas y tiros de revólver. Se produjo en ocasiones la muerte de alguno. A los heridos había que conducirlos al hospital de Dawson-City, ya atestado de enfermos que las epidemias enviaban allí sin cesar.

Hubiera parecido más indicado que los americanos fuesen enviados a Sitka, que es la capital alaskiense. Pero esta ciudad está muy alejada de Klondike. Habría sido necesario tomar la larga y fatigosa ruta de la región de los lagos y luego atravesar los pasos del Chilkoot. No se podía pensar en eso. Tanto para recibir los cuidados necesarios como para entregarse a los placeres de todo tipo que ese mundo de aventureros buscaba ávidamente, todos acudían a Dawson-City.

Durante la tercera semana de julio, la explotación siguió siendo fructuosa, aunque ni Ben Raddle, ni Lorique, ni sus hombres recogieron jamás una de esas pepitas que han hecho la fortuna del Bonanza o del Eldorado. Pero, en fin las ganancias eran muy superiores a los gastos, y no era imposible que la campaña diera unos cien mil francos de beneficio. Se podría pedir un alto precio por el 129 cuando los compradores se presentaran.

Summy Skim no tenía, pues, motivos serios para quejarse, y no se quejaría si Ben Raddle y él pudieran dejar Klondike antes de que llegara la mala estación. Pero -y esto sí que lo irritabadejar Klondike no dependía de la sola voluntad de ellos. No se podía abandonar el país sin haber efectuado la venta del lote 129, y antes de eso era necesario que la cuestión de la frontera estuviera resuelta. Los días, las semanas transcurrían y no parecía que la operación llegara a su término. Los comisarios no acababan de ponerse de acuerdo.

Un día, Summy Skim exclamó, no sin cierta apariencia de razón:

-No veo por qué tenemos que estar aquí mientras no se fije la posición de ese meridiano ciento cuarenta y uno, que se lo lleve el diablo...

-Porque -respondió Ben Raddle- no podemos tratar con la Anglo-American Transportation and Trading Company o con cualquier otra sociedad antes de que se acabe el trabajo de rectificación.

-De acuerdo, pero eso se puede hacer por correspondencia, por intermediarios, tanto en Montreal, en el estudio del señor Snubbin, como en Dawson-City, en las oficinas de Front Street.

-No en condiciones tan favorables -respondió Ben Raddle.

¿Por qué no, si ahora tenemos una idea clara del valor de nuestra parcela?

-Dentro de un mes o seis semanas, la tendremos mucho más clara -declaró el ingeniero-, y ya no serán doscientos mil francos los que nos ofrecerán, sino cuatrocientos o quinientos mil.

-¡Y qué haremos con todo eso! -exclamó Summy Skim.

-Le daremos buen uso, ten la seguridad -a unió Ben Raddle-. ¿No ves que el filón se hace más rico a medida que avanza hacia el oeste?

-Sí, y a fuerza de avanzar terminará por encontrarse con el filón de la parcela 127, y, cuando nuestros hombres se encuentren con los de ese horrible Hunter, no sé qué va a pasar.

En efecto, había razón para temer que se produjera una pelea entre las dos cuadrillas, que cada día se aproximaban más al límite de las dos parcelas. Ya se escuchaban injurias

y amenazas de violencia. El contramaestre Lorique había tenido sus más y sus menos con el contramaestre americano, una especie de atleta brutal y grosero, y quién sabe si de las injurias no se pasaría a los hechos cuando Hunter y Malone regresaran a vigilar la explotación. Reclamarían por la posición del poste que indicaba la separación de los dos yacimientos. Más de una vez se habían lanzado piedras de una parcela a otra, no sin antes haber verificado, por cierto, que no encerraran alguna pepita de oro.

En esas circunstancias, Lorique hacía todo lo posible para contener a sus obreros, y Ben Raddle acudía en su ayuda. Por el contrario, el contramaestre americano no cesaba de excitar a los suyos y, visiblemente, no perdía ocasión de provocar a Lorique. Por lo demás, no estaba contento con el resultado de su trabajo. Actualmente la 127 no valía lo que la 129. Parecía incluso que el filón que prospectaba Lorique tendía a dirigirse hacia el norte, apartándose de la orilla izquierda del Forty Miles Creek, y no se prolongaba a través del suelo de la parcela limítrofe.

Los dos equipos se encontraban ahora a no más de veinticinco pasos el uno del otro. No transcurrirían dos o tres semanas antes de que se juntaran en la línea de separación.

Summy Skim no se equivocaba al prever y temer un enfrentamiento. El 27 de julio, un incidente vino a agravar la situación. Cualquier complicación lamentable ahora podía ocurrir.

Hunter y Malone acababan de reaparecer en la parcela 127.

XV
La noche del 5 al 6 de agosto

Como se ha mencionado, el territorio del Dominion no es el único que posee regiones auríferas. Muy probablemente muchos otros yacimientos no tardarán en aparecer en la inmensa área de América septentrional comprendida entre el Atlántico y el Pacífico. Se ha podido decir que desde el Kootaway, en el sur de la Columbia inglesa, hasta el océano Ártico, no hay más que yacimientos de oro y de diversos metales. La naturaleza se mostró pródiga de tesoros en esta región, a la que sin embargo privó de riquezas agrícolas.

Los terrenos que pertenecen al territorio de Alaska están situados en esa ancha curva que el Yukon describe entre el Klondike y el Saint Michel después de haber subido hasta el fuerte que lleva su nombre, en el límite del círculo polar.

En una de esas regiones se halla Circle-City, un pueblo establecido en la orilla izquierda del gran río, a trescientos setenta kilómetros río abajo de Dawson-City. Allí nace el Birch Creek, un afluente del lado izquierdo que precisamente va a desembocar en Fort Yukon.

Á fines de la última campaña se había extendido el rumor de que los yacimientos de Circle-City valían tanto como los del Bonanza, y no se necesitaba decir tanto para que los mineros corrieran en masa.

Después de su llegada a Dawson-City, y en cuanto hubieron puesto de nuevo en explotación la parcela 127, Hunter y Malone se embarcaron en uno de esos vapores que

hacen las escalas del Yukon, desembarcaron en Circle-City y visitaron las regiones regadas por el Birch Creek; sin duda no habían juzgado oportuno residir allí durante toda la estación, ya que acababan de llegar a la 127.

La prueba de que el resultado de su viaje había sido nulo es que los dos texanos se habían detenido en Forty Miles Creek y se disponían a permanecer allí hasta el fin de la campaña. Si hubieran disfrutado de una buena cosecha de pepitas y de polvo de oro en los yacimientos del Birch Creek, se habrían apresurado a ir a Dawson-City, donde las casas de juego y los casinos les ofrecían tantas ocasiones de disipar sus ganancias. Era su costumbre y no tenían ninguna razón para no actuar conforme a ella esta vez. Y es lo que hubieran hecho si, desde la reanudación de los trabajos, la 127 hubiera producido algunos beneficios.

Eso fue lo que Lorique dijo a Ben Raddle y a Summy Skim cuando se enteró de la llegada de los texanos.

Luego añadió:

-La presencia de Hunter no traerá tranquilidad a las parcelas de la frontera, y más particularmente a las del Forty Miles Creek.

-Bueno -respondió Summy Skim-. Estaremos en guardia.

-Será lo más prudente, señores -declaró el contramaestre-, y yo recomendaré a nuestros hombres no encontrarse con esos bribones.

-¿La policía estará prevenida del regreso de estos texanos? -preguntó Ben Raddle.

-Debe de estarlo ya -respondió Lorique-, y además enviaremos un correo urgente a Fort Cudahy con el fin de prevenir toda agresión.

-Está bien -declaró Summy Skim-, pero me permitirán creer que no hay motivo para temerle tanto a ese individuo, y, si se le ocurre entregarse a algún acto de violencia contra nosotros, me va a encontrar para responderle.

-De acuerdo -declaró a su vez Ben Raddle-, pero yo no quiero que te metas con ese hombre.

-Tenemos una antigua cuenta que arreglar, Ben, y yo quiero pagarla.

-Tú no tienes nada que pagar -respondió Ben Raddle, que de ninguna manera quería que su primo se metiera en dificultades-. Que tú hayas salido en defensa de las dos religiosas en Vancouver... nada más natural. Que hayas puesto a ese Hunter en su lugar, yo habría hecho igual que tú. Pero aquí, cuando el personal de una parcela es amenazado por el personal de otra parcela, eso ya es asunto de la policía.

-¿Y si la policía no está presente? -replicó Summy Skim, que no quería ceder.

-Si la policía no está, señor Skim -dijo el contramaestre-, nos defenderemos, y nuestros hombres no retrocederán ante los texanos.

-En fin -concluyó Ben Raddle-, no hemos venido aquí para librar el Forty Miles Creek de los miserables que la infestan, sino para...

-Para vender nuestra parcela -replicó Summy Skim, que volvía siempre a su tema y que ya empezaba a encolerizarse-. Dígame, Lorique, ¿podríamos informarnos de lo que hace la Comisión de la frontera, si su trabajo de rectificación avanza y cuándo terminará?

-Trataré de averiguarlo, señor Skim.

-¿Y dónde se encuentran esos diablos de comisarios en este momento?

-En el sur, según las últimas noticias de Dawson-City.

-Bien, yo iré a reanimarlos -gritó Summy Skim.

-No hagas nada, Summy. Ten paciencia -respondió Ben Raddle, que quería calmar a

su primo.

-Además, el viaje sería un poco largo -observó Lorique-, pues los comisarios y el señor Ogilvie descendieron hasta la base del monte Elie, y, a menos que se pase por Dyea, habría toda una región desierta que atravesar.

-¡Maldito país!

-Basta, Summy -respondió Ben Raddle, dándole unas palmaditas en la espalda-, necesitas calmarte. Vete a cazar, lleva a Neluto, que no quiere otra cosa, y tráenos para esta tarde algunas buenas piezas. Mientras tanto, nosotros vamos a hacer trabajar nuestros rockers y a lo mejor nos va bien.

-Y -añadió el contramaestre-, ¿por qué no nos podría ocurrir lo que le ocurrió en octubre de 1897 al coronel Earvay en Gripple Creek?

-¿Y qué le ocurrió a ese coronel? -preguntó Summy Skim, en tono desdeñoso.

-Que encontró en su parcela, a una profundidad de siete pies solamente, un lingote de oro que valía cien mil dólares.

-¡Puf! -dijo Summy Skim-, quinientos desgraciados miles de francos...

-Toma tu fusil, Summy -respondió Ben Raddle-, vete a cazar hasta la tarde, y cuídate de los osos.

Summy Skim comprendió que no podía hacer nada mejor. Neluto y él subieron el barranco y un cuarto de hora después se escuchaban los primeros disparos.

Ben Raddle se sumió en el trabajo, no sin haber ordenado a sus obreros que, en caso de producirse, no respondieran a las provocaciones de la propiedad colindante.

Ese día no hubo ningún incidente que provocara un enfrentamiento del personal de las dos parcelas.

Durante la ausencia de Summy Skim, que tal vez no se hubiera contenido, Ben Raddle tuvo ocasión de divisar a Hunter y Malone. La casita que ocupaban los dos texanos hacía pareja con la habitación de Lorique al pie de la pendiente opuesta. Precisamente en espera de que fuera o no desplazada, la línea de la frontera seguía la vaguada del barranco, subiendo hacia el norte. Desde su cuarto, Ben pudo observar a Hunter y a su compañero.

Los dos atravesaron oblicuamente la parcela, bajando el sendero acondicionado entre los pozos. Un rocker y un sluice funcionaban en ese momento, y el claqueteo de las básculas y el tumulto del agua que se escurría hacia el estero producían un ruido ensordecedor.

Ben Raddle no quiso prestar ninguna atención a lo que pasaba en la 127, pero, como no tenía intención de ocultarse, permaneció apoyado en la barra de la ventana que se abría a la planta baja de la casita.

Hunter y Malone avanzaron hasta el poste que señalaba el límite y se detuvieron. Conversaban con animación. No parecían tener muchas consideraciones con sus hombres. Más de uno fue brutalmente amonestado y el propio contramaestre recibió malas palabras.

Después de haber dirigido la mirada al estero y de haber observado las parcelas de la orilla derecha, designadas con números pares, dieron algunos pasos hacia el barranco. Era indudable que andaban del peor humor, lo que era explicable: desde el principio de la campaña el rendimiento de su parcela, muy mediocre, apenas cubría los gastos. Y cómo no iban a estar irritados, si no podían ignorar que las últimas semanas habían proporcionado a la parcela de Lacoste beneficios importantes.

Hunter y Malone continuaron subiendo hacía el barranco y se detuvieron más o menos a la altura de la habitación de Lorique. Allí percibieron a Ben Raddle acodado en la ventana, que no pareció prestarles atención. Pero éste vio perfectamente que ellos lo señalaban con la mano y, con gestos violentos y voces furiosas, trataban de provocarlo.

Muy sabiamente, Ben Raddle no les hizo el menor caso, y cuando los texanos se retiraron fue a trabajar en el rocker con Lorique.

-Usted los ha visto, señor Raddle -dijo entonces éste.

-Sí, Lorique, y sus provocaciones no me sacarán de mis casillas.

-Pero el señor Skim no parece tener tanta paciencia.

-Será necesario que se calme -declaró Ben Raddle-; nosotros no debemos siquiera dar la impresión de que conocemos a esa gente.

Los días siguientes transcurrieron sin incidentes. Summy Skim -y su primo lo impulsaba a ellopartía por la mañana a cazar con el indio, y no regresaba hasta caída la tarde. No hubo encuentros con Hunter. Sin embargo, se hacía cada vez más difícil impedir que los obreros americanos y canadienses entraran en contacto. Sus trabajos en

el filón los acercaban cada día al poste que señalaba el límite de las dos parcelas. Llegaba el momento en que, para emplear una locución del contramaestre, "se encontrarían piqueta con piqueta". La menor contestación podría engendrar una discusión, la discusión un conflicto, el conflicto una riña, que pronto degeneraría en una batalla. Cuando esos hombres se hubieran lanzado unos contra otros, ¿quién podría detenerlos? Hunter y Malone podrían tratar de provocar una revuelta en todos los yacimientos de sus compatriotas contra los del Dominion vecinos a la frontera. De tales aventureros se podía esperar cualquier cosa. La policía de Cudahy y de Dawson-City sería impotente para restablecer el orden.

Durante cuarenta y ocho horas los texanos no se divisaron. Tal vez precisamente con el propósito de agitar a la gente, habían ido a recorrer los terrenos del Forty Miles Creek que se hallaban del lado de Alaska.

En su ausencia se produjeron algunos altercados entre los obreros. Incluso un incidente enfrentó a Lorique con el contramaestre de la 127. Los mineros estuvieron a punto de intervenir, cada cual tomando partido por sus jefes, pero la cosa no llegó más lejos.

Como el tiempo parecía bastante incierto, con el viento del norte soplando fuerte, Summy Skim no había salido a cazar. Pero Ben Raddle había logrado impedirle que interviniera, lo que no habría conseguido si Hunter y Malone hubieran estado presentes.

Durante tres días le fue imposible a Summy Skim entregarse a su deporte favorito. La lluvia caía a veces a torrentes y era preciso permanecer en la casita. El lavado de la grava se hacía muy difícil en esas condiciones. Los pozos se llenaban hasta el borde. El agua se escurría a la superficie de la parcela, transformándola en un barro espeso en el que los hombres se hundían hasta las rodillas.

El trabajo debió interrumpirse en ambos lados, y no se pudo retomar hasta el 3 de agosto por la tarde. Después de una mañana lluviosa, el cielo recobró su serenidad bajo la influencia del viento del sudeste. Sin embargo, este viento podía traer tempestades, que son terribles en esta época del año y ocasionan a veces verdaderos desastres.

Los dos texanos habían regresado la víspera, y sólo abandonaron la casa de su contramaestre al día siguiente.

En cuanto a Summy Skim, había aprovechado la escampada para salir otra vez a

cazar. Algunos osos de la especie de los grizzli acababan de ser vistos río abajo del Forty Miles Creek, y nada deseaba tanto como encontrarse con alguno de estos formidables plantígrados. Y sus tiros no serían meros ensayos. Más de un oso había caído alcanzado por sus balas en los bosques de Green Valley.

"Prefiero verlo peleando con un oso que con Hunter", se decía Ben Raddle.

Durante el transcurso del día 4 de agosto, Lorique dio un afortunado golpe con la piqueta. Cavando cerca del extremo del filón, en el límite de la parcela, descubrió una pepita cuyo valor no debía de ser inferior a cuatrocientos dólares, o sea, dos mil francos.

El contramaestre no pudo contener su alegría. Gritó a todo pulmón:

-Vengan a ver, vengan a ver.

Sus obreros acudieron y Ben Raddle se les reunió enseguida.

La pepita, del tamaño de una nuez, estaba engastada, por así decirlo, en un fragmento de cuarzo.

En la 127 comprendieron inmediatamente la causa de los gritos. Hicieron explosión la cólera y los celos, justificados finalmente, ya que hacía tiempo que los obreros no daban con un filón y la explotación se hacía cada día más onerosa.

Se escuchó entonces una voz: era Hunter.

-Sólo hay oro para esos perros de las praderas del Lejano Oeste...

Así calificaba a los canadienses, en su grosero lenguaje.

Ben Raddle, que había escuchado el insulto, palideció. Luego, la sangre se le subió a la cabeza y estuvo a punto de abalanzarse contra Hunter.

Lorique lo retuvo por el brazo. Alzando los hombros, en señal de desprecio, Ben Raddle volvió la espalda.

-¡Hey! -gritó entonces Hunter-, es por usted que digo eso, señor de Montreal.

-Usted es un insolente y yo no quiero tener ninguna relación con individuos de su especie.

-La tendrá, sin embargo -contestó el texano-, y no sé qué es lo que me retiene.

Iba a franquear el límite del poste y echarse sobre Ben Raddle, pero Malone lo obligó a detenerse. Los obreros estaban listos para precipitarse unos contra otros. Hubiera sido imposible interponerse entre ellos.

Por la tarde, Summy Skim regresó muy feliz porque había abatido un oso, no sin pasar algún peligro, y relató con detalles su hazaña cinegética. Ben Raddle no quiso hablarle del incidente ocurrido durante el día. Después de comer, ambos se retiraron a su habitación y Summy Skim durmió el reconfortante sueño del cazador.

¿Se podía temer que el asunto tuviera consecuencias? Hunter y Malone, más excitados que nunca, ¿le buscarían pendencia a Ben Raddle? ¿Empujarían a los hombres de una parcela contra los de la otra? Era probable, ya que al día siguiente las piquetas se encontrarían en el límite de ambas propiedades.

Precisamente, para gran fastidio de su primo, Summy Skim no salió ese día a cazar. El tiempo era pesado. Grandes nubes se levantaban hacia el sudeste. Seguramente habría tormenta, y más valía que no lo sorprendiera lejos de su habitación.

Toda la mañana se empleó en el lavado de los pozos que ya estaban funcionando, mientras un equipo, bajo la dirección de Lorique, cavaba en la línea de demarcación, casi al pie del poste con la tablilla que exhibía por un lado el número 127 y por el otro el 129.

Los obreros de Hunter se encontraban a lo largo del límite, pero durante la mañana no sobrevino ninguna complicación. Algunas palabras malsonantes proferidas por los

americanos provocaron respuestas más o menos vivas de parte de los canadienses. Pero no se traspasó el límite de las palabras, de los gestos. Los capataces no tuvieron necesidad de intervenir.

Por desgracia, las cosas no marcharon tan bien cuando se reinició el trabajo después del mediodía. Para colmo de males, Hunter y Malone iban y venían en el terreno, y como Summy Skim hacía otro tanto en el suyo, Ben Raddle se unió a su primo, preguntándose si los texanos irían a reiterar las amenazas de la víspera.

-Mira -dijo Summy Skim a Ben Raddle-, esos tunantes están de regreso. No los había visto todavía. ¿Y tú, Ben?

-Sí, ayer -respondió evasivamente Ben Raddle-, pero haz como yo. No te ocupes de ellos.

-Pero, Ben, nos miran de una manera que no me gusta.

-Summy, no les prestes atención...

Los texanos se habían aproximado un poco. Sin embargo, aunque lanzaron miradas insultantes a los dos primos, no las acompañaron con sus acostumbrados insultos.

Summy Skim tomó la sabia decisión de no hacerles caso, aunque estaba decidido a responderles si se presentaba la ocasión.

Los obreros de las dos parcelas continuaban trabajando en el límite, excavando el fondo de los pozos, recogiendo el barro para llevarlo a los rockers y a los sluices. Sólo los separaba una marca, y sus piquetas, voluntariamente o no, podían chocar en cualquier momento. A veces, algunas piedras rodaban más allá de la línea de separación. Con todo, se trabajaba normalmente. Pero, a eso de las cinco, una piedra, arrancada violentamente del suelo por la piqueta de uno de los hombres de Lorique, fue a caer a los pies del capataz americano.

Era un trozo de cuarzo de cuatro a cinco libras de peso, muy semejante a los que suelen contener pepitas de valor. Lorique efectuó el legítimo reclamo, y sólo obtuvo una negativa expresada de manera brutal.

No había habido más que un intercambio de palabras, pero Lorique franqueó el poste con la intención de recuperar lo suyo.

Tres o cuatro americanos se lanzaron sobre él para detenerlo, y varios de sus compatriotas acudieron en su ayuda.

Se inició un intercambio de golpes. Los gritos llegaban hasta las parcelas vecinas. Lorique, que había logrado zafarse de los que lo retenían, corrió hacia el lugar adonde había rodado el fragmento de cuarzo. Pero en ese momento se encontró frente a Hunter, que lo empujó violentamente y lo derribó. Summy Skim se precipitó en ayuda del contramaestre, que el texano mantenía en tierra.

Ben Raddle lo siguió y detuvo a Malone, que acudía en ayuda de su compañero.

La pelea se generalizó. Las piquetas servían de armas, y eran armas terribles en esas manos vigorosas. La sangre hubiera empezado a correr y hubiera habido heridos y hasta muertos si la milicia, que justamente andaba de inspección por esa parte del Forty Miles Creek, no hubiera aparecido.

Gracias a esta cincuentena de hombres bien comandados, los disturbios fueron reprimidos en un momento.

Ben Raddle, Summy Skim y los dos texanos estaban frente a frente. Ben Raddle se dirigió primero a Hunter, que no podía hablar de rabia.

-¿Con qué derecho ha querido usted impedirnos recuperar nuestro bien?

-Tu bien -vociferó Hunter en un tuteo grosero-, tu bien, que estaba en mi tierra y que me pertenecía...

-¡Miserable! -gritó Summy Skim, avanzando hasta casi chocar con Hunter.

-¡Ah! -dijo éste-. ¡El defensor de las mujeres!

-De mujeres que usted brutalizaba, bandido, que delante de un hombre sería el último de los cobardes.

-¡Cobarde! -repitió Hunter.

Iba a echarse sobre Summy Skim cuando Malone se lo impidió.

-Sí -volvió a decir Summy Skim, que ya era incapaz de controlarse-, y demasiado cobarde para sostener sus insultos.

-¿Ah, sí? Ya lo verás -gritó Hunter-, mañana te encontraré.

-Mañana por la mañana -contestó Summy Skim.

-¡Mañana! -exclamó Hunter.

Luego los mineros volvieron a sus terrenos sin que Lorique pudiera recuperar el trozo de cuarzo. Uno de los americanos, antes que entregarlo, prefirió tirarlo a las aguas del estero.

Ben Raddle y Summy Skim volvieron a su habitación. Ben hizo todos los esfuerzos para disuadir a su primo de continuar con el asunto.

-Summy -repetía-, tú no puedes batirte con ese bandido.

-Lo haré, Ben.

-No, Summy, no.

-Lo haré, te digo, y si llego a alojarle una bala en la cabeza, será la mejor caza que habré hecho jamás, la caza de la bestia apestosa...

Ben Raddle comprendió que nada podía hacer para impedir el duelo.

Un desastre inesperado, sin embargo, vino a hacer imposible o por lo menos a retardar el desenlace del asunto.

Durante el día el tiempo se fue haciendo cada vez más bochornoso. Hacia las cinco de la tarde, el espacio, saturado de electricidad, empezó a verse atravesado por los rayos. El trueno rugía en el sudeste. La oscuridad, debida al amontonamiento de nubes, se hizo profunda, aunque el sol todavía se hallaba encima del horizonte.

Durante la tarde, las diversas parcelas del Forty Miles Creek habían podido comprobar ciertos síntomas inquietantes. Sordas trepidaciones corrían bajo el suelo, acompañadas por rugidos prolongados. Las aguas del estero echaban espuma. De los pozos escapaban chorros de gases sulfurosos. Seguramente se (trataba de)[16] fuerzas plutónicas.

Summy Skim, Ben Raddle y el capataz iban a acostarse, a eso de las diez y media, cuando se sintieron violentos sacudones.

-¡Terremoto! -gritó Lorique.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando la habitación se derrumbó bruscamente como si de pronto le hubieran quitado la base.

Con grandes dificultades, los tres hombres pudieron salir de los escombros, felizmente sin heridas.

Pero, afuera, qué espectáculo vieron al resplandor del cielo incendiado... El suelo de la parcela acababa de desaparecer bajo una inundación torrencial. Una parte del estero se había desbordado y se derramaba a través de los yacimientos, abriéndose un nuevo cauce.

[16] El autor dejó en blanco este espacio.

Por todas partes surgían gritos de desesperación y de dolor. Los mineros, sorprendidos en sus cabañas de ambas riberas del estero, trataban de huir de la inundación. A juzgar por la violencia de las aguas, las convulsiones del suelo debieron haber sido terribles. Los árboles vecinos, arrancados de raíz, eran arrastrados por el Forty Miles Creek con la rapidez de un deshielo.

-Huyamos, huyamos -gritó Lorique, al que se acababa de unir Neluto-, o nos llevará el torrente.

En efecto, el agua ya llegaba al lugar donde se levantaba la habitación abatida por el terremoto.

Se sentía que el suelo ondulaba bajo los pies como si lo hubiera cogido una ola.

En ese momento, un tronco de álamo quebrado por la base, arrastrado por la corriente, se precipitó sobre los escombros derribando a Ben Raddle, que hubiera perecido en el torbellino si Summy Skim y Lorique no hubieran acudido para sostenerlo.

Ben Raddle no podía caminar. Tenía la pierna quebrada por debajo de la rodilla.

En cuanto a las parcelas, deshechas por el terremoto o sumergidas bajo la inundación, se vieron en su mayor parte destruidas en un espacio de media legua a ambos lados de la frontera.

SEGUNDA PARTE

I
Un invierno en Klondike

Un terremoto, muy localizado por lo demás, acababa de conmocionar la parte de Klondike comprendida entre la frontera y el Yukon y atravesada por el curso medio del Forty Miles Creek. Se había sentido hasta una media legua río arriba del otro lado de la frontera.

Aunque Klondike no está expuesto a movimientos sísmicos frecuentes, sus entrañas encierran conglomerados de cuarzo, rocas eruptivas, lo que indica que las fuerzas plutónicas la trabajaron en la época de su formación. Esas fuerzas dormidas se despiertan a veces con una violencia extraordinaria. Además, por toda esta región de las montañas Rocosas, cuyas primeras ramificaciones nacen en las proximidades del círculo polar ártico, se levantan volcanes cuya completa extinción no es segura.

En todo caso, en el distrito no hay mucho que temer de eventuales terremotos o erupciones, pero no ocurre lo mismo con las inundaciones debidas a las crecidas súbitas de los arroyos en la época en que se funden las nieves.

En efecto, Dawson-City no se ha librado de estos desastres. Si no el Yukon, al menos su tributario, el Klondike, que separa la ciudad de sus arrabales, se ha desbordado, llevándose el puente que los une.

El territorio del Forty Miles Creek había sufrido un doble desastre. La completa remoción de su suelo traía consigo la destrucción de las parcelas en una extensión de varios kilómetros a ambos lados de la frontera. La inundación había provocado un desvío del río, que se había cavado un nuevo lecho a través del barranco, al norte del 127 y del 129. Incluso parecía probable que toda explotación se hubiera vuelto imposible.

En un primer momento, fue difícil apreciar la importancia del desastre. Durante la noche, aunque el sol sólo desapareció dos horas y media detrás del horizonte, una profunda oscuridad envolvió la región. Si las casitas, las cabañas, las chozas de los mineros habían sido destruidas, si la mayoría estaba sin albergue, si eran muchos los heridos y los muertos, unos aplastados bajo los escombros, otros ahogados en el nuevo lecho del estero, era algo que no se sabría hasta el día siguiente. Si toda esa masa de emigrantes repartida por la región se vería obligada a abandonarla, puesto que su explotación no podría proseguirse, sólo se sabría después de haber confirmado la envergadura de la catástrofe.

En realidad, lo que parecía haber causado un desastre absolutamente irreparable era el desvío de una parte de las aguas del Forty Miles Creek hacia los yacimientos vecinos a sus dos orillas. Bajo la presión de las fuerzas subterráneas, el fondo del lecho del río se había levantado hasta el nivel de los bordes, vaciándose y provocando una inundación que, por consiguiente, no sería pasajera. Entonces, ¿cómo proseguir las excavaciones en un suelo sumergido cinco o seis pies bajo una corriente de agua a la que ya no se podía cambiar el curso? El nuevo río continuaría corriendo hacia el sur hasta el lugar en que se convirtiera en tributario de otro río.

¡Qué noche de terror y de angustias pasaron esos pobres hombres sacudidos por tan repentina catástrofe! Habían tenido que trepar hasta las alturas para que no los alcanzara el desbordamiento. No tenían ningún albergue, y la tempestad duró hasta las cinco de la mañana. Una y otra vez los rayos fulminaban los bosques de abedules y álamos en que se habían refugiado las familias. Caía una lluvia torrencial, mezclada con granizo. Si Lorique no hubiera indicado una gruta cavada en el talud de la derecha, subiendo el barranco, y a la cual Summy Skim y él transportaron a Ben Raddle, éstos no habrían encontrado refugio en ninguna parte.

Ya podemos imaginar a qué tristes pensamientos debieron abandonarse. ¿Era para ser víctimas de este desastre que los dos primos habían hecho el viaje a Klondike? Todos sus esfuerzos habían sido vanos. Ya no restaba nada de la herencia de su tío, ni siquiera lo que la explotación había producido en las últimas seis semanas. De las pepitas, del polvo de oro que se había recogido desde la reanudación de los trabajos bajo la dirección del ingeniero, nada quedaba. La inundación cubrió el lugar donde estaban los restos de la casita de Lorique. Nada pudo salvarse. Los escombros iban a la deriva en la corriente del río.

Cuando pasó la tormenta, Summy Skim y el capataz abandonaron por algunos instantes la gruta, pues no querían dejar solo a Ben Raddle, para comprobar la magnitud del desastre. La parcela 127, como la 129, había desaparecido bajo las aguas. Lo que les hubiera ocurrido a Hunter y a Malone no inquietaba en absoluto a Summy Skim.

En todo caso, y para hablar sólo de lo que le concernía, la cuestión de la frontera

parecía resuelta. Que el meridiano ciento cuarenta y uno fuera trasladado un poco más al este o un poco más al oeste ya no interesaba a las dos parcelas. Que el territorio fuera alaskiense o canadiense, poco importaba. Un nuevo río corría sobre su superficie. Eso era todo.

Para conocer la cantidad de víctimas del terremoto había que esperar una investigación. Seguramente muchas familias habían sido sorprendidas, ya por el terremoto, ya por la inundación, en sus cabañas o chozas, y era de temer que no hubieran tenido tiempo de huir. Ben Raddle, Summy Skim y Lorique no habían escapado más que por milagro, y aun el ingeniero no había salido sano y salvo.

En suma, a Summy Skim sólo le quedaba regresar a Dawson-City. Había que procurarse los medios para transportar a Ben Raddle lo más pronto posible.

No hace falta decir que el asunto Hunter-Skim ya no interesaba. La cita del día siguiente para el duelo ya no tenía sentido. Otras preocupaciones reclamaban a los dos adversarios, quienes jamás se encontrarían quizás frente a frente.

Por lo demás, cuando el sol iluminó el escenario del desastre, no se divisó a ninguno de los texanos. De la casa que ocupaban a la entrada del barranco, a través del cual ahora corría la derivación del Forty Miles Creek, no quedaba ni el recuerdo. En cuanto a la parcela 127, estaba cubierta por la inundación, del mismo modo que la 129 y todas las que les seguían a la derecha del estero. Del material instalado en su superficie, rockers, sluices o bombas, había desaparecido todo vestigio. La corriente se deslizaba con gran rapidez, como que la tormenta del día anterior había aumentado su caudal. El canal abierto en la orilla derecha no bastaba para bajar su nivel. Es probable que sin esta circunstancia el río se hubiera desbordado también por la orilla izquierda y que los daños hubieran sido aún mayores.

En cuanto a los texanos, ¿habían logrado salvarse o estaban entre las víctimas? No lo sabían, como tampoco el destino de su personal. Pero, como se ha dicho, no era algo que inquietara a Summy Skim. Sus únicas preocupaciones eran conducir a Ben Raddle a Dawson-City, donde no le faltarían cuidados, esperar allí su restablecimiento y, si aún era tiempo, retomar el camino de Skagway, el camino de Vancouver, el camino de Montreal. La 129 no encontraría compradores ahora que yacía a seis o siete pies bajo el agua. Lo mejor sería dejar cuanto antes este abominable país, "donde personas sanas de mente y de cuerpo jamás deberían haber puesto el pie", como decía Summy Skim.

El motivo de sus reflexiones más penosas era el temor, muy natural, de que la curación de Ben Raddle exigiera varias semanas; iba a terminar ya la primera quincena del mes de agosto. El invierno, tan precoz en estas altas latitudes, llegaría antes de fin de mes. La travesía de las regiones lacustres y el paso del Chilkoot se tornarían impracticables. El Yukon mismo dejaría de ser navegable dentro de poco. Pronto, los últimos barcos partirían para descender hasta su desembocadura.

La perspectiva de permanecer durante siete u ocho meses enterrado bajo las nieves de Klondike, con fríos de cincuenta a sesenta grados bajo cero, no era agradable en absoluto. Así, pues, había que regresar a Dawson-City sin perder un día, confiar a Ben Raddle a los cuidados del doctor Pilcox y ponerlo en las manos de las hermanas Marta y Magdalena para que se restableciera lo antes posible.

En primer lugar había que preocuparse de los medios de transporte. Por suerte, Neluto encontró su carro intacto; lo había guardado sobre un parapeto, fuera del alcance de las aguas. En cuanto al caballo, que pastaba en libertad, había bajado las pendientes de

la quebrada presa del espanto, y pudo ser recuperado.

-Bueno, partamos, partamos al instante -exclamó Summy Skim.

-Sí -respondió Ben Raddle-, y lamento mucho haberte involucrado en este triste asunto.

-No se trata de mí, sino de ti -repitió Summy Skim-. Vamos a vendarte la pierna lo mejor posible, te tenderemos en el carro en una buena litera de hierba seca. Yo me sentaré con Neluto, y Lorique se reunirá con nosotros en Dawson-City como pueda. Marcharemos tan rápido... No, quiero decir que marcharemos tan lento como sea necesario para evitarte los saltos del carro. Una vez admitido en el hospital, ya no tendrás nada que temer. El doctor Pilcox te pondrá en pie de nuevo, y quiera el Cielo que podamos partir antes de la mala estación.

-Querido Summy -dijo Ben Raddle-, es posible que mi curación tarde varios meses, y comprendo que tengas prisa por estar de regreso en Montreal... ¿Por qué no partes tú?

-Eso jamás -replicó Summy Skim-. ¡Primero me haré romper una pierna y el doctor Pilcox tendrá que reacomodar dos en vez de una!

El mismo día, el carro retomó la ruta de Fort Cudahy por caminos atestados de gente que iba a buscar trabajo en otras tierras. Siguió la orilla derecha del Forty Miles Creek. Allí, las parcelas que no habían sido alcanzadas por la inundación se hallaban en pleno funcionamiento. Algunas, sin embargo, aunque no estaban inundadas no eran explotables en ese momento. Desmanteladas por el terremoto, presentaban un lamentable aspecto: su material destruido, sus pozos tapados, sus postes abatidos, sus casitas derribadas. Pero, en fin, no era la ruina absoluta. Los trabajos podrían reanudarse pronto.

El carro no marchaba rápido, y los tumbos que daba en esas malas rutas causaban gran sufrimiento al herido. No fue difícil procurarse provisiones, pagándolas caro desde luego: las sociedades de Klondike acababan de proveer de víveres a los yacimientos.

Al día siguiente, el vehículo se detuvo en Fort Cudahy.

Summy Skim no escatimaba cuidados al herido, pero nada podía hacer con la fractura de la pierna. Ben Raddle soportaba sin quejarse los intensos dolores. Por desgracia, no había ningún médico en Fort Cudahy, y tampoco en Fort Reliance, donde el carro llegó cuarenta y ocho horas después.

Summy Skim se inquietaba, con razón. Temía que el estado de su primo empeorase con el tiempo y la falta de medicamentos. Veía que éste se contenía para no alarmarlo inútilmente. Pero a veces se le escapaban algunos gritos de dolor y padecía violentos accesos de fiebre.

Fue preciso ponerse en camino y remontar la orilla derecha del Yukon, que conducía más directamente a la capital de Klondike. Sólo allí, en el hospital de Dawson-City, Ben Raddle podría recibir cuidados. Aún otras dos jornadas de marcha, y por fin Ben fue recibido la tarde del 16 de agosto.

Es inútil insistir en la pena que experimentaron sor Marta y sor Magdalena cuando vieron a su compatriota en tal estado. El apenas las reconoció, sumido en una fiebre ardiente que le provocaba delirio. Con unas pocas palabras Summy Skim puso a la superiora al tanto de lo sucedido. El enfermo fue instalado en una pequeña habitación aparte y se fue de prisa a avisar al doctor Pilcox.

-Ustedes ven, hermanas -dijo Summy Skim a las religiosas- cómo yo tenía razón de decir, cuando las traíamos a Dawson-City, que nosotros tendríamos un interés... personal.

-Señor Skim -respondió sor Marta-, su primo será tratado como el más querido de

nuestros enfermos, y sanado... cuando Dios quiera.

-Eh, bien, hermana, quiera Dios que sea lo más pronto posible, y antes de que el invierno nos impida partir.

El doctor Pilcox se presentó una hora después de la llegada de Ben Raddle.

La noticia del terremoto en Forty Miles Creek había llegado hacía algunos días a Dawson-City, y se sabía que una treintena de personas había sido víctima. Pero el doctor no podía imaginar que una de ellas fuese el ingeniero.

-¡Cómo! -exclamó con su facundia habitual-. ¡Es usted, señor Raddle... con una pierna quebrada!

-Sí, doctor -respondió Summy Skim-, y mi pobre Ben sufre de un modo espantoso.

-Bueno, bueno, esto no será nada -respondió el doctor-. Le arreglaremos la pierna. Tiene más necesidad de un cirujano que de un médico... e incluso de un ensalmador. Esté tranquilo, le ensalmaremos esto.

El doctor examinó a Ben Raddle: tendido en el lecho, conservaba el conocimiento, pero sufría mucho. Se comprobó que no había más que una fractura simple debajo de la rodilla, fractura que el doctor redujo con gran habilidad. Luego el miembro fue colocado en un aparato que le aseguró una completa inmovilidad.

Dijo el doctor:

-Mi querido cliente, quedará más firme que antes, y tendrá piernas de ciervo o de oriñal. Una por lo menos...

-¿Pero cuándo? -preguntó Summy Skim.

-Dentro de un mes o seis semanas. Usted comprende, señor Skim, los huesos no se pueden soldar como dos pedazos de hierro calentados al rojo vivo. No... Se necesita tiempo, como en todo.

-¡El tiempo! ¡El tiempo! -murmuraba Summy Skim.

-Qué quiere usted -replicó el doctor Pilcox-. Es la naturaleza la que opera, y ella nunca tiene prisa. Por eso inventó la paciencia.

-Y la resignación -añadió sor Magdalena.

Resignarse. Era lo mejor que podía hacer Summy Skim. Ya veía que la mala estación llegaría antes de que Ben Raddle pudiera ponerse en pie. ¿Se puede uno imaginar un país en que el invierno comienza en las primeras semanas de septiembre, un invierno con nieves y hielos que impiden todo desplazamiento? ¿Cómo, a menos que estuviera absolutamente curado, podría afrontar Ben Raddle las fatigas de un viaje con las bajas temperaturas de Klondike, atravesar los pasos del Chilkoot para ir a embarcarse en Skagway en los barcos de Vancouver? En cuanto a los que bajan el Yukon hasta Saint Michel, el último partiría dentro de unos quince días, dejando que las capas de hielo se formasen detrás de él.

Bill Stell, el scout, después de haber conducido diversas caravanas durante esta campaña, volvió el día 20 a Dawson-City.

Su primera preocupación fue informarse si los señores Ben Raddle y Summy Skim habían concluido el asunto relativo a la parcela 129, si habían cedido la propiedad y si se preparaban para regresar a Montreal.

Decidió que lo mejor era dirigirse a las dos religiosas, y se encaminó hacia el hospital.

Grande fue su sorpresa cuando supo que Ben Raddle estaba en tratamiento y que no podría viajar hasta dentro de seis semanas.

Se encontró luego con Summy Skim.

-Sí, Bill -le dijo éste-, he aquí donde nos encontramos. No solamente no hemos vendido la parcela 129, sino que ya no hay parcela 129. Y no solamente ya no hay parcela 129, sino que es imposible dejar este atroz Klondike para volver a un país habitable.

El scout se enteró entonces, pues lo ignoraba, de la catástrofe de Forty Miles Creek y de cómo Ben Raddle había resultado gravemente herido en esa circunstancia.

-Y eso es lo más lamentable -afirmó Summy Skim-, porque, en fin, nosotros habríamos dicho adiós a la propiedad, y a mí no me importaba esa parcela 129, y qué idea tuvo el tío Josías de comprar ese lote 129 y de morir para dejárnoslo, ese 129...

Había que escuchar a Summy Skim enunciar ese nombre, ese "uno" seguido de un "dos" y un "nueve" que le inspiraban horror.

-Ah, Bill, si el pobre Ben no hubiera sido su víctima, en el fondo habría yo bendecido ese terremoto. Nos habría librado de una herencia que no es más que un estorbo. No más parcela, no más explotación, y mi primo se hubiera visto obligado a renunciar a hacerse prospector e incluso a tratar con un sindicato.

-¿Pero entonces -dijo el scout-, van a pasar todo el invierno en Dawson-City?

-Que es como decir en el polo Norte -contestó Summy Skim.

-De manera que yo -dijo Bill Stell-, que venía con mi gente a llevarlos...

-No nos llevará, Bill, y tendrá que partir solo.

-Con Neluto por lo menos.

-No, él nos ha prometido quedarse con nosotros.

-Bien -dijo el scout-. Yo no puedo esperar más allá del primero de septiembre para emprender el camino, si quiero llegar a Skagway.

-Usted partirá, mi querido Bill -dijo Summy Skim, con un acento de resignación que más parecía de desesperación.

Y así ocurrió, después de que el scout se hubo despedido de los dos canadienses prometiéndoles regresar a buscarlos cuando volviera la primavera.

-Sí, dentro de ocho meses -murmuró el despechado Summy Skim.

El tratamiento de Ben Raddle seguía su curso; no se había presentado ninguna complicación. El doctor Pilcox se declaraba más que satisfecho. La pierna de su cliente quedaría más firme que antes y valdría por dos.

Ben Raddle, bien cuidado por las dos religiosas, tomaba la situación con paciencia. Mientras su primo iba a cazar con el fiel Neluto cuando el tiempo lo permitía, él se mantenía al corriente de los negocios de Dawson-City y de los nuevos descubrimientos en las regiones auríferas. Y cómo no iba a estar bien informado, con diarios tales como El Sol del Yukon, El Sol de Medianoche, La Pepita del Klondike. Ahora que el 129 no existía, ¿no había nada más que hacer en el país? ¿No habría alguna otra parcela para comprar o explotar? Con su instinto de ingeniero, le había tomado el gusto a sus trabajos en el Forty Miles Creek. Pero se guardaba muy bien de hablar de eso a Summy Skim, quien esta vez no habría podido contener su justísima indignación.

Ya se ve, si la fiebre causada por la herida había desaparecido, la fiebre del oro, esa fiebre endémica que hacía tantas víctimas, no había abandonado a Ben Raddle, y no parecía que fuera a sanar tan pronto de ella. Lo que había en él no era tanto la avidez por el precioso metal como el deseo de hacer la prospección de esos ricos terrenos.

Y cómo no iba a trabajar su imaginación con las noticias que todos los días daban los

periódicos sobre las parcelas de montaña del Bonanza, del Eldorado, del Little Skookum. Aquí se lavaba hasta cien dólares por obrero y por hora. Allá se retiraba mil dólares de un hoyo de veinticuatro pies de largo por catorce de ancho. Un sindicato de Londres acababa de comprar dos parcelas en el Bear y el Dominion por un millón setecientos cincuenta mil francos. La parcela 26 en el Eldorado se vendía en dos millones, y los obreros recogían allí cada día hasta sesenta mil francos. Y en el Dóme, en la línea de separación entre el río Klondike y el Indian, ¿no aseguraba el señor Ogilvie, tan competente, que había ciento cincuenta millones de francos por retirar?

Sin embargo, a pesar de estos espejismos, no se debe olvidar lo que el cura de Dawson-City repetía a un francés, el señor Amis Semiré, uno de los viajeros que mejor han estudiado esas regiones auríferas:

-Si la fiebre del oro lo coge también a usted en el curso de su viaje, tiene que reservar una cama en nuestro hospital. Se extenuará mentalmente, sobre todo si encuentra aunque sea un poco de oro, y aquí hay por todas partes. Desde luego, se enfermará de escorbuto. Por doscientos cincuenta francos anuales, le doy un abono que le da derecho a una litera y a los cuidados gratuitos del médico. Todos me compran. Tome, aquí tiene su billete.

Ben Raddle había estado rodeado de tales cuidados en el hospital. Pero, ¿no iría su irresistible pasión a arrastrarlo lejos de Dawson-City, hacia las regiones donde se descubrían nuevos yacimientos? ¿Compartiría la miseria de tantos que perecían sin haber podido regresar? Los diarios repetían constantemente que Klondike había producido siete millones quinientos mil francos en 1896 y doce millones quinientos mil francos en 1897, y que la suma no será inferior a treinta millones en 1898.[17]

Entretanto, Summy Skim había preguntado a las autoridades si no se había visto a los texanos Hunter y Malone después de la catástrofe del Forty Miles Creek.

Sin duda ni uno ni otro habían regresado a Dawson-City, donde su presencia hubiera sido señalada, como de costumbre, por sus mil excesos. Se les habría encontrado en los casinos, en las casas de juego, en todos los lugares de diversión en los que siempre ocupaban el primer lugar. Era la época del año en que muchos, después de haber hecho fortuna, en lugar de regresar a su país preferían esperar en la capital de Klondike la próxima campaña. Ahí, durante siete u ocho meses, entre gastos superfluos y pérdidas en el juego, dejaban la mayor parte de sus beneficios. Es lo que había hecho siempre Hunter y lo que haría ahora si estuviera allí. Pero no había ninguna noticia. Nadie sabía lo que les había ocurrido. Podían haber perecido en el terremoto de Forty Miles Creek, arrastrados por los torbellinos del nuevo río. Sin embargo, como ninguno de los americanos que trabajaban en el 127 había sido encontrado, y como no era admisible que todos hubieran sido víctimas del desastre, se podía pensar que Hunter y Malone habían partido con su personal a los yacimientos de Circle-City y del Birch Creek, donde habían comenzado su campaña.

Ben Raddle pudo levantarse a mediados de octubre; el doctor Pilcox estaba orgulloso de esta curación. Cierto, sus cuidados habían contribuido a ella, pero no menos los de la hermana Marta y la hermana Magdalena. Y sin embargo, estas abnegadas religiosas no habían cesado de prodigarse a los otros enfermos que atestaban el hospital, de los que la mayor parte sólo salía para ir al cementerio en el carro fúnebre tirado por perros. Con todo, si Ben Raddle estaba en pie, tenía que tener todavía mucha precaución, y no podría

---

[17] La producción del distrito fue de cincuenta millones en 1898 y de ochenta millones en 1899. (Nota del autor.)

aventurarse en ese viaje de Dawson-City a Skagway. Por lo demás, ya era demasiado tarde. Las primeras nieves del invierno caían en abundancia, las corrientes de agua empezaban a helarse, la navegación ya no era practicable ni en el Yukon ni en los lagos. Summy Skim sabía que estaba condenado a pasar en Klondike toda esa mala estación de siete a ocho meses. En ese momento, la temperatura media alcanzaba a quince grados bajo cero, y se esperaba que bajara a cincuenta o sesenta.

Los dos primos habían escogido una habitación en un hotel de Front Street, y comían en el French Royal Restaurant, a precios excesivos, aunque sin pagar pollos a ciento cincuenta francos el par.

Summy Skim decía a veces, moviendo la cabeza:

-Lo más fastidioso es que no hayamos podido dejar Dawson-City antes del invierno.

-Lo más fastidioso es que no hayamos podido vender nuestra parcela antes de la catástrofe, y tal vez más fastidioso aún es vernos en la imposibilidad de continuar la explotación -respondía Ben Raddle.

Para no entablar una discusión perfectamente inútil, Summy Skim tomaba su fusil, llamaba a Neluto y partía a cazar por los alrededores de la ciudad.

Lorique había regresado a Dawson-City días después de la llegada de Ben Raddle, y ambos se entregaban a largas conversaciones. Se adivina fácilmente de qué podían hablar el ingeniero y el capataz, en perfecta comunidad de ideas sobre la única cuestión que estaba a la orden del día.

Pasó un mes. Las oscilaciones del termómetro eran verdaderamente extraordinarias. Descendía a treinta o cuarenta grados y subía a quince o diez bajo cero, según la dirección del viento. El (frío)[18] sucedía a las tormentas de nieve.

Cada vez que el tiempo lo permitía, Summy Skim cazaba con Neluto, y tuvo ocasión de abatir varios osos que el frío desplazaba de las montañas a la ciudad. Un día, el 17 de noviembre, Neluto y él se encontraban más o menos a una legua al norte de Dawson-City cuando el indio se detuvo e, indicando un árbol a una cincuentena de pasos de un río, dijo:

-Un hombre allá.

-¿Un hombre? -preguntó Summy Skim.

En efecto, al pie de un abedul, un hombre estaba tendido en la nieve. No hacía ningún movimiento. Tal vez estaba muerto, muerto de frío, pues la temperatura era muy baja.

Summy Skim y Neluto corrieron hacia él. Era un hombre de unos cuarenta años, de barba larga. Tenía los ojos cerrados y su rostro manifestaba un gran sufrimiento. Respiraba aún, pero tan débilmente que parecía que iba a expirar.

Summy Skim le entreabrió el chaquetón de piel y en uno de sus bolsillos encontró una cartera de cuero con varias cartas. Estaban dirigidas al señor Jacques[19] Laurier, timbradas en París.

-¡Un francés! -gritó Summy Skim.

Momentos después, el hombre se hallaba en el carro, que se dirigía a toda velocidad a la capital de Klondike.

---

[18] Dejado en blanco por Verne.
[19] Dejado en blanco por Veme.

II
La historia del moribundo

Por la tarde, el carro de Summy Skim se detuvo ante la puerta del hospital. El hombre que transportaba fue introducido en una de las salas comunes, de una treintena de camas, y luego instalado en el cuartito adyacente que Ben Raddle había ocupado hasta su curación.

En ese lugar el enfermo no tendría que sufrir la vecindad de los otros hospitalizados. Summy Skim había intervenido ante la superiora.

-Es un francés, es casi un compatriota. Lo que usted hizo por Ben, yo le pido que lo haga por él, y espero que el doctor Pilcox lo sanará como sanó a mi primo.

La hermana Marta y la hermana Magdalena ya habían hablado en este sentido y Jacques Laurier[20] reposaba ahora en su lecho. El doctor no tardó en llegar.

Ben Raddle, prevenido por Neluto, se había apresurado en venir, y estuvo presente en la primera visita del doctor.

El francés no había recobrado el conocimiento. Sus ojos permanecían cerrados. El doctor Pilcox comprobó que el pulso era muy débil y la respiración apenas sensible. No observó ninguna herida en ese cuerpo enflaquecido por las privaciones, las fatigas, la miseria. No había duda de que el desgraciado se había derrumbado de agotamiento cerca del árbol donde lo había encontrado Summy Skim. Ninguna duda, tampoco, de que había sufrido una congestión a causa del frío. Había pasado la noche a la intemperie, sin duda, abandonado en ese lugar.

-Este hombre está medio congelado -dijo el doctor Pilcox.

Lo arroparon con mantas, le dieron a beber bebidas calientes, lo friccionaron para reanimar la circulación. Se hizo todo lo necesario. En vano. No se le pudo sacar del estado de postración en que se encontraba.

Sin embargo, no era un cadáver el que Summy Skim había traído. ¿Lo sería dentro de poco? El doctor Pilcox se negaba a pronunciarse.

Jacques Laurier, como se ha visto, era el nombre que estaba escrito en las cartas que se encontraron en su cartera. La más reciente databa de hacía cinco meses. Venía de Nantes. La madre escribía a su hijo a Dawson-City, Klondike. Esperaba una respuesta que posiblemente no había sido enviada.

Summy Skim y Ben Raddle leyeron las cartas. Daban algunas indicaciones sobre su destinatario. Si éste sucumbía, ¿no habría que escribirle a su madre diciéndole que no lo vería más?

Gracias a estas cartas, cuatro en total, se pudo establecer que Jacques Laurier había dejado Europa hacía dos años. Pero no se había dirigido directamente a Klondike para ejercer allí el oficio de prospector. Algunas direcciones señalaban que había ido a buscar fortuna primero en los yacimientos auríferos de Ontario y de la Columbia británica. Luego, sin duda atraído por las prodigiosas noticias de los diarios de Dawson-City, se había unido a la muchedumbre de mineros. No parecía que hubiera llegado a ser

[20] Aquí se había conservado el nombre "Francois". ¿Por qué Miguel Veme habrá cambiado el apellido "Laurier" por "Ledun"?

propietario de una parcela, ya que su cartera no contenía ningún título de propiedad. Sin embargo, entre sus papeles se encontró un documento que llamó particularmente la atención de Ben Raddle.

Era el croquis de un mapa, hecho a lápiz, cuyos trazos, bastante irregulares, representaban una corriente de agua que se dirigía hacia el oeste y a la cual afluían algunos afluentes. Se podía pensar que corría hacia el oeste, dada la orientación natural del mapa. Sin embargo, no parecía que el torrente fuera el Yukon o su afluente el Klondike. Una cifra anotada en un ángulo del croquis revelaba una altitud más elevada, por encima del círculo polar ártico. Si este mapa se aplicaba a una de las regiones del Dominion, se trataba de una región atravesada por el meridiano sesenta y ocho. Como la longitud no estaba marcada, no podía saberse a qué parte de Norteamérica correspondía.

¿Era a ese lugar hacia donde se dirigía Jacques Laurier, o venía de él cuando Summy Skim lo encontró en las vecindades de Dawson-City? Jamás se sabría si este desdichado francés moría sin recobrar el conocimiento.

Por lo demás, era evidente que pertenecía a una familia de cierto rango social. Las cartas de su madre, escritas en buen estilo, lo testimoniaban. No era un obrero, desde luego. Pero, ¿por qué vicisitudes, por qué infortunios había pasado para llegar a ese estado de indigencia, a esa miseria

que con toda seguridad lo conducía a terminar en esta cama de hospital?

Transcurrieron algunos días y, a pesar de los medicamentos del doctor Pilcox, a pesar de los cuidados de las religiosas, Jacques Laurier apenas podía responder a las preguntas que le dirigía Ben Raddle. No estaba claro si se hallaba en pleno uso de sus facultades mentales, si su razón había resistido las adversidades a que se someten esas existencias aventureras, y que hacen tantas víctimas en el mundo de los buscadores de oro.

En relación con esto dijo el doctor Pilcox:

-Es de temer que la mente de nuestro enfermo esté bastante alterada. Cuando entreabre los ojos, descubro una mirada que me asusta.

-¿Pero su estado físico mejora? -preguntó Summy Skim.

-No hasta el momento -declaró el doctor-, y me parece tan grave como su estado moral.

-Usted salvará de todas maneras a este pobre francés -dijeron la hermana Marta y la hermana Magdalena.

-Haremos todo lo posible -respondió el doctor-, pero no tengo muchas esperanzas.

Si el doctor Pilcox, habitualmente tan confiado y optimista, hablaba de esa manera, era porque realmente no creía que Jacques Laurier pudiera curarse.

Ben Raddle no quería perder las esperanzas. Con el tiempo se produciría alguna reacción. Si Jacques Laurier finalmente no iba a sanar, al menos recobraría la razón, hablaría, respondería... Se sabría adónde iba, de dónde venía... Se escribiría a su madre... Si debía morir, habría declarado sus últimos deseos y tendría el consuelo de saber que éstos serían fielmente cumplidos. Sabría que amigos, casi compatriotas, habían velado a su cabecera.

Pues bien, parece que el doctor Pilcox había dudado en exceso de la eficacia de su tratamiento. Dos días después se vio que la reacción tan impacientemente esperada por Ben Raddle comenzaba a producirse. El estado de postración en que se encontraba Jacques Laurier pareció menos absoluto. Podía mantener los ojos abiertos durante un

tiempo un poco más largo. Miraba con mayor fijeza. Seguramente interrogaba con la vista, sorprendido de verse en ese cuarto, con esas personas que se agrupaban en torno de su lecho: el doctor, Ben Raddle, Summy Skim, las dos religiosas... Parecía decir: ¿dónde estoy?, ¿quiénes son ustedes? Pero se comprendía que los cerraría enseguida, que no era más que un fulgor, una de las últimas reacciones de la vida contra el fin que se avecinaba, que ese infortunado estaba en el umbral de la muerte.

El doctor movía la cabeza como hombre que no podía engañarse con eso. Si la inteligencia volvía a iluminarse, era porque estaba próxima a extinguirse.

Sor Marta se había inclinado en la cabecera de la cama.

Muy bajo, con una voz entrecortada de suspiros y que apenas se escuchaba, Jacques Laurier murmuró algunas palabras.

-Usted está aquí en un cuarto del hospital -se le respondió.

-¿Dónde? -continuó el enfermo tratando de incorporarse.

Ben Raddle lo sostuvo entonces y le dijo:

-En Dawson-City... Hace seis días lo encontraron en el camino, tendido, sin conocimiento, y lo trajeron aquí.

Los párpados de Jacques Laurier se cerraron durante algunos minutos. Parecía que el esfuerzo lo había agotado. El doctor le hizo beber varias gotas de un cordial, que le hizo subir la sangre a las mejillas descoloridas y la palabra a los labios.

-¿Quiénes son ustedes? -preguntó.

-Francocanadienses -respondió Summy Skim-, amigos de Francia. Tenga confianza. Lo cuidaremos para que sane.

Una especie de sonrisa se dibujó en su boca. Escucharon que decía débilmente "gracias". Luego se dejó caer sobre la almohada y, por consejo del doctor, no le hicieron más preguntas. Era mejor dejarlo descansar. Vigilarían en su cabecera, estarían allí para responderle cuando hubiera recuperado la fuerza para hablar. Tal vez el pobre se daba cuenta de que su fin estaba próximo, pues había lágrimas en sus ojos.

Pasaron dos días sin que el estado de Jacques Laurier mejorara ni empeorara. Estaba siempre débil, y quizás le sería imposible reaccionar. Sin embargo, con largos intervalos, reuniendo fuerzas, pudo hablar otra vez y responder a preguntas que él mismo parecía provocar. Se veía que tenía cosas que decir y que quería decirlas.

Ben Raddle no lo dejaba un momento. Se mantenía siempre allí, listo para escucharle. De esta manera logró conocer la historia del francés, tanto por lo que contó como por lo que se le escapó en momentos de delirio. Parecía sin embargo que había ciertas circunstancias sobre las cuales vacilaba en explicarse, algún secreto que no revelaría mientras tuviera esperanza de escapar a la muerte.

Y he aquí, sin detenernos en detalles, lo que había sido su pasado.

Jacques Laurier tenía cuarenta y dos años. Era de constitución robusta y debía haber soportado espantosas miserias para llegar al estado en que se encontraba.

Era bretón, nacido en Nantes, donde su madre vivía aún, con una miserable pensión de viuda tras la muerte de su marido, un oficial de infantería que nunca pasó del grado de capitán.

A Jacques Laurier le gustaba el oficio de marino. Una grave enfermedad en la época en que hubiera podido pasar los exámenes para entrar en la escuela naval detuvo su carrera en los comienzos. Después, como había sobrepasado la edad reglamentaria, tuvo que enrolarse como pilotín a bordo de un navío de comercio, y, después de dos viajes a

Melbourne en Australia y a San Francisco en California, llegó a ser capitán de altura. Con este título entró como auxiliar en la marina, con la esperanza de ascender a un grado superior.

Su servicio duró tres años. Pero estaba retrasado con respecto a sus compañeros salidos del Borda. Comprendió que un marino no se puede distinguir sino en circunstancias extraordinarias. Su destino era quedarse siempre atrás. Presentó su dimisión y buscó un puesto en uno de los navíos comerciales del puerto de Nantes.

Un puesto de comandante era difícil de obtener, y tuvo que contentarse con un cargo de segundo de a bordo de un velero con destino a los mares del Sur.

Transcurrieron cuatro años. Tenía ya veintinueve. Su padre acababa de morir, dejando a la señora Laurier en un estado bastante precario. En vano Jacques Laurier trató de cambiar su puesto de segundo por el de capitán de la marina mer

cante. No poseía los fondos necesarios para aportar al navío del que solicitaba el puesto de capitán, que era lo que solía hacerse. Si seguía como segundo, ¡qué porvenir tan mediocre se abría ante él!, ¡cómo conseguiría ese bienestar, por modesto que fuera, que soñaba para su madre!... Sí, sobre todo para ella.

Sus viajes lo habían llevado a esas regiones de Australia y California donde los yacimientos auríferos atrajeron tantos emigrantes. Como siempre, la minoría se enriqueció y la mayoría sólo encontró ruina y miseria. Sin embargo, deslumbrado por el ejemplo de tantos otros, Jacques Laurier, resolvió hacer fortuna en el peligroso derrotero de los buscadores de oro.

Precisamente en esta época, la atención de todo el mundo acababa de volcarse sobre las minas del Dominion, incluso antes de que sus riquezas metálicas se hubiesen acrecentado de un modo tan asombroso por los descubrimientos de Klondike. En otros lugares menos alejados, de más fácil acceso, Canadá poseía territorios auríferos en los que la explotación se efectuaba en mejores condiciones, sin que fuera interrumpida por los terribles inviernos de la región del Yukon, tales como en Ontario y la Columbia inglesa. Una de esas minas, la más importante quizás, la mina "El Rey", adquirida en 1890 por el precio irrisorio de tres céntimos la acción, produjo en dos años cuatro millones quinientos mil francos de dividendo, y todavía distribuía quinientos mil francos mensuales de beneficio.

Jacques Laurier entró al servicio de esta sociedad. Pero el que sólo alquila su trabajo intelectual o material no se enriquece de ordinario en esas condiciones. Hay que tener una parte en el negocio, figurar en la repartición de los beneficios.

Pero no se es accionista sin comprar acciones, y el dinero le faltaba a este valiente y tal vez demasiado imprudente francés. El soñaba con una fortuna obtenida rápidamente por un golpe de suerte, y ¿cómo llegar a eso permaneciendo como uno de los empleados o incluso como uno de los obreros de "El Rey"?

Se hablaba entonces de nuevos descubrimientos en los territorios regados por el Yukon. El nombre de Klondike deslumbraba como habían deslumbrado los nombres de California, Australia o Transvaal. La turba de los mineros se dirigía hacia allí, y Jacques Laurier los siguió.

Trabajando en los yacimientos de Ontario había conocido a un canadiense, Harry Brown, de origen inglés. Ambos estaban animados por la misma ambición, devorados por el mismo apetito de triunfar. Este Harry Brown ejerció la mayor influencia sobre Jacques Laurier, quien decidió dejar su puesto para lanzarse a lo desconocido, a aquello que

reserva por lo general más decepciones que satisfacciones. Ambos, con las pocas economías de que disponían, se dirigieron a DawsonCity.

Esta vez estaban decididos a trabajar por su propia cuenta. Pero, se comprende, en los terrenos del Bonanza, del Eldorado, del río Sixty Miles o del Forty Miles Creek, aunque los precios no hubieran sido exorbitantes, no hubieran encontrado un lugar libre. Se disputaban allí las parcelas por miles y miles de dólares. Había que ir más lejos, al norte de Alaska o del Dominion, bastante más allá del gran río donde algunos audaces prospectores señalaban regiones auríferas. Había que ir adonde nadie hubiera ido hasta ahora. Había que descubrir algún yacimiento nuevo, cuya posesión pertenecería al primer ocupante, y quién sabe si no serían recompensados por una explotación tan fructuosa como rápida.

Era lo que se decían Jacques Laurier y Harry Brown. Sin equipo, sin personal, con lo que les quedaba de dinero se aseguraron la existencia por dieciocho meses y dejaron Dawson-City; viviendo del producto de la caza, se aventuraron al norte del Yukon a través de esa región que se extiende del otro lado del círculo polar ártico.

El verano llegó con las primeras semanas de junio, precisamente seis meses antes del día en que, en pleno invierno de 1897-1898, Jacques Laurier fuera recogido moribundo en los alrededores de Dawson-City. ¿Hasta dónde había conducido su campaña a los dos aventureros? ¿Habían llegado a los límites del continente, a las orillas del océano glacial? Tantos esfuerzos y fatigas, ¿habían sido recompensados por el descubrimiento de algún yacimiento? No parecía, dado el estado de agotamiento y de indigencia en que fue encontrado uno de ellos. Y era el único. ¿Alguna noticia de su compañero? ¿Había sucumbido Harry Brown en esas lejanas regiones, puesto que no había regresado con Jacques Laurier? Sí, Harry Brown había encontrado la muerte durante el regreso a Dawson-City, cuando su compañero y él fueron atacados por los indios, que les habían robado una pepita de gran valor que habían encontrado... ¿Dónde? Jacques Laurier no lo decía.

Fue la última información que Ben Raddle pudo obtener de él. Y además, toda esta dolorosa historia sólo la había ido construyendo a partir de retazos, cuando un poco de lucidez volvía al enfermo, cuya debilidad, tal como lo había previsto el doctor Pilcox, se agravaba cada día.

¿A qué región habían llegado Jacques Laurier y Harry Brown? ¿De dónde venían con la pepita robada por los indios? El ingeniero no lo sabía todavía, y tal vez no lo sabría jamás. El secreto se iba a ir a una tumba del cementerio de DawsonCity, donde el pobre Jacques Laurier no tardaría en descansar.

Sin embargo, existía un documento; incompleto, es verdad, pero que el fin de esta historia sin duda hubiera completado. Ese croquis encontrado en la cartera de Jacques Laurier seguramente era el mapa de la región donde su compañero y él habían pasado la última estación. ¿De qué se trataba? ¿Dónde corría ese estero cuya sinuosa línea se dibujaba de este a oeste? ¿Era un afluente del Yukon o del Porcupine? ¿Ocupaba una parte de los territorios de la Compañía de la bahía de Hudson, que rodeaban Fort Macpherson, hacia la desembocadura del Mackensie, ese gran río que va a desembocar en el mar Artico? Cuando Ben Raddle ponía bajo sus ojos este mapa, probablemente dibujado por él, la mirada de Laurier se animaba un instante. Lo reconocía. Parecía decir: "Sí, es ahí, es ahí". Ni Ben Raddle ni el contramaestre dudaban de que se hubiera hecho en ese lugar un importante descubrimiento. Les parecía incluso que si el enfermo hubiera

podido hablar no habría querido decir todo lo que sabía.

Sí, en el fondo de esta alma próxima a abandonar ese cuerpo agotado persistía una esperanza de volver a la vida. Tal vez este desventurado se decía que no iba a perder el precio de tantos sufrimientos, y que volvería a ver a su madre y le proporcionaría el bienestar de otros tiempos. Tal vez pensaba reanudar la campaña después del invierno, una vez que hubiera sanado.

Pasaron varios días. Estaban en plena estación fría. Varias veces la temperatura bajó a cincuenta grados bajo cero, con fríos secos. Era imposible resistirlos en el exterior. Las horas que no dedicaban al hospital los dos primos las pasaban en su habitación del hotel. A veces, después de haberse envuelto en pieles hasta la cabeza, iban a algún casino o casa de juegos, pero no jugaban. Por lo demás, no estaban muy frecuentados. La mayoría de los mineros había partido antes de los grandes fríos, cuando los caminos todavía eran transitables, a Dyea, Skagway o Vancouver. Era allí donde sus juegos de naipes preferidos, el faro y el monte, funcionaban con inconcebible furor.

Tal vez Hunter y Malone se habían instalado a pasar el invierno en alguna de esas ciudades. Lo que es cierto es que, desde la catástrofe de Forty Miles Creek, nadie los había vuelto a ver en Dawson-City. No parecía, por otra parte, que hubiesen estado entre las víctimas del terremoto, cuya identidad fue establecida por la policía canadiense y la policía americana.

Desde luego, durante estos días perturbados a menudo por tempestades de nieve Summy Skim y Neluto no podían ir a cazar, con gran disgusto por su parte, ya que los osos rondaban en las inmediaciones de Dawson-City.

En cuanto a las enfermedades que se desarrollaban bajo la influencia de este excesivo descenso de la temperatura, no cesaban de diezmar la ciudad. El hospital no bastaba para recibir a los enfermos, inmediatamente reemplazados cuando la muerte los enviaba al cementerio, y la cama no tardaría en desocuparse en la habitación de Jacques Laurier.

No le había faltado atención, desde luego. Era objeto de una solicitud muy particular. Las hermanas se desvivían por él, el doctor Pilcox empleaba todos los medios a su alcance para dar fuerzas a ese pobre cuerpo agotado. Pero no podía soportar ningún alimento, y visiblemente la vida se le escapaba de día en día, de hora en hora habría que decir mejor.

El 27 de noviembre por la mañana, Jacques Laurier fue presa de una violenta crisis. Se llegó a creer que no saldría de ella. Se debatía y, a pesar de lo débil que estaba, hubo que tomar precauciones para mantenerlo en su cama. Repetía incesantemente estas palabras:

Allá... allá... el volcán... la erupción... ¡la lava de oro!...

Luego, como llamando desesperadamente, gritaba:

-Madre mía... madre mía... es por ti... por ti sola...

Después de una larga angustia, la agitación pasó y el desgraciado cayó en un estado de postración. La vida no se manifestaba en él más que por un ligero soplido. Pero no parecía que hubiera entrado en agonía. Ciertamente, en opinión del doctor, no podría soportar una segunda crisis como ésa.

Por la tarde, Ben Raddle se instaló a la cabecera del enfermo. No sólo lo encontró más tranquilo, sino que parecía haber recuperado la lucidez. Se había producido una especie de mejoría, como la que les sobreviene a veces a los que están próximos a morir.

Jacques Laurier había abierto los ojos, y su mirada, de una extraña fijeza, se posó sobre Ben Raddle; Ben Raddle, a quien había contado más particularmente su aventurera existencia, Ben Raddle, que le había dicho a menudo:

-Usted está entre amigos, amigos que no lo abandonarán, que harán todo lo que puedan por usted, por su madre...

Después de haber buscado con su mano la mano de Ben Raddle, le dijo:

-Escúcheme bien, voy a morir, mi vida se va, yo lo sé...

-No, no, amigo mío -respondió el ingeniero-, usted sanará.

-Voy a morir -repitió Jacques Laurier-. Aproxímese, señor Raddle, escuche y retenga bien lo que voy a decirle.

Y con una voz que se debilitaba progresivamente, pero que era la voz de un hombre que está en posesión de todas sus facultades mentales, he aquí lo que confió a Ben Raddle:

-Ese mapa que usted tomó de mi cartera, que usted me mostró, muéstremelo una vez más.

Ben Raddle lo hizo inmediatamente.

-Este mapa -continuó Jacques Laurier- es de la región de donde yo vengo. Allí están situados los más ricos yacimientos del mundo entero. Sólo hay que remover la tierra para sacar el oro. Es la tierra misma la que lo expulsará de sus entrañas. Sí, allí. Yo he descubierto una montaña, un volcán que encierra una cantidad inmensa de oro. Sí, un volcán de oro, el Golden Mount...

-¿Un volcán de oro? -respondió Ben Raddle en un tono que revelaba cierta incredulidad.

-Tiene que creerme -gritó Jacques Laurier con violencia, tratando de incorporarse en su lecho-, tiene que creerme, si no por ustedes, que sea por mi madre... Una herencia que ustedes compartirán con ella. Yo subí a ese monte. Bajé a su cráter apagado. Está lleno de cuarzos auríferos, de pepitas... Sólo hay que recogerlas.

Después de este esfuerzo, el enfermo cayó en una postración de la que se recuperó después de unos minutos. Su primera mirada fue para el ingeniero.

-Bien -murmuró-, usted está aquí, siempre aquí, cerca de mí. Usted me cree... Usted irá allí, allí... al Golden Mount.

Su voz se debilitaba cada vez más, y Ben Raddle, a quien él tiraba de la mano, se había inclinado sobre la cabecera.

-Es aquí -dijo-, en el punto marcado con una X sobre el mapa, en la región... cerca de ese estero, el Rubber, que se separa del brazo izquierdo del Mackensie, derecho al norte del Klondike... un volcán cuya próxima erupción lanzará pepitas... cuyas escorias son polvo de oro... aquí, aquí...

Jacques Laurier, medio incorporado entre los brazos de Ben Raddle, tendía su mano temblorosa en dirección al norte.

Luego estas últimas palabras se escaparon de sus labios lívidos:

-Por mi madre... Por mi madre.

Lo agitó una suprema convulsión, y cayó sobre el lecho.

Había muerto.

III
Las consecuencias de una revelación

El entierro del pobre francés se llevó a cabo al día siguiente. Ben Raddle y Summy Skim lo siguieron hasta el cementerio, que contaba ya tantas víctimas de esta emigración a los yacimientos de Klondike. Una cruz de madera con el nombre de Jacques Laurier fue plantada sobre la tumba, después de las últimas oraciones pronunciadas por uno de los sacerdotes de la iglesia de Dawson-City.

De regreso, conforme a la promesa que le había hecho al moribundo, Ben Raddle escribió a Europa: a Francia, Bretaña, Nantes, a esa desgraciada madre que no volvería a ver a su hijo.

Que el secreto relativo al Golden Mount preocupara singularmente a Ben Raddle no nos puede asombrar. Ni un instante le pasó por la mente que la revelación de Jacques Laurier no tuviera una base cierta. No ponía en duda que en las orillas del Rubber Creek, el afluente del Mackensie, se levantaba una montaña descubierta por el francés y su compañero en el norte del territorio canadiense. Habían visto lo que era: un enorme bolsón de oro que cualquier día se vaciaría por sí mismo. Millones de pepitas serían lanzadas por una erupción, y si ésta no se producía, si el volcán permanecía definitivamente apagado, no había más que ir a recogerlas en el cráter.

Por lo demás, efectivamente parecía que las regiones regadas por el Mackensie y sus afluentes poseían ricos territorios. Los indios, que frecuentaban el área, decían que las corrientes de agua acarreaban oro. También los sindicatos pensaban extender sus exploraciones hasta la parte del Dominion comprendida entre el mar glacial y el círculo polar. Algunos prospectores meditaban si trasladarse allí para la próxima campaña, y los primeros que llegaran serían los más favorecidos. Y quién sabe si alcanzarían ese volcán que Ben Raddle, gracias a las confidencias de Jacques Laurier, era sin duda el único que conocía.

Se comprenderá, pues, que el ingeniero quisiera estar al corriente de todas las noticias que circulaban, y el contramaestre Lorique no se inquietaba menos que él, no pudiéndose resignar a la pérdida de la parcela del Forty Miles Creek. A menudo conversaban sobre este asunto. Pero Ben Raddle vacilaba todavía en revelar al capataz el secreto del volcán de oro, e incluso no hablaría de eso al propio Summy Skim sino después de profundas reflexiones. No había prisa, en todo caso. Sólo habían transcurrido tres meses de los ocho que cuenta la estación de invierno en Klondike.

Entretanto, la Comisión dio a conocer el resultado de los trabajos relativos a la modificación de la frontera. De sus estudios, realizados con gran cuidado, concluía que tanto los reclamos de los ingleses como los de los americanos eran inadmisibles. Ningún error se había cometido en la línea que debía ocupar el meridiano ciento cuarenta y uno al oeste de Greenwich. La frontera entre Alaska y el Dominion, trazada con exactitud, no debía desplazarse ni al oeste, en beneficio de los canadienses, ni al este, en perjuicio de ellos. Las parcelas limítrofes no estarían sujetas a ninguna modificación desde el punto de vista de su nacionalidad.

-¡Vaya avance! -dijo Summy Skim el día en que supo la noticia-. Importa poco que la 129 esté en territorio americano o inglés, ahora que ya no existe.

-Existe bajo el río derivado del Forty Miles Creek -respondió el contramaestre, que no quería renunciar a toda esperanza.

-Bueno, Lorique, pues vaya a explotar a cinco o seis pies bajo el agua... ¡A menos que un segundo terremoto venga a dejar las cosas como estaban!

Summy Skim alzó los hombros y agregó:

-Por lo demás, si Plutón y Neptuno deben colaborar todavía en Klondike, que sea para terminar de una vez con este espantoso país y conmocionarlo y sumergirlo de manera que no se pueda recoger una sola pepita más.

-Oh, señor Skim -dijo el capataz.

-No tienes razón al hablar así, Summy -dijo entonces Ben Raddle.

-Si la tengo y el mundo no marcharía peor porque le falten los millones de Klondike.

-Bueno -replicó Ben Raddle, que se retenía para no decir más de lo que quería-, no sólo existen los yacimientos de Klondike en Canadá.

-Faltaría más -respondió Summy Skim, subiendo un poco el tono-, y no exceptúo de mi catástrofe a todos los que están en otra parte, en Alaska como en el Dominion, y, para serte franco, en el mundo entero.

-Pero, señor Skim -dijo el contramaestre-, el oro es el oro.

-No, Lorique, no es nada y no sirve más que para engañar al pobre mundo, desorganizando los cerebros y haciendo víctimas por millares.

La conversación habría podido seguir largo tiempo sin ningún provecho para ninguno. En todo caso, Summy Skim concluyó:

-Después de todo, yo sólo me ocupo de lo que nos atañe. Y me basta que la 129 haya desaparecido para que no tengamos más que tomar el camino de regreso a Montreal.

Summy Skim no imaginaba que su proyecto pudiera ser contrariado en el momento de ponerlo en ejecución.

Y todavía estaba lejos el momento o, mejor dicho, la época en que los dos primos pudieran emprender el viaje de regreso, sea que siguieran la ruta de los lagos hasta Vancouver, sea que quisieran descender el Yukon hasta su desembocadura. El año acababa de terminar. Summy Skim nunca olvidaría la semana de Navidad. Aunque el frío no sobrepasara los veinte grados bajo cero, no era por eso menos abominable. Más hubiera valido, tal vez, un mayor descenso de la temperatura con vientos del norte intensos y secos.

Durante la última semana, las calles de Dawson-City se fueron quedando desiertas. Ninguna iluminación hubiera podido resistir el desencadenamiento de esos torbellinos que las hacían inabordables. Había seis o más pies de nieve. El tránsito de cualquier vehículo se hizo imposible. Y si el frío volvía con su intensidad habitual, las piquetas serían incapaces de abrir una brecha en esas masas acumuladas. Habría que emplear minas. En ciertos barrios, los cercanos a las orillas del Yukon o del Klondike, había casas bloqueadas hasta el primer piso, a las que sólo se podía entrar por las ventanas. Afortunadamente las de Front Street no corrieron la misma suerte, y los dos primos habrían podido salir si la circulación no hubiera estado absolutamente prohibida. El que diera algunos pasos en el exterior se hundiría hasta el cuello en la nieve. Estas tempestades, conocidas con el nombre de blizzards, son muy frecuentes durante el invierno en toda Norteamérica, pero no alcanzan la violencia que manifiestan en el distrito de Alaska o del alto Dominion.

En esta época del año, además, el día no duraba más que algunas horas. El sol salía

un poco antes de mediodía y se ponía a media tarde. Incluso cuando cesaban las borrascas, sus rayos no penetraban en el interior de Dawson-City. La tormenta proyectaba copos tan duros y espesos que la luz eléctrica no hubiera podido penetrarlos. La ciudad se sumía en una oscuridad profunda durante veinte horas de veinticuatro.

Las comunicaciones se habían hecho imposibles. Summy Skim y Ben Raddle permanecían, pues, confinados en sus habitaciones. El contramaestre y Neluto, que ocupaban juntos un modesto albergue en un barrio marginal, no podían visitarlos como era su costumbre. El doctor Pilcox había tenido que instalarse en el hospital, pues era la única forma de atender el servicio cotidiano. Los dos primos ya no lo veían. Summy Skim intentó una vez salir, desafiando las ráfagas, y estuvo a punto de hundirse en la nieve. Con gran dificultad los hombres del hotel Northem lograron sacarlo sano y salvo. Se le llevó a su habitación, se le friccionó. Cuando recobró el conocimiento se puso a gritar:

-¡Más hubiera valido pasar el invierno a noventa grados bajo cero! Habríamos tenido por lo menos la gloria de haber puesto los pies en el polo Norte...

Es inútil decir que los diversos servicios ya no funcionaban en Klondike. Las cartas no llegaban, los diarios no se distribuían y sin duda los telegramas se helaban en los hilos telegráficos. Se llegó a temer muy seriamente que la población careciera de comida. Sin las reservas acumuladas en los hoteles y las casas particulares, en previsión de estas temibles eventualidades, Dawson-City hubiera estado expuesta a morir de hambre. Por supuesto, en los casinos, en las casas de juego, no había nadie. Jamás la ciudad se había encontrado en una situación tan alarmante, y las autoridades no podían hacer nada. La residencia del gobernador era inabordable, tanto en territorio canadiense como en territorio americano. Todos los contactos administrativos habían cesado. En cuanto a las víctimas que las epidemias hacían cada día, no era posible conducirlas a su última morada, y el frío no bastaba para impedir su putrefacción. Si la peste se declaraba, pronto DawsonCity no contaría ni un solo habitante.

El primer día del año 1899 fue espantoso. Durante la noche precedente, y durante todo el día, la nieve cayó en tal cantidad que cubría hasta el primer piso de las casas. En la orilla derecha del Klondike, de algunas no asomaban más que las techumbres. Era para creer que toda la ciudad iba a desaparecer bajo las blancas capas de ese blizzard como habían desaparecido Pompeya o Herculano bajo las cenizas del Vesubio. Y si un frío de cuarenta o cincuenta grados sucedía a esa tormenta, las masas se solidificarían y toda la población perecería. La ciudad sólo podía reaparecer el día en que las nieves se fundieran bajo los primeros rayos del sol de mayo o abril.

El 2 de enero, un brusco cambio se produjo en las condiciones atmosféricas. Bajo la influencia de un ventarrón, el termómetro subió rápidamente hasta cero grado. Todo temor de ver solidificarse los montones de nieve desapareció. Se fundieron en unas pocas horas y, como se dice, había que verlo para creerlo. Pero siguió una inundación que no dejó de causar grandes daños. Las calles se transformaron en torrentes, y las aguas cargadas de restos de toda especie se precipitaron hacia los lechos del Yukon y del Klondike corriendo con gran estrépito sobre las superficies heladas. Se precipitaron avalanchas desde lo alto de las colinas circundantes. La inundación fue general. El Forty Miles Creek se hinchó desmesuradamente y cubrió las parcelas río abajo. Fue un nuevo desastre, y si Ben Raddle había conservado alguna esperanza de recuperar la posesión del 129 ahora debió abandonarla definitivamente.

En cuanto las calles fueron transitables, el capataz y Neluto se presentaron en el hotel Northem, tan ávidos de noticias de los dos primos como éstos querían saber de ellos.

Luego Summy Skim y Ben Raddle se dirigieron al hospital, donde la hermana Marta y la hermana Magdalena los recibieron con la mayor solicitud. El doctor Pilcox no había perdido nada de su buen humor habitual.

-Y bien -le preguntó Summy Skim-, ¿sigue usted orgulloso de su país adoptivo?

-Desde luego, señor Skim -respondió el doctor-. Es asombroso este Klondike, asombroso. Ha estado a punto de desaparecer bajo la nieve y ha salido adelante. Ya no hay nada que temer. Pero no creo que nadie recuerde haber visto caer tal

cantidad de nieve. He aquí algo que formará parte de sus recuerdos de viaje, señor Skim.

-Se lo garantizo, doctor.

-Por ejemplo, si los grandes fríos hubieran llegado antes del deshielo, estaríamos todos momificados. ¡Qué noticia sensacional para los diarios del Antiguo y del Nuevo Continente!

¿Así lo toma usted, doctor?

-Sí, señor Summy Skim, así hay que tomarlo. Es la filosofía.

-Sí -declaró Summy Skim-, la filosofía a cincuenta grados bajo cero.

La ciudad recuperó pronto su aspecto ordinario y sus hábitos de siempre. Y en los días que siguieron, ¡cuántas víctimas de la epidemia, que no habían sido enterradas, fueron llevadas al cementerio!

Sin embargo, los fríos de Klondike estaban lejos de terminar. Durante la segunda quincena de enero fueron excesivos. Pero, en fin, con la condición de tomar ciertas precauciones, se podía circular. La temperatura bajó hasta cincuenta grados, lo que no impidió a Summy Skim salir a cazar en compañía de Neluto.

Ben Raddle, el doctor y las hermanas no habían podido convencerlo de que no saliera fuera de la ciudad. El tiempo le parecía interminable, a él que no sentía la tentación ni la emoción de los juegos, ni las distracciones de los casinos... Un día en que lo presionaban demasiado respondió con la mayor seriedad:

-Bueno, no cazaré más, lo prometo, pero solamente cuando...

-¿Cuándo? -quiso saber el doctor Pilcox.

-Cuando haga tanto frío que la pólvora no se encienda.

Todo ese mes transcurrió en mejores condiciones, en el sentido de que los blizzards fueron menos frecuentes y no se desencadenaron con gran violencia. Los habitantes de Klondike tuvieron que sufrir pronto las bajas de temperatura. Cuando la atmósfera estaba calma, el frío todavía era soportable, pero cuando soplaba con fuerza el viento que venía del norte después de haber atravesado las regiones del polo ártico, cortaba el rostro, el aliento se convertía en nieve y lo más prudente era quedarse en la habitación.

Ben Raddle y Lorique se encontraban frecuentemente en el hotel, y no pasaba día en que uno no visitara al otro. La mayor parte del tiempo, cuando Summy Skim regresaba de la caza con Neluto, los encontraba juntos. Que hablaran del desastre que había tenido lugar en el Forty Miles Creek era natural. Pero que pensaran siquiera en reanudar la explotación resultaba inconcebible.

Así pues, Summy Skim se preguntaba con cierta inquietud si su primo y el contramaestre no hablaban de otro asunto. Era preocupante. "¿De qué hablan, pues? -se repetía-. ¿Acaso Ben no tiene bastante, demasiado, mejor dicho, con lo que le ha ocurrido

en este abominable país? ¿Querrá intentar fortuna en algún nuevo yacimiento? ¿Se dejará arrastrar por Lorique? ¿Querrá hacer prospección en la próxima estación? Ah, no. Aunque necesite emplear la fuerza lo obligaré a partir, como está acordado, cuando el scout regrese para conducirnos a Skagway. Si el mes de mayo me encuentra aún en esta horrible ciudad, será porque el excelente Pilcox me habrá cortado las dos piernas, e incluso así, porque me iré aunque sea arrastrándome como un lisiado."

Summy Skim seguía ignorando las confidencias que el francés había hecho a Ben Raddle. Pero lo que Ben no había dicho a su primo lo sabía el contramaestre. Desde la catástrofe del Forty Miles Creek, el capataz no cesaba de excitar al ingeniero para que emprendiera una nueva campaña. Ya que había realizado un viaje tan penoso para llegar hasta Klondike, ¿por qué no trataba de comprar otra parcela? Las explotaciones del Bonanza, del Eldorado, continuaban dando magníficos resultados. Y si avanzaba río arriba, se descubrirían nuevos yacimientos que valdrían tanto como el 129... Del lado de los Dómes se extendía una vasta región aurífera que no había sido visitada aún por los mineros. Sus terrenos pertenecerían al primer ocupante. El contramaestre se encargaría de reclutar personal y, sin hablar de las parcelas ribereñas, ¿no existían parcelas de montaña cuyo rendimiento era aún más fructífero?

No es difícil imaginar que el ingeniero escuchaba con satisfacción estas palabras, y se decidió por fin a revelar a Lorique el secreto del Golden Mount.

El efecto que produjo esta revelación en el contramaestre fue el que tenía que ser. No puso ni por un momento en duda la realidad y la importancia del descubrimiento. ¡Una parcela, más que una parcela, una montaña que encerraba en sus flancos millones de pepitas! ¡Un volcán que entregaba él mismo sus tesoros, que no había más que recoger! No se podía dejar escapar una ocasión semejante. No había que dejar a otros los beneficios de una explotación como ésa. Los buscadores de oro empezaban a dirigirse hacia las regiones altas de Klondike. Después de Jacques Laurier, americanos y canadienses remontarían el Mackensie y sus afluentes. Llegarían hasta la montaña. Algunas semanas bastarían para recoger allí más pepitas que las que todos los tributarios del Yukon habían entregado desde hacía dos años. No, no había tiempo que perder. Antes de tres meses las rutas del norte estarían practicables, y qué resultado esperaba a los audaces, o más bien a los bien informados, que serían los primeros en internarse por ellas...

Ben Raddle y el contramaestre pasaban horas estudiando el croquis dibujado por el francés. Lo habían transportado al mapa general de Klondike. Habían reconocido, por la latitud y la longitud, la distancia que separaba el volcán de oro de Dawson-City. Eran unas doscientas noventa millas, esto es, alrededor de ciento veinticinco leguas.

-Señor Raddle -repetía Lorique-, con un buen carro, unos buenos animales de tiro, se puede subir hasta la desembocadura del Mackensie en una decena de días, y esto a partir de la segunda semana de mayo.

Así, mientras el contramaestre empujaba al ingeniero a hacer esta campaña, Summy Skim pensaba:

-Pero, ¿qué maquinan estos dos?

Aunque no estaba al corriente, suponía que estas conversaciones tan frecuentes debían tener por objeto alguna nueva expedición, y él estaba resuelto a oponerse a ella por todos los medios. Si Ben Raddle no hubiera resultado herido en el terremoto, los dos estarían desde hacía tres meses de regreso en Montreal. Pero, en fin, la partida estaba

decidida, y si no se había podido partir en el mes de septiembre del año anterior se partiría en el mes de mayo del presente año.

Llegó marzo, trayendo un gran .descenso de la temperatura. Durante dos días el termómetro indicó sesenta grados bajo cero. Summy Skim se lo hizo ver a su primo en el termómetro que había comprado en Vancouver, añadiendo que si se continuaba así la graduación del termómetro sería insuficiente.

Ben Raddle no respondió nada en un primer momento. Luego dijo:

-Es un frío intenso, pero como no hay viento, se le soporta mejor que lo que yo pensaba.

-Sí, Ben, sí. Es, en efecto, muy sano, y creo que mata los microbios por miríadas.

-No parece que vaya a durar -añadió Ben-, según lo que dice la gente del país. Se tiene incluso la esperanza, de acuerdo con lo que me ha dicho Lorique, de que el período invernal no sea largo este año, y que los trabajos podrán reiniciarse a principios de mayo.

-Los trabajos... Eso nos importa poco -declaró Summy Skim-. Aprovecharemos que el buen tiempo va a llegar pronto para ponernos en camino. El scout regresará por esa época.

-Sin embargo -observó el ingeniero, que creyó que había llegado la hora de las confidencias-, habrá ocasión de hacer una visita al 129 antes de partir.

-El 129 es ahora un viejo cascarón de barco hundido en el fondo del mar. No hay que ocuparse de eso.

-Pero allí hay millones perdidos...

-¡Millones! Qué sé yo. Pero que están perdidos, absolutamente perdidos, eso es evidente. Yo no veo la necesidad de volver a ver el Forty Miles Creek, que no te traerá más que malos recuerdos.

-Oh, ya me he tranquilizado. Ya estoy sano.

-Quizás no tanto como crees, Ben. Me parece que la fiebre, la famosa fiebre, la fiebre del oro, tú sabes, si no tienes cuidado, puede volverte.

Ben Raddle miró a su primo y volvió la cabeza. Luego, como hombre que ha tomado una decisión, dijo:

-Escúchame, Summy, y no te subleves a las primeras palabras que te diga.

-¡Me sublevaré! -gritó Summy Skim- y nada podrá detenerme si tú haces alusión a cualquier proyecto... o a cualquier retraso...

-Escucha, te digo, tengo que comunicarte una confidencia.

-¿Una confidencia? ¿De quién?

-Del francés que encontraste medio muerto y que llevaste a Dawson-City.

-Jacques Laurier te hizo una confidencia, Ben?

-Sí, Summy.

-¿Y no me lo habías dicho todavía?

-No, porque esa confidencia me dio la idea de un proyecto que merecía reflexión.

-Veamos primero la confidencia, y luego hablaremos del proyecto -respondió Summy Skim, comprendiendo que sería sobre este punto que tendría que combatir.

Ben Raddle le dio a conocer entonces la existencia de una montaña llamada Golden Mount, de la cual Jacques Laurier había señalado exactamente la posición, cerca de la desembocadura del Mackensie y de las orillas del océano Artico. Summy Skim tuvo que mirar el croquis, luego el mapa donde el ingeniero ya tenía marcado el lugar de la montaña. La distancia entre ésta y Dawson-City había sido precisada siguiendo la di-

rección nornoreste, cerca del meridiano ciento treinta y seis. En fin, le hizo saber que esta montaña era un volcán, un volcán cuyo cráter contenía masas de cuarzo aurífero y que encerraba en sus entrañas miles y miles de pepitas.

-¿Y tú crees en ese volcán de las Mil y una noches? -preguntó Summy Skim en tono irónico.

-De las Mil y una noches, Summy, para no decirte de los mil y un millones -respondió Ben Raddle, que parecía decidido a no admitir ninguna discusión sobre ese punto.

-Bueno -respondió Summy Skim-, admito el volcán, pero, ¿qué tiene que ver con nosotros?

-¿Qué tiene que ver con nosotros? -replicó Ben Raddle, animándose-. ¿Cómo, si nos han revelado un secreto así, no vamos a utilizarlo y vamos a dejar que otros saquen provecho?

Summy Skim, esforzándose por conservar su sangre fría, se limitó a responder:

-Así que tú quieres aprovechar la revelación de Jacques Laurier...

¿Tendríamos derecho a vacilar, Summy?

-Pero, al regresar de su viaje, lo encontramos en el camino, y murió luego como consecuencia de sus fatigas y privaciones.

-Porque lo sorprendió el invierno.

-Pero para ir a explotar esa montaña habría que subir un centenar de leguas hacia el norte.

-Un centenar de leguas, en efecto.

-Pero nuestra partida para Montreal está fijada para los primeros días de mayo...

-Bueno, la retrasaremos algunos meses, eso es todo.

-Pero entonces será demasiado tarde para ponerse en camino.

-Si es demasiado tarde, pasaremos un segundo invierno en Dawson-City.

-Eso... ¡jamás! -gritó Summy Skim con un tono tan resuelto que Ben Raddle creyó conveniente detener esta demasiado interesante conversación.

Pensaba retomarla después, y la retomó, a pesar de todo lo que pudiera decir su primo. Los argumentos no le faltaban y, como se puede imaginar, encontró un auxiliar no menos determinado que él, el contramaestre. El viaje se efectuaría sin dificultades después del deshielo. En dos meses se podría llegar al Golden Mount, enriquecerse con algunos millones y regresar a Dawson-City. Todavía sería tiempo de ponerse en ruta para Montreal, y por lo menos esta campaña de Klondike no habría sido pura pérdida.

Ben Raddle dio todavía una última razón. Si Jacques Laurier había hecho esta revelación, no había sido solamente por el canadiense. El francés había dejado allá, en Europa, una madre que adoraba, una pobre mujer desdichada por la cual él había querido hacer fortuna, y cuya vejez quedaría asegurada si se realizaban los últimos deseos de su hijo.

Summy Skim había dejado hablar a Ben Raddle preguntándose cuál de los dos estaba loco: si él o su primo. Si Ben decía cosas tan disparatadas era porque él aceptaba escucharlas. Cuando Ben hubo terminado su relato, le preguntó a su primo lo que pensaba.

Summy Skim no se podía contener.

-Lo que pienso es que estoy empezando a arrepentirme de haber socorrido a ese desgraciado francés y no haber dejado que se llevara su secreto a la tumba.

Como se comprende, hubo todavía muchas discusiones entre los dos primos, en las cuales a menudo tomaba parte el capataz, que estaba impaciente por poner en práctica el proyecto de subir al Golden Mount. En vano Summy Skim trataba de resistir, valiéndose de los mejores argumentos, recordando las promesas, sosteniendo incluso que las revelaciones de Jacques Laurier no reposaban sobre nada serio. No, sería una nueva decepción que se añadiría a tantas otras, sin hablar de los nuevos peligros que correrían lanzándose a lo desconocido. Después del desastre del Forty Miles Creek, después de la destrucción del lote 129, no había más que huir de Klondike en cuanto la estación lo permitiera, y ya que, según parecía, el buen tiempo empezaría pronto, podrían abandonar cuanto antes ese monstruoso país.

Pero Ben Raddle se mantenía firme. Summy Skim comprendía que ya había tomado la resolución de llevar la aventura hasta el fin. No lograría convencerlo. ¿Se decidiría a dejarlo emprender esa segunda campaña solo? ¿Regresaría solo a Montreal? Entonces, con qué inquietudes, con qué angustias viviría...

El doctor Pilcox, no hay que extrañarse, estaba al tanto de estas frecuentes e interminables discusiones. Si no sabía que se trataba de un volcán de oro, sabía por lo menos que Jacques Laurier, en el momento de morir, había revelado a Ben Raddle el secreto de un importante descubrimiento: un yacimiento de una riqueza prodigiosa situado en el norte del Dominion.

Cuando Summy Skim le declaró un día que decididamente impediría a su primo aventurarse en las regiones hiperbóreas, el doctor le respondió:

-No, usted no podrá impedírselo.

-Yo no lo acompañaré, en todo caso.

-Sí, usted lo acompañará, mi querido Skim. Usted vino de Montreal a Dawson-City a pesar suyo. Usted irá a pesar suyo de Dawson-City hasta el fondo mismo de Klondike, e incluso, si Ben Raddle lo quiere, usted irá a pesar suyo hasta el polo Norte.

Tal vez tenía razón al hablar así el excelente doctor Pilcox.

IV
Circle-City

Ya se sabe, las riquezas del norte del Dominion y de Alaska no se limitan a los yacimientos auríferos de Klondike. Estos últimos no tardarían en ser explotados hasta el extremo. Los precios de las concesiones en la parte del distrito regada por el Bonanza y sus afluentes ya eran inabordables. Los sindicatos americanos e ingleses se las disputaban a punta de dólares y de billetes de banco. Si estaban lejos de estar agotadas, pronto sería imposible adquirirlas. Sólo las sociedades poderosas tenían acceso a los nuevos lotes, ya fueran parcelas de río o de montaña. Tenían precios exorbitantes incluso las situadas en los Dómes y los territorios surcados por los afluentes del alto Yukon. Los prospectores, por grupos o aisladamente, se verían obligados a extender sus exploraciones hacia las regiones del norte, descendiendo el curso del Mackensie y el Porcupine. En todo caso, no retrocederían ante ninguna fatiga ni peligro. La avidez humana no conoce obstáculos.

Rumores de todo tipo mantenían vivas las ambiciones del minero. En esas lejanas regiones, más desconocidas de lo que lo fueron Australia, California y el Transvaal en la época de las primeras explotaciones, el campo estaba abierto a las ambiciones... y también a las decepciones. Llegaban noticias transmitidas por no se sabe quién y procedentes de no se sabe dónde. Circulaban gracias a las tribus indias que recorren las vastas soledades del norte en los confines del océano Artico. Incapaces de explotar esos yacimientos por su propia cuenta, estos indígenas trataban de ponerse al servicio de los emigrantes, ya como guías, ya como obreros, atrayéndolos a la región septentrional. De creer lo que decían, los esteros auríferos se multiplicaban en la parte de Norteamérica que se extiende más allá del círculo polar. Estos indios exhibían a veces muestras de pepitas que habían recogido en los alrededores de Dawson-City y que pretendían haber encontrado en los territorios situados más allá del paralelo sesenta y tres. Como se comprenderá, para los mineros, a menudo decepcionados en sus esperanzas, debía ser grande el deseo de tomar por auténticos esos descubrimientos, y grande igualmente, irresistible, la tentación de aventurarse por esos territorios aún inexplorados...

Conviene mencionar que la existencia de un volcán aurífero ya estaba acreditada en Klondike, casi desde los primeros años en que el experto en catastros Ogilvie y sus compañeros descubrieron los primeros yacimientos en los alrededores de Dawson-City. Era posible que ese rumor hubiera impulsado al francés Jacques Laurier a determinar la situación exacta del volcán para explotarlo luego personalmente, como era posible también que él no fuera el único que poseía el secreto, aunque no había razones serias para creerlo. Desde que él había dejado el estuario de Mackensie, ¿por qué otros aventureros no podían haber reconocido la posición del Golden Mount?

En todo caso, parecía que nadie pensaba todavía, aparte de Ben Raddle y los suyos, lanzarse tras las huellas de Jacques Laurier. Pero, repetimos, la leyenda del volcán de oro no dejaba de tener partidarios, y como algunos mineros se disponían a buscar fortuna en las regiones septentrionales del Dominion, tal vez lo que no estaba más que en estado de hipótesis no tardaría en convertirse en realidad.

Se comprende, por lo tanto, que el ingeniero abrigara el temor de que otro se le adelantara en sus proyectos de subir hasta el litoral del mar Artico, y estaba impaciente por partir, dijera lo que dijera Summy Skim.

Ciertos emigrantes ya habían tratado de descubrir nuevas parcelas a lo largo del Yukon, río abajo de Dawson-City. Ya se sabe que la 127 y la 129 y algunas otras parcelas del Forty Miles Creek, actualmente destruidas, ocupaban las orillas del curso inferior. Algunos, sobre todo americanos, se habían dirigido incluso a Circle-City, entre otros los dos texanos, Hunter y Malone.

A principios de esta campaña, como se ha dicho, los texanos habían trabajado en los yacimientos alaskienses de Circle-City, a lo largo de las riberas del Birch Creek, afluente situado a la izquierda del Yukon. Como esta explotación había arrojado resultados mediocres, habían regresado a la parcela 127, cuya concesión les pertenecía desde hacía un año. Entonces sobrevino la catástrofe del Forty Miles Creek, el terremoto que sumergió las parcelas bajo los torrentes del nuevo río.

Ni Hunter ni Malone ni ninguno de sus hombres fueron personalmente víctimas de ese desastre. Si se creyó que habían perecido en ese cataclismo fue porque, después de haber comprobado que su desgracia era irreparable, decidieron volver inmediatamente a Circle-City.

Se puede imaginar que, en esas circunstancias, Hunter no pensaba más que el propio Summy Skim en el asunto que ambos dejaron pendiente y que al parecer ya no tendría consecuencias.

Cuando los texanos llegaron a los yacimientos de Circle-City, la buena estación tenía por delante todavía unos dos meses, y no terminaría sino a principios de septiembre. Retomaron, pues, la explotación abandonada. Las ganancias no eran mayores que los gastos, y si Hunter no hubiera contado con ciertos recursos provenientes del juego, sus compañeros se hubieran visto bien apurados en el invierno que se acercaba.

Una circunstancia particular -que no sorprenderá a nadie, sabiendo la clase de tipos que eraniba a librarlos de toda preocupación al respecto.

Estos hombres violentos, donde quiera que se toparan con otros semejantes a ellos, americanos o de cualquier nacionalidad, se enzarzaban en discusiones y querellas. Con su insolente pretensión de imponer su voluntad a los demás, de no respetar los derechos de nadie, de actuar en todas partes como en país conquistado, no cesaban de crearse dificultades. Ya se ha visto el cariz que tomaban las cosas en las parcelas del Forty Miles Creek. Ya antes de su llegada, los hombres del 127 habían buscado pendencia a los del 129, y la presencia de Hunter y Malone no había hecho más que envenenar la situación.

Ocurrió lo mismo en la parcela del Birch Creek. Esta vez no se pelearon con extranjeros; fueron sus compatriotas quienes tuvieron que sufrir su mala fe y sus violencias.

Finalmente, el gobernador de Alaska debió actuar contra ellos. La policía y luego la justicia intervinieron. Después de una colisión entre los policías y los hombres de Hunter, todos, amos y obreros, fueron arrestados, condenados a diez meses de cárcel y encerrados en la prisión de Circle-City.

En esas condiciones, los texanos y sus compañeros no tenían que preocuparse ni del alojamiento ni de la comida durante el invierno. Las autoridades pensaron que era inútil transportarlos a Sitka, la capital de Alaska. Cumplirían su condena en Circle-City.

Hunter y Malone debieron pues renunciar a los placeres de todo tipo que reservan durante el invierno Vancouver, Skagway o Dawson-City, y la presencia de estos dos texanos tan honorables no sería señalada en los casinos de estas tres ciudades.

Durante su encarcelamiento, Hunter y Malone tuvieron tiempo para pensar en el porvenir. ¿Qué harían ellos, qué haría su personal cuando salieran de prisión? Ya no se podría reanudar la explotación de la parcela del Forty Miles Creek. El yacimiento de Circle-City no daba más que resultados insuficientes. Sus recursos no tardarían en agotarse si no encontraban algún buen negocio. Hombres sin escrúpulos, sin prejuicios, sin ningún sentido moral, saldrían del paso de alguna manera. Sus compañeros harían lo que ellos quisieran, los acompañarían adonde ellos les dijeran, penetrarían hasta en las regiones más apartadas de Alaska o del Dominion antes que regresar a su país de origen, de donde probablemente se habían visto obligados a salir a causa de algún problema con la justicia. Hunter y Malone tenían asegurada la lealtad de esa banda de aventureros que habían reclutado ya hacía años.

Es verdad que esta vez la mala suerte se les había atravesado, y la policía alaskiense no era más soportable que la policía canadiense.

Una condena había liberado al país de su presencia por cierto tiempo. Pero esta condena terminaría cuando volviera la buena estación. ¿Qué harían una vez liberados? Alguna ocasión se presentaría, de la que tratarían de sacar provecho.

Esta ocasión se presentó y he aquí en qué condiciones.

Entre los prisioneros con los que los texanos compartían la vida en la cárcel, Hunter había observado con particular atención a un indio llamado Krasak, quien también parecía observar con particular interés a Hunter. Son simpatías muy naturales entre bribones que se aprecian. Estos dos tipos estaban hechos para comprenderse. Pronto se estableció cierta intimidad entre ellos.

Krasak tendría unos cuarenta años. Era macizo, vigoroso, de mirada cruel y fisonomía salvaje: una naturaleza que no podía sino complacer a Hunter y Malone.

El indio había sido condenado por robo, y tenía que estar todavía varios años en prisión. Era alaskiense de origen, y conocía bien esas regiones, que recorría desde su juventud. Hubiera sido un excelente guía y se hubiera podido confiar en su inteligencia si su persona no inspirara una demasiado justa desconfianza. Los mineros a cuyo servicio había entrado siempre habían terminado quejándose de él, y como consecuencia de un robo importante, precisamente en las explotaciones de Birch Creek, fue encarcelado en la prisión de Circle-City.

En el curso del primer mes, Hunter y el indio guardaron cierta reserva el uno frente al otro. Se observaban con insistencia. Hunter creía comprender que Krasak[21] quería hacerle alguna confidencia, y la esperaba. No se equivocaba, por lo demás, al pensar que este indio, por haber frecuentado durante tanto tiempo los territorios de la alta Alaska y del alto Dominion, podría serle útil. Le proporcionaría valiosas informaciones sobre esas regiones.

En efecto, un día el indio le habló de sus peregrinaciones por esa parte casi desconocida de Norteamérica, cuando servía de guía a los agentes de la bahía de Hudson. Era precisamente la región comprendida entre Fort Yukon, regada por el Porcupine, Fort Macpherson y el mar Artico.

Lo que le interesaba a Hunter era sobre todo saber si había yacimientos al otro lado del círculo polar. No desconocía los relatos difundidos por los indios, y tal vez Krasak podría proporcionarle informaciones exactas.

El indio, por su parte, había forjado un proyecto para cuya ejecución le resultaba necesaria la intervención de los texanos. Hunter y sus compañeros quedarían libres dentro de unos meses, mientras que a él todavía le faltaban años. Quería entonces que el texano tuviera interés en ayudarlo cuando hubiera dejado la prisión, favoreciendo su fuga. Solo, le hubiera sido difícil escapar. Con una ayuda de afuera, la tentativa tenía posibilidades de éxito.

Krasak dijo sólo lo que había que decir para despertar la codicia de Hunter. Se expresaba en un inglés bastante comprensible, aprendido mientras trabajaba para la Compañía de la bahía de Hudson.

-Sí -dijo un día-, en el norte y cerca del océano se encuentra el oro en abundancia, y pronto serán miles los mineros que irán al litoral del océano.

-Y bien -respondió Hunter-, sólo hay que hacer una cosa: adelantárseles.

-Sin duda -replicó Krasak-, pero hay que conocer la ubicación de los yacimientos. -¿Y tú la conoces?

-Conozco varios yacimientos, pero el país es difícil... Uno se puede perder durante meses, o pasar al lado de una parcela sin verla. ¡Ah, si estuviera libre!

Hunter lo miró a la cara.

[21] Julio Veme llama a veces "Karrak" a este indio. Miguel Veme escogió el nombre de "Krarak".

-¿Y qué harías si estuvieras libre?

-Iría allí donde iba cuando me apresaron -respondió Krasak.

-Por alguna pepita que te habrá tentado atravesando una parcela, y de la que te habrás apropiado...

-Las pepitas son de todos -declaró el indio.

-Sin duda -replicó Hunter, que quería presionar a su hombre-, pero cuando todavía no han sido descubiertas...

-Sí -afirmó Krasak, que evidentemente tenía ideas muy personales sobre el derecho de propiedad-. Pero eso me ha valido la prisión. ¡Ah, si estuviera libre! -replicó, tendiendo su puño en la dirección del norte.

-Pero, ¿adónde ibas tú cuando te cogió la policía?

-Allá, donde el oro se recoge a carretadas -respondió el indio.

Por más que Hunter lo acosó con preguntas, Krasak no dijo más.

Hunter no desconocía la leyenda del Golden Mount, pero, como la casi totalidad de los mineros, no le prestaba crédito. Tal vez el indio se refería a eso. Para qué hacerse ilusiones entonces. Sin embargo, Krasak jamás dijo una palabra sobre esa montaña tan famosa en Klondike y en cuya existencia nadie creía.

¿Era por ignorancia o por prudencia que el indio no hablaba de la montaña? ¿Conocía el secreto del cual Jacques Laurier creía ser el único poseedor? Nadie lo puede decir. Lo que no ofrecía dudas, tanto a Hunter como a Malone, que fue tenido al corriente de estas conversaciones, era que Krasak conocía varios yacimientos situados en las cercanías del mar polar, y ambos coincidieron en el mismo pensamiento: había que arrancarle al indio todo lo que sabía, en vista de una campaña que emprenderían en cuanto sus compañeros y ellos salieran de prisión.

Siguieron interminables conversaciones en esas largas horas de ociosidad. Pero el indio, aunque se mostró siempre afirmativo en cuanto a la existencia de los terrenos auríferos, guardó un absoluto silencio respecto de su ubicación.

Habían llegado los últimos días de abril y, con ellos, el fin de un invierno que había sido tan duro en Circle-City como en Klondike, con sus espantosos blizzards y sus ríos excesivos. Los prisioneros habían sufrido mucho. Hunter y sus compañeros tenían prisa por recobrar la libertad, bien resueltos a emprender una expedición hacia las regiones altas del continente americano.

Pero, si ellos iban a ser liberados dentro de unas semanas, no ocurría lo mismo con Krasak. El indio permanecería años en la cárcel si no lograba escapar. Y, como para lograrlo le era necesaria la ayuda de Hunter, le hizo directamente la petición, prometiéndole entrar a su servicio y conducirlo a los yacimientos que conocía en el norte del Klondike.

La fuga sólo era posible abriendo un túnel bajo uno de los muros del patio, que cerraba de un lado la prisión y la ciudad. Desde el interior, el paso no se podía practicar sin herramientas y sin llamar la atención de los guardianes. Desde el exterior, por la noche, tomando ciertas precauciones, el trabajo parecía posible.

Concluyeron el negocio. El 13 de mayo se cumplió el tiempo de condena de Hunter y su banda, y se separaron de Krasak.

El indio sólo tenía que mantenerse alerta. Como no estaba encerrado en una celda, le sería fácil abandonar el dormitorio común y deslizarse a través del patio sin que lo vieran. Lo hizo la noche siguiente. Acostado al pie del muro, esperó.

Tuvo ocasión de poner a prueba su paciencia, pues ningún ruido llegó a sus oídos entre la puesta del sol y el amanecer.

Hunter y Malone no habían podido actuar todavía. Tal vez la policía, viendo que no abandonaban de inmediato la ciudad, quería tenerlos bajo vigilancia. Así pues, había que tomar algunas precauciones para ayudar al indio a fugarse. Las herramientas no les faltaban; estaban premunidos de los picos y las piquetas de la última campaña, que encontraron en el albergue donde se alojaban cuando fueron detenidos y al que regresaron al salir de prisión.

Por lo demás, este pequeño pueblo ya mostraba cierta animación. Los prospectores de los yacimientos alaskienses del bajo Yukon empezaban a afluir en esta segunda quincena del mes de mayo, ya favorable gracias a la precocidad de la buena estación.

A la noche siguiente, a partir de las diez, Krasak pudo retomar su puesto al pie del muro. Empezaba a oscurecer y una brisa bastante fuerte soplaba del norte.

Hacia las once, con la oreja a ras del suelo, el indio creyó percibir un ruido en la base del muro.

No se engañaba. Hunter y Malone se habían puesto a la obra. Cavaban un conducto que pasara bajo el muro sin tener necesidad de desplazar las piedras.

Krasak se puso a cavar el suelo con las manos en cuanto reconoció el lugar en donde trabajaban afuera. Los texanos debieron escucharlo, tal como él los oía a ellos.

No hubo ninguna alerta. Los guardianes no se presentaron en el patio, ni ningún otro prisionero, aunque éstos tenían autorización para ir y venir durante la noche. El viento y el frío los retenían en el interior de la sala.

En fin, un poco antes de la medianoche el pasaje estaba cavado y tenía una anchura suficiente como para que un hombre medianamente corpulento pudiera introducirse en él.

-Ven -dijo la voz de Hunter.

-¿Nadie afuera? -preguntó Krasak.

-Nadie.

Unos instantes después, el indio había atravesado el orificio. ¡Libre al fin!

Por ese lado se extendía una vasta planicie todavía cubierta de placas de nieve, más allá del codo que dibujaba el Yukon y en cuya orilla izquierda está situada Circle-City.

El deshielo ya se había producido, y el río arrastraba numerosos témpanos. Una barca no habría podido aventurarse por allí sin riesgos, y además, Hunter no hubiera podido procurarse una sin despertar sospechas.

Pero el indio no era hombre que se hiciera problemas por tan poco. Era capaz de lanzarse sobre un témpano a la deriva y, si era necesario, de ir saltando de uno en otro hasta alcanzar la orilla derecha. Una vez allí, todo el campo se abría delante de él, el campo desierto que conocía bien. Estaría lejos cuando su fuga fuera descubierta por los guardianes.

Hunter le dijo:

-¿Todo está convenido?

-Convenido -respondió Krasak. -¿Dónde nos encontraremos?

-Como se ha dicho: a diez millas de Fort Yukon, en la orilla derecha del Porcupine.

Era lo que habían acordado. Dentro de dos o tres días, Hunter y sus compañeros saldrían de Cirde-City y se dirigirían hacia Fort Yukon, situado río abajo en el noroeste, a (...) leguas. Luego, remontarían el curso del Poreupine hacia el noreste, hasta el lugar donde los esperaría el indio. En cuanto a éste, después de haber franqueado el gran río se

dirigiría hacia el norte, en línea recta hacia su afluente.

Pero Krasak no podía partir sin dinero, y Hunter le dio veinte dólares. Tampoco podía aventurarse por esos territorios sin contar con alguna manera de defenderse de los ladrones o las fieras. Hunter le entregó un fusil, un revólver y una cartuchera bien provista.

Luego, en el momento de separarse, repitió: ¿Todo está convenido?

-Todo.

-Y tú nos conducirás... -dijo Malone. -Derecho a los terrenos.

Y añadió:

-Y quién sabe... Tal vez al Golden Mount.

Era la primera vez que hablaba del volcán de oro. ¿Creía en su existencia o incluso lo conocía?

Se intercambiaron apretones de mano. Luego Krasak se lanzó sobre un témpano que salía de un remolino y fue cogido enseguida por la comente. A pesar de la oscuridad, Hunter y Malone pudieron verlo pasar de un témpano a otro y finalmente poner el pie en la otra orilla.

Volvieron a su albergue, y al día siguiente comenzaron los preparativos para la nueva campaña.

Como era de esperar, la evasión del indio fue conocida por la mañana. En vano la policía trató de hallar sus huellas. Nadie pensó ni podía sospechar que los texanos le hubieran facilitado la fuga.

Tres días después, Hunter y sus compañeros, en total una treintena de hombres, se embarcaron con un material muy reducido en una chalana que iba a descender el río hasta Fort Yukon. Era una voluminosa embarcación construida para resistir los choques del deshielo. Cubrieron la distancia que separa Fort Selkirk de Dawson-City en cuarenta y ocho horas.

El 22, después de haberse abastecido en Fort Yukon y de haber cargado de provisiones el trineo, el que tiraban vigorosos perros, la caravana se fue bordeando la orilla izquierda del Porcupine en dirección al noreste. Si el indio cumplía exactamente lo prometido, lo encontrarían esa misma tarde.

-Ojalá así sea -dijo Malone.

-Así será -respondió Hunter-. Nadie cumple mejor su palabra que los tipos valientes de esa especie.

El indio estaba donde tenía que estar, y, bajo su dirección, la banda continuó el camino bordeando este importante afluente del Yukon.

V
Hacia los descubrimientos

Estaba escrito en el libro indestructible del destino que Summy Skim, después de haber acompañado a Ben Raddle a Klondike, lo acompañaría hasta las regiones más elevadas de América del Norte. Había expuesto todos los argumentos contra esta nueva

campaña, incluso todas las recriminaciones. Nada había podido modificar los proyectos del ingeniero, y, a menos que se quedara esperándolo en Dawson-City (y no habría tenido paciencia) o que tomara solo el camino de Montreal (y no se habría decidido a ello), sólo podía seguir a su primo a la conquista del Golden Mount.

-Ceder una primera vez -se repetía-, es exponerse a ceder una segunda vez, y quién sabe si no será preciso ceder todavía una tercera vez. No puedo culparme sino a mí mismo. ¡Ah, Green Valley! ¡Green Valley, qué lejos estás, y cuánto más lejos estarás dentro de algunas semanas!

Gracias a la precocidad de la estación, el scout estuvo de regreso en Dawson-City en los primeros días de mayo. El paso del Chilkoot y la navegación a través de los lagos y sobre el río Lewis habían podido efectuarse más rápidamente, en condiciones favorables. Conforme a lo dispuesto, Bill Stell llegaba a ponerse a disposición de los dos primos para conducirlos a Skagway, desde donde el vapor los llevaría a Vancouver.

Stell no se mostró muy sorprendido al enterarse de los proyectos de Ben Raddle. Sabía muy bien que cualquiera que pone los pies en el suelo de Klondike se arriesga a echar raíces allí, y si el ingeniero no estaba por completo en ese caso, al menos no parecía dispuesto a cerrar su maleta y regresar a Montreal.

-Así... -dijo el scout a Summy Skim.

-Sí, así es, mi buen Bill.

Fue todo lo que dijo el scout.

Pero Summy Skim tuvo la satisfacción de saber que Bill Stell había aceptado hacer esta nueva campaña.

En efecto, Ben Raddle no había creído necesario ocultar al scout, en quien tenía plena confianza, el fin de la expedición. Lo que había mantenido callado ante otros, incluso ante el doctor Pilcox, no vaciló en confiarlo a Bill Stell.

Al principio éste se resistió a creer en la existencia del Golden Mount. Conocía la leyenda y no pensaba que se le pudiera conceder el menor crédito. Pero cuando Ben Raddle le comunicó todas las informaciones que le había traspasado Jacques Laurier y le mostró el mapa en que figuraba el volcán de oro situado con precisión, el scout comenzó a prestar atención, y la opinión del ingeniero sobre el asunto era tan absoluta que acabó por compartirla.

-Y bien -le dijo Ben Raddle-, ya que allí se encuentran riquezas incalculables, ¿por qué no participa usted?

-¿Me ofrece que lo acompañe al Golden Mount? -preguntó Bill Stell.

-Más que acompañarnos, guiarnos, ya que usted ha recorrido esos territorios del norte. Usted posee el equipamiento necesario para esta campaña: animales, vehículos... Si no tenemos éxito, le pagaré bien sus servicios. Si lo tenemos, ¿por qué no sacaría también usted a manos llenas el oro de esa caja fuerte volcánica?

Por filósofo que fuera, el valiente scout sintió que se estremecía. En verdad, jamás se le había presentado una ocasión semejante, si se tomaba en serio la revelación del francés.

Sin embargo, lo atemorizaba la duración del viaje. Después de haber reconocido que el mejor itinerario sería el que pasa por Fort Macpherson, que había visitado, declaró que la distancia no debía ser inferior a doscientas veinte leguas.

-Bueno -replicó el ingeniero-, es más o menos la distancia que separa Skagway de DawsonCity, y usted nunca ha tenido problemas para recorrerla.

-Sin duda, señor Raddle, y yo añadiría que el país es menos difícil entre Dawson-City y Fort Macpherson. Pero más allá, para alcanzar la desembocadura del Mackensie...

-A lo más, hay unas cien leguas -declaró Ben Raddle.

-En total, por lo menos trescientas cincuenta -dijo Bill Stell.

-Que podemos recorrer en cinco o seis semanas -afirmó el ingeniero-, y estaríamos de regreso en Dawson-City antes del invierno.

Sí, todo eso era posible, a condición de que no sobreviniera alguna de esas fastidiosas calamidades tan frecuentes por dichas latitudes.

A los intentos de persuasión de Ben Raddle se unieron los del contramaestre y de Neluto, que estaba feliz de ver de nuevo a su jefe. Y por qué no confesar que Summy Skim habló también en el mismo sentido, y ¡cómo estuvo de persuasivo! Des

de el momento en que el viaje estaba resuelto, el concurso del scout era precioso y acrecentaba sus posibilidades de éxito.

En cuanto a Neluto, esta expedición le venía de perlas. Qué hermosas expediciones de caza harían Summy Skim y él en esos territorios apenas visitados hasta ahora...

-Queda por saber para quién vamos a cazar -observó Summy Skim.

-Para nosotros, naturalmente -respondió Neluto, algo sorprendido de estas palabras.

-A menos que seamos nosotros los cazados, lo que es bien posible en ese país plagado de malhechores de todo tipo.

En efecto, bandas de indios de los que no se puede esperar nada bueno recorren las regiones septentrionales durante el verano. Los agentes de la Compañía de la bahía de Hudson a menudo han tenido que defenderse de sus ataques.

Los preparativos se efectuaron con rapidez. El scout puso a punto su material: carros, canoas portátiles, tiendas, tiros de mulas, bastante más preferibles a los perros, pues su comida está asegurada en esas verdes praderas. En cuanto a los víveres, sin hablar de los que produciría la caza y la pesca, fue fácil procurarse carne y legumbres en conserva, té, café, harina, azúcar, aguardiente para varios meses. Dawson-City acababa de ser abastecida por las sociedades que sirven los yacimientos de Klondike, desde que las comunicaciones fueron restablecidas entre esta ciudad y Skagway o Vancouver. Las municiones tampoco faltarían, y si había que recurrir a las carabinas, éstas no se desarmarían.

La caravana, bajo la dirección del scout, iba a estar integrada por los dos primos, el contramaestre Lorique, Neluto con su carro y su caballo, seis canadienses que habían trabajado en el lote 129 y nueve canadienses al servicio de Bill Stell; en total, dieciséis personas, que bastarían para la explotación del Golden Mount. De acuerdo con las informaciones proporcionadas por Jacques Laurier, el trabajo se reduciría a recoger las pepitas amontonadas en el cráter del volcán.

Se puso tanta diligencia en preparar esta campaña, de la cual sólo Ben Raddle, Summy Skim, el scout y Lorique conocían la finalidad, que se pudo fijar la partida para el 6 de mayo.

Antes de dejar Dawson-City, Ben Raddle quiso informarse por última vez de la situación de las parcelas del Forty Miles Creek. Por orden suya, el contramaestre y Neluto fueron al lugar en que nacía la derivación que corría hacia el norte.

La situación era la misma. El 129, como el 127 y otros terrenos situados a lo largo de la frontera, estaba enteramente sumergido. El nuevo río seguía su curso normal en el lecho abierto por el terremoto. Desviarlo hubiera sido un trabajo tan considerable, tan

costoso, que no valía la pena emprenderlo, y nadie pensaba en eso. Lorique volvió con la certeza de que debía abandonar la esperanza de volver alguna vez a explotar esos yacimientos.

Los preparativos finalizaron el 5 de mayo por la tarde. Summy Skim y Ben Raddle fueron al hospital a despedirse de la superiora y de las dos religiosas. La hermana Marta y la hermana Magdalena veían con aprensión que sus compatriotas se aventuraran a través de esos territorios del norte, donde el francés Jacques Laurier y Harry Brown habían sufrido tantas miserias que finalmente habían sucumbido a ellas.

Ben Raddle tranquilizó a las hermanas lo mejor que pudo, y Summy Skim quiso mostrarse tan tranquilo como su primo. Antes del fin de la buena estación la pequeña caravana estaría de regreso en Dawson-City en perfecto estado; si llegaba aplastada, ¡seria bajo el peso de las pepitas!

En cuanto al doctor Pilcox, he aquí lo que dijo:

-Estoy encantado de verlos partir hacia el norte. Si hubieran tomado el camino del sur, habría sido para regresar a Montreal, y nunca los habríamos vuelto a ver en Klondike. Así, por lo menos cuando regresen nos volveremos a ver.

-Dios lo quiera -murmuró sor Magdalena.

-Que El los guíe y los traiga de vuelta -añadió sor Marta.

-Así sea -dijo la superiora.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, la caravana salía de Dawson-City por el barrio alto de la orilla derecha del río Klondike, en dirección al noreste.

El tiempo era perfecto: el cielo puro, la brisa ligera, una temperatura de unos doce grados sobre cero. La nieve ya se había fundido en gran parte y sólo restaban algunas placas de blancura deslumbrante sobre el suelo cubierto de hierba.

Por supuesto que el itinerario había sido cuidadosamente establecido. Ben Raddle, Lorique y el scout habían traspasado al mapa general del país las indicaciones contenidas en el croquis de Jacques Laurier. Por lo demás, no olvidemos que el scout ya había hecho el viaje de Dawson-City a Fort Macpherson, y se podía confiar en la fidelidad de sus recuerdos para las doscientas veinticinco millas que separan ambos puntos.

Era además un territorio bastante llano, cortado por algunos ríos, afluentes y subafluentes del Yukon y el Klondike, y, más allá del círculo polar ártico, afluentes o subafluentes del Peel, que va orillando la base de las montañas Rocosas antes de desembocar en el Mackensie.

Así, pues, durante el primer período del viaje entre Dawson-City y Fort Macpherson el camino no presentaría grandes dificultades. Después del derretimiento de las últimas nieves, los ríos bajarían a su nivel mínimo y sería fácil vadearlos, y conservarían siempre bastante agua para las necesidades de la pequeña tropa. Cuando ésta hubiera llegado al río Peel, una centena de leguas antes de Fort Macpherson, se decidiría en qué condiciones efectuarían esta segunda mitad del itinerario.

¿Por qué no confesarlo? Con la excepción de Summy Skim, todos partían llenos de esperanzas. ¿Y puede uno asombrarse de que albergaran un sentimiento tan humano? Ben Raddle, Lorique, Neluto, el propio Bill Stell, que jamás había creído en la realidad del Golden Mount, todos admitían ahora su existencia. Las indicaciones del francés Jacques Laurier eran tan claras y precisas que no se podía dudar de ellas. En el caso del scout, más que la codicia lo que lo impulsaba era la curiosidad, el deseo de conocer ese famoso volcán. Haría todo por alcanzarlo.

Al salir de Dawson-City, el carro conducido por Neluto, en el que se instalaron los dos primos, corrió rápidamente. Pero tuvo que disminuir la velocidad, pues los animales de tiro no podían seguirlo con la pesada carga que llevaban. Sin embargo, fue posible alargar esas primeras etapas sin fatigar a los hombres ni a los animales. La vasta llanura no presentaba ningún obstáculo, y el viento, que soplaba del sudeste, no dificultaba el camino. A menudo el scout y sus acompañantes

hacían una parte de la etapa a pie, para hacer descansar las mulas. Lorique y el scout conversaban sobre el tema que ocupaba su mente. Summy Skim y Neluto batían el campo a derecha y a izquierda, y como la caza no faltaba, no perdían la pólvora. De este modo, economizaban las conservas en las comidas que se hacían en el descanso del mediodía y el descanso de la tarde. Antes de que llegara la noche, que ya tardaba en esa época del año y por esas latitudes, se levantaba el campamento hasta el día siguiente.

La dirección que seguían, hacia el norte, alejaba la caravana del territorio regado por las primeras aguas del Porcupine. El río se curvaba en un amplio gancho hacia el norte, que lo conducía al gran torrente cerca de Fort Yukon. No había que temer entonces que Ben Raddle y sus compañeros se encontraran con la banda de Hunter, que se había dirigido al Porcupine muy río abajo. Por lo demás, ignoraban que los texanos hubiesen emprendido una campaña a los territorios vecinos al mar Artico, bajo la conducción del indio Krasak. Después del desastre del Forty Miles Creek, corrió el rumor de que habían sido sus víctimas; tras el incidente de Circle-City, de su encuentro con la policía y de su condena, se sabía que estaban sanos y salvos. Sin embargo, Ben Raddle y Summy Skim ignoraban que hubieran recobrado la libertad. Además, ya ni pensaban en ellos.

El 29 de mayo, veintitrés días después de salir de Dawson-City, la caravana atravesó el círculo polar, un poco más allá del paralelo sesenta y seis. Ningún incidente se había producido en esta primera parte del recorrido, a lo largo de ciento veinticinco leguas. Ni siquiera se habían encontrado con esas bandas de indios que los agentes de la Compañía de la bahía de Hudson todavía perseguían para expulsarlos hacia el oeste.

El tiempo fue por lo general bueno, y los hombres se hallaban bien de salud. Vigorosos, hechos a las fatigas, no tenían nada que sufrir en un viaje efectuado en estas condiciones, en esta época del año e incluso en estas latitudes. Los animales encontraban comida fácilmente en las praderas cubiertas de hierba. En cuanto a los campamentos, siempre había donde instalarlos, cerca de un río claro, en los linderos de los bosques de abedules, de álamos, de pinos que se extienden hasta perderse de vista en la dirección del nordeste.

El aspecto de la región empezaba a modificarse. En el horizonte oriental se perfilaban las crestas de las montañas Rocosas. En esta parte de Norteamérica la cadena muestra sus primeras ramificaciones, para prolongarse después casi a todo lo largo del Nuevo Continente.

Se encontraron en el nacimiento de uno de los afluentes del Porcupine, que el scout no quiso descender pues los habría llevado demasiado lejos hacia el oeste. Pero, como el suelo se hacía cada vez más desigual, tanto a causa de la red de esteros como de las ondulaciones en las vecindades de las montañas, se internó decididamente a través de los desfiladeros de la cordillera, poco elevada en esta parte del alto Dominion, con el fin de alcanzar el río Peel, que pasa al pie de Fort Macpherson.

En este límite del círculo polar, Bill Stell y sus compañeros se encontraban aún a un centenar de leguas del fuerte, situado casi en el nacimiento de la cadena montañosa. La

marcha se hizo bastante dura y, si no hubiera sido por el cuidado que ponía Neluto, los ejes y las ruedas del carro se hubieran roto varias veces. Como era de esperar, no había rutas trazadas y los carros de la Compañía de la bahía de Hudson no habían aplanado el suelo. Pero Bill Stell sabía a qué atenerse.

-La ruta no me pareció tan mala cuando la recorrí hace unos veinte años -declaró un día, mientras atravesaban un estrecho desfiladero.

-No debería haber cambiado desde entonces -observó Summy Skim.

-Debe ser a causa del rigor del último invierno -dijo el ingeniero.

-Es lo que yo pienso, señor -respondió el scout-. Los fríos han sido tan excesivos que los hielos han hendido profundamente la tierra.

-Hay que tener cuidado con las avalanchas -recomendó Lorique-. Las rocas podrían desprenderse de los flancos de esta garganta.

En efecto, ello ocurrió dos o tres veces. Enormes trozos de cuarzo y de granito, desequilibrados por los hundimientos, rodaban y saltaban sobre las pendientes, triturando los árboles que encontraban a su paso. Poco faltó para que uno de los carros con sus animales fuera destruido por estas pesadas masas.

Durante dos días las etapas se volvieron penosas, y no se pudo mantener el promedio habitual de camino recorrido. Se produjeron retrasos, contra los cuales echaban pestes Ben Raddle y el contramaestre, pero que Summy Skim acogía con la calma de un filósofo.

-El Golden Mount, si existe -decía-, estará en su lugar tanto en quince días como en ocho, y me imagino que tomaremos un merecido reposo en Fort Macpherson. Después de trotar de esta manera, tendremos permiso para tendernos en una buena cama de albergue.

-Si es que hay albergues en Fort Macpherson -respondió Ben Raddle, que después de, tres semanas no veía razón para quejarse por acampar al aire libre.

-¿Hay albergues? -preguntó Lorique al scout.

-No -respondió Bill Stell-. Fort Macpherson es sólo una construcción para los agentes de la Compañía, un puesto fortificado contra los indios; pero hay habitaciones.

-Bueno, si hay habitaciones, hay camas -replicó Summy Skim-, y no me molestaría en absoluto estirar mis piernas durante dos o tres noches.

-Comencemos por llegar -respondió Ben Raddle-, y no perdamos tiempo en paradas inútiles.

La caravana marchaba, pues, todo lo rápido que le permitían los recovecos y los obstáculos del desfiladero. Pero tomaría velocidad cuando dejaran atrás la cadena que bordea el valle del Peel.

Sin embargo, antes de llegar al extremo de esta cadena el scout tuvo que enfrentar un mal encuentro, aunque Summy Skim lo calificara de otro modo.

Al salir del desfiladero, el guía hizo alto y acampó junto al Peel, bajo la frondosidad de grandes pinos marítimos agrupados en la orilla izquierda.

Se había presentado la cuestión de decidir si construirían una balsa para descender este río hasta Fort Macpherson. Bill Stell reconoció que la corriente no era navegable. Los últimos témpanos del deshielo iban aún a la deriva y constituían un obstáculo. Construir una balsa suficientemente grande como para transportar al personal y el equipo de la caravana hubiera exigido tiempo. Dirigirla por entre los témpanos era un problema. Así que optó por continuar por tierra las treinta leguas que les quedaban para llegar a Fort Macpherson, bordeando el río Peel. Sus orillas no ofrecían grandes dificultades.

-Utilizaremos los témpanos para llegar a la otra orilla -dijo Bill Stell a Ben Raddle-. De todos modos tenemos que atravesar el río, porque Fort Macpherson está en la orilla derecha, y creo que ésa es la mejor manera de hacerlo.

Tomada esta resolución, se levantó la tienda y se preparó todo para el reposo de la tarde, siempre esperado con impaciencia en esta segunda etapa del viaje.

Pero apenas se habían instalado bajo los árboles, Lorique, que se había alejado un poco río abajo, apareció corriendo y gritando:

-¡Alerta, alerta!

Summy Skim, como el cazador profesional que era, se levantó enseguida y cogió su carabina, listo para hacer fuego.

-¿Indios? -gritó.

-No -respondió el contramaestre-. Osos...

-Es lo mismo -replicó Bill Stell.

En un instante todos acudieron a la entrada del bosque, mientras las mulas resoplaban y el perro Stop[22] ladraba furioso.

En efecto, tres osos, después de haber remontado la orilla izquierda, acababan de llegar al límite del campamento. Se detuvieron allí y se irguieron sobre sus patas. Eran animales de gran tamaño, de aspecto formidable, pertenecientes a la especie de los grizzlis, que frecuenta las gargantas de las montañas Rocosas.

¿Venían hambrientos? ¿Se preparaban para atacar la caravana? Era probable, ya que lanzaron terribles rugidos que enloquecieron a las bestias de carga.

Summy Skim y Neluto se abalanzaron sobre ellos. Estallaron dos disparos, que derribaron a uno de los tres osos. Tocado en el pecho y la cabeza, el animal Cayó pesadamente para no levantarse más.

Fue el único incidente de esta agresión. Los otros osos abandonaron el campo de inmediato, y si los saludaron con algunas balas, ninguna los alcanzó, pues escaparon a toda velocidad por la orilla izquierda. Se convino, en todo caso, que un hombre vigilara toda la noche, por miedo a que volvieran las fieras.

El animal abatido era magnífico. Su carne, excelente, venía muy bien para acrecentar las reservas comestibles. Lucía una soberbia piel, y Neluto se encargó de desollarlo.

-Como el oso ya no la necesita para el invierno -dijo Summy Skim-, no dejemos que se pierda. Con esta ropa se pueden desafiar los fríos de sesenta grados bajo cero propios de este bendito Klondike.

VI
Fort Macpherson

Fort Macpherson era en esa época el puesto más septentrional que poseía la Compañía de la bahía de Hudson en Norteamérica, a ciento treinta y cinco grados de longitud oeste y sesenta y siete de latitud norte. Comandaba toda la parte del territorio

[22] El novelista no ha aludido anteriormente a la adquisición de este perro de caza.

regado por los numerosos brazos que se ramifican en el estuario del Mackensie sobre el mar polar ártico. Allí se abastecían los cazadores de pieles, y encontraban refugio y defensa contra las bandas de indios que erraban por las planicies del alto Dominion.

Este fuerte, levantado en la orilla derecha del río Peel, se mantenía lo más posible en comunicación con Fort Good-Hope, a (...) leguas río arriba. Las pieles afluían allí todos los años para ser transportadas bajo escolta al depósito central de la Compañía.

Fort Macpherson sólo comprendía un vasto almacén, encima del cual se sucedían la habitación del agente-jefe, el lugar destinado a sus hombres y una sala provista de camas de campaña con capacidad para unas veinte personas. Junto al almacén, abajo, estaban instaladas las caballerizas que albergaban caballos y mulas. Los bosques vecinos proporcionaban el combustible necesario para combatir los fríos de la estación glacial. Felizmente, la madera no había faltado, y no faltaría todavía durante muchos años. En cuanto a la comida, estaba asegurada por los abastecedores de la Compañía, que llegaban a principios del verano, y, aparte de eso, la caza y la pesca mantenían sobradamente las reservas.

El fuerte lo comandaba un agente-jefe, que tenía bajo sus órdenes a una veintena de hombres originarios de Canadá y de la Columbia británica; soldados, en suma, sometidos a una severa disciplina. Llevaban una vida muy dura a causa del rigor del clima, sin hablar del constante temor de ser atacados por bandas errantes. Sus armas eran carabinas y revólveres, y la Compañía siempre estaba pendiente de renovar el aprovisionamiento de municiones.

Todas las precauciones, en efecto, habrían sido pocas, pues sólo unos días antes el agente-jefe y sus hombres habían tenido una alerta.

Fue la mañana del 4 de junio. El hombre de guardia acababa de señalar la aproximación de una tropa que descendía por la orilla derecha del Peel. Parecía estar compuesta por una cincuentena de indios y extranjeros, y varios carros con sus animales de tiro.

Tal como se hacía en esas circunstancias, y por una precaución muy justificada, la puerta de Fort Macpherson fue cerrada sólidamente. A menos que se escalara sus muros, nadie habría podido penetrar el recinto.

Uno de los extranjeros, que parecía guiar el grupo, llegó a la puerta y pidió que le abrieran.

El agente-jefe apareció entonces en lo alto del muro. Pareciéndole sospechosa esta llegada, respondió que no dejaría entrar a nadie.

Y tenía razón, porque las amenazas y las injurias estallaron enseguida. Reconoció que los extranjeros que formaban parte de la banda eran de esa raza americana del sur, siempre dispuesta a las violencias más extremas. Ya la Compañía de la bahía de Hudson había tenido sus encuentros con ellos, sobre todo desde la época en que Alaska fue cedida por el gobierno moscovita a los Estados Unidos y se había dado orden de prohibirles la entrada en los diversos fuertes establecidos en la región del alto Dominion.

Los recién llegados no se limitaron a las palabras, sino que pasaron a la acción. Por un motivo o por otro, porque querían aprovisionarse o resguardarse en Fort Macpherson, punto de apoyo muy importante que dominaba la desembocadura del Mackensie, americanos e indios trataron de forzar la puerta. Esta resistió. Además, una descarga que hirió a algunos los hizo batirse en retirada. Pero no dejaron de hacer uso de sus armas contra los agentes que estaban en lo alto del recinto; ninguno de ellos resultó herido, por

fortuna.

La banda decidió retirarse después de esta infructuosa tentativa. Sin embargo, en lugar de descender la orilla derecha del río Peel, tomó la dirección del noroeste, internándose en la parte montañosa del territorio.

No es sorprendente, pues, que los agentes de Fort Macpherson se mantuvieran día y noche en guardia temiendo el regreso de esa gente tan agresiva.

Y no tuvieron que arrepentirse de haber actuado en esa forma, porque cinco días después, el 9 de junio, divisaron una nueva tropa que se dirigía igualmente hacia el fuerte descendiendo la orilla derecha del río.

Grande fue la sorpresa de la caravana del scout, pues de ella se trataba, cuando vio aparecer en lo alto

del fuerte a una docena de agentes dispuestos a utilizar sus armas y que le dieron la orden de alejarse.

Tras algunas explicaciones, el agente-jefe se dio cuenta de que eran canadienses y consintió en conversar. Y ocurrió, circunstancia de las más felices, que Bill Stell y él eran antiguos conocidos, ya que ambos habían servido en la milicia del Dominion.

La puerta de Fort Macpherson se abrió inmediatamente, y la caravana penetró en el patio interior, donde fue bien acogida.

El agente-jefe dio algunas explicaciones relativas a su actitud ante la llegada de una tropa de extranjeros. ¿No se justificaba su prudencia e incluso su desconfianza después de lo que había pasado? Contó entonces que una banda de americanos y de indios se había comportado de manera hostil contra el fuerte, que había intentado entrar por la fuerza y habían tenido que rechazarlos a tiros. ¿Qué querrían esos merodeadores, esos pillos? Tal vez aprovisionarse a expensas del fuerte, pues era inadmisible que tuvieran la intención de establecerse en él. La Compañía de la bahía de Hudson no habría tardado en desalojarlos.

-¿Y qué pasó con esa banda? -preguntó el scout.

-Como les fue mal -respondió el agente-jefe-, continuaron su camino.

-¿En qué dirección?

-En dirección noroeste.

-Bueno -dijo Ben Raddle-, como nosotros vamos hacia el norte, es probable que no la encontremos.

-Así lo deseo -respondió el agente-jefe-, porque me pareció una banda compuesta por una turba de la peor especie.

-¿Pero adónde van?

-Sin duda en busca de nuevos yacimientos, porque traían material de prospectores.

-¿Ha escuchado usted decir que hay yacimientos en esta parte del Dominion? -preguntó Ben Raddle.

-Seguro que los hay -respondió el agentejefe-, y no me asombra que alguien quiera emprender su explotación.

Pero no sabía nada más. Hablaba basándose en los relatos de los cazadores de la Compañía, que recorren el delta del Mackensie y las orillas del mar Artico. Ni siquiera hizo alusión al Golden Mount, que no debía estar más que a una centena de leguas al norte de Fort Macpherson.

Ciertamente, Ben Raddle prefería que nadie conociera el secreto de Jacques Laurier, pero esto sorprendía un poco a Summy Skim, que seguía dudando de la existencia del

volcán de oro.

Y cuando preguntó al agente-jefe si había volcanes en esa dirección, este respondió que jamás había oído hablar de eso.

El scout se contentó con decir al agente-jefe que la caravana iba precisamente en busca de territorios auríferos en la desembocadura del Mackensie. Después de haber dejado Dawson-City hacía seis semanas, pedían descansar durante dos o tres días en Fort Macpherson, y si el agente-jefe tenía la gentileza de darles hospitalidad, Bill Stell y sus acompañantes le quedarían muy agradecidos.

Esto se arregló sin problemas. En ese momento sólo se hallaba en el fuerte la pequeña guarnición reglamentaria. Los cazadores no debían llegar antes de un mes. El lugar estaba libre y la caravana podría alojarse con toda comodidad sin ocasionar ninguna molestia. Estaba abundantemente aprovisionada y no tendría que recurrir a las reservas del fuerte.

Ben Raddle agradeció muy vivamente al agente-jefe por esta buena acogida, y en menos de una hora la instalación del personal y el equipo se había efectuado en excelentes condiciones.

Tres días pasaron en absoluto reposo, aunque Summy Skim y Neluto no resistieron sus instintos cinegéticos. Hicieron buena caza en los alrededores. Abundaban las aves y, durante el buen tiempo, la guarnición se alimentaba de ellas sin temor de agotarlas: perdices, patos y otros representantes del género volátil. Había también oriñales, aunque en pequeña cantidad, y no era fácil acercarse a ellos. Summy Skim divisó algunos, y, lamentándolo mucho, debió renunciar a perseguirlos, pues hubiera sido arriesgado alejarse. Pero quedó tan contento que el segundo día dijo a su primo:

-Mira, Ben, yo preferiría pasar la buena estación en Fort Macpherson que en Dawson-City. Por lo menos aquí no existe la promiscuidad con ese mundo de prospectores...

-Al que pertenecemos...

-Al que pertenecemos, si tú quieres. Pero aquí, en pleno campo, donde no se escucha el chirrido de los rockers ni los golpes de la piqueta, se está como en vacaciones, y yo me creo menos lejos de Green Valley... al que volveremos a ver, por lo demás, antes del próximo invierno.

Ciertamente, aunque hubiera tenido que sufrir algunas desilusiones, Summy Skim no dudaba de que iban a estar de regreso en Montreal antes de cuatro meses.

Ningún incidente marcó la estancia de la caravana en Fort Macpherson, y cuando llegó la hora de partir, todos bien descansados, estaban listos para ponerse en camino.

La mañana del 12 de junio la pequeña tropa se formó bajo la conducción del scout. Se despidieron del agente-jefe y de sus camaradas, no sin expresarles sus sinceros agradecimientos y la esperanza de volver a verlos cuando regresaran. Luego la puerta se abrió, se volvió a cerrar y la caravana descendió con rapidez la orilla derecha del Peel.

Ben Raddle y Summy Skim habían ocupado su lugar en el carro conducido por Neluto, y los otros vehículos seguían bajo la dirección del guía. Este, como se sabe, no conocía el territorio que se extendía al norte de Fort Macpherson. Jamás había ido más allá de este lugar. En realidad, ahora había que seguir las indicaciones del ingeniero. Su mapa le daba con cierta exactitud la posición del Golden Mount, de acuerdo con los datos obtenidos por Jacques Laurier. Esta montaña debía estar situada a sesenta y ocho grados de latitud norte y ciento treinta y seis de longitud oeste. En esas condiciones, la ruta a

partir de Fort Macpherson se inclinaría ligeramente hacia el noroeste, a la izquierda del río Peel, que a unas cincuenta leguas de allí se perdía en las numerosas bocas del estuario del Mackensie.

A mediodía hicieron alto cerca de un río, al borde de un bosque de pinos. Los animales quedaron pastando en una pradera vecina. El tiempo había refrescado a causa de una ligera brisa del noreste, y el cielo se veía velado por algunas nubes.

La región era llana y la mirada no se detenía al oriente sino en el límite de las primeras elevaciones de la cadena de las Montañas Rocosas.

Según el mapa, la distancia que había que recorrer para llegar al Golden Mount no era superior a setenta y cinco u ochenta leguas, y demandaría unos ocho días, si no se producía ningún retardo.

Durante el descanso, Bill Stell dijo a Summy Skim:

-En fin, de todos modos llegaremos al término de nuestro viaje y no tendremos más que pensar en el regreso.

-Amigo mío -respondió Summy Skim-, un viaje sólo ha finalizado cuando se está de regreso en casa, y éste lo creeré definitivamente terminado sólo el día en que la puerta de nuestra casa de la calle Jacques-Cartier se cierre detrás de nosotros.

¿Quién hubiera podido criticarlo por hablar de modo tan prudente?

La caravana necesitó cuatro días para alcanzar la confluencia del Peel y el Mackensie, adonde llegó el 16 de junio por la tarde.

Nada perturbó estas largas etapas efectuadas sin demasiadas fatigas por el suelo llano que bordeaba el lecho del río. El país estaba desierto. Apenas se encontraban algunos grupos de indios que viven de la pesca en el delta del gran río. No se encontraron, pues, con la banda de la que les había hablado el agente-jefe de Fort Macpherson. El scout, conocedor del tipo de aventureros que la componían, procuraba evitar todo contacto con ella.

-Lleguemos solos al Golden Mount -repetía-, y volvamos solos; eso será lo mejor.

-Nos defenderemos -respondía el contramaestre.

-Es preferible no tener que defenderse -declaraba Bill Stell.

-Y que nadie nos siga adonde vamos -declaró Ben Raddle.

El scout tomaba todas las precauciones. Dos de sus hombres iban siempre como exploradores delante y en los flancos de la caravana. Durante los descansos, los accesos del campamento eran custodiados celosamente para precaverse de cualquier ataque sorpresivo.

Así pues, hasta el momento no habían tenido ningún encuentro desagradable. Tampoco descubrieron ninguna huella de la banda sospechosa. Al parecer, se había internado en la parte montañosa del territorio, que se extiende hasta el este del Mackensie.

La desembocadura de este gran torrente constituye una • importante red hidrográfica quizás sin parangón en ninguna región del Nuevo ni del Viejo Mundo. Sus ramales se despliegan como las laminillas de un abanico. Se comunican entre ellos por una multitud de brazos secundarios, de canales caprichosos que los grandes ríos transforman en una enorme superficie helada durante el invierno. En esta época del año, los últimos restos del deshielo se disuelven en las aguas del mar Artico, y el río Peel no arrastraba ni un solo témpano.

Viendo esta composición tan complicada del estuario del Mackensie, cabe

preguntarse si su ramal oeste no está formado por el propio río Peel, que se reúne con el ramal principal, el del oeste, por la red- que se extiende entre ellos.

Poco importa, por lo demás. Lo que importaba era que la caravana pudo pasar a la orilla izquierda de este ramal del oeste, y el yacimiento del Golden Mount se encontraba a poca distancia de esta ribera, casi en el límite del océano glacial Artico.

El paso no se efectuó sin dificultades durante el alto que hizo la caravana el día 16. Felizmente, el nivel de las aguas no era elevado y, después de una minuciosa búsqueda, el scout descubrió un vado por el que los hombres y los animales, e incluso los vehículos, podían pasar, tomando la precaución de descargar los carros.

Esta operación les ocupó toda la tarde, pero, cuando comenzó a oscurecer, Bill Stell y sus compañeros estaban instalados en la otra ribera. Enormes macizos de árboles les proporcionaban albergue, y si en ese momento sonaron algunos disparos, no fue para defender el campamento contra enemigos bípedos, sino contra cuadrúpedos de la familia de los plantígrados. Tres o cuatro osos, viéndose tan mal recibidos, abandonaron el campo, sin dejar esta vez una segunda piel que hubiera completado el par.

Al día siguiente, 17 de junio, a las tres de la mañana, cuando amanecía, Bill Stell dio la señal de partida y los animales enfilaron a lo largo de la orilla izquierda.

De acuerdo con los cálculos del guía, bastarían tres días para llegar al litoral cerca del delta del Mackensie y estar a la vista del Golden Mount, si las indicaciones del mapa eran precisas. Y, aunque la longitud y la latitud señaladas por Jacques Laurier no fuesen absolutamente exactas, de todos modos la montaña sería visible, ya que dominaba la región.

Las etapas a lo largo del ramal occidental del gran río se efectuaron, pues, sin obstáculos. Solamente el tiempo era menos favorable. Nubes venidas del norte se desplazaban a gran velocidad, y la lluvia cayó a veces con violencia. La marcha se retardó por esta causa, y al cabo de unas horas tuvieron que buscar refugio bajo los árboles de las riberas; las paradas nocturnas fueron penosas.

Pero todas las incomodidades se soportaban ahora que la meta estaba cerca.

Fue una circunstancia feliz el que la caravana no se viera en la necesidad de internarse en la red hidrográfica del delta. El scout se preguntaba, no sin razón, cómo habría podido lograrlo. Atravesar tantos ríos que no eran vadeables habría constituido un serio problema. Habrían tenido que dejar atrás una parte del material para venir a recogerlo después. Podía incluso ocurrir que las tormentas se descargaran en lluvias abundantes, que la red quedara inundada en toda su extensión y no permitiera el paso ni a los peatones ni a los carros.

Sin embargo, no se produjo ninguna eventualidad grave que pudiera demorar ni siquiera por veinticuatro horas la llegada del scout y sus compañeros al litoral del mar Artico. En la tarde del 19 de junio, estaban a no más de cinco o seis leguas de ese lugar cuando acamparon cerca del ramal occidental. Al día siguiente, sin ninguna duda, se detendrían en las primeras arenas de la orilla.

A las cinco, el sol estaba aún bastante alto en el horizonte; por desgracia, algunas brumas se acumulaban hacia el norte.

Todas las miradas, se comprende, se mantenían fijas en esa dirección, con la esperanza de divisar la cima del Golden Mount. Admitiendo incluso que su altura fuera de sólo quinientos a seiscientos pies, debería ser visible a esa distancia, y sin ninguna duda lo sería durante la noche si su cráter se coronaba de llamas.

Nada apareció ante esos ojos impacientes; era como si el horizonte estuviera cerrado únicamente por una línea circular, como si el cielo y el agua se hubieran juntado sobre su perímetro.

Se concibe a qué grado de nerviosismo habían llegado Ben Raddle y, no menos que él, el contramaestre, que compartía todas sus esperanzas y todas sus ilusiones. No se podían mantener quietos. Si el scout y Summy Skim no los hubieran retenido, habrían reanudado la marcha en medio de la oscuridad para no detenerse sino cuando ya no tocaran tierra firme bajo sus pies, es decir, en ese límite del Dominion bañado por las aguas del océano Polar.

Con la mirada ávida, no cesaban de observar al norte, al este, al oeste esa región que la noche envolvería muy tarde, pero no percibían nada entre las ligeras brumas suspendidas en el espacio.

-Pero cálmate, cálmate, Ben -repetía Summy Skim-, y espera con paciencia hasta mañana. Si el Golden Mount está ahí, lo encontrarás en su lugar, y es inútil dejar el campamento para ir a buscarlo unas horas antes.

Su sabio consejo fue apoyado por Bill Stell, y Ben Raddle y Lorique tuvieron que rendirse. Siempre había que tomar algunas precauciones contra el posible encuentro con indios y, ¿quién sabe?, con esa tropa de aventureros que se había alejado de Fort Macpherson.

La noche transcurrió en esas condiciones y, cuando amaneció, los vapores aún no se habían disipado y a dos o tres leguas el Golden Mount no hubiera sido visible.

Dijo Summy Skim, no sin cierta apariencia de razón:

-Si ese Golden Mount no existe, aunque el tiempo fuera bueno y todo estuviera claro no lo veríamos más que ahora.

Con ello indicaba que en él persistía la duda sobre el descubrimiento del francés, y quizás Bill Stell no estaba lejos de compartir su desconfianza.

En cuanto a Ben Raddle -los rasgos contraídos, la frente ensombrecida, la inquietud pintada en su rostro-, no se podía contener.

Se levantó el campamento a las cuatro de la mañana. El sol ya estaba algunos grados por encima del horizonte. Se sentía su presencia detrás de las brumas que sus rayos todavía no habían podido disipar.

La caravana reanudó la marcha. A las once -no debían estar a más de dos millas del litoral-, por ninguna parte se levantaba el Golden Mount.

Summy Skim se preguntaba si su primo no iba a volverse loco. ¡Tantas fatigas, tantos peligros para no llegar más que a una desilusión!...

Pero no; antes del mediodía, una claridad apareció hacia el norte. Los vapores se disiparon y se escuchó a Neluto gritar:

-¡Allá, allá... un humo!

Y al mismo tiempo aparecía la montaña, el volcán de oro, cuyo cráter dejaba escapar algunos vapores fuliginosos.

VII
El Golden Mount

El scout y sus compañeros no emplearon más de dos horas en franquear la distancia que los separaba del Golden Mount. Parecían atraídos por esa montaña como si fuera un enorme imán y ellos hubiesen sido de hierro.

-¿Y no lo somos, y no es preciso ser de hierro para soportar todo lo que hemos soportado hasta aquí?

Tal fue la respuesta con la que Summy Skim creyó que debía completar la comparación expresada más arriba, enunciada por el contramaestre.

Todavía no eran las cinco cuando la caravana se detuvo al pie del volcán; su base occidental bordeaba el curso de un estero, el Rubber Creek, indicado por Jacques Laurier, que corría hacia el océano. Los últimos cimientos del Golden Mount por el lado norte los bañaban las aguas del mar Artico.

La región estaba absolutamente desierta. Ni del otro lado de la montaña, ni del lado de la desembocadura del Mackensie, se mostraba siquiera alguna aldea indígena o algún grupo de indios que recorriera el litoral. Mar adentro, ni una sola embarcación, ni una vela de ballenero, ni un humo de algún vapor. No, en esa región lejana nadie se había adelantado a Ben Raddle y sus compañeros. Quizás Jacques Laurier y Harry Brown eran los únicos que habían llevado sus exploraciones hasta la desembocadura del Mackensie para comprobar la existencia del Golden Mount.

El scout estableció su campamento a menos de una media legua del litoral, al pie del flanco este, separado del Rubber Creek por un bosque de abedules y álamos. No le faltaría a la caravana ni agua dulce ni madera. Más allá, al oeste y al sur, se extendían vastas llanuras verdes de hierba en la que se veían desperdigados macizos de árboles; a juicio de Summy Skim, allí la caza debía ser abundante. Mientras caminaban, había comprobado que ni animales ni aves escasearían, y juntando los productos de la caza con los de la pesca, sin hablar de las reservas, la comida estaría asegurada en este campamento del Golden Mount.

Este yacimiento pertenecía al ingeniero en su calidad de primer ocupante. Nadie había tomado posesión de él hasta ahora, nadie tendría el derecho de intervenir. Como ningún poste limitaba el yacimiento, ningún impuesto podía ser exigido por la administración canadiense.

La instalación se organizó rápidamente bajo la dirección de Bill Stell. Se levantaron dos tiendas en el límite del pequeño bosque. Los carros fueron estacionados en un claro al borde del río. Las mulas podían pastar libremente en las praderas vecinas. Obviamente, para no abandonar las precauciones, los accesos al campamento serían vigilados día y noche, aunque no parecía que se pudiera temer nada, salvo a los osos, huéspedes habituales de esos territorios del alto Dominion.

La explotación del Golden Mount no demandaría mucho tiempo: el suficiente para extraer ese tesoro amontonado en el cráter y cargar con él los carros. No habría que emplear la piqueta ni hacer ningún lavado. Según las informaciones de Jacques Laurier, el oro se presentaba en forma de polvo o de pepitas. Todo el trabajo había sido realizado hacía mucho tiempo por los agentes plutónicos del Golden Mount.

En todo caso, Ben Raddle no podía estar seguro de ello hasta después de efectuar la ascensión de la montaña y reconocer la disposición del cráter, al cual era fácil descender, según Jacques Laurier. Pero había sobrevenido una circunstancia que podía crear ciertas dificultades, y precisamente esa tarde el contramaestre Lorique conversó del asunto con el ingeniero.

-Señor Ben -le dijo-, cuando el francés le reveló a usted la existencia del Golden Mount, ¿no le habló de un volcán apagado?

-Apagado... sí. Por lo menos en la época en que él lo visitó, no arrojaba humo ni llamas.

-El subió hasta la cima, si no me equivoco.

-E incluso se introdujo en el cráter –añadió Ben Raddle.

-¿No pensó que se pudiera temer una erupción próxima?

-No, ningún vapor salía del cráter... pero hace de eso cerca de seis meses, y después las fuerzas eruptivas han podido entrar en acción.

-No hay duda sobre eso -respondió el contramaestre-, ya que de lo alto del monte se elevan volutas de humo, y yo me pregunto cómo vamos a poder descender al cráter.

Desde luego, Ben Raddle también había pensado en esa eventualidad desde el último descanso que hicieron. No se trataba de un volcán apagado, sino tan sólo dormido, y se despertaba. ¿Y qué se podría hacer en caso de que fuera imposible penetrar en el cráter? Le comunicó lo que pensaba a Lorique.

-Una erupción nos ahorraría todo el trabajo, ya que vaciaría ella misma el Golden Mount de las pepitas que encierra. Sólo tendríamos que recogerlas al pie de la montaña. Nos evitaríamos un buen trabajo. Así que esperemos. Mañana, cuando hayamos subido, actuaremos según la circunstancias.

La tarde terminó en condiciones muy aceptables. La brisa desapareció antes de la puesta del sol. El cielo, muy puro, se llenó de estrellas, y la estrella polar brilló casi en el cénit, por encima del horizonte del norte.

El scout organizó la vigilancia del campamento. Sólo perturbó la noche el gruñido lejano de unos osos que no se aventuraron hasta el Golden Mount.

A las cinco, todos estaban en pie.

Summy Skim no dejaba de contemplar con algún interés este famoso Golden Mount, y quién sabe si no cedía también a la tentación de sacar el oro a manos llenas desde tan enorme tesoro.

-Bueno -se decía-, si nuestro tío Josías hubiera descubierto algo así, es probable que unas semanas le hubieran bastado para recoger millones. En lugar de morir en Klondike, habría regresado a su país para codearse con los multimillonarios del Nuevo Mundo. El destino no lo ha querido, y la suerte le ha tocado a sus sobrinos, uno de los cuales, por lo menos, jamás ha llevado sus ambiciones a tal extremo... ni siquiera en sueños. Pero, en fin, ya que hemos hecho tanto como llegar a visitar las orillas del mar Artico, tratemos de regresar con los bolsillos bien provistos, ¡y por bolsillos entiendo nuestros carros cargados de oro hasta romperse! Con todo, a decir verdad, por más que miro esta montaña por todos lados y me repito que encierra cantidades de ese precioso metal como

para humillar a Australia, California y África, no le encuentro bastante aspecto de caja fuerte.

Si es por eso, para darle en el gusto el Golden Mount hubiera tenido que parecerse a las cajas del banco de Inglaterra o del banco de América: un paralelepípedo de flancos

perpendiculares con una puerta abierta en su fachada principal; pero, como Ben Raddle no conocía la clave, ¿cómo habría podido abrirla?

No, el Golden Mount era sencillamente un monte vomitador de fuego, un cono irregular que dominaba esa parte del litoral. Medía de novecientos a mil metros de altura y, por lo que se podía apreciar, su circunferencia en la base no debía ser inferior a cinco millas. Cono, o más bien cono truncado, culminaba en una meseta en lugar de hacerlo en punta.

Enseguida se pudo comprobar que el ángulo de sus flancos, muy abierto, hacía por lo menos setenta grados con la vertical, y en esas condiciones seguramente la ascensión presentaría grandes dificultades. Pero, en fin, no podía ser imposible, ya que Jacques Laurier y su compañero habían subido hasta el cráter.

El lado más empinado, casi perpendicular, era el del norte, de cara al mar. No había ni que soñar con intentar la ascensión por ese costado. Además, por allí la base del monte entraba en el mar. Ninguna roca emergía a sus pies, y se habría podido llamarla acantilado si hubiera estado compuesta por materia cretácea o blanquizca en lugar de presentarse con el color negruzco que revisten las sustancias eruptivas.

Ben Raddle y Lorique se preocuparon, pues, de decidir por qué lado del Golden Mount tratarían de llegar hasta la cumbre. Jacques Laurier no lo había indicado.

Sólo habría que dar un centenar de pasos para llegar a la base, ya que el campamento se había establecido precisamente en el ángulo formado por el Rubber Creek y el flanco este.

En cuanto a los taludes, parecían estar recubiertos por una hierba corta, sembrada por unas matas leñosas que podrían servir de puntos de apoyo a los que subían. Pero en la parte superior se veía un humus sombrío, tal vez una capa de cenizas y de escorias. Por lo demás, no parecía que hubiera habido alguna erupción reciente, lo que explicaba que Jacques Laurier hubiera creído que el volcán estaba apagado desde hacía tiempo.

Ben Raddle y Lorique regresaron al campamento y dieron cuenta del resultado de sus exploraciones. Sería por los flancos del oeste, cuya pendiente era menos acusada, por donde convendría efectuar la ascensión.

-Sea -respondió el scout-, pero recuperemos fuerzas y desayunemos inmediatamente.

-Prudente medida -añadió Summy Skim-, pues tardaremos unas dos o tres horas en llegar al cráter, y por poco tiempo que estemos en la cumbre, sólo estaremos de regreso por la tarde.

Se preparó el desayuno. No se utilizaron las presas cazadas la víspera durante la marcha de la caravana. Ben Raddle, Summy Skim y sus compañeros se contentaron con carne en conserva, jamón y luego bizcochos y té. En menos de cuarenta minutos habían satisfecho su apetito.

Además, por consejo de Bill Stell se decidió llevar algunas provisiones, por si los excursionistas tenían necesidad de ellas, y se llenaron las cantimploras con ginebra y whisky mezclados con agua en proporción conveniente. Se llevaron también piquetas y cuerdas que podrían ser útiles en las rampas muy empinadas.

Por lo demás, el tiempo se mostraba favorable a esta tentativa. Se anunciaba un hermoso día. El sol no sería demasiado ardiente encima de las nubes, que un ligero viento del norte impulsaba.

Neluto no tomaría parte en esta primera ascensión. Guardaría el campamento con el personal, y no debería alejarse bajo ningún pretexto. No parecía que hubiera nada que

temer, porque el país estaba desierto. Sin embargo, era importante mantener una severa vigilancia.

Ben Raddle, Summy Skim, Lorique y el scout partieron hacia las ocho, y se fueron bordeando la base meridional del monte para llegar al lado oeste. Curiosamente, no se encontraban trazas de materias eruptivas, ni siquiera bajo la hierba. De la última erupción (¿a qué época se remontaría?) no se hallaba ningún indicio, nada que se asemejara al polvo de oro. ¿Se podía concluir que esos productos habían sido arrojados por el lado del mar y que yacían en las profundidades de las aguas del litoral?

-Poco importa, en todo caso -respondió Ben Raddle al contramaestre, que era el que había hecho esta observación-. Es probable e incluso seguro que no ha habido erupción desde que Jacques Laurier visitó este volcán. De ello hace apenas ocho meses, y las pepitas que él vio en el cráter nosotros también las veremos.

Eran las ocho y media cuando la expedición se detuvo en la base del lado que miraba hacia el este y que se prolongaba hasta el litoral.

Después de un atento examen, se reconoció que ese costado presentaba un declive menor en la parte que se dirigía en forma oblicua hacia el norte. Convendría dirigirse en esa dirección primero, sin perjuicio de modificarla después si era necesario.

El scout se puso a la cabeza. Al principio, la pendiente no era demasiado empinada: no sobrepasaba los cuarenta grados. Las hierbas prestaban un sólido apoyo a los pies, y no fue necesario emplear las piquetas ni las cuerdas. Bill Stell, que había realizado muchas excursiones en las montañas Rocosas, era un guía práctico. Un seguro instinto lo conducía, y era tan vigoroso, tan avezado en los ejercicios de este tipo, que sus compañeros tenían que hacer esfuerzos para que no los adelantara demasiado.

-¡He aquí lo que significa -decía Summy Skimhaber atravesado veinte veces los pasos del Chilkoot! ¡Eso te da piernas de gamuza!

Pero, después del primer tercio de la ascensión, probablemente hasta una gamuza se habría visto en apuros. Habría sido necesario tener alas de buitre o de águila. La pendiente era tan acusada que tuvieron que ayudarse con las rodillas, los pies y las manos, agarrándose de las matas y los arbustos. Pronto se hizo indispensable el empleo de las piquetas y las cuerdas. El scout se adelantaba, plantaba una piqueta entre las hierbas, desenrollaba la cuerda atada a ella y los otros se izaban hacia él. Actuaban con la mayor prudencia, porque cualquier caída a la base del monte habría sido mortal.

Hacia las nueve, Ben Raddle, Summy Skim y el contramaestre se habían reunido con Bill Stell en la mitad de la ladera. Hicieron un alto para retomar el aliento. Bebieron algunos sorbos de las cantimploras y continuaron marchando o más bien arrastrándose a lo largo del talud.

Si bien el volcán exhibía un penacho de humo en su cima, prueba de que las fuerzas subterráneas estaban en actividad, no se escuchaba ningún ronquido, y no se percibía ningún estremecimiento en la superficie del talud. Sin duda, su espesor era considerable por este lado, y la chimenea del cráter se abría más bien en la parte norte o en la parte oeste del volcán.

La ascensión se volvió cada vez más difícil e incluso peligrosa, pero no existía ningún temor de que no se pudiera llegar a lo alto del cono. ¿Era admisible pensar que el scout y sus compañeros fueran incapaces de hacer lo que los dos franceses[23] habían hecho algunos meses antes?

[23] Julio Veme olvida que Harry Brown no era francés, sino anglocanadiense.

Aun así, Summy Skim se encontró en gran peligro en determinado momento. Se izaba a la siga del scout en una de las rampas más empinadas cuando la piqueta a la que estaba atada la cuerda que lo sostenía se desprendió.

¡Qué grito de terror lanzó Ben Raddle al ver a su primo rodar por el talud! Si su caída hubiera continuado hasta el pie del monte, no se habría recogido de él más que el cadáver.

Felizmente, Lorique, que cerraba la marcha, pudo agarrarse a unas matas resistentes y retener a Summy Skim en el momento en que pasaba rodando junto a él. Por fortuna también, las matas no cedieron y el accidente no tuvo consecuencias.

-¡Mi pobre amigo! -exclamó Ben Raddle, deslizándose hacia su primo.

-Sí, Ben, me he salvado por milagro.

-¿Estás herido?

-No... Algunos rasguños, que no hacen necesaria la presencia del doctor Pilcox ni los cuidados de las buenas hermanas Marta y Magdalena. ¿Sabes lo que pensaba cuando iba rodando?

¿Qué pensabas?

-Que el volcán me vomitaba como a una vulgar pepita.

-Una media hora más -dijo Bill Stell-, y estaremos arriba.

-En camino, pues -dijo Summy Skim.

Una distancia de doscientos pies, a lo sumo, separaba a los escaladores de la cima del Golden Mount, pero fue ardua de recorrer. Casi no había hierba. Las matas de arbustos eran inexistentes a esa altura. La superficie rocosa no presentaba ningún punto de apoyo. Había que tomar extremas precauciones y, con la ayuda de cuerdas, el scout y sus compañeros continuaron subiendo, no sin detenerse cada cierto tiempo para tomar aliento. Las humaredas del cráter no los molestaban, pues iban en sentido opuesto.

El reloj de Ben Raddle marcaba exactamente las diez horas y trece minutos cuando los escaladores se encontraron todos reunidos en la pequeña porción de cono truncado que formaba la meseta del monte.

Todos, más o menos derrengados, se asieron en las rocas de cuarzo que rodeaban la meseta, que debía medir unos trescientos o cuatrocientos pies de circunferencia. Más o menos en su centro se abría el cráter, del que emanaban vapores fuliginosos y humaredas amarillentas.

Antes de dirigirse a esa chimenea ignívoma que no arrojaba cenizas ni restos, y de la que no se escapaba ninguna lava, Ben Raddle y sus compañeros observaron el vasto panorama que se desplegaba ante sus ojos. Desde esa altura la vista se extendía sobre un radio de cinco a seis leguas hasta el horizonte.

Hacia el sur se veían esas verdes llanuras que la caravana había atravesado después de dejar la confluencia del río Peel para descender a lo largo de su orilla izquierda.

Al noroeste se dibujaba el litoral del océano Artico bajo la forma de un pedregal arenoso, que limitaba al fondo con un inmenso bosque.

Al este, al pie del Golden Mount, se entremezclaba la red hidrográfica del estuario del Mackensie, cuyos múltiples brazos se derramaban en una ancha bahía defendida por un archipiélago de islotes áridos y negruzcos escollos.

Luego, la costa se alejaba en línea recta hacia el norte y terminaba en un promontorio colosal que cerraba el horizonte por ese costado. En cuanto a la región que se extendía más allá del delta, anchas planicies la recubrían, regadas por algunos arroyos. Pero era

menos llana. Algunas elevaciones entre los macizos de árboles acusaban un cierto relieve del suelo. Más allá surgían las primeras ramificaciones del sistema de las montañas Rocosas.

Al norte del Golden Mount, a partir del acantilado vertical cuya base desaparecía bajo las aguas, el mar no tenía otro límite que la línea perimétrica del cielo.

La atmósfera, purificada por la brisa, disueltos sus vapores bajo los rayos solares, era de una perfecta claridad. El mar centelleaba a medida que subía el sol. Ningún obstáculo detenía la mirada en ese sector, cuya extensión no mediría menos de (...) leguas. Y hubiera podido alcanzar una distancia diez veces mayor sin encontrar el litoral

de un continente. Sólo podían detenerla los bancos de hielo de los mares árticos.

Durante el verano, este inmenso océano recibe la visita de los cazadores de ballenas, mientras que los cazadores de focas y morsas frecuentan las riberas de las islas.

Ben Raddle y sus compañeros no divisaron a ninguno, y hasta donde se perdía la vista las bahías, las caletas, las ensenadas, los islotes parecían desiertos. No se veían ni extranjeros ni indígenas, pese a que las bocas del Mackensie son ricas en mamíferos marinos, en anfibios de toda especie.

Pero no ocurría lo mismo en alta mar. Con la ayuda de un catalejo, el scout pudo divisar algunas velas y algunas humaredas en el horizonte septentrional.

-Son balleneros -dijo-, que han llegado a estos parajes del océano Artico después de haber atravesado el estrecho de Bering. Dentro de dos meses retomarán la ruta del estrecho. Unos harán escala en Saint-Michel, en la desembocadura del Yukon; los otros, en Petropolawsk del Kamtchatka, en la costa asiática; luego irán a vender en los puertos del Pacífico los productos de su caza.

-¿No habrá alguno que haga escala en Vancouver? -preguntó Summy Skim.

-En efecto -respondió Bill Stell-, pero cometen un error, un gran error, porque es muy difícil retener a la tripulación. La mayoría de los marineros deserta para ir a Klondike.

Era verdad. La fiebre del oro atrapaba a estos marineros a pesar de que acababan de regresar de una penosa campaña por lejanos parajes. Por eso, para salvarlos de la epidemia, los capitanes de los balleneros evitaban siempre que les era posible hacer escala en los puertos de la Columbia inglesa, y preferían los del continente asiático.

Después de un descanso de una media hora, que harta falta les hacía, Ben Raddle y los otros se levantaron para visitar la plataforma del Golden Mount.

El cráter no estaba situado en el centro. El orificio de esta chimenea medía de setenta y cinco a ochenta pies de circunferencia, y de allí salían vapores y fumarolas con alguna intensidad. Pero, tal como lo había dicho Jacques Laurier, aproximándose hasta donde les fue posible Ben Raddle y Lorique pudieron comprobar que se podía descender al interior. El francés lo había hecho, cuando no se producía ninguna erupción. Había podido considerarlo incluso como apagado. En ese cráter había comprobado la presencia de cuarzo aurífero, pepitas y polvo de oro, que eran como el hollín de esta chimenea. Pero lo que él había hecho, a Ben Raddle le estaba vedado. Lo hubieran asfixiado los gases volcánicos.

En cuanto al polvo de oro, en efecto se encontraba en los accesos del cráter, mezclado con la capa de ceniza. Pero, como señaló Lorique, ¿qué era eso al lado del prodigioso amontonamiento de pepitas en el interior del volcán?

Añadió Ben Raddle:

-Tenemos que sacar el oro del interior mismo del cráter. Si este movimiento eruptivo se calma, si los vapores se disipan, bajaremos como bajó Jacques Laurier.

-¿Y si no se disipan? -preguntó Summy Skim-. ¿Si todo descenso es imposible?

-Esperaremos, Summy...

¿Y qué esperaremos, Ben?

-Que la erupción haga lo que nosotros no pudimos hacer, y que expulse las materias contenidas en las entrañas del Golden Mount.

Era evidente que era lo único que se podía hacer. Para gentes que no tuvieran que contar los días ni las horas, que pudieran instalarse en las desembocaduras del Mackensie como tantos otros se instalan en Dawson-City, que pudieran afrontar la terrible estación del invierno en esa alta latitud en condiciones soportables, sí, era lo indicado. Pero si la erupción tardaba, si antes de dos meses el volcán no había expulsado por sí mismo su tesoro de pepitas, ¿no se verían obligados Ben Raddle y Summy Skim a levantar su campamento, retomar el camino de Dawson-City y, si no regresaban a Montreal, pasar todavía seis o siete meses en la capital de Klondike?

Este pensamiento, que fue común a todos, Summy Skim lo expresó con una pregunta:

-¿Y si la erupción tarda, Ben, si no se produce antes del invierno?

Ben Raddle volvió la cabeza. Summy Skim no quiso insistir. Comprendía que las circunstancias serían más fuertes que la voluntad, que la tenacidad de Ben Raddle.

Después de un descanso de dos horas en la planicie del cono, los escaladores iniciaron el descenso. Aunque éste ofreció grandes peligros de caída y exigió serias precauciones, por lo menos se efectuó en la mitad de tiempo que la ascensión.

Una hora después, el scout y sus compañeros, bastante fatigados, pero sanos y salvos, estaban de regreso en el campamento.

VIII
La audaz idea de un ingeniero

Lo mejor que se podía hacer era dejar al scout la responsabilidad de organizar el campamento en previsión de una estancia de algunas semanas. Cuando Ben Raddle se lanzó en esta nueva campaña, no dudó de que, según las informaciones de Jacques Laurier, exactas por lo demás, bastaría con ir al Golden Mount, sacar las pepitas del cráter, cargarlas en los carros y regresar a Dawson-City. Se requerirían a lo sumo ocho días para la realización de este fácil trabajo, y el viaje, ida y vuelta comprendidas, no se prolongaría por más de tres meses. Después de haber dejado la capital de Klondike el 7 de mayo, la caravana regresaría los primeros días de agosto. Tendrían tiempo suficiente para llegar a Skagway, bajo la conducción de Bill Stell, antes de los grandes fríos, y luego a Vancouver, de donde el tren llevaría a Ben Raddle y Summy Skim a Montreal.

-¡Y qué tren -bromeaba Summy Skim-, qué tren será necesario para transportarnos a nosotros y los millones del Golden Mount, y qué exceso de equipaje!

Pero los millones estaban en el cráter, y no se los podía sacar.

El scout, como hombre entendido, tomó todas las medidas para asegurar la existencia de sus compañeros y la comida para los animales hasta el día en que les fuera absolutamente indispensable abandonar el campamento. Tratar de permanecer allí durante el invierno era imposible. Pasara lo que pasara, tuviera o no éxito la campaña, habría que dejarlo a mediados de agosto, a más tardar. Después de esa fecha, la marcha a través de esa región más allá del círculo ártico, en la que las borrascas y las tempestades de nieve causan estragos, se haría imposible.

-Ahí está el ejemplo de esos dos desdichados franceses -observó Summy Skim-, que los fríos de noviembre dejaron muertos en el camino.

La vida en ese lugar iba a ser una constante espera; se necesitaría una fuerte dosis de paciencia para soportarla. Claro, podrían observar el estado del volcán, estar al tanto de si la erupción se acentuaba, y tendrían que realizar otras ascensiones. Ni Ben Raddle ni el contramaestre, ellos sobre todo, retrocederían ante la fatiga, y seguirían día a día el progreso del fenómeno.

Summy Skim sabría aprovechar esas largas horas cazando, ya fuera en las planicies del sur y del oeste, ya en las marismas del delta del Mackensie. La caza de marisma, los patos entre otros, no faltaba, lo mismo que la caza de piel o de pluma en las praderas y en los bosques. Probablemente serían otra vez Neluto y él los únicos que no encontrarían los días interminables. Tendrían cuidado, desde luego, de no alejarse demasiado. Durante el verano, algunas tribus indígenas frecuentan el litoral del océano Polar, y lo mejor es evitarlas.

En cuanto al personal de la caravana, si quería entregarse al placer de la pesca tendría todo el tiempo que quisiera. El pescado abundaba en ese laberinto de esteros que se multiplicaban entre los ramales orientales y occidentales del río. Sólo por ese concepto, la alimentación general habría estado asegurada hasta la formación de los primeros témpanos.

Al cabo de unos días no se había producido ningún cambio en la situación. Pero, aunque Ben Raddle no observó que la erupción mostrara una tendencia a intensificarse, pudo adquirir la certeza de que la chimenea volcánica estaba cavada en el lado este del monte. Por eso el perfil occidental era más alargado y por allí la ascensión era más fácil. Desde el campamento, establecido casi al pie del Golden Mount y que dominaba su fachada oriental, se escuchaba con bastante claridad el sordo tumulto del trabajo plutónico. El ingeniero concluía que el espesor de ese lado abrupto no debía ser muy importante y que las paredes de la chimenea no debían estar lejos de la superficie. El contramaestre compartía esta opinión. Pero, admitiendo que fuera posible cavar una galería hasta esa pared, no serviría para introducirse en la chimenea, ya que ésta estaría en toda su longitud llena de humo y quizás también de llamas. La única ventaja de cavar una galería estaba en que, como transmitiría los ruidos internos al exterior, sería más fácil reconocer los síntomas de una próxima erupción sin que fuera necesario subir a la cima para examinar el cráter.

Por desgracia, durante esta primera semana ninguna llama, ninguna materia eruptiva escapó de la boca del volcán. Lo único que se observaba era un remolino de vapores fuliginosos.

Llegó el primer día de julio. Se imaginará fácilmente con qué impaciencia vivían Ben Raddle y sus compañeros. La imposibilidad de hacer algo para modificar la situación los enervaba a todos, en grados diversos. Una vez que instalaron el campamento, el scout

y sus hombres no tenían nada que hacer de la mañana a la noche. Unos pasaban el tiempo pescando, en el Rubber Creek o en el principal brazo del delta. Los otros iban a tender las redes al litoral. De esta manera tenían en abundancia pescado de agua dulce y pescado de mar. Pero nada impedía que los días se hicieran interminables.

Varias veces Summy Skim propuso a Ben Raddle que lo acompañara a cazar. Pero el ingeniero rehusó siempre. El contramaestre, el scout y él se quedaban en el campamento o erraban al pie de la montaña, conversando, discutiendo, observando, sin poder llegar a ninguna conclusión. Hicieron dos nuevas ascensiones, y encontraron las cosas en el mismo estado: volutas de humo, bocanadas violentas de vapor a veces, pero jamás una eyección.

-¿No se podría provocar una erupción -dijo un día el scout- o, en su defecto, no se podría abrir el vientre a esta montaña con dinamita?

Ben Raddle miró a Bill Stell, sacudió la cabeza y no dijo una palabra.

Pero Lorique respondió:

-Toda nuestra provisión de pólvora no bastaría, y, además, admitiendo que se abriera una brecha, ¿qué saldría de allí?

-Tal vez un torrente de pepitas -dijo Bill Stell.

-No -declaró Lorique-, nada más que vapores. Saldrían por la brecha en lugar de salir por el cráter. Eso es todo lo que ganaríamos. No habríamos avanzado un paso. Lo que es seguro es que el Golden Mount estaba dormido desde hace tiempo, y ahora se despierta. Si hubiéramos llegado algunos meses antes, es probable que hubiéramos podido bajar al cráter. Pero la mala suerte está con nosotros, y sin duda pasará tiempo antes de que la erupción se produzca. Lo más sensato es, simplemente, armarse de paciencia.

-En dos meses estaremos a principios del invierno -declaró Bill Stell.

-Lo sé, scout.

-Y si la erupción no se ha producido... habrá que partir de todos modos.

-Lo sé -repitió el contramaestre-. Y bien, en ese caso partiremos, regresaremos a Dawson-City y volveremos en los primeros días de primavera.

-¿Cree usted que el señor Skim consentirá en pasar un segundo invierno en Klondike?

-Summy podrá volver a Montreal si quiere -dijo entonces el ingeniero, interviniendo en la conversación-. En cuanto a mí, me quedaré en Dawson-City y sólo tendrá que reunirse conmigo allí, si quiere, en el mes de mayo próximo. Tarde o temprano el volcán estará en plena erupción, y yo quiero estar aquí.

Como se ve, el ingeniero había reflexionado bien sobre sus proyectos y estaba decidido. Pero, ¿qué haría Summy Skim?

El scout se contentó con decir:

-Sí, tarde o temprano el Golden Mount arrojará sus pepitas y su polvo de oro... Pero lo mejor sería que lo hiciera pronto... ¿Y no se podría provocar esa erupción? -dijo una vez más.

Por segunda vez, Ben Raddle se limitó a mirar sin decir palabra.

En los días siguientes se declaró el mal tiempo. Grandes tormentas llegaron del sur, y parecía que bajo la acción de esas perturbaciones atmosféricas el volcán se volvía más activo. Algunas llamas aparecieron entre los vapores, pero sin arrastrar las sustancias contenidas en el cráter.

Las tormentas no duraron mucho y fueron seguidas por lluvias torrenciales. Se

produjo la inundación parcial del estuario del Mackensie, y las aguas se desbordaron entre los dos brazos principales del río.

Por supuesto que durante este fastidioso período Summy Skim no pudo irse de caza, y los días le parecieron eternos. Por otra parte, el scout había creído su deber ponerlo al corriente de las intenciones de Ben Raddle: volver, si era preciso, a pasar el invierno en Dawson-City dejando en libertad a su primo para regresar a Montreal. Podrían reanudar juntos la campaña en la primavera próxima.

El primer impulso de Summy Skim fue rebelarse. Pero se contuvo y dijo solamente:

-Estaba seguro.

Y como Ben Raddle no le hizo ninguna confidencia, él guardó la misma reserva, esperando el momento en que fuera necesaria una explicación definitiva.

El 5 de julio, después del mediodía, Summy Skim, el contramaestre y el scout fueron invitados por Ben Raddle a seguirlo a la tienda. En cuanto se hubieron instalado, el ingeniero, después de haber reflexionado una vez más el proyecto que meditaba desde hacía algún tiempo, se expresó en los siguientes términos:

-Escuchen, amigos, lo que voy a decirles.

Su expresión era grave. Las arrugas de la frente revelaban la obsesión que lo dominaba. Dada la sincera amistad que experimentaba por él, Summy Skim se sintió profundamente turbado. ¿Había tomado la decisión de abandonar la campaña,

de renunciar a luchar contra la naturaleza, que se negaba a secundarlo? ¿Iba a declarar, por fin, su determinación de regresar a Montreal si la situación no cambiaba antes de la mala estación, antes de seis semanas?

-Mis amigos -continuó-, no hay ninguna duda sobre la existencia de Golden Mount y sobre el valor de las materias que encierra. Jacques Laurier no estaba equivocado... Nosotros hemos podido comprobarlo con nuestros propios ojos. Por desgracia, estas primeras manifestaciones de una nueva erupción nos han impedido entrar en el cráter del Golden Mount. Si hubiéramos podido bajar, nuestra campaña habría terminado e iríamos ya de regreso a Klondike.

-La erupción se producirá -dijo entonces el contramaestre en tono afirmativo-, y tal vez, es de esperar, ¡antes de la llegada del invierno!

-Que así sea -declaró Bill Stell- y todo habrá marchado del mejor modo.

-En seis semanas a más tardar -observó Summy Skim.

Hubo unos instantes de silencio. Cada uno, según su manera de ver las cosas, había dicho lo que tenía que decir. Pero sin duda el ingeniero tenía una proposición que hacer. Pareció que vacilaba antes de exponerla a sus compañeros.

Después de haberse pasado la mano por la frente, como hombre que se pregunta si ha previsto bien todas las consecuencias de un proyecto largamente meditado, continuó:

-Mis amigos, hace un tiempo dejé sin respuesta una proposición de nuestro guía Bill Stell. Es posible que él la haya hecho bajo la impresión del despecho que le causaba la impotencia en que nos hallamos para realizar nuestra tarea. Desde entonces, he reflexionado profundamente, he buscado los medios de ejecución... Creo haberlos encontrado. Cuando Stell, ante esta erupción que no acaba de producirse, dijo: "¿por qué no provocarla?", yo me dije a mi vez: "sí, ¿por qué no provocarla?"

El guía se levantó bruscamente, impaciente por que Ben Raddle completara su explicación, pues cuando él había dicho tal cosa en efecto lo había hecho por despecho.

Summy Skim y Lorique se miraban y parecían preguntarse si el ingeniero estaba aún

en posesión total de sus facultades mentales, si tantas decepciones y preocupaciones quizás no le habrían quebrantado la razón.

Pero no. Con la lucidez de un hombre perfectamente dueño de sí mismo respondió al scout cuando éste dijo:

-Provocar la erupción del Golden Mount... Muy bien. ¿Pero cómo?

-Escuchen: los volcanes, como ustedes saben, están todos situados al borde del mar o en las cercanías de un litoral... el Vesubio, el Etna, el Hecla, el Chimborazo (...), tanto los del Nuevo Mundo como los del Viejo Mundo. Se concluye naturalmente que deben estar en comunicación subterránea con los océanos. Las aguas se infiltran en él, se introducen brusca o lentamente según la disposición del suelo, penetran hasta el fuego interior, se calientan, se convierten en vapores y, cuando estos vapores encerrados en las entrañas del globo han adquirido una alta tensión, provocan un trastorno interno, tratan de escapar hacia el exterior, arrastran las escorias, las cenizas, las rocas por la chimenea del volcán en medio de torbellinos de humo y llamas. Esa es, sin duda, la causa de las erupciones y de los terremotos. Y bien, lo que hace la naturaleza, ¿por qué no lo pueden hacer los hombres?

Se puede decir que en ese momento todos devoraban al ingeniero con la mirada. La explicación que acababa de dar de los fenómenos eruptivos era seguramente la verdadera. Seguramente también el Golden Mount debía recibir en sus entrañas las infiltraciones del océano Artico. Y si, durante un tiempo más o menos largo, después de la última erupción, las comunicaciones estaban obstruidas, actualmente no lo estaban puesto que, bajo la presión de las aguas volatilizadas, el volcán empezaba a expulsar torbellinos de vapor.

¿Pero era posible alcanzar esas comunicaciones subterráneas, introducir a torrentes el agua del mar en la hoguera central? ¿Había llevado su audacia el ingeniero hasta querer intentar una obra semejante... hasta considerarla ejecutable?

Sus compañeros no querían creerlo, y fue Bill Stell el que le hizo la pregunta.

Respondió Ben Raddle:

-No, mis amigos, no se trata de semejante trabajo, que estaría por encima de mis fuerzas. No tenemos necesidad de ir a buscar en las profundidades, que pueden ser inmensas, la comunicación entre el volcán y el mar. La manera de proceder será de las más sencillas.

Lorique y el scout escuchaban sobreexcitados por la curiosidad. Lo mismo le ocurría a Summy Skim, que sabía que Ben Raddle era un hombre demasiado práctico para no hablar sino sobre bases sólidas.

-Ustedes han observado, como yo -continuó el ingeniero-, cuando estábamos en la cima del Golden Mount, que el cráter se encuentra en el costado este del monte. Allí termina el orificio de la chimenea. Por otra parte, el ruido del trabajo plutónico se escucha sobre todo por ese lado, y en este mismo momento el estruendo interior es perceptible.

En efecto, como para dar razón al ingeniero, los rugidos del volcán se propagaban con particular intensidad.

-Así pues -continuó Ben Raddle-, debemos tener por cierto que la chimenea que va de las entrañas del volcán a su cráter está cavada en el flanco lateral vecino a nuestro campamento. Si conseguimos cavar por este flanco un canal que desemboque en la chimenea, nos será fácil introducir agua en abundancia.

-¿Qué agua? -preguntó Lorique-. ¿La del mar?

-No -respondió el ingeniero-, no será necesario ir a buscarla tan lejos. Tenemos aquí mismo el Rubber Creek, que proviene de uno de los brazos del Mackensie, ramal inagotable, capaz de alimentar toda la red del delta, y que nosotros vamos a precipitar en la hoguera del Golden Mount.

El ingeniero había dicho "que nosotros vamos a precipitar", como si su plan estuviera ya en ejecución, como si el canal penetrara ya a través del macizo, como si sólo hubiera que dar un último golpe de piqueta para introducir por allí las aguas del Rubber Creek.

Ben Raddle había dado a conocer su proyecto. Por audaz que fuera, a ninguno de sus compañeros se le hubiera ocurrido oponer objeción alguna. Si fracasaba, la cuestión estaría resuelta y no quedaría más que abandonar toda idea de explotar el Golden Mount. Si resultaba exitosa, si el volcán entregaba sus riquezas, la cuestión estaría igualmente resuelta, y los carros cargados tomarían el camino de Klondike. Pero, lanzar esas masas líquidas en la hoguera volcánica... ¿no causaría efectos violentos que luego sería imposible controlar? ¿No se corría el riesgo de tener, más que una erupción, un terremoto que conmocionaría la región y aniquilaría el campamento con sus ocupantes?

Pero nadie quería ver esos peligros, y la mañana del 6 de julio se pusieron a la obra.

El ingeniero asumió la dirección del trabajo y estimó, no sin razón, que había que atacar en primer lugar el flanco del Golden Mount. En efecto, si la piqueta encontraba una roca demasiado dura, si no se podía abrir una galería hasta la chimenea del cráter, no tendría sentido cavar un canal para desviar el río.

La abertura de la galería fue establecida a una decena de pies por encima del nivel del río, con el objeto de facilitar el flujo del agua. Por fortuna las herramientas no tropezaron con materiales resistentes, por lo menos en la primera mitad de la galería. Había tierra, restos pedregosos, fragmentos de lava endurecida, trozos de cuarzo fragmentados, sin duda a consecuencia de erupciones anteriores.

El personal de la caravana trabajaba por turnos día y noche. No había hora que perder. ¿Cuál sería el espesor de la capa de tierra que había que cavar? Ben Raddle no había podido hacer ningún cálculo, y bien podía ocurrir que la galería tuviera que ser más larga de lo que había creído. Los ruidos se hacían más perceptibles a medida que el trabajo avanzaba. ¿Pero cuándo se podría estar seguro de que la galería ya estaba cerca de la pared de la chimenea?

Summy Skim y Neluto habían suspendido sus actividades de caza. Siguiendo el ejemplo del scout y de Lorique, tomaban parte en el trabajo tal como el propio ingeniero, y cada día la excavación avanzaba cinco o seis pies.

Desgraciadamente, después de una decena de días las piquetas toparon con una masa de cuarzo contra la cual se entrampaban inútilmente. No se trataba de fragmentos de cuarzo engastados en la tierra, sino de una masa compacta y de extrema dureza. Y era de temer que esta masa impenetrable se prolongara hasta las paredes del cráter.

Ben Raddle no vaciló. Resolvió minarla. Había una cantidad de pólvora en las reservas de la caravana, y aunque Summy Skim tuviera que privarse de ella, se la utilizó en forma de cartuchos. En verdad, esta pólvora no servía solamente de munición para la caza, sino también para la defensa. Pero no parecía que el scout y sus compañeros corrieran ningún peligro; la región estaba desierta, y casi desde hacía cinco semanas que no se habían divisado indígenas ni a nadie en las cercanías del campamento.

El empleo de la mina dio bastante buen resultado, y si el promedio de excavación diaria bajó bastante, por lo menos no se detuvo. Además, ya no era necesario protegerse

de los derrumbes con un enmaderado, y la galería se abría por esta dura sustancia sin peligro de desmoronamiento. El ingeniero, desde luego, tomaba todas las precauciones para evitar una catástrofe.

El 27 de julio, después de veintiún días de trabajo, la galería pareció haber alcanzado una longitud considerable. Tenía una profundidad de diez toesas, con un diámetro de cuatro pies, lo suficientemente ancha para dejar pasar una importante masa de agua. Los bramidos de la chimenea del volcán se escuchaban con tal fuerza que el espesor de las paredes no debía tener más de tres pies. Bastaban unos cuantos golpes de piqueta o algunas explosiones de dinamita para que esta pared reventara, y la abertura de la galería quedaría terminada.

Existía ya la certeza de que el proyecto de Ben Raddle no sería detenido por algún obstáculo insuperable. El canal a cielo abierto por el cual correrían las aguas del Rubber Creek se ejecutaría sin dificultad en ese suelo compuesto únicamente de tierra y arena, y aunque tuviera que medir trescientos pies, Ben Raddle pensaba que podría estar listo en unos diez días.

-Lo más difícil está hecho -dijo Bill Stell.

-Y también lo más largo -añadió Lorique.

-A partir de mañana -respondió Ben Raddle-, empezaremos a cavar el canal a seis pies de la orilla izquierda del Rubber Creek.

-Y bien -dijo Summy Skim-, ya que tenemos un día de descanso, propongo emplearlo...

-¿En cazar, señor Skim? -preguntó riendo el scout.

-No, Bill -respondió Summy Skim-, en hacer una última ascensión al Golden Mount, para ver lo que pasa allá arriba.

-Tienes razón, Summy -declaró Ben Raddle-. Me parece que la erupción se está intensificando, y sería bueno confirmarlo.

La proposición era sensata, en efecto, y fue adoptada. Se decidió que emplearían toda la tarde en la ascensión del Golden Mount.

Tomarían parte en ella, como la primera vez, los dos primos, el scout y el capataz.

Se fueron los cuatro bordeando la base meridional del cono unos tres cuartos de legua, y llegaron a la extremidad alargada del talud por el cual ya ha bían hecho la ascensión. Habían tomado la precaución de llevar piquetas y cuerdas para subir la pendiente superior, extremadamente empinada.

El scout se puso a la cabeza y sus compañeros lo siguieron; esta vez, como conocían la dirección, sólo emplearon una hora y media en subir hasta el cráter.

Se aproximaron todo lo que pudieron, pero menos que la primera vez. Los vapores que vomitaba la chimenea se elevaban al doble de altura, y eran más espesos y fuliginosos. Ahora había también llamas, pero ni lavas ni escorias se proyectaban al exterior.

-¡Decididamente -observó Summy Skim-, no es generoso este Golden Mount! Guarda preciosamente sus pepitas.

-¡Se las quitaremos por fuerza, ya que no quiere darlas de buen grado! -respondió Lorique.

En todo caso, pudieron comprobar que el fenómeno se manifestaba ahora con más energía. Los rugidos interiores recordaban los de una caldera sometida a una cierta presión y cuyas chapas roncan bajo la acción del fuego. Una erupción se preparaba, pero

pasarían semanas, quizás meses antes de que las sustancias amontonadas en las entrañas del volcán fueran arrojadas al espacio.

Ben Raddle, después de observar el estado actual del cráter, no pensó en interrumpir los trabajos que deberían activar el fenómeno o incluso producir la explosión.

Antes de bajar, los escaladores pasearon su vista en torno de ellos. La llanura y el mar parecían desiertos. Ningún humo de campamento se elevaba en la comarca, ninguna vela se dibujaba en el horizonte. Ben Raddle y sus compañeros tenían toda la razón al creerse en completa seguridad. Ni siquiera habían aparecido indios en el estuario del Mackensie. El secreto del Golden Mount no debía ser conocido en Klondike.

El descenso se efectuó sin dificultades. La tarde de ese día fue tan hermosa como la mañana. Reinaba un calor poco habitual en esas latitudes. Se hubiera creído que estaban en pleno verano en las regiones bajas del Dominion. Pero, en fin, aunque hacía tanto calor como en Green Valley, pensaba Summy Skim, Green Valley estaba lejos, y aunque el Golden Mount hubiera sido diez veces, cien veces, mil veces más alto, no se hubiera podido ver Montreal a quinientas leguas al este, ni siquiera con uno de esos anteojos que ponen la luna al alcance de la mano.

Pero Summy Skim no dijo nada. Se aproximaba el desenlace de esta campaña, cualquiera que fuese, y seguramente antes de mediados de septiembre la caravana estaría de regreso en Klondike.

Hacia las cinco, Ben Raddle y sus compañeros volvieron al campamento; al día siguiente reanudarían el trabajo.

La cena fue muy agradable. Neluto había logrado abatir algunas piezas durante la ausencia de Summy Skim. Sin embargo, antes de ir a reposar a la tienda, éste no pudo dejar de hacer esta reflexión:

-Mi querido Ben, y si apagamos el volcán con tu inundación...

-¿Apagarlo? -respondió Ben Raddle-. Ni todas las aguas del Mackensie podrían apagarlo.

-Por lo demás -añadió Lorique-, si se apagara podríamos bajar al cráter.

-Y aliviarlo de las pepitas, por supuesto -replicó Summy Skim-. Decididamente, siempre hay respuesta para todo.

IX
La caza del oriñal

La orilla izquierda del Rubber Creek[24] dibujaba un codo bastante pronunciado a unas cincuenta toesas del lugar donde se abría la galería subterránea que se dirigía hacia la chimenea del cráter. El desvío se practicaría en el ángulo mismo del codo. Se trataba entonces de cavar sobre esta longitud de trescientos pies el canal que conduciría el agua a la galería. El trazado fue establecido por el ingeniero, y el 28 de julio por la mañana todos se pusieron manos a la obra.

[24] Aquí Veme lo llama "Buller Creek".

Ya habían comprobado que la excavación de este canal no ofrecería grandes dificultades ni exigiría grandes esfuerzos. El suelo estaba compuesto por tierra quebradiza hasta unos siete pies de distancia de la capa rocosa. Esta profundidad sería suficiente, con una anchura más o menos igual. La piqueta bastaría para este trabajo y no sería necesaria la mina, lo que habría podido agotar la provisión de pólvora. Si no durante la estancia en el campamento, por lo menos cuando retomaran la ruta de Dawson-City convenía estar provisto de municiones, pues los indios y los aventureros la frecuentan a menudo hacia el final de la campaña de explotación de los yacimientos auríferos.

Todo el personal de la caravana se empleó en la tarea con entusiasmo, y ninguno de esos valientes canadienses dudaba del éxito. Sabían que Ben Raddle trataba de provocar la erupción del Golden Mount, como sabían que esta erupción vomitaría pepitas al mismo tiempo que una lava de oro. Habría para todos. Jamás ninguna parcela de Klondike habría producido tal resultado. Incluso el escéptico Summy Skim llegó a decir:

-En efecto, ¿por qué no?

La excavación del canal avanzaba con rapidez. La temperatura no era demasiado elevada. Por lo demás, en agosto, por esas altas latitudes del Dominion, el sol no sube más que (...) grados por encima del horizonte. Los hombres se turnaban y, aprovechando los largos crepúsculos, trabajaban una parte de la noche. Tenían cuidado de observar si el trazado del canal atravesaba algún filón, pero no encontraron ninguna vena aurífera.

-Sin duda -observó el contramaestre-, este río no se compara con el Eldorado o el Bonanza. Sus aguas no acarrean pepitas, pero nos procurarán las del Golden Mount, y eso será otra cosa.

Pasaron trece días, y el 9 de agosto ya se habían cavado los dos tercios del canal. Pero, a medida que se aproximaban a la montaña, el suelo se hacía rocoso, la tierra más dura. Sin embargo, las herramientas bastaban y no hubo que recurrir a la mina.

Ben Raddle estimaba que en unos seis o siete días la operación estaría terminada. Sólo habría que cavar la orilla del río, dándole al canal una anchura de unos cinco a seis pies, y por otra parte la pared que aún se erigía entre el fondo de la galería y la chimenea. Luego las aguas irían solas a vaciarse en las entrañas del volcán.

Ahora, ¿cuánto tiempo se necesitaría para que se produjera la erupción provocada por la acumulación de vapores? Era difícil saberlo. Pero el ingeniero había observado que sus síntomas se acrecentaban cada día. El humo se espesaba encima del cono, las llamas se elevaban a mayor altura y, durante las pocas horas de oscuridad, iluminaban la región en toda su extensión. Se podía esperar, pues, que el torrente de las aguas evaporadas en la hoguera central provocara la expulsión de las materias eruptivas.

Ese día, por la tarde, Neluto entró jadeando al campamento.

-Señor Skim, señor Skim...

-¿Qué hay, Neluto?

-Hay... hay oriñales.

-¿Oriñales?

-Sí, una media docena... en banda... Acabo de verlos.

-¿Lejos?

-A una legua... por allí.

El indio señalaba la planicie al oeste del tolden Mount.

Ya se sabe, uno de los más vivos deseos de este fanático cazador era encontrar oriñales y abatir un par. No había podido satisfacer hasta ahora su deseo. Apenas se

habían visto dos o tres de estos animales en los alrededores de Dawson-City o en el territorio del Forty Miles Creek. Podemos imaginar de qué manera la noticia excitaba su instinto cinegético. Su entusiasmo fue tan grande como el de su compañero de caza.

-Ven -le dijo al indio.

Ambos dejaron el campamento y bordearon unos cien pasos la base del volcán. Se detuvieron, y Summy Skim pudo divisar con sus propios ojos la manada de oriñales que subía tranquilamente hacia el norte a través de la vasta llanura.

Tuvo ganas de iniciar inmediatamente la caza. Pero ya era tarde, y dejó su proyecto para el día siguiente. Lo principal era que esos rumiantes hubieran aparecido por los alrededores. Ya sabría ubicarlos.

En cuanto se encontró con Ben Raddle le hizo saber su propósito. Como los brazos no faltaban para la excavación del canal, el ingeniero no vio ningún inconveniente en privarse de Neluto durante un día. Se convino, pues, que los dos cazadores partirían a las cinco de la mañana a buscar las huellas de los oriñales.

-Pero -observó Ben Raddle-, me prometes, Summy, no alejarte demasiado.

-Deberías hacer esa recomendación a los oriñales -respondió Summy Skim riendo.

-No, Summy, es a ti a quien la hago. No quiero que te pierdas a algunas leguas del campamento. No quiero que tengamos que interrumpir los trabajos para salir a encontrarte. Y luego, ya sabes, hay que tener cuidado con los malos encuentros. Nunca se sabe.

-No, Ben, el territorio es seguro, precisamente porque está desierto.

-Bueno, Summy, pero prométeme que estarás de regreso antes de que oscurezca. -Por la tarde, Ben.

-Tardes que duran la mitad de la noche en esta latitud -dijo el ingeniero-. No, Summy, si no has regresado antes de las seis voy a inquietarme.

-Entendido, Ben, entendido -respondió Summy Skim-, a las seis, con el cuarto de hora de gracia...

-¡Con la condición de que tu cuarto de hora de gracia no dure más de quince minutos!

Ben Raddle temía que, iniciada la persecución de los oriñales, Summy Skim se dejara llevar más allá de lo prudente. Hasta ahora, ninguna partida de indios ni otra gente se había presentado en las bocas del Mackensie. Era para felicitarse. Pero esta eventualidad podía producirse de un momento a otro.

Al día siguiente, antes de las cinco, Summy Skim y Neluto, armados cada uno con una carabina de caza de largo alcance, provistos de provisiones para dos comidas y acompañados por su perro Stop, que ladraba dando saltos, abandonaron el campamento.

Hacía buen tiempo, incluso un poco fresco, aunque el sol ya había empezado a trazar su larga curva encima del horizonte.

Cualquier cazador comprenderá la ansiedad que experimentaba Summy Skim por encontrar los oriñales divisados la víspera y abatir por lo menos uno de esos magníficos rumiantes. Sus excursiones por los alrededores de Dawson-City o en las vecindades del Forty Miles Creek sólo le habían procurado la caza ordinaria: tordos, perdices. La caza mayor se ha retirado algunas decenas de leguas ante la invasión de los mineros, y Klondike no ofrece los recursos forestales del Cassiar o de las riberas del Pelly. Summy Skim había encontrado diversos tipos de osos, entre otros el "silver tip" de garganta blanca, el oso pardo, el oso negro, el grizzli y también el llamado "minero viejo". Pero no

había podido dirigir una sola bala a estos cuadrúpedos que habitan más a menudo el territorio de las Rocosas, los carneros salvajes. Más feliz había sido con los caribús de bosque, especie de ciervo que se distingue por su talla, de los que había cazado ya en los bosques del Dominion. Pero, desde su llegada a Klondike, jamás había podido ni perseguir un solo oriñal.

El oriñal es un alce de magnífica cornamenta. Era común en la región regada por el Yukon y sus afluentes, pero se fue dispersando después del descubrimiento de las parcelas del Klondike. Como consecuencia, aunque por naturaleza era bastante sociable, tendió a convertirse en salvaje. Era difícil aproximársele. Se le podía abatir sólo en circunstancias muy favorables, y es una lástima porque su carne, excelente, comparable a la carne de buey, se vende hasta por cinco francos la libra en el mercado de Dawson-City.

Summy Skim no ignoraba lo fácil que es excitar la desconfianza de un oriñal. Es un animal dotado de un oído y de un olfato extraordinarios. A la menor alerta, escapa con tal rapidez que la persecución resulta inútil. Sorprende su velocidad, ya que es un animal que pesa entre novecientas y mil libras. Los dos cazadores debieron tomar el máximo de precauciones para llegar a tener la manada a tiro de fusil.

Los oriñales se habían detenido en el límite del bosque, a una legua y media del Golden Mount. Algunos macizos de árboles se levantaban aquí y allá, y era necesario deslizarse, o mejor dicho arrastrarse, de uno al otro para no ser visto o escuchado, o simplemente sentido. En las vecindades del bosque, esta maniobra resultaría inútil. Los cazadores no podrían dar un paso sin revelar su presencia. Los oriñales escaparían y no sería posible volver a encontrar sus huellas.

Tras un intercambio de opiniones, Summy Skim y Neluto decidieron bajar más al sur, para alcanzar el ángulo meridional del bosque. De allí, yendo de árbol en árbol, podrían acercarse a la manada sin despertar su atención. Solamente había que contener al perro, que daba señales de viva impaciencia.

Tres cuartos de hora más tarde, después de haber tomado todas las precauciones imaginables, Summy Skim y el indio se detenían en el extremo del bosque. Los oriñales reposaban en el mismo lugar. Si subían unas mil toesas se hallarían cerca de ellos.

-Sigamos el límite del bosque, pero por dentro -dijo Summy Skim-, y mantén tranquilo a Stop, que no eche a correr antes de tiempo.

-Entendido, señor Skím -respondió Neluto-, pero, por su parte, ¡manténgame tranquilo a mí, que también lo necesito!

Summy Skim no pudo menos de sonreír, porque apenas podía contenerse él mismo.

Comenzó la marcha, y no sin dificultades. Los álamos, los abedules y los pinos se apretujaban unos contra otros y los espesos matorrales impedían el paso. Había que tener cuidado de no quebrar con los pies las ramas secas que cubrían el suelo. El ruido se habría escuchado fácilmente en ese lugar en que ni un soplo atravesaba el espacio. El sol, que se había hecho más ardiente, inundaba de luz los ramajes inmóviles. Ningún piar de pajarillos llegaba a los oídos. Ningún rumor venía de la espesura del bosque, que se prolongaba extensamente en la región regada por el Porcupine y sus afluentes. Summy Skim lo ignoraba, y, por lo demás, no tenía intención de alejarse del límite del bosque.

Eran cerca de las nueve cuando los dos cazadores hicieron alto en la entrada de un pequeño claro, a menos de trescientos pies del lugar ocupado por los oriñales. Los animales no mostraron ninguna inquietud. Unos pastaban y bebían en el río que salía de la arboleda. Otros estaban echados en la hierba, probablemente dormidos. Pero no cabía

duda de que a la menor alerta se pondrían en fuga, muy probablemente en dirección al sur, hacia los territorios del Porcupine.

Summy Skim y Neluto no iban a descansar en ese momento, aunque lo necesitaban. Se presentaba la ocasión de hacer una buena caza y no la iban a desperdiciar.

La carabina lista, se internaron entre los arbustos, arrastrándose a lo largo del límite de la floresta. Jamás Summy Skim había sentido una emoción tan grande, emoción exenta de todo temor, se entiende, ya que no se trataba de fieras. Pero era tanta la ansiedad que tenía de satisfacer uno de sus más vivos deseos de cazador, que el corazón le latía apresuradamente, le temblaba la mano y llegó a temer que le fallara el tiro. No. Si perdía la ocasión de abatir el tan ansiado oriñal, ¡se moriría de vergüenza!

Summy Skim y Neluto se aproximaban no haciendo más ruido que una serpiente entre la hierba, Summy delante, el indio atrás. Minutos después llegaron arrastrándose a unos sesenta pasos del lugar donde reposaban los rumiantes. Stop, sujeto por Neluto, jadeaba, pero no ladraba.

Los oriñales no parecían haber olfateado a los dos cazadores. Los que estaban echados en el suelo no se habían levantado, y los otros continuaron pastando.

Sin embargo, uno de ellos, un animal magnífico con una cornamenta que recordaba el ramaje de un árbol nuevo, levantó la cabeza en ese momento y se volvió del lado por donde se acercaban Summy Skim y Neluto. Agitó las orejas y alargó el hocico como queriendo husmear el aire que llegaba desde el bosque.

El animal había olfateado el peligro. ¿Escaparía, arrastrando a los otros tras él?

Summy Skim tuvo este presentimiento. La sangre se le agolpó en el corazón, pero se sobrepuso. Le dijo a Neluto en voz baja:

-Fuego, Neluto, y los dos al mismo tiempo para estar seguros de no fallar.

En ese momento se escuchó un ladrido. Stop, que Neluto había soltado para echarse al hombro la carabina, se lanzó en medio de la manada.

Ni Summy Skim ni Neluto tuvieron tiempo de apuntar ni disparar. Una bandada de perdices no hubiera volado con la rapidez con que desaparecieron los oriñales.

Summy Skim quedó estupefacto.

-¡Maldito perro! -exclamó.

-Debería haberlo tenido de la garganta -añadió el indio.

-Y estrangularlo -respondió Summy Skim, completamente enfurecido.

Si el animal hubiera estado allí, lo habría pagado caro. Pero Stop ya iba lejos, a más de cien toesas, cuando los dos cazadores salieron del bosque. Se había lanzado en persecución de los oriñales, y hubiera sido inútil llamarlo. No habría acudido por nada a la voz de su amo, admitiendo que hubiera podido escucharla.

La manada se dirigía hacia el norte con una rapidez que sobrepasaba la del perro, aunque éste era un animal vigoroso y veloz. ¿Volverían al bosque o huirían a través de la llanura hacia el este? Hubiera sido la mejor posibilidad, pues se habrían aproximado al Golden Mount, cuyas humaredas formaban torbellinos a una legua y media de allí.

Pero podía ocurrir también que la manada torciera hacia el sudeste del río Peel y fuera a buscar refugio en las primeras gargantas de las montañas Rocosas. En ese caso, jamás la encontrarían.

-Sígueme -gritó Skim al indio- y tratemos de no perderlos de vista.

Bordeando el bosque, emprendieron la persecución de los animales, que ya se hallaban a cuatrocientas o quinientas toesas de distancia.

¿Qué esperaban? A ambos les hubiera sido bien difícil responder. Pero los arrastraba una pasión irresistible que no les permitía razonar, una pasión semejante a la de Stop.

Un cuarto de hora después, Summy Skim experimentó una viva emoción. Los oriñales se habían detenido por fin. Todo estribaba en lo siguiente: que no pudieran continuar su huida hacia el norte, hacia el litoral, y se vieran obligados a regresar. ¿Iban a bajar hacia el sudeste? En ese caso, Summy Skim y Neluto tendrían que abandonar la partida. ¿O se decidirían más bien a entrar en el bosque y perderse en sus profundidades?

Fue lo que hicieron después de unos momentos de vacilación. El jefe de la manada atravesó el límite del bosque de un salto y los otros lo siguieron.

-Es lo mejor que podía ocurrir -dijo Summy Skim-. En terreno llano no habríamos podido tenerlos a tiro de fusil. En el bosque les será imposible escapar rápido, y podremos alcanzarlos.

Que este razonamiento fuera justo o no, el resultado fue que arrastró a los dos cazadores hacia el oeste mucho más de lo que hubieran debido hacer, y a través de un bosque cuya extensión desconocían y del que no les sería fácil salir.

Por lo demás, Stop había hecho lo mismo. Se había lanzado entre los árboles y, aunque sus ladridos todavía se escuchaban, ya lo habían perdido de vista.

Helos aquí, pues, bajo espesos. ramajes, guiados únicamente por los ladridos del perro. Era seguro que los oriñales no podían alejarse con rapidez. Sus largas cornamentas se lo impedían.

En este sentido el perro los aventajaba, porque podía pasar por donde ellos no podían. Los alcanzaría, y los cazadores sólo tendrían que dirigirse hacia donde sonaran los ladridos.

Eso hicieron durante dos horas, sin poder alcanzar a la manada. Iban a la aventura, llevados por una pasión insensata. Pero lo más grave era que se internaban cada vez más hacia el oeste. ¿Cómo encontrarían el camino para regresar?

Summy Skim comprobó que el bosque se hacía menos espeso a medida que se internaban por él. Siempre los mismos árboles, abedules, álamos, pinos, pero más espaciados. El suelo se veía más limpio de raíces y malezas.

Sin embargo, ni rastro de los oriñales. Aunque Stop no había perdido la pista: sus ladridos persistían, y debía estar a menos de media legua de su amo.

Neluto y Summy Skim se aventuraban cada vez más en las profundidades de la fronda. Poco después del mediodía dejaron de oír los ladridos de Stop.

Se encontraban en un espacio vacío en el que penetraban los rayos del sol. ¿A qué distancia quedaba la entrada del bosque? Summy Skim no podía deducirlo sino por el tiempo transcurrido. Debía estar más o menos a una legua. Tendrían, pues, tiempo de regresar al campamento después de un descanso que harta falta les hacía a los dos. Estaban extenuados, hambrientos. Se sentaron al pie de un árbol, sacaron las provisiones y comieron con un apetito formidable, aunque la comida les hubiera parecido infinitamente mejor si un asado de oriñal hubiera figurado en el menú.

Y ahora, ¿qué es lo que la sensatez, si no la prudencia, ordenaba? ¿No era regresar al campamento aunque fuera con las manos vacías? Esta vez parecía que iba a vencer la sensatez. Sin embargo, si era desagradable no volver con un oriñal, lo era todavía más regresar sin el perro. Stop no aparecía.

-¿Dónde podrá estar? -dijo Summy Skim.

-Persiguiendo los animales -respondió el indio. -Lo dudo un poco, Neluto. ¿Dónde

están en tonces los animales?

-Tal vez no tan lejos como se puede pensar, señor Skim.

Se veía que el indio no estaba decidido a ser tan sensato como Summy Skim y no quería abandonar la partida. No podía consolarse por haber corrido toda la mañana para nada.

Por otra parte, hay que reconocer que a Summy Skim no dejaban de producirle satisfacción las palabras de Neluto. Creyó, sin embargo, que era su deber hacer la siguiente reflexión:

-Si los oriñales no estuvieran lejos en el bosque, se escucharían los ladridos de Stop...

En ese momento se oyeron ladridos a unas trescientas toesas, a juzgar por el oído.

Los dos cazadores, sin haber intercambiado ninguna palabra, como movidos por el mismo resorte, se levantaron, tomaron el morral y el fusil y se precipitaron hacia el lugar de donde venían los ladridos.

Esta vez ni la sensatez ni la prudencia tenían la menor posibilidad de hacer escuchar su voz.

Los dos temerarios no estaban dispuestos a escuchar consejos.

La dirección que siguieron no fue ni la del norte ni la del este. La manada se había dirigido al sudoeste, por donde la arboleda se prolongaba varias leguas y llegaba incluso hasta los primeros afluentes del Porcupine. Summy Skim y Neluto se alejarían todavía más del Golden Mount. Pero, después de todo, el sol recién empezaba a declinar hacia el horizonte occidental. Si los cazadores no regresaban al campamento a las cinco, según lo prometido, y lo hacían a las siete o a las ocho, todavía estaría claro. Se puede asegurar que ni siquiera se hicieron estas reflexiones. Escuchaban los ladridos de Stop y corrían detrás, seguros de que seguían los pasos de los tan ansiados oriñales.

. Estos no se hallaban muy lejos, en verdad. Los dos cazadores se encontraban ahora sobre su pista. A través de un bosque menos espeso hubieran podido correr a mayor velocidad. Summy Skim y Neluto perseguían a los oriñales con todo su ímpetu. Ya no pensaban en llamar al perro. Este, en todo caso, no hubiera obedecido. Estaba tan poseído como su amo por el ardor cinegético. Pasaba el tiempo, pero eso no interesaba a los cazadores. Iban en dirección al oeste y era muy posible que pronto llegaran al límite occidental del bosque. Corrían a todo lo que les daban las piernas, y no marchaban sino para tomar aliento, sin detenerse. No sentían fatiga. Summy Skim parecía haber olvidado que estaba en los territorios del Klondike. Cazaba como si lo estuviera haciendo en los alrededores de Montreal. Sólo que allí nunca había tenido dificultades para regresar a su hacienda de Green Valley; ¿ocurriría lo mismo cuando tuviera que volver ahora al campamento del Golden Mount?

Una o dos veces se creyeron a punto de tener éxito. Algunas cornamentas aparecieron por encima de los arbustos a unos cien pasos de ellos. Pero los ágiles animales no tardaban en desaparecer y nunca se les presentó la ocasión de dispararles.

Pasaron varias horas sin que estos imprudentes se percataran de ello. Los ladridos de Stop se fueron debilitando gradualmente, lo que probaba que los oriñales se habían alejado. Sería imposible alcanzarlos. Por último, los ladridos cesaron, ya porque Stop se hubiera alejado demasiado, ya porque, fatigado por una carrera tan larga, no fuese capaz de ladrar.

Summy Skim y Neluto se detuvieron exhaustos y cayeron al suelo como masas, sin saber si les sería posible levantarse.

Eran las cuatro de la tarde, como vio Summy Skim en su reloj.

-¡Todo ha terminado! -dijo, cuando las palabras pudieron salir de sus labios.

Esta vez Neluto movió la cabeza en señal de asentimiento y de contrariedad al mismo tiempo.

-¿Dónde estamos? -dijo Summy Skim.

Sí. Era el problema que ahora se presentaba y que no sería fácil de resolver.

Un claro bastante ancho se abría en esa parte del bosque. Un pequeño río cruzaba por allí antes de desembocar, tal vez, en uno de los afluentes de Porcupine, en el sudoeste. El sol iluminaba todo ese lado y, más allá, los árboles parecían más apretujados unos contra otros, como lo hacían cerca del límite oriental.

-Tenemos que ponernos en camino -dijo Summy Skim.

-¿Hacia...? -preguntó el indio.

-Hacia el campamento, ¡pardiez! -replicó Summy Skim, alzando los hombros.

¿Y hacia dónde queda el campamento?

-Hacia allá -replicó su compañero, volviendo la espalda al sol, que descendía en el poniente.

-No podemos partir sin haber comido, señor Skim.

Era evidente. Los dos cazadores no habrían dado quinientos pasos sin caer de inanición.

Abrieron los morrales. Cenaron como habían comido por la mañana, y tanto que agotaron las provisiones. Como la caza no abundaba en el bosque, sería difícil renovarlas, a menos que encontraran algunas raíces comestibles que se pudieran cocer en un fuego de brasas.

Parecía que alguien ya lo había hecho en ese lugar, porque, siguiendo el contorno del claro, Neluto se detuvo delante de un pequeño montón de cenizas. Llamó a Summy Skim y le dijo:

-Vea, señor Skim.

-Han hecho fuego en este lugar, Neluto.

-Sin ninguna duda.

-¿Hay indios u otro tipo de gente en este bosque?

-Han venido seguramente -respondió Neluto-. Hace tiempo, en todo caso.

En efecto, las cenizas blancas, ya embarradas, convertidas en argamasa por la humedad, probaban que la hoguera databa de una época bastante lejana. Meses, quizás años habían transcurrido desde la fogata. No había que temer entonces la presencia de gente en las vecindades del Golden Mount.

Pero, casi inmediatamente después, un nuevo incidente vino a inquietar, esta vez seriamente, a Summy Skim.

A unos diez pasos del fuego apagado, su mirada recayó sobre un objeto que brillaba entre la hierba. Lo recogió y no pudo reprimir un grito de sorpresa.

Era un puñal con mango de cobre.

-¿Ves esto, Neluto? -dijo Summy Skim, presentando el puñal a su compañero.

El indio lo examinó atentamente. Luego dijo: -La hoguera es antigua, pero este puñal lo perdieron hace poco.

-Sí, sí -respondió Summy Skim-. La lámina está brillante. No hay huellas de herrumbre. Ha caído hace poco entre estas hierbas.

El hecho era evidente.

En cuanto al arma, después de haberla dado vueltas por todos lados y mirado de cerca, Summy Skim se dio cuenta de que era de fabricación española. En el mango estaba grabada la inicial M, y en la hoja, el nombre de Austin, la capital de Texas.

-Así, pues -concluyó Summy Skim-, hace algunas horas quizás unos extranjeros han acampado en este lugar. Que no encendieron fuego, lo creo, pero uno de ellos perdió este puñal.

-Y no son indios -observó Neluto-. Los indios no poseen armas de este tipo.

-Y quién sabe -añadió Summy Skim- si atravesaban este bosque para ir al Golden Mount.

Esta hipótesis era admisible, y si el hombre al que pertenecía el puñal formaba parte de una banda numerosa, quién sabe si algún grave peligro amenazaba a Ben Raddle y a sus compañeros. Tal vez en ese mismo momento la banda rondaba por los alrededores del estuario del Mackensie.

-Partamos -dijo Summy Skim.

-Al instante -respondió Neluto.

-¿Y nuestro perro?

El indio lo llamó a gritos en todas direcciones, pero el perro no apareció.

No era cuestión ahora de cazar oriñales. Había que regresar lo más pronto posible al campamento para alertar a la caravana del scout. El medio más rápido para llegar era el más corto, y el más corto era la línea recta.

Había que orientarse pues con la mayor exactitud, y Summy Skim no tenía brújula. Pero tenía un reloj, y he aquí el procedimiento que empleó, procedimiento del que se había servido en más de una ocasión durante sus cacerías por los territorios de Montreal.

El sol, como se ha dicho, proyectaba sus rayos sobre el claro, y precisamente la sombra de un pino muy vertical se proyectaba sobre el suelo. Esta línea de sombra iba a servir a Summy Skim para orientarse. Se fue a colocar encima de dicha línea, dando la espalda al sol, y sacó su reloj.

Eran las seis. Hubiera bastado colocar la aguja pequeña directamente encima de la línea para tener el norte. Pero con este reloj, que estaba dividido en doce horas, para obtener el mismo resultado había que poner la aguja pequeña en las tres. Luego, cuando la aguja quedó paralela a la línea de sombra, el norte se encontró exactamente indicado por el mediodía en el reloj.

Summy Skim, parado en el lugar preciso, tendió la mano en la dirección que debían seguir, hacia el este.

-En ruta -dijo.

Justo en ese momento se escuchó un disparo que había sido hecho a sólo trescientos pasos del claro.

X
Mortal inquietud

Después de que Summy Skim y Neluto partieron a cazar oriñales, Ben Raddle fue a observar el estado de los trabajos. Si ningún retardo se producía, ninguna eventualidad

imposible de prever, el canal quedaría terminado en dos o tres días. Sólo faltaría abrir la sangría en la orilla izquierda del Rubber Creek, dar los últimos golpes de piqueta en las paredes de la chimenea del cráter, y las aguas se precipitarían en torrente en las entrañas del Golden Mount.

¿Tardaría en producirse la erupción? El ingeniero pensaba que no y, por lo demás, no dudaba del resultado final. Esas enormes masas líquidas, evaporadas por el fuego central, determinarían pronto un violento empujón plutoniano que lanzaría al exterior las materias volcánicas. Estas contendrían en gran parte lavas, escorias y otras sustancias eruptivas, pero las pepitas, el cuarzo aurífero, vendrían mezclados con ellas y sólo habría que recogerlos. Evidentemente, había que prever que por lo menos el humo de la erupción invadiría la galería que comunicaba la chimenea con el canal. Por esta razón, se trasladaría el campamento río arriba del Rubber Creek.

La acción de las fuerzas subterráneas tendía a acrecentarse. Los hervores, los borbotones interiores mostraban su violencia. Incluso uno podía preguntarse si la introducción de agua en el cráter sería necesaria.

-Lo veremos -respondió Ben Raddle al scout, que acababa de reunírsele y le había hecho esta observación-. No hay que olvidar que tenemos muy poco tiempo. Pronto estaremos a mediados de agosto.

-Sería imprudente -añadió Bill Stell- demorarnos más de quince días en la desembocadura del Mackensie. Contemos tres semanas para regresar a Klondike, sobre todo si los carros van muy pesados con el oro.

-No dude de eso, scout.

-En ese caso, señor Raddle, la estación ya estará avanzada cuando nuestra caravana entre en Dawson-City. Si el invierno fuera precoz, podríamos tener grandes dificultades en la travesía de la región de los lagos para llegar a Skagway, y usted ya no encontraría barcos con destino a Vancouver.

-Usted habla de oro, mi querido scout -respondió el ingeniero en tono de broma-, y es precisamente el caso cuando se ha acampado al pie del Golden Mount. Pero no se inquiete. No me extrañaría que dentro de ocho días ya estemos camino a Klondike.

Ya se ve con qué convicción se expresaba Ben Raddle, y Summy Skim no estaba allí para discutir.

El día transcurrió en las condiciones habituales. Por la tarde no quedarían más que cinco o seis toesas del canal por excavar. El tiempo había sido bueno, con alternativas de luz y sombra. Los dos cazadores no habrían tenido motivo para quejarse.

Sin embargo, a eso de las cinco de la tarde ni uno ni otro habían sido vistos en la llanura del oeste. Es verdad que Summy Skim todavía tenía tiempo de regresar sin faltar a su promesa. Varias veces el scout se había adelantado a su encuentro, a ver si los veía. Nadie. La silueta de los dos cazadores no se dibujaba en el horizonte.

Una hora después, Ben Raddle empezó a impacientarse y se prometió amonestar a su primo.

Cuando dieron las siete y Summy Skim y Neluto no aparecían, la impaciencia de Ben Raddle se tomó inquietud, una inquietud que se redobló, una hora después, cuando los ausentes no estaban todavía de regreso.

-Se han dejado arrastrar -repetía-. Ese demonio de Skim, con un animal delante de él y el fusil en la mano, no piensa en nada. Va, va, y no hay razón que lo detenga.

-Y cuando se va en persecución de un oriñal -declaró Bill Stell-, nunca se sabe

adónde lo va a conducir a uno.

-No debería haberlo dejado partir -añadió Ben Raddle.

-No estará oscuro antes de las diez -agregó el scout-, y no hay temor de que el señor Skim pueda perderse. El Golden Mount se ve desde lejos, y en la oscuridad se podría guiar por las llamas.

La observación no dejaba de tener valor. Aunque los cazadores estuvieran a tres leguas del campamento, divisarían las luminosidades del tolden Mount, y la hipótesis de que se hubieran perdido no era admisible. Pero si se había producido algún accidente... Si se encontraban en la imposibilidad de proseguir el camino... ¿Qué podría hacerse si, llegada la noche, todavía no aparecían?

Pasaron dos horas y ya se puede imaginar en qué estado se encontraba Ben Raddle. No se podía tener quieto en un lugar. El scout y sus compañeros no ocultaban su inquietud. El sol se iba a poner bajo el horizonte y el espacio sólo quedaría iluminado por el largo crepúsculo del mar Artico. Y si Summy Skim y Neluto no llegaban antes que cayera la noche... Si por la mañana todavía no habían llegado...

Un poco después de las diez, Ben Raddle y el scout, cada vez más inquietos, abandonaron el campamento. Bordeaban la montaña en el momento en que el sol desapareció detrás de las brumas del poniente. La última mirada que tendieron sobre la llanura les había mostrado que se hallaba desierta. Inmóviles, atentos, con el oído puesto en todas direcciones, esperaban que Summy Skim, al haberse atrasado, anunciara su llegada con un disparo. Neluto y él supondrían que el ingeniero y el scout saldrían a su encuentro y querrían prevenirlos, aunque sólo fuera para evitarles cinco o seis minutos de ansiedad.

En vano Ben Raddle y Bill Stell esperaron una detonación. La llanura permaneció silenciosa y desierta.

-Se han perdido -dijo el scout.

-Perderse -replicó el ingeniero moviendo la cabeza-, perderse en este territorio, cuando el Golden Mount es visible desde todas partes y desde varias leguas...

-Entonces, ¿qué se puede suponer, señor Raddle? La caza del oriñal no es una caza peligrosa, y a menos que el señor Skim y Neluto se hayan encontrado con osos...

-Con osos... o con bandidos, con aventureros, con indios... Bill, Sí. Tengo el presentimiento de que les ha ocurrido una desgracia.

En ese instante, hacia las diez y media, escucharon unos ladridos.

-Ahí viene Stop -gritó Ben Raddle.

-No están lejos -respondió el scout.

Los ladridos continuaron, pero mezclados con quejidos, como si el perro estuviera herido y le costara un gran esfuerzo acercarse.

Ben Raddle y su compañero corrieron hacia Stop, y no habían avanzado doscientos pasos cuando se encontraron en presencia del pobre animal.

Venía solo. Sus patas traseras estaban rojas por la sangre que le salía de una herida del cuarto trasero. Parecía que ya no tenía fuerzas para caminar, y no hubiera podido llegar al campamento.

-Herido... herido... y solo -repetía Ben Raddle.

El corazón le latía con violencia ante la idea y casi la certeza de que Summy Skim y Neluto habían sido víctimas de una catástrofe, provocada ya por hombres, ya por fieras.

Sin embargo, el scout hizo esta reflexión:

-Tal vez Stop ha sido herido involuntariamente por su amo o por Neluto. Lo habrá alcanzado una bala perdida.

-¿Y por qué no está entonces con Summy? Habría podido cuidarlo y traerlo -respondió Ben Raddle.

-En todo caso -dijo Bill Stell-, llevémoslo al campamento. Vendemos la herida y, si es ligera, Stop podrá ir con nosotros y ayudamos a encontrar la pista del señor Skim.

-Sí -agregó el ingeniero-, no voy a esperar hasta el día. Partiremos una buena cantidad de hombres, bien armados... Como usted ha dicho, Stop puede guiarnos.

El scout tomó al animal entre los brazos. Diez minutos después, Ben Raddle y él entraban en el campamento.

Llevaron al perro a la tienda. Le examinaron la herida. No era grave, al parecer; no comprometía ningún órgano.

Lo había herido una bala. El scout, entendido en este tipo de operaciones, logró extraérsela.

Ben Raddle la tomó y la examinó atentamente a la luz. Palideció. La mano le temblaba.

-No es una bala del calibre de las que emplea Summy. Es más grande y no proviene de una carabina de caza.

Era la verdad. Bill Stell, después de haberla examinado a su vez, lo reconoció.

-Se han encontrado con aventureros, con malhechores -gritó Ben Raddle-. Han tenido que defenderse de una agresión con armas de fuego. Durante el ataque, Stop fue herido. Si no se quedó con su amo es que a Summy se lo han llevado... o murió con Neluto. ¡Ah, mi pobre Summy, mi pobre Summy!

Ben Raddle no pudo contener los sollozos. ¿Qué podía responder Bill Stell? La bala no había sido disparada por uno de los cazadores. El perro había vuelto solo. Todo daba la razón al ingeniero. ¿Podía dudarse de que una desgracia les había ocurrido? O Summy Skim y su compañero habían perecido defendiéndose, o se hallaban en manos de sus agresores.

A las once, ni Summy Skim ni Neluto habían regresado al campamento. El horizonte se había cubierto de nubes al poniente, y el crepúsculo sería sombrío.

Se decidió que Ben Raddle, el scout y sus compañeros irían en busca de los ausentes. Hicieron inmediatamente los preparativos para partir. Inútil llevar víveres, ya que la caravana no se alejaría del Golden Mount, por lo menos en las primeras exploraciones. Pero todo el personal iría armado, por si les ocurría que fueran atacados por el camino o por si tenían que liberar por la fuerza a los dos prisioneros.

Habían vendado cuidadosamente a Stop. Libre de la bala, con la herida vendada, habiendo recuperado sus fuerzas, pues sobre todo estaba agotado por el hambre y la sed, el perro manifestaba su deseo de partir en busca de su amo.

-Lo llevaremos -dijo el scout-, lo llevaremos en brazos si está demasiado fatigado. Tal vez encuentre la pista del señor Skim.

Si la búsqueda fuera vana durante la noche, si, pese a recorrer una o dos leguas hacia el este, no llegaran a ningún resultado, el scout era partidario de volver al Golden Mount. Levantarían el campamento, la caravana reiniciaría su exploración, se registraría, se escudriñaría toda la región entre el océano Polar y el Porcupine. Del Golden Mount no se hablaría más en tanto Ben Raddle no hubiera encontrado a Summy Skim, en tanto no supiera lo que le había ocurrido. ¡Y quién sabe si lo lograría alguna vez!

El scout y sus compañeros partieron después de haber tomado precauciones para que los animales de tiro no pudieran dejar el campamento. Bordearon la base de la montaña, cuyos sordos rugidos estremecían el suelo. En la cumbre empenachada de vapores se destacaban lenguas de fuego, completamente visibles en la semioscuridad del crepúsculo. No había, sin embargo, ninguna expulsión de materias eruptivas.

Ben Raddle marchaba cerca de Bill Stell, el perro a su lado. Los otros los seguían con las armas preparadas. Cuando la caravana alcanzó la extremidad de la base, el lugar donde habían efectuado las ascensiones, se detuvo.

¿Qué dirección convendría tomar? ¿No estaban condenados a caminar al azar? En todo caso, lo más práctico era confiar en el instinto del perro. El inteligente animal comprendía lo que se esperaba de él y lo daba a entender con ladridos sofocados. Seguramente, si daba con la pista de su amo, no se equivocarían.

Después de unos instantes de vacilación, Stop tomó la dirección del noroeste, que no era la que Summy Skim y Neluto habían seguido cuando se alejaron del Golden Mount.

-Vamos adonde él va -dijo el scout.

Era lo mejor que podían hacer.

Durante una hora el pequeño grupo recorrió la llanura en esta dirección. Llegó al límite del bosque que los dos cazadores habían cruzado cerca de una legua más abajo.

¿Qué hacer ahora? ¿Internarse en el bosque en medio de la profunda oscuridad de los árboles? ¿No convendría regresar al campamento, ya que no encontraban ninguna pista, y emprender al día siguiente una campaña definitiva de búsqueda?

Ben Raddle y el scout intercambiaron ideas. El ingeniero no se podía decidir a regresar, aunque comprendiera lo imprudente que era internarse en el bosque. Bill Stell, más dueño de sí mismo, juzgaba mejor la situación. Insistía en un regreso inmediato. Stop, por su parte, parecía vacilar. Permanecía inmóvil cerca del límite, no haciendo otra cosa que emitir sordos ladridos, como si el instinto le hubiera fallado.

De pronto dio un salto. De seguro no sentía ya el dolor de la herida. Corría entre los árboles, ladrando con fuerza. Era evidente que había dado con la pista que habían buscado en vano hasta el momento.

-Sigámosle, sigámosle -gritaba Ben Raddle.

Iban a precipitarse todos a través del bosque, cuando los ladridos se aproximaron.

-Esperen -ordenó Bill Stell, deteniendo a sus compañeros.

Casi inmediatamente dos hombres aparecieron. Un instante después, Summy Skim estaba en los brazos del ingeniero.

Sus primeras palabras fueron:

-Al campamento, al campamento... -¿Qué pasó? -preguntó Ben Raddle.

-Lo que pasó ya lo diré allá -respondió Summy

Skim-. Ahora preocupémonos de llegar. Al campamento, les digo, al campamento.

Guiándose por las llamas del Golden Mount, se pusieron rápidamente en marcha. Una hora después habían llegado al Rubber Creek. Era más de medianoche.

Antes de reunirse en la tienda con Ben Raddle, Lorique y el scout, Summy Skim se detuvo. Quería observar una última vez los accesos del tolden Mount. El ingeniero y Bill Stell hicieron lo mismo. Se sabían amenazados. Era la única información que habían podido arrancarle a Summy Skim durante la rápida marcha del bosque a la montaña.

Cuando se encontraron solos, Summy Skim contó brevemente todo lo que les había ocurrido entre las seis de la mañana y las cinco de la tarde: la llegada al límite del bosque,

la persecución de los oriñales, la inútil cacería continuada hasta el mediodía, el descanso, la reiniciación de la caza cuando se escucharon los ladridos de Stop, y en fin, el alto que habían hecho en el claro del bosque, donde habían encontrado las cenizas de una hoguera apagada desde hacía tiempo.

-Era evidente -dijo- que alguien, indios o no indios, había acampado en ese lugar, y eso no tenía nada de extraño. Además, por el estado de las cenizas, supimos que la hoguera era antigua. No teníamos que inquietarnos.

-En efecto -declaró el scout-, ocurre incluso que las tripulaciones de los balleneros desembarcan en el litoral del océano Artico, sin hablar de los indios que lo frecuentan durante la estación del buen tiempo.

-Pero -continuó Summy Skim-, en el momento en que íbamos a retomar el camino del Golden Mount, Neluto encontró entre las hierbas esta arma.

Ben Raddle y el scout examinaron el puñal y, tal como lo había hecho Summy Skim, reconocieron que era de fabricación española. Se dieron cuenta también de que el puñal se había perdido recientemente, porque la hoja no presentaba muestras de herrumbre.

-En cuanto a esta letra M que está grabada en el mango -observó Bill Stell-, no creo que se pueda deducir nada de ella.

-No, Bill, yo sé a qué nombre corresponde.

¿A cuál? -preguntó Ben Raddle.

-Al del texano Malone.

-El texano Malone...

-Sí, Ben.

-¿El compañero de ese Hunter? -añadió Bill Stell.

-El mismo.

-¿Estaban ahí hace unos días? -preguntó el ingeniero.

-Están todavía -respondió Summy Skim.

-¿Los vio usted? -preguntó Lorique.

-Escuchen el fin de mi relato y lo sabrán.

Y Summy Skim continuó en estos términos:

-Íbamos a partir cuando sonó un tiro de fusil a corta distancia. Nos detuvimos. Nuestra primera reacción fue tomar precauciones para que no nos vieran. Que hubiera cazadores en el bosque era probable, y seguramente extranjeros, ya que los indios no se sirven de armas de fuego. Pero, quien quiera que fuese, lo más prudente era estar en guardia.

"Pensé que le habían disparado a uno de los oriñales que Neluto y yo andábamos cazando, y eso fue lo que creí hasta que ustedes me contaron lo que le ocurrió a mi pobre Stop, que ya no creía que volvería a ver. Es contra él que dispararon.

-Cuando lo vimos venir sin ti -dijo entonces Ben Raddle-, herido por una bala extraña, arrastrándose apenas, piensa en lo que pasó por mi mente. Imagina mi espantosa inquietud al no verte aparecer cuando ya eran las diez de la noche. ¿Qué podía pensar sino que los habían atacado a los dos, que tu perro había sido herido durante el ataque? ¡Summy! ¡Summy!, ¿cómo olvidar que fui yo el que te arrastró hasta aquí?

Ben Raddle no podía disimular su emoción. Summy Skim comprendió lo que pasaba en el alma de su primo, consciente de la responsabilidad que pesaba sobre él al lanzarse en tales aventuras. Le tomó las manos y exclamó:

-Ben, mi querido Ben, lo que está hecho está hecho. No te reprocho nada, y si la

situación se ha agravado, tampoco es desesperada. Saldremos adelante.

Después de un cordial apretón de manos, Summy Skim reanudó su relato.

-Cuando escuchamos la detonación, que venía del este, es decir de la dirección que íbamos a tomar para regresar al campamento, le ordené a Neluto que me siguiera y nos apresuramos a abandonar el claro, donde habrían podido descubrirnos. Se escuchaban voces, numerosas voces. Era evidente que una tropa de hombres avanzaba por ese lado.

"Pero si no queríamos que nos vieran, sí queríamos saber quién era esa gente, y tú comprendes, Ben, el interés que teníamos. ¿Qué venían a hacer esos hombres? Se encontraban a una hora de marcha del Golden Mount. ¿Conocían la existencia del volcán? ¿Se dirigían hacia él? ¿Debíamos temer un encuentro con ellos en el que la partida sería desigual?

"No tardaría en oscurecer en el interior del bosque. Para no caer en manos de esos aventureros, juzgué prudente esperar que la tarde estuviera más avanzada para ponernos en camino. Una vez en el límite del bosque, sabríamos guiarnos por las llamas del volcán.

"Por lo demás, no teníamos tiempo para perder en reflexiones. La tropa se aproximaba. Pensamos que, sin duda, se instalaría en el claro, cerca del río que lo atravesaba. En un instante llegamos a unos espesos matorrales, a una decena de pasos de allí. Acurrucados en medio de las altas hierbas y de las malezas, no corríamos riesgo de ser descubiertos y, lo que era esencial, podíamos a la vez ver y escuchar.

"El grupo apareció casi enseguida. Se componía de unos cincuenta hombres, de los cuales unos treinta eran americanos, y el resto, indios.

"No me había equivocado. Iban a acampar en ese lugar para pasar la noche. Empezaron a hacer el fuego que les serviría para preparar la comida.

"No conocía a ninguno de esos hombres. Neluto, tampoco. Estaban armados con carabinas y revólveres, que pusieron bajo los árboles. Apenas hablaban entre ellos, o lo hacían en voz tan baja que no podía escucharles.

-¿Pero... Hunter, Malone? -dijo Ben Raddle.

-Llegaron un cuarto de hora después en compañía de un indio y del capataz que dirigía la explotación de la parcela 127. Los reconocimos bien Neluto y-yo. Sí, esos pícaros habían llegado a . las vecindades del Golden Mount, y los acompañaban toda una banda de aventureros de su misma especie.

¿Pero qué vienen a hacer? -preguntó el scout-. ¿Conocen la existencia del Golden Mount? ¿Saben que una caravana de mineros llegó hasta aquí?

-Son precisamente las preguntas que me hice, mi buen Bill -respondió Summy Skim-, y he terminado por tener respuesta para todas.

En ese momento, el scout hizo señal de callarse a Summy Skim. Había creído escuchar ruidos afuera, y, saliendo de la tienda, fue a observar los alrededores del campamento.

Era el ruido de uno de sus compañeros al atravesar el canal. Aparecían ya los primeros matices de la aurora, tan temprana en esa latitud.

La vasta llanura estaba desierta. Ninguna tropa se aproximaba a la montaña, cuyos bramidos eran lo único que perturbaba el silencio de la noche. El perro no daba ninguna señal de inquietud. Permanecía tendido en un rincón de la tienda.

El scout entró y tranquilizó a Ben Raddle y a su primo.

Summy Skim continuó:

-Los dos texanos vinieron a sentarse precisamente en el límite del claro, a diez pasos

del matorral detrás del cual estábamos escondidos. Podía escuchar lo que decían. En primer lugar hablaron de un perro que habían encontrado, pero sin decir que le habían disparado. "Es un encuentro bien extraño", dijo Hunter. "Sí, bien extraño... en medio de este bosque. No es posible que haya venido solo a tanta distancia de Dawson-City." "Hay cazadores por aquí", respondió Malone, "no hay duda. ¿Pero dónde están? ¿No habrá ido el perro a buscarlos? Partió en esa dirección". Y, al decir esto, Malone tendía la mano hacia el oeste. "¡Eh!", gritó entonces Hunter. "¿Quién nos dice que son cazadores los amos del perro? Nadie se aventura tan lejos para perseguir rumiantes o fieras." "Pienso como tú, Hunter", declaró Malone; "por aquí andan mineros en busca de nuevos yacimientos. ¿No se dice que los hay en el alto Dominion?" "Sí," respondió Hunter, "ricos terrenos que estos condenados canadienses quieren explotar ellos solos. Pero espera a que les pongamos la mano encima y veremos lo que les queda..." "¡No podrán llenar siquiera un plato o una escudilla!", replicó Malone, mezclando sus risas con abominables juramentos.

-¿Hicieron alusión al Golden Mount? -preguntó Ben Raddle.

-Sí -respondió Summy Skim-, pues Hunter añadió enseguida: "El Golden Mount del que hablan a menudo los indios y que nuestro guía Krasak conoce, no puede estar lejos de aquí, a orillas del mar Polar, y aunque tengamos que recorrer el litoral desde la punta Barrow hasta la bahía de Hudson, terminaremos por descubrirlo".

El ingeniero se quedó pensativo. Lo que temía se había producido. El francés Jacques Laurier no era el único que conocía la existencia del Golden Mount. Un indio, ese Krasak, había revelado el secreto a los texanos, y éstos no tardarían en localizarlo, sin tener que recorrer todo el litoral del océano Artico. Divisarían el volcán en cuanto pusieran el pie fuera del bosque en el que acababan de acampar. Verían el humo y las llamas que se arremolinaban encima de su cráter. En una hora alcanzarían la base del Golden Mount, y, cuando llegaran cerca del campamento ocupado por sus antiguos vecinos del lote 127 de Forty Miles Creek, ¿que pasaría?

Preguntó a Summy Skim:

-¿Dices que Hunter venía acompañado por una banda numerosa?

-Unos cincuenta hombres armados, y, a mi juicio, no ha debido reclutarlos entre las pocas personas honestas que existen en Klondike.

-Es probable, es seguro más bien -afirmó el scout-. Así pues, nuestra situación es grave.

La conversación terminó con esta declaración de Bill Stell. Se tomaron precauciones para guardar el campamento durante la noche. No se produjo ningún incidente hasta el amanecer.

XI
A la defensiva

El scout tenía razón: la situación era grave.

En efecto, era de esperar que la banda de los texanos descubriera el Golden Mount

inmediatamente, ya que Hunter lo vería en cuanto atravesara el límite oriental del bosque. Además, Hunter era guiado por ese Krasak que Summy Skim lo había oído nombrar... No tendría que recorrer el litoral del océano Polar, pues debían haber llegado por ese lado después de atravesar las fuentes del Porcupine. Si hubieran tomado el camino seguido por el scout para ir de Dawson-City a la desembocadura del Mackensie, los habrían visto desde lejos, los habrían descubierto hacía veinticuatro horas, y se habrían dirigido directamente al Golden Mount. Habían venido, pues, del oeste, de Fort Yukon, situado en la ribera derecha del gran río.

La banda contaba unos cincuenta hombres. Ben Raddle y sus compañeros no eran más que veinte. No podían compensar la inferioridad numérica con la valentía, aunque estuvieran decididos a defenderse hasta la muerte.

Sólo les quedaba esperar los acontecimientos, y la espera no sería larga. Dentro de cuarenta y ocho horas, ese mismo día tal vez, Hunter se dirigiría hacia el Golden Mount. Desde luego, no iban a levantar el campamento, a retomar el camino de Klondike. No iban a retirarse delante de los texanos. El scout no lo habría propuesto a sus compañeros. Estos se habrían negado. ¿No se consideraban ellos, en su calidad de primeros ocupantes, como los legítimos propietarios de ese yacimiento volcánico? No se lo dejarían arrebatar sin haber luchado. El propio Summy Skim, el prudente Summy Skim, no hubiera aceptado retroceder. ¿Retroceder ante ese Hunter? Summy Skim no podía olvidar el grosero proceder del texano, primero cuando se habían encontrado en el desembarco del paquebote de Vancouver, luego en el límite de las parcelas 129 y 127 del Forty Miles Creek. Tenía un asunto pendiente con él, y ya que se presentaba la ocasión, lo arreglaría.

Y ahora, cuando los texanos estuvieran al pie de la montaña, ¿qué pasaría? He aquí lo que pensaba Bill Stell, y he aquí lo que dijo a Ben Raddle cuando al día siguiente retomaron la conversación de la víspera.

-En algunas horas más, imagino, veremos la banda dirigirse hacia el Golden Mount. Cuando haya llegado, ¿se detendrá Hunter para establecer su campamento o preferirá seguir la base del monte para acampar a orillas del Mackensie, haciendo lo mismo que hemos hecho nosotros?

-Pienso, Bill -respondió el ingeniero-, que en primer lugar los texanos querrán subir al Golden Mount. Querrán cerciorarse, como nosotros lo hicimos, de que el cuarzo aurífero y las pepitas se encuentran efectivamente en la cumbre.

-Sin duda -respondió el scout-. Pero, después de haber observado el cráter y comprobado la imposibilidad de penetrar en él en medio de los vapores y de las llamas, bajarán, y entonces se plantea la cuestión: o querrán esperar que la explosión se declare, o querrán esperar que el volcán se apague. En ambos casos se verán obligados a instalar un campamento.

-A menos que se vayan por donde vinieron -dijo Summy Skim, que llegó a intervenir en la conversación-. Sería lo más inteligente que podrían hacer.

-Que es precisamente lo que no harán -declaró Ben Raddle-. Puedes estar seguro.

-Lo sé, Ben. Sin embargo, a esos pillos no se les ocurrirá provocar la erupción, como nosotros tratamos de hacerlo.

-Es cierto, Summy. Ellos esperarán.

-Y mientras esperan, acamparán en las vecindades -añadió el scout-, y no olvidemos que la presencia de un perro en el bosque los ha hecho sospechar... Querrán ver si alguna sociedad de mineros ' los ha precedido a las desembocaduras del Mackensie, e irán con

sus exploraciones hasta el estuario.

-Hay que contar con eso -respondió Summy Skim-. Descubrirán pronto nuestro campamento y tratarán de echarnos. Entonces me encontraré de nuevo cara a cara con ese Hunter... Y bien, si un buen duelo, a la francesa o a la americana, lo dejaré elegir, puede terminar con este asunto y libramos de la banda, después de habernos librado de su jefe...

Esta eventualidad no se produciría, por supuesto, porque los texanos tenían a su favor el número, y sabrían aprovechar su ventaja para destruir la caravana del scout o por lo menos ponerla en fuga y quedar como los únicos dueños del Golden Mount.

Había que estar preparados entonces para rechazar su ataque, y se tomaron todas las medidas en previsión de una agresión inminente.

En primer lugar, Bill Stell hizo entrar los carros en el codo, entre el Rubber Creek y la montaña. En cuanto a los animales, se les retiró de las praderas donde pastaban al descubierto y se les condujo al otro lado del canal, bajo unos árboles situados a unos ciento cincuenta pasos, donde tendrían hierba suficiente para algunos días. Había que conservar a todo precio esos animales para asegurar el regreso a Klondike antes de los primeros fríos del invierno. Aparte de eso, se desmontaron las tiendas para levantarlas por la noche al otro lado del canal. Este canal formaría una línea de defensa que los asaltantes no atravesarían sino con muchas dificultades bajo el fuego de las carabinas, cuando las aguas del río corrieran hasta los bordes.

En efecto, si eso llegaba a ser necesario para impedir que invadieran el campamento, Ben Raddle haría dar los últimos golpes de piqueta en la ribera del Rubber Creek. Esperaría, sin embargo, ya que no tenía interés en provocar la erupción mientras Hunter estuviera al pie del Golden Mount.

También las armas fueron preparadas para la defensa. De los veinte hombres de la caravana, una docena poseía fusiles, revólveres y cuchillos, sin hablar de las carabinas de Ben Raddle, Summy Skim, Lorique, Bill Stell y Neluto.

Desde luego, a partir de ese momento los cazadores renunciarían a la caza; los pescadores seguirían pescando en el río o en el litoral, para economizar las reservas de la caravana.

Como era de suponer, los trabajos del canal no se interrumpieron. Se continuaría hasta hacer llegar el canal al pie de la montaña. Era importante que pudiera llenarse en toda su longitud, entre el río y el orificio de la galería cavada en el flanco del Golden Mount. Pero el ingeniero no emplearía la mina, pues se oirían sus explosiones. No se pondrían los cartuchos hasta el instante en que conviniera hacer saltar la pared que aún separaba la galería de la chimenea del cráter.

Por lo demás, no parecía que los síntomas eruptivos se hubiesen acrecentado. Los ruidos interiores no habían aumentado de intensidad. Las llamas y los vapores no habían ganado tampoco ni en altura ni en espesor. Todavía podían pasar semanas, meses antes de que el Golden Mount hiciera verdaderamente erupción.

Durante todo el día el scout y los suyos se mantuvieron en guardia. En el campamento, los hombres permanecían en la parte posterior. Para verlos habría sido necesario avanzar hasta la orilla izquierda del Rubber Creek, e incluso hasta su brazo occidental, que limitaba con el delta del Mackensie.

Varias veces Ben Raddle y Summy Skim, Bill Stell y Lorique fueron a observar la llanura. Como no vieron nada sospechoso, avanzaron incluso hasta la extremidad de la base, al este.

Desde allí la mirada no tenía otro límite que la primera fila de árboles del bosque que cerraba el horizonte a una legua.

La planicie estaba desierta. Ni rastro de hombres, de alguna tropa. Nadie tampoco del lado del litoral, por el cual la banda habría podido encaminarse siguiendo sus contornos.

-Es evidente -dijo el scout- que los texanos no han abandonado el bosque todavía.

-Sí -añadió Summy Skim-. Se han dirigido hacia el oeste.

-No puedo creerlo -respondió el ingeniero-. Su guía conoce la situación del Golden Mount, y han debido divisarlo desde el límite del bosque. Es probable que aún estén acampados en ese claro en que tú los viste, Summy.

-Según eso, no tendrían mucha prisa, Ben.

-Tal vez, en previsión de la presencia de mineros que los hayan precedido, quieren estudiar la situación antes de hacer nada, y no irán al Golden Mount hasta la noche.

-Es probable -declaró Ben Raddle-, pues no es admisible que no lo hayan visto.

-De todos modos -dijo Bill Stell-, tenemos que estar preparados para cualquier sorpresa.

Después de haberse cerciorado una vez más de que la planicie estaba desierta, volvieron al campamento y, cuando llegó la tarde, Bill Stell había tomado todas las precauciones para la noche.

Esta fue tranquila. Pero mientras Summy Skim la durmió de un tirón, según su costumbre, Ben Raddle gozó apenas de unas horas de sueño. La inquietud y la irritación se mezclaban en su espíritu. Irritación, desde luego, porque precisamente en el momento en que pensaba alcanzar su objetivo la mala suerte venía a interponerse. E inquietud, porque no dudaba de que le disputarían duramente el Golden Mount, y ¿podría resistir contra la banda de Hunter? Sentía ahora todo el peso de su responsabilidad.

¿No era por su sola voluntad que se había organizado esta expedición a la desembocadura del Mackensie? ¿No había sido él el alma de esta campaña que amenazaba con terminar de manera tan desgraciada? ¿No había obligado, por así decirlo, a Summy Skim a pasar un segundo año en esas regiones perdidas del Dominion? Que hubiera querido venir a Klondike a tomar posesión de su herencia, de acuerdo. Que era natural que Summy Skim lo acompañara, de acuerdo también. Llegado a los territorios del Forty Miles Creek, que no hubiera resistido el deseo de explotar la parcela 129 y sacar provecho de ella se comprendía en cierta medida, y se concebía que no hubiera tenido en cuenta en ese momento las objeciones del prudente Summy Skim... Pero, después del terremoto y de la inundación, después de la destrucción de las parcelas de toda esa parte de Klondike vecina a la frontera, ¿qué aconsejaba la prudencia? Pues abandonar para siempre el oficio de prospector y, una vez pasado el invierno, una vez repuesto de su accidente, abandonar inmediatamente Dawson-City, no para remontar hacia las latitudes del océano Polar, sino para tomar el camino de Montreal.

Había sido una lamentable circunstancia que él, Ben Raddle, se hubiera puesto en relación con el francés Jacques Laurier, que éste le hubiera revelado la existencia del Golden Mount. Pero era una determinación no menos lamentable la de querer utilizar ese descubrimiento, cuyo secreto ya no era el único que lo poseía, y que una tropa de aventureros iba a arrebatarle por la fuerza.

He aquí lo que se dijo Ben Raddle durante esas largas horas de insomnio, esperando que los hombres de guardia dieran la alarma. Dos o tres veces había salido a observar los accesos del campamento.

Seguramente un peligro gravísimo amenazaba a la caravana. Atacada por Hunter, no podría resistir con posibilidades de triunfo. Los asaltantes eran dos contra uno. ¿No sería prudente cederles el lugar antes de verse expulsados? Esa misma noche, ya que los texanos no habían aparecido todavía, hubiera sido fácil levantar el campamento, internarse en el camino de Dawson-City, y la caravana habría desaparecido antes de que llegara el día. Pero renunciar a los beneficios de esta expedición, tantos esfuerzos vanos, tantas fatigas soportadas inútilmente, y en vísperas de tener éxito... ¡No! Jamás hubiera podido decidirse a dar la orden de partir, y sin duda, como se ha dicho, si se hubiera decidido a darla sus compañeros no le habrían obedecido.

A las cinco de la mañana, sin llegar hasta el flanco occidental del Golden Mount, Ben Raddle y el scout avanzaron una centena de toesas al otro lado del canal. Regresaron sin haber visto nada nuevo.

El buen tiempo parecía haberse estabilizado. El barómetro se mantenía por encima de la media. La temperatura era bastante elevada, pero un viento fresco que venía de alta mar la suavizaba. Bajo esta fresca brisa, los vapores del volcán torcían hacia el sur. Pero el ingeniero y Bill Stell observaron que eran menos espesos que la víspera, menos fuliginosos también.

-¿Irá a decrecer la acción volcánica? -dijo Ben Raddle.

-Si el cráter se apagara, estaría todo resuelto -respondió el scout.

-También lo estaría para Hunter -replicó el ingeniero-. De todos modos, no interrumpamos nuestro trabajo y terminemos el canal.

-Quedará terminado hoy, señor Raddle.

-Sí, Bill, sólo habrá que abrir la orilla del río y la pared del fondo de la galería. Cuando llegue el momento, lo haremos. Eso dependerá de las circunstancias.

Así, pues, el personal de la caravana volvió al trabajo, y sólo necesitó algunas horas para dar el último golpe de piqueta y echar la última paletada de tierra. Ahora, por ese canal de trescientos pies de largo y por esa galería de sesenta pies, las aguas del río podrían precipitarse en la chimenea del Golden Mount.

Después de comer, los hombres pudieron descansar un poco, sin descuidar la vigilancia de los accesos al campamento.

Por la tarde, Neluto se internó un poco en la llanura. Stop lo acompañaba, casi completamente curado de su herida. A pesar de toda la banda, si uno de los hombres de Hunter se hubiera aventurado hasta la base del monte el inteligente animal habría sabido despistarlo.

Hacia las tres, Ben Raddle y Summy Skim estaban observando la orilla del río, cerca del lugar donde iban a hacer la sangría, cuando unos cortos ladridos resonaron en la dirección que había tomado Neluto para ir a hacer su reconocimiento.

-¿Qué pasa? -gritó el scout.

-Alguna pieza que habrá levantado nuestro perro, sin duda -dijo Ben Raddle.

-No -respondió Summy Skim-, no ladraría de esa manera.

-Ven -replicó el ingeniero.

No habían dado cien pasos cuando divisaron a Neluto que volvía a toda prisa.

Unos instantes después, escucharon los gritos del indio:

-¡Alerta! ¡Alerta!

Llegó casi sin aliento.

-Ya llegan...

-¿Todos? -preguntó Bill Stell.

-Todos.

-¿A qué distancia están ahora? -preguntó el ingeniero.

-A setecientos u ochocientos pasos del volcán, señor Ben.

-¿Te vieron? -dijo Summy Skim.

-No creo -respondió Neluto-, pero yo los vi bien. Venían en masa, con sus caballos y sus carros.

-¿Y se dirigen...? -preguntó el scout. -Hacia el río.

-¿Habrán escuchado los ladridos del perro? -preguntó Summy Skim.

-No, no es posible. Estaban demasiado lejos. -¡Al campamento ordenó Ben Raddle-, y pongámonos a la defensiva!

¿Se detendrían Hunter, Malone y la banda cuando llegaran al ángulo del Golden Mount? ¿Se instalarían en ese lugar o continuarían su marcha hacia el estuario del Mackensie?

Esta última hipótesis era la más probable. En la necesidad de acampar durante algunos días, buscarían un emplazamiento en que no les faltara el agua dulce. Como se sabe, ningún estero regaba la llanura al oeste del Golden Mount, y Hunter no podía ignorar que el gran río desembocaba en el océano a corta distancia. Lo verían dirigirse hacia el estuario. ¿Cómo los trabajos del canal no iban a llamar su atención? ¿Cómo no iban a descubrir el campamento entre los árboles?

Ben Raddle y sus compañeros se exponían pues a un ataque próximo, y tomaron sus disposiciones para rechazarlo.

Sin embargo, pasó la tarde sin que se produjera la agresión. Ni los texanos ni ninguno de sus hombres aparecieron en los alrededores del Rubber Creek.

¿Había que concluir que Hunter había escogido el pie del volcán para instalarse? Sin embargo, ese emplazamiento no era favorable para una estancia de cierta duración.

-Es posible -observó Raddle- que Hunter haya querido subir al volcán antes de establecer su base.

-Es posible, en efecto -respondió Summy-. Querrá reconocer el cráter, asegurarse de si contiene pepitas y, al mismo tiempo, ver el estado de la erupción.

La observación era justa, y Ben Raddle la aprobó con un movimiento de cabeza.

Sea como sea, el día terminó sin que el campamento recibiera la visita de los texanos. Seguramente llegarían al día siguiente a instalarse en las proximidades del Mackensie, y sólo después de haber subido al Golden Mount. Había razón para creerlo.

Sin embargo, con el fin de estar preparados para toda eventualidad, el scout y sus compañeros resolvieron quedarse en pie toda la noche, en estado de alerta. Por turno, atravesaron el canal por la orilla del río y fueron a apostarse al pie de la montaña para poder observar toda la base.

Hasta las once y media el crepúsculo proporcionó suficiente claridad para ver si alguien se dirigía hacia el río, y a las dos aparecieron las primeras luminosidades del alba.

Durante esta noche tan breve no se produjo ningún incidente, y por la mañana la situación era la misma que la víspera.

¿Subirían Hunter y Malone a la cima del volcán en el curso del día? ¿Sería posible verlos sin ser vistos?

No había que pensar en alejarse descendiendo hacia el sur. Por allí no había un solo bosquecillo donde refugiarse. Retrocediendo hacia el lugar donde el Rubber Creek se

separaba de la bifurcación principal, también era imposible encontrar algún refugio que les permitiera escapar a las miradas de Hunter y Malone desde la meseta del Golden Mount.

Existía un solo lugar desde donde podrían ver a los texanos sin ser vistos por ellos cuando visitaran el cráter: un grupo de viejos abedules situado a doscientos pasos del campamento, en la orilla izquierda del río, más abajo del lugar donde iban a establecer la derivación. Entre el campamento y los abedules, un seto de arbustos permitía llegar a ellos arrastrándose detrás de las matas.

Temprano, Ben Raddle y Bill Stell fueron a cerciorarse de que desde allí podrían ver a cualquiera que se aproximara a la cresta de la montaña. Esta cresta, como habían observado cuando subieron por primera vez, estaba formada por bloques de cuarzo, por lavas endurecidas en las que era imposible poner el pie. Debajo de ellas, el flanco del monte se cortaba verticalmente, como un muro, y la misma disposición tenía la fachada que daba al mar.

-El lugar es bueno -dijo el scout-. No nos verán ni cuando vayamos ni cuando volvamos. Si Hunter sube al cráter, seguramente querrá observar desde esa cresta el estuario del Mackensie.

-Tendremos siempre aquí a uno de nuestros hombres -respondió Ben Raddle.

-Yo agrego, señor Ben, que desde arriba no se puede ver nuestro campamento. Está bajo los árboles ahora. Cuidaremos de que todos los fuegos se apaguen, que no se escape humo... En esas condiciones, me parece que la banda de Hunter no podrá descubrirlo.

-Es deseable -respondió el ingeniero-, como lo es también que esos texanos, después de ha

ber comprobado que es imposible bajar al cráter, abandonen sus proyectos y se vayan por donde vinieron.

-Y que los conduzca el diablo -dijo el scout.

Luego añadió:

-Si usted quiere, señor Ben, yo puedo quedarme aquí mientras usted regresa al campamento.

-No, Bill, prefiero quedarme aquí en observación. Vaya usted a asegurarse de que se han tomado todas las medidas y de que ninguno de nuestros animales pueda alejarse.

-Entendido -respondió el scout-. Le diré al señor Skim que venga a reemplazarlo dentro de dos horas.

-Sí, dentro de dos horas -respondió Ben Raddle, echándose al pie de un abedul, de donde no perdería de vista la cresta del volcán.

Bill Stell volvió solo a reunirse con sus compañeros. Las tiendas habían sido desmontadas en la mañana. Nada podía delatar la presencia de una caravana en ese ángulo que el Rubber Creek hacía con el flanco del Golden Mount.

Hacia las nueve, por invitación del scout, Summy Skim, deslizándose entre las rocas con su fusil en bandolera, como si partiera de caza, fue a encontrarse con el ingeniero. Se tendió a su lado. Su primera pregunta fue, naturalmente:

¿Nada nuevo, Ben?

-Nada, Summy.

-¿Ninguno de esos zopencos ha venido a posarse en lo alto de esas rocas?

-Nadie.

-¡Cómo me gustaría abatir a uno o dos de ellos! -comentó Summy Skim, mostrando

su carabina cargada con dos balas.

-¿A esta distancia, Summy?

-Es verdad. Tienes razón. Es un poco alto y un poco lejos.

-Por lo demás, no se trata de ser hábil sino de ser prudente. Un hombre menos en la banda no la haría menos peligrosa para nosotros, y si no nos descubren, yo espero todavía que Hunter y sus compañeros nos librarán de su presencia después de haber comprobado que no hay nada que hacer.

Era la esperanza de Ben Raddle, pero había demasiadas razones, todas demasiado plausibles, para que no pudiera realizarse...

Después de haber conversado unos minutos, Ben Raddle se levantó para volver al campamento.

-Vigila bien, Summy -dijo-, y si ves a los texanos en la cumbre, ven a advertirnos inmediatamente, teniendo cuidado de que no te vean.

-De acuerdo, Ben.

-El scout vendrá a reemplazarte para que vayas a comer.

-Bill Stell o Neluto -replicó Summy Skim-. Podemos tener plena confianza en ese valiente compañero. Además, tiene ojos de águila, ojos de indio... Con eso está dicho todo.

Ben Raddle iba a emprender el regreso al campamento cuando Summy Skim le cogió vivamente el brazo.

-Espera.

-¿Qué pasa?

-Mira... allá arriba.

El ingeniero levantó los ojos hacia la cumbre del Golden Mount.

Un hombre y después otro aparecieron en la cresta.

-¡Son ellos, son ellos! -repitió Summy Skim, tendiendo el brazo.

-¡Sí, Hunter y Malone! -respondió Ben Raddle, que se metió rápidamente entre los árboles.

Eran los dos texanos, en efecto, y sin duda algunos de los suyos ya se encontraban en la meseta. Muy probablemente, después de haber reconocido el estado del cráter habían dado una vuelta alrededor con la intención de observar la vasta red hidrográfica del delta del Mackensie. Seguramente les vendría a la mente la idea de trasladar allí su campamento, si decidían esperar la erupción hasta el día en que los primeros fríos los obligaran a partir.

-¡Ah! -murmuraba Summy Skim-, los dos bandidos... Y pensar que tengo una bala para cada uno, si pudieran alcanzarlos. Es verdad que entre ese Hunter y yo hay un asunto de honor. Sí, de honor. Y, si no hubiera sido por la inundación del Forty Miles Creek, ya se habría resuelto, y en mi favor...

Convendremos en que no era eso lo que hubiera debido preocupar a Summy Skim en ese momento, y, desde luego, Ben Raddle no pensaba en lo que había pasado el año anterior en las parcelas 127 y 129. Sólo tenía ojos para esos dos hombres que habían venido a disputarle el tolden Mount. Aunque fuera por otro motivo, el odio que le inspiraban Hunter y Malone igualaba al de Summy Skim.

Durante una media hora pudo ver a los texanos ir y venir por la cresta de la meseta. Era evidente que observaban la región con extrema atención, inclinándose a veces para examinar la base del volcán por el lado del estuario.

Que hubieran descubierto el campamento al pie de la montaña, que estuvieran seguros de que una caravana les había precedido, no se podía colegir por su actitud. Lo que sí era seguro era que Hunter y Malone observaban obstinadamente el río que corría al pie del monte, y no era menos dudoso que allí veían un lugar ideal para instalarse durante unas semanas.

En ese momento, dos hombres fueron a reunirse con ellos. Uno era el contramaestre del 127, al que Ben Raddle y Summy Skim reconocieron inmediatamente. El otro era un indio, que no conocían.

-Sin duda es el guía que los condujo hasta aquí -dijo el ingeniero.

-Es el mismo que vi en el claro del bosque -respondió Summy Skim.

Viéndolos en la cresta de la meseta, le vino a la mente la idea de que si perdían el equilibrio, si caían desde una altura de ochocientos a novecientos pies, eso vendría a simplificar la situación, a darle un feliz desenlace tal vez. Tras la muerte de sus jefes, la banda podría abandonar la campaña.

Pero no fueron los texanos los que se precipitaron desde lo alto del volcán, sino un gran bloque de cuarzo que se desprendió de la cresta. Pudieron retroceder a toda prisa antes de que éste los arrastrara.

La roca, en su caída, chocó contra un saliente del flanco y se rompió en varios trozos. Uno de ellos cayó en medio de los árboles que protegían el campamento.

Summy Skim no pudo reprimir un grito que Ben Raddle sofocó tapándole la boca. -Cállate, Summy, cállate.

-¡Ojalá que no haya aplastado a alguno de nuestros compañeros!

Había que esperar que no hubiera pasado tal cosa. Pero la caída del bloque asustó a uno de los caballos de la caravana. El animal, después de haber roto la cuerda que lo retenía, se lanzó fuera del bosque, corrió hacia el canal, lo atravesó de un salto y se internó en la llanura.

Se escucharon gritos, débilmente, es verdad, a causa de la distancia. Eran Hunter y Malone que, desde lo alto del Golden Mount, llamaban a sus compañeros.

Cinco o seis acudieron de inmediato. No fue difícil adivinar por sus gestos que Hunter sabía ahora a qué atenerse respecto de la presencia de una caravana en las bocas del Mackensie. Ese caballo no podía haber salido sino de un campamento, y ese campamento estaba allí, a sus pies.

-Ven -dijo Ben Raddle a Summy Skim.

Abandonaron el bosquecillo arrastrándose entre los matorrales y se dirigieron al campamento donde el scout, Neluto, Lorique y sus compañeros los esperaban con la mayor inquietud.

XII
Ataque y defensa

Bill Stell y los otros ignoraban aún si el campamento había sido o no descubierto. Desde donde se hallaban no podían ver la cresta de la meseta. Tampoco sabían que Hunter y algunos hombres de su banda habían subido la montaña, ni que habían visto el

caballo espantado. De todos modos Neluto corrió por la llanura para perseguirlo y no tardó en llevarlo de vuelta.

Todos fueron puestos al corriente de lo que pasaba y no les cupo duda de que tendrían que rechazar un ataque casi inmediato.

-Nos defenderemos -declaró el scout-, y no cederemos el lugar a esos bribones americanos.

Un unánime hurra acogió sus palabras.

¿La agresión se efectuaría el mismo día? Era probable. Hunter tendría interés en precipitar las cosas. No actuaría sin cierta prudencia, es verdad, puesto que no sabía qué fuerzas se opondrían a las suyas. Trataría de informarse antes de actuar, evidentemente. Tal vez querría parlamentar y salirse con la suya por ese medio si veía que contaba con la superioridad numérica. En todo caso, Malone y él ignoraban aún que sus contrincantes eran sus antiguos vecinos, los propietarios de la parcela 129 del Forty Miles Creek, con los cuales ya habían tenido violentos altercados. Cuando Hunter se encontrara en presencia de su adversario Summy Skim, la situación se complicaría.

El scout se ocupó de las últimas medidas de defensa, considerando que la banda de Hunter, por lo que había observado Summy Skim en el bosque, contaba con el doble de hombres. Y he aquí lo que el ingeniero propuso a Bill Stell, después de haber discutido el asunto:

-Nuestro campamento está ahora cubierto, y en consecuencia, es inaccesible. Lo protege por un lado el flanco del Golden Mount, y por el otro el Rubber Creek, que Hunter y los suyos no podrían atravesar sin exponerse al fuego de nuestras carabinas.

-En efecto, señor Raddle -respondió el scout-, pero por delante sólo nos defiende el canal que une el río y la montaña, y no es más que una fosa de siete a ocho pies de ancho con más o menos igual profundidad. ¿Detendría a los asaltantes?

-No si la fosa está seca, desde luego -declaró el ingeniero-, pero si la llenamos de agua hasta los bordes, les será difícil atravesarla.

-De acuerdo, señor Raddle. ¿Y usted piensa inundarla abriendo la orilla del río?

-Es lo que pienso, Bill -respondió Ben Raddle-. El agua llenaría enteramente el canal.

-Pero -observó el scout-, si más tarde queremos hacer estallar la pared que separa la galería de la chimenea del cráter, ¿cómo llegar hasta allá si la galería está llena de agua?

-No estará llena de agua, porque su orificio aún está cerrado por una pequeña presa que dejaremos tal como está y destruiremos con unos cuantos golpes de piqueta cuando llegue el momento.

-Bien, señor Raddle -dijo el scout-. Si es lo que hay que hacer, hagámoslo al instante. Tene-

mos todavía algunas horas antes de que la banda tenga tiempo de bajar y aparecer frente a nuestro campamento. ¡Manos a la obra!

Bill Stell llamó a sus hombres y les informó de lo que se había decidido. Premunidos de sus herramientas, se dirigieron a la orilla y atacaron el lugar donde empezaba el canal.

Una media hora bastó para practicar una sangría que las aguas agrandaron enseguida al precipitarse. Detenidas sin embargo por la presa que todavía mantenía cerrada la galería, se fueron calmando hasta que se equilibró el nivel entre el canal y el río.

De este modo se cortaba todo acceso al triángulo en que se hallaba el campamento, protegido por los árboles.

Mientras se ejecutaba este trabajo, Summy Skim y Lorique, ayudados por Neluto, se

ocupaban de preparar las armas: carabinas, fusiles, revólveres y también los cuchillos por si era necesario luchar cuerpo a cuerpo. Quedaba suficiente reserva de pólvora y de balas, así como cartuchos.

-Tenemos para esos bandidos -dijo Summy Skim- todos los tiros que se merecen, y no los ahorraremos.

-Mi idea es -dijo Lorique- que si son acogidos por un buen tiroteo, se irán como vinieron.

-Es posible, Lorique, y, como nosotros estamos a cubierto detrás de los árboles y ellos no lo estarán al otro lado del canal, eso compensará la desventaja de ser uno contra dos. Si hemos tenido alguna vez la ocasión de apuntar bien y de no errar el tiro, es precisamente ésta. No lo olvides, Neluto.

-Cuente conmigo, señor Skim -respondió el indio.

Los preparativos de defensa finalizaron pronto y no quedó más que esperar, vigilando los accesos. Se dispusieron hombres en el canal de modo que pudieran observar toda la base meridional del Golden Mount.

No había nadie en la caravana que no se diera cuenta de la situación. No había otra salida que un paso lo suficientemente ancho como para que cupieran los animales. Si había que batirse en retirada y ceder el campo a los texanos, se podría salir por allí y llegar a la llanura remontando la orilla izquierda del Rubber Creek. Pero todos confiaban en que Hunter no lograría atravesar el canal. En cuanto al paso en cuestión, fue fácil taparlo con una barricada, dejando sólo una abertura que se cerraría en el momento del ataque.

Mientras algunos hombres estaban de guardia afuera, los otros, esperando que les correspondiera reemplazarlos, comieron bajo los árboles. Summy Skim y el scout compartieron su comida. La pesca había sido abundante en los días anteriores, y las conservas estaban casi intactas. Se encendió fuego, lo que no presentaba ahora ningún inconveniente, ya que el campamento había sido descubierto. El humo escapó libremente entre las ramas.

Nada perturbó la comida, y cuando los hombres que estaban de guardia fueron relevados, no tuvieron nada nuevo que señalar sobre la aproximación de la banda.

-Tal vez esos bandidos preferirán atacarnos durante la noche -dijo Summy Skim.

-La noche dura apenas dos horas -respondió Ben Raddle-, no pueden esperar sorprendernos.

¿Por qué no, Ben? Tal vez piensen que nosotros ignoramos su presencia en el Golden Mount.

No saben que los hemos visto en el borde de la meseta.

-Es posible -declaró el scout-, pero vieron el caballo que se escapó. Primero un perro en el bosque, luego un caballo atravesando la llanura. Es más que suficiente para que tengan la certeza de que hay una caravana acampada en este lugar. Sea por la tarde o por la noche, los veremos.

Hacia la una, Bill Stell atravesó la presa y se reunió con los hombres que observaban los alrededores.

Durante su ausencia, Ben Raddle regresó con Lorique al bosquecillo desde donde había divisado a Hunter y Malone en la cresta de la meseta. Desde allí se veían los humos del volcán, que se elevaban a unos cincuenta pies y se arremolinaban con fuerza. A veces incluso alguna llama se alzaba hasta esa altura. Los fuegos interiores se manifestaban con

mayor violencia. La erupción no tardaría en producirse. Tal vez en algunos días...

Esta circunstancia hubiera sido lamentable y muy perjudicial para los proyectos del ingeniero. En efecto, el volcán hubiera lanzado con sus lavas y sus escorias las materias auríferas, pepitas y polvo de oro, a los pies de los texanos. La erupción se produciría en provecho de Hunter. ¿Cómo podría Ben Raddle disputarle la posesión? La partida estaba irrevocablemente perdida. En el campamento, la caravana tenía alguna oportunidad de éxito. A campo abierto le sería imposible luchar con alguna ventaja.

El ingeniero volvió lleno de inquietud. Comprendía que contra esa eventualidad no había nada que hacer.

En el momento en que llegaba, Summy Skim le indicó al scout, que regresaba a toda prisa. Los dos primos se adelantaron a su encuentro.

-¡Vienen! -gritó Bill Stell.

¿Están lejos todavía? -preguntó el ingeniero.

-A una media legua aproximadamente.

-¿Tendremos tiempo de ir a hacer un reconocimiento? -preguntó Lorique.

-Sí -respondió Bill Stell.

Inmediatamente, los cuatro atravesaron el canal y fueron al lugar donde estaban los vigías. Era fácil, sin ser vistos, abarcar con la mirada la parte de la llanura que limitaba con la base del Golden Mount.

A lo largo de esta base avanzaba una tropa compacta. Debía venir toda la banda. Se veían relucir los cañones de los fusiles. Por lo demás, ni caballos, ni carros; habían dejado todo el equipo en el lugar en que acampaban desde hacía dos días.

Hunter, Malone y el contramaestre marchaban a la cabeza. Avanzaban con cierta prudencia, deteniéndose a veces, alejándose a veces algunos cientos de pasos con el fin de examinar lo alto del Golden Mount.

-Antes de una hora estarán aquí -dijo Lorique.

-Es evidente que conocen la ubicación de nuestro campamento -respondió Summy Skim.

-Y que vienen a atacarlo -añadió el scout.

-Si yo esperara aquí que ese Hunter estuviera al alcance -dijo Summy Skim-, lo podría saludar con un buen tiro, y a cien pasos estoy seguro de abatirlo como a un pato.

-No, volvamos -ordenó Ben Raddle.

Era la decisión más cuerda. La muerte del texano Hunter no habría impedido a los otros atacar.

Ben Raddle, Summy Skim, el scout y Lorique, seguidos de sus hombres, volvieron al canal. En cuanto hubieron atravesado uno a uno la presa, la abertura de la barricada fue tapada con piedras preparadas para el efecto. No quedó ya ninguna comunicación entre las dos orillas del canal.

Todos se retiraron a unos sesenta pasos detrás de los primeros árboles, en donde estarían a buen recaudo si se llegaba a intercambiar tiros, lo que parecía infinitamente probable. Las armas estaban cargadas. Esperaron.

Por consejo del scout, decidieron que había que dejar a la banda aproximarse hasta el canal y no intervenir sino cuando intentara atravesarlo.

Media hora después, Hunter, Malone y sus compañeros doblaban el ángulo del monte. Unos bordearon lentamente la base. Los otros avanzaron hasta el río. Bajaron por la orilla izquierda, con las armas listas para ser empuñadas y los revólveres sujetos al

cinto rojo que les ceñía los riñones.

La mayoría de esos hombres eran los mineros que Ben Raddle, Summy Skim, Lorique y Neluto habían visto trabajar en la parcela 127 del Forty Miles Creek. Eran unos treinta, sin hablar de una veintena de indios que Hunter había reclutado en Circle-City y en Fort Yukon para esta campaña en el litoral del mar Polar.

La banda se reunió cuando alcanzó la orilla del canal. Hunter y Malone se detuvieron.

Ambos iniciaron una conversación con el contramaestre, que debía de ser muy viva a juzgar por la violencia de sus gestos. No cabía duda que detrás de los árboles estaba instalado un campamento. Sus manos se tendían en esa dirección. Lo que parecía provocarles una verdadera decepción era ese canal, que les oponía un obstáculo difícil de superar si estallaba un tiroteo a sesenta pasos de allí.

Por lo demás, habían reconocido que el canal había sido cavado recientemente. La tierra se veía removida y había huellas en el suelo. Pero, con qué fin se había realizado ese trabajo, no podían comprenderlo... En cuanto al orificio de la galería, el enredo de ramajes lo hacía invisible. Además, ¿habrían imaginado alguna vez una galería destinada a lanzar aguas del río en las entrañas del Golden Mount?

Hunter y Malone iban y venían por la orilla del canal, preguntándose cómo atravesarlo. Les era absolutamente necesario avanzar hasta el bosquecillo, ya para tomar contacto con los que lo ocupaban, ya para asegurarse de que habían abandonado el lugar el día anterior, lo que creían posible después de todo.

En ese momento el contramaestre se reunió con ellos. Les mostró la presa cubierta por una barricada, único paso que podría permitirles atravesar el canal a pie.

Los tres se dirigieron hacia ese lado. Viendo esa barricada que no presentaba ninguna abertura, debieron decirse que el bosque ciertamente estaba ocupado, y que, derribándola, llegarían al campamento.

Ben Raddle y sus compañeros, detrás de los árboles, seguían todos los movimientos de la banda. Comprendieron que Hunter iba a abrirse paso desplazando las piedras amontonadas en la presa. Había llegado el momento de impedírselo.

-No sé -dijo Summy Skim en voz baja- qué es lo que me detiene para romperle la cabeza. Lo tengo a tiro.

-No, no tires, Summy -respondió Ben Raddle, bajando su arma-. El que matemos a su jefe no los detendría. Tal vez sea mejor explicamos con ellos antes de llegar a los tiros. ¿Qué piensa usted,

scout?

-Pienso que siempre se puede intentar -replicó Bill Stell-. La situación no se agravará por eso. Si no nos escuchan, veremos.

-En todo caso -observó Lorique-, no nos mostremos todos. Hay que evitar que Hunter nos cuente.

-Exacto -respondió el ingeniero-. Iré yo solo.

-Yo voy también -añadió Summy Skim, que jamás hubiera dejado ir solo a Ben Raddle a enfrentarse con los texanos.

En el momento en que algunos hombres de Hunter avanzaban para demoler la barricada, Ben Raddle y Summy Skim aparecieron en el límite del bosquecillo.

En cuanto Hunter los vio, hizo seña a los hombres de que retrocedieran. La banda se mantuvo a la defensiva a unos diez pasos del canal.

Hunter y Malone se aproximaron solos con el fusil en la mano.

Ben Raddle y Summy Skim tenían cada uno su carabina. Pusieron las culatas en el suelo.

Los dos texanos hicieron lo mismo, y la primera voz que se escuchó, con cierto tono de sorpresa, fue la de Hunter.

-¡Ah! -gritó-. Son ustedes, los señores del 129. -Somos nosotros -respondió Summy Skim. -No esperaba encontrarlos en la desembocadura del Mackensie -dijo el texano.

-Tampoco nosotros esperábamos verlos llegar después de nosotros -replicó Summy Skim.

-¡Ah! Y entre nosotros dos hay un viejo asunto que arreglar.

-Se puede arreglar aquí igual que en las parcelas del Forty Miles Creek.

En Hunter, la cólera siguió a la sorpresa. Viéndose delante de Summy Skim, levantó el fusil. Summy Skim hizo lo mismo.

Se produjo en la banda un movimiento que Hunter reprimió con un gesto. Hubiera querido saber, antes de comprometerse en una pelea, de qué cantidad de hombres disponía Ben Raddle. En vano sus ojos hurgaban en el interior del bosquecillo. Ninguno de los hombres de la caravana se dejaba ver entre los árboles.

Ben Raddle juzgó que había llegado el momento de intervenir. Avanzó hasta la orilla del canal. Una docena de pasos lo separaba de Hunter. Malone se había quedado atrás.

-¿Qué quieren ustedes? -preguntó Ben Raddle con voz fuerte.

-Queremos saber lo que ustedes han venido a hacer al Golden Mount.

¿Y con qué derecho quieren saber eso?

-No es cuestión de derecho, sino de hecho -respondió Hunter-, y el hecho es que ustedes están aquí a (ochenta y siete)[25] millas de Dawson-City.

-Hemos venido porque nos ha dado la gana -respondió Summy Skim, que empezaba a perder el control.

-¿Y si a nosotros no nos gusta encontrarlos aquí? -replicó Hunter, cuya voz delataba un furor difícilmente contenido.

-Que les guste o no, no nos interesa -contestó Summy Skim-. Aquí estamos sin permiso de ustedes, y aquí nos quedaremos sin permiso de ustedes, les guste o no.

-Una vez más -gritó el texano-, ¿qué han venido a hacer al Golden Mount?

-Lo mismo que han venido a hacer ustedes -respondió Ben Raddle.

-¿A explotar este yacimiento?

-Que es canadiense y no americano -respondió el ingeniero-, ya que está en territorio del Dominion.

Se comprende que no era un asunto de nacionalidad lo que detendría a los texanos. Respondió Hunter, dirigiendo su mano hacia el volcán.

-El Golden Mount no pertenece ni a los canadienses ni a los americanos. Es de todos.

-De acuerdo -respondió Ben Raddle-. Es del primer ocupante.

-No se trata de haberlo ocupado primero -declaró Hunter, que iba perdiendo poco a poco su sangre fría.

-¿De qué se trata, entonces? -preguntó el ingeniero.

-Se trata de estar en condiciones de defenderlo -respondió Hunter con un gesto de amenaza. -¿Y contra quién?

-Contra los que pretenden ser los únicos que lo van a explotar.

[25] Cifra omitida por Veme.

-¿Y esos...?

-Somos nosotros -gritó Hunter.

-Inténtenlo pues -respondió Ben Raddle.

A una señal de Malone, partieron varios tiros. Ninguno alcanzó a Ben Raddle ni a Summy Skim. Ambos se abalanzaron al bosquecillo. Summy Skim se dio vuelta, apuntó rápidamente su carabina y tiró contra Hunter.

El texano se echó a un lado y pudo evitar la bala, que alcanzó a uno de sus hombres, hiriéndolo mortalmente en el pecho.

Comenzó un tiroteo de ambos lados. Los compañeros del scout, atrincherados detrás de los árboles, estaban en ventaja en relación con los hombres de Hunter. Hubo algunos heridos entre los primeros y muertos entre los segundos.

Hunter vio que corría el riesgo de diezmar su banda si no lograba atravesar el canal. Tenía que entrar en el bosquecillo, enfrentar a los de la caravana y derrotarlos gracias a la superioridad numérica con la que pensaba que contaba, lo que era verdad, por lo demás.

Malone y dos o tres más se precipitaron a la presa para forzar la barricada. Encorvándose detrás de las rocas y las piedras acumuladas, trataron de realizar una abertura practicable.

Fue allí, en ese punto, donde se concentró la defensa. Si el paso era forzado, si la banda llegaba hasta el límite del bosque, si invadía el campamento, la resistencia se haría imposible.

Hunter, por otra parte, comprendió que no podía dejar a sus hombres expuestos a la andanada de balas y les ordenó arrojarse al suelo. La tierra arrojada al borde del canal formaba una especie de parapeto que permitía a un hombre protegerse a condición de permanecer tendido.

Improvisando en ese parapeto unas pequeñas troneras, se podía disparar contra el bosque, aunque no se presentara nadie contra quien apuntar. Los dos o tres heridos que hubo en el campo del scout lo habían sido por balas disparadas al azar.

Malone y dos de los suyos se arrastraron por el suelo y se dirigieron a la barricada. Lograron llegar a ella y, protegidos por las rocas que la componían, empezaron a sacar poco a poco las piedras, que caían al canal.

Numerosos disparos partieron del bosquecillo, sin alcanzarlos. Bill Stell, queriendo impedirles a toda costa que atravesaran la barricada, estaba decidido a atacarlos en una lucha cuerpo a cuerpo.

Era peligroso exponerse en ese espacio descubierto, de unos sesenta pasos, que separaba el bosque del canal. Pero ese peligro lo correrían igualmente Hunter y los suyos cuando corrieran hacia el campamento después de haber atravesado la barricada.

Ben Raddle aconsejó al scout esperar todavía antes de salir del bosque. Podía ocurrir que Malone y los otros, ocupados en demoler la barricada, fuesen puestos fuera de combate, y que otros corrieran la misma suerte. Nada tenía de raro entonces que Hunter abandonara la partida por temor a sacrificar inútilmente hasta al último de sus hombres. Pero había que dirigir un fuego incesante contra la barricada, respondiendo al mismo tiem- po a los múltiples disparos que venían del parapeto del canal.

Pasaron unos diez minutos en estas condiciones. Ninguno de los que ocupaban la barricada había sido herido, pero, cuando la abertura se hubo agrandado, las balas empezaron a dar en el blanco.

Uno de los indios fue derribado; después que se lo hubieron llevado, otro vino a

reemplazarlo cerca de Malone.

En ese momento Neluto hizo un disparo excelente. Había podido apuntarle a Malone y lo alcanzó en todo el pecho.

El texano se derrumbó. Su caída provocó un grito terrible de toda la banda.

-Bien, bien -dijo Summy Skim a Neluto, que estaba a su lado-. Gran tiro. Pero déjame a Hunter. Es un asunto entre nosotros. Yo me encargo de él.

Pero entonces, después de que Malone fue retirado, Hunter pareció renunciar al ataque. Decididamente no podría tener éxito en tales condiciones. Los asaltantes terminarían por sucumbir hasta el último hombre. No queriendo exponer más a su gente, alzó su voz en medio de las detonaciones, que continuaban de una y otra parte.

Dio la señal de retirada. La banda, llevándose a sus heridos bajo los tiros que festejaban su huida, retomó el camino de la llanura remontando la orilla izquierda del Rubber Creek y desapareció en la vuelta del Golden Mount.

XIII
La erupción

Así terminó esta primera tentativa de Hunter contra el campamento. Le costaba un cierto número de heridos, entre ellos Malone, mientras dos o tres de los compañeros del scout habían sido apenas rozados por balas perdidas.

¿Se renovaría esta tentativa en condiciones más favorables? Dado su carácter odioso y vengativo, impulsado además por el deseo feroz de hacerse dueño del Golden Mount, ¿no trataría Hunter de apoderarse del campamento si llegaba a enterarse de que él tenía la ventaja del número, de que eran dos contra uno?

-En todo caso, esos bandidos se han batido en retirada -declaró el scout-, y hoy no volverán.

-No, pero tal vez lo hagan esta noche -respondió Summy Skim.

-Y bien, vigilaremos -dijo Ben Raddle-. Con dos o tres horas de oscuridad, Hunter tendrá las mismas dificultades para atravesar el canal. No, creo que no se atreverá. Sabe que estaremos en guardia.

-Lo importante es restablecer la barricada -observó Lorique.

-Es lo que vamos a hacer -dijo Summy Skim, llamando a algunos de sus hombres para ayudarlo en ese trabajo.

-Antes -dijo Summy Skim-, veamos si la banda vuelve a su campamento.

-Veamos -respondió el scout.

Ben Raddle, Summy Skim, Lorique, Bill Stell y Neluto, con las carabinas en la mano, atravesaron la presa y se dirigieron hacia el ángulo de la montaña, al sudeste. Desde allí, la vista alcanzaba hasta el lugar donde se habían instalado los texanos y se extendía sobre toda esa parte de la planicie.

No eran más que las seis, aún pleno día.

Llegados al recodo, Ben Raddle vio que no sería necesario ir más allá.

Hunter y sus compañeros no se hallaban más que a cinco o seis tiros de fusil.

Marchaban lentamente, a pesar del temor que podían tener de ser perseguidos. El scout se preguntó incluso si no convenía lanzarse en su persecución. Pero, por otra parte, era mejor que los texanos no supieran que la caravana estaba compuesta apenas por una veintena de hombres. Además, sea lo que sea lo que pensara Summy Skim, no era imposible que hubieran renunciado a toda nueva tentativa contra el campamento.

Pero, si la banda avanzaba lentamente, era porque llevaba a sus heridos. Podía pensarse incluso que la mayoría no podía caminar, y probablemente Malone era uno de ellos.

Durante cerca de una hora el scout y sus compañeros permanecieron observando esta retirada. Vieron a Hunter doblar en el extremo de la base del Golden Mount. No tomó la dirección de la llanura, lo que significaba que había vuelto a su campamento.

Hacia las ocho, el scout terminó de restablecer la barricada. Dos hombres se pusieron de guardia en ese lugar, y los demás volvieron al bosquecillo para comer.

La conversación versó sobre los acontecimientos del día. Después del ataque, la retirada de Hunter no podía considerarse como un desenlace. No habría desenlace definitivo sino cuando la banda abandonara el Golden Mount. Si los texanos persistían en quedarse en las cercanías, cualquier incidente podría ocurrir. Si la erupción se producía espontáneamente, había que disputarse a tiros las pepitas expulsadas por el volcán.

Por otra parte, estando los texanos allí, ¿debería Ben Raddle continuar con su proyecto de provocar la erupción precipitando las aguas del río en el cráter?

En algunas semanas empezaría la mala estación, con sus tormentas, sus blizzards y sus nieves. Era absolutamente necesario que ya para entonces la caravana estuviera en Dawson-City. ¿Se decidiría el ingeniero a pasar un segundo invierno en Klondike, a postergar para el próximo verano la explotación del Golden Mount? ¿Pero no llegaría de nuevo Hunter? ¿Habría que reclutar en tal caso una tropa de canadienses y de indios superior a la suya? ¿Podría conseguir Ben Raddle que su primo postergara todavía por un año su regreso a Montreal? Es probable que Summy Skim jamás imaginase una eventualidad semejante, tan alejada de toda previsión. Ya fuera que la campaña alcanzara éxito o no, tenía por seguro que antes de dos meses Ben Raddle y él habrían abandonado Klondike.

Nada perturbó esta reunión vespertina. Pero nadie pensó en que se podían dar un descanso antes de haber tomado todas las medidas de seguridad. El scout, Lorique y Neluto habían propuesto turnarse en la guardia de la presa, y se podía contar con ellos para la vigilancia.

Se levantaron las tiendas, lo que no presentaba ninguna dificultad, y cada uno, de acuerdo con su carácter, durmió con un sueño más o menos tranquilo. Pero, de todos, fue Ben Raddle a quien el insomnio mantuvo más tiempo despierto, tantos eran los proyectos y las inquietudes que lo obsesionaban.

Al día siguiente, muy temprano, el scout y Ben Raddle atravesaron el canal y fueron a observar la llanura. Estaba desierta. Ninguna tropa marchaba del lado del bosque. Hunter no se había decidido por una partida definitiva, y, en verdad, nadie esperaba tal cosa.

-Es un fastidio -dijo Bill Stell- que no podamos subir al Golden Mount por el lado del campamento. Podríamos verlos yendo al otro borde de la meseta.

-Es imposible, Bill -respondió Ben Raddle-, y es lamentable.

-No hay peligro, pienso elijo el scout-, si nos separamos unas centenas de pasos del

monte.

-Ninguno, Bill, ya que no hay nadie a la vista, y aunque nos vieran, tendríamos tiempo de volver al canal y cerrar la barricada.

-Venga, pues, señor Ben, y veremos los humos del volcán. Tal vez son más espesos... Tal vez el cráter empieza a echar lavas...

Se alejaron ambos a una cierta distancia.

No se había producido ningún cambio en el orificio del cráter. Los vapores se escapaban en impetuosos torbellinos, mezclados con llamas que el viento del sur impulsaba hacia el mar.

-No será todavía para hoy -señaló el scout.

-No -respondió el ingeniero-, y estoy por desear ahora que la erupción no se produzca antes de que Hunter haya partido... si es que se va...

En ese momento, Bill Stell señaló un humo al pie del último contrafuerte del Golden Mount.

-Sí -dijo-, están siempre allí, como en su casa. Y como nosotros no hacemos nada para que se larguen, han de pensar con razón que no somos capaces.

Su razonamiento era correcto y no era como para tranquilizar a Ben Raddle.

Ambos, después de haber recorrido una vez más la llanura con la mirada, volvieron al canal y entraron en el campamento.

Era el 15 de agosto. Ben Raddle veía con el corazón oprimido que los días pasaban sin que se llegara a ningún resultado. A fines de ese mes, como lo observaba el scout, ya sería tarde para tomar el camino de Klondike, adonde la caravana no llegaría antes del 15 de septiembre. En esa fecha, los mineros que van a pasar la mala estación en Vancouver ya han dejado Dawson-City, y los últimos paquebotes descienden la corriente del Yukon que los primeros hielos no tardarán en obstruir. Cualquier cosa que ocurriera, la partida no podría postergarse más allá de dos semanas. Y, en efecto, por poco que el invierno fuera precoz, Bill Stell tendría grandes dificultades para atravesar la región de los lagos y los pasos del Chilkoot para llegar a Skagway.

A menudo Summy Skim hablaba con él sobre esto, y ése era precisamente su tema de conversación después de la comida, mientras Ben Raddle se paseaba al borde del canal.

Después de haber examinado el lugar donde se haría la derivación, Ben se dirigió a la presa, levantando los ramajes que disimulaban la entrada, penetró en la galería y se deslizó hasta la pared que la separaba de la chimenea.

Quería comprobar por sí mismo que todo estaba en orden. Se aseguró de la posición de los agujeros practicados en seis lugares de esta pared, en los cuales se colocarían los cartuchos de mina, y que bastarían para derribarla en cuanto se hicieran estallar. Luego, cuando la presa hubiera sido demolida con algunos golpes de piqueta, el torrente se precipitaría en las entrañas del monte.

En realidad, sin la presencia de los texanos tal vez Ben Raddle hubiera provocado ese mismo día la erupción. ¿Por qué esperar más cuando el tiempo urgía, cuando no parecía que la erupción fuera a producirse espontáneamente?

Sí, el ingeniero sólo tendría que encender él mismo las mechas de las minas, que durarían algunos minutos. Luego, después de la explosión, se destruiría la presa. En medio día, en dos horas, en una hora tal vez, la presión de los vapores acumulados en sus entrañas pondría al volcán en plena actividad.

Ben Raddle permanecía pensativo delante de esa pared, maldiciendo la impotencia en que se encontraba para intentar el último golpe y provocar el desenlace de su audaz plan. Los texanos habrían sido los primeros y tal vez los únicos en beneficiarse de él. Era preciso esperar... esperar todavía... ¿Y si la banda no se iba, si Hunter no abandonaba el lugar sino cuando no se pudiera permanecer más allí, en el último minuto; si en vez de regresar a Vancouver su intención era pasar el período invernal en Circle-City o en Dawson-City para recomenzar la campaña en los primeros días de buen tiempo? Entonces, ¿dónde estaría él, Ben Raddle? A cientos y cientos de leguas de allí, en su país, después de haber visto fracasar lamentablemente todos sus esfuerzos, primero en el Forty Miles Creek y luego en el tolden Mount.

Los pensamientos se acumulaban en la mente del ingeniero, más preocupado del presente que del pasado y del porvenir. Sí, libre de actuar, no habría vacilado. Ese mismo día habría jugado su última carta. Si su proyecto tenía éxito, si el volcán entregaba las riquezas que atesoraba en su seno, bastarían veinticuatro horas para cargar los carros con preciosas pepitas y la caravana regresaría a Klondike.

Mientras reflexionaba, escuchaba los ruidos que se producían en el interior de la chimenea central. Los rugidos parecían más intensos. Creía escuchar incluso algo como un removerse de piedras, de bloques que los vapores levantaban y que volvían a caer enseguida. ¿Eran los síntomas de una erupción?

En ese momento sonaron gritos afuera. Ben Raddle creyó que lo llamaban. Casi inmediatamente la voz del scout penetró por el orificio de la galería:

-Señor Raddle, señor Raddle...

-¿Qué hay? -preguntó el ingeniero. -Venga, venga -respondió Bill Stell.

Ben Raddle debió pensar que otra vez ataca

ban el campamento. Arrastrándose por la galería, reapareció en la presa.

Vio que Summy Skim venía a reunirse con Bill Stell.

-¿Volvieron los texanos? -preguntó, volviéndose hacia su primo.

-Sí, los bribones -respondió Summy Skim-, pero ni por delante, ni por detrás... Por arriba.

Tendió la mano hacia la cumbre del Golden Mount.

-Vea, señor Ben -añadió el scout.

En efecto, como no habían podido atravesar el canal, Hunter y los suyos habían reemplazado la agresión directa por una nueva táctica, que obligaría a la caravana a abandonar el campamento.

Después de haber subido al volcán, bordearon el cráter hasta colocarse en la cresta que daba a la planicie, fuera del alcance de los vapores, que escapaban con violencia. En ese lugar, con la ayuda de piquetas y palancas, habían desprendido de la cresta bloques erráticos, lavas, enormes piedras que se amontonaban allí por centenas. Empujaron hasta el borde de la meseta todo ese pesado material, que comenzó a caer como una avalancha, rompiendo los árboles, derribándolos, abriendo enormes agujeros en el suelo. Algunas piedras rodaban hasta el canal, haciendo saltar el agua fuera de la orilla.

-¿Ves, ves? -gritó Summy Skim-. No han podido echarnos y ahora tratan de aplastarnos.

Ben Raddle no respondía. Sus compañeros habían tenido que apegarse a las faldas del monte para no terminar lapidados. En el bosquecillo la situación era insostenible. Los bloques de piedra caían por centenares sobre el campamento. El personal había tenido

que abandonarlo y buscar refugio en la ribera izquierda del río, demasiado alejada para que la alcanzara la avalancha. Pero ya habían estropeado dos carros y tres hombres estaban gravemente heridos.

Del material no quedaban más que los restos. Las tiendas estaban abatidas y rotas, las herramientas destruidas. Era un desastre. Dos mulas yacían en el suelo. Las otras, espantadas, enloquecidas, atravesaban el canal de un salto y se dispersaban por la llanura.

En lo alto se escuchaban gritos espantosos, los horribles chillidos de la banda, que disfrutaba con este abominable exterminio. Las rocas continuaban cayendo, entrechocando al rodar por la pendiente, cubriendo con sus fragmentos la parte del ángulo comprendida entre el río y el Golden Mount.

-Nos van a tirar toda la montaña en la cabeza -gritó Summy Skim.

-¿Qué hacer? -dijo Lorique.

-Lo que hay que hacer, no lo sé -respondió Summy Skim-, pero sé lo que habríamos tenido que hacer: mandarle una bala al pecho a ese Hunter antes de parlamentar con él.

Es seguro que si el día anterior se hubieran deshecho del texano no estarían viviendo esta situación. Sin duda era a él a quien se le había ocurrido la idea de aplastar el campamento.

Dijo el scout:

-Pronto no quedará nada de nuestro equipo si no salvamos al menos lo que queda. Llevemos los carros a la orilla del río. Allí estarán fuera del alcance.

-Sí, ¿y después? -preguntó Lorique.

¿Después? Después nos iremos bien armados al campamento de esos bandidos mientras están arriba, los esperaremos y les dispararemos a bocajarro cuando bajen. Sus carros reemplazarán los que hemos perdido.

El proyecto era audaz, pero podía tener éxito. Hunter y sus compañeros difícilmente podrían resistir el fuego de una veintena de hombres. Ocupados en desprender rocas de la cresta, no bajarían hasta que ya no les quedaran más piedras. El scout y sus hombres tendrían tiempo de bordear la base sin ser vistos y llegar al otro extremo. Si algunos de la banda estaban allí, los eliminarían fácilmente, y esperarían el regreso de Hunter y los otros para matarlos en la bajada como a gamuzas.

-¡Eso! -dijo Summy Skim-. Llamemos a nuestros hombres. Casi todos tienen sus armas y nosotros tenemos las nuestras. Atravesemos la presa. En media hora estaremos allí, mientras que esos bandidos necesitan por lo menos dos horas para bajar.

Aunque no se le hubiera preguntado nada a Ben Raddle, él debía decir si aprobaba ese proyecto, el único, en verdad, que podía ejecutarse, el único que ofrecía alguna posibilidad de éxito.

Pero Ben Raddle permanecía mudo, como si no hubiera escuchado lo que se acababa de decir. ¿En qué pensaba?

El ingeniero había escuchado, desde luego, a sus compañeros.

-No, no -dijo, cuando vio que éstos hacían señas a sus hombres para que se les reunieran.

-¿Qué quieres entonces, Ben? -preguntó Summy Skim.

-Responder a la banda de Hunter como conviene que se le responda.

-¿Y cómo?

-Provocando la erupción. Los destruirá seguramente a todos, hasta el último.

Lo haría, sin duda, si era inmediata, si los sorprendía en el borde del cráter.

Ben Raddle hizo un movimiento hacia el orificio de la galería.

-¿Qué va a hacer usted, señor Ben? -dijo el scout.

-Hacer saltar la pared y precipitar el río en la chimenea del volcán.

La cima estaba preparada, como se sabe, y sólo había que encender las mechas.

-Déjeme a mí -dijo Lorique, cuando el ingeniero iba a introducirse en la galería-. Yo lo haré. -No -respondió Ben.

Y desapareció de inmediato por el orificio oculto por los ramajes. Arrastrándose, alcanzó la pared del fondo y encendió las mechas. Salió luego a toda prisa.

Unos minutos después, la mina estallaba con un ruido sordo. Pareció que el monte temblaba sobre su base.

La explosión reventó la pared. Casi inmediatamente se escuchó un luido de borbotones en la galería a través de la cual se derramaban las primeras lavas. Vapores fuliginosos estallaron por el orificio.

-¡A la obra! -gritó Ben Raddle.

Ahora había que destruir la presa, lo que establecería la comunicación entre el río y la chimenea del cráter.

Todos se pusieron a trabajar, atacando la presa a golpes de piqueta, echando paletadas de tierra en la orilla. No necesitaron más de un cuarto de hora, pues las aguas la echaron abajo cuando restaba la mitad.

La pendiente del canal y de la galería, alimentada por el inagotable Rubber Creek, envió un verdadero torrente al flanco del Golden Mount. ¿Vencería este torrente el impulso de los vapores y de las lavas a través de la galería? Era el último problema, e iba a ser resuelto de inmediato.

El ingeniero y sus compañeros, ansiosos, esperaban manteniéndose fuera del alcance de los bloques que caían sin cesar de la meseta.

Pasó media hora, una hora. El agua corría hasta los bordes y entraba por el orificio de la galería, expulsando vapores, precipitándose tumultuosamente en el interior de la montaña.

De pronto resonó una terrible explosión. Las llamas y la humareda que escapaba del volcán subieron hasta quinientos o seiscientos pies por los aires. Junto con ello, miles de piedras, de trozos de lava endurecida, de escorias, de cenizas, se arremolinaban con estrépito. Arriba, seguramente la meseta se había hundido. Tal vez bajo el impulso de las materias eruptivas, se había reventado en toda su amplitud. Quizás el cráter se había agrandado para dejar pasar esas masas ígneas que vomitaba el fuego central.

Pero entonces toda esa erupción se precipitó en dirección del norte. Rocas acumuladas, lavas, cenizas caían en las olas... ¡Sí! ¡El Golden Mount se estaba vaciando por completo en el océano Artico!

-¡Nuestras pepitas! -gritó Summy Skim, sin poder contenerse.

Ben Raddle, Lorique y el propio Bill Stell no habían gritado antes porque no podrían pronunciar palabra. La estupefacción los estrangulaba. Ya no pensaban en los texanos, sino en las riquezas del más prodigioso yacimiento de América del Norte, que se perdían en los abismos del mar glacial.

Ben Raddle no se había equivocado. Al introducir el agua en la chimenea volcánica, en una hora había provocado la erupción. El suelo temblaba como si fuera a abrirse. Los mugidos de las llamas, el silbido de los vapores, atronaban el espacio. Una nube espesa coronaba la meseta del cono a varias centenas de pies. Algunos bloques proyectados a esa

altura estallaban como bombas. De ellos escapaba una polvareda de oro.

-¡Nuestras pepitas estallan! -repetía Summy Skim.

Todos contemplaban desesperados el espantoso espectáculo. Si el ingeniero había podido apresurar la erupción del Golden Mount, no había sido capaz de dirigirla. Su campaña terminaba con un desastre.

Es verdad que la caravana ya no tenía nada que temer de la banda. Hunter y sus compañeros debieron haber quedado perplejos ante este repentino fenómeno. No tuvieron tiempo para guarecerse. ¿Se había hundido la meseta bajo sus pies? ¿Habían sido tragados por el cráter? ¿Habrían sido, tal vez, proyectados en el espacio, quemados, mutilados, y yacían ahora en las profundidades del océano Polar?

-Vengan, vengan -gritó el scout.

Como habían tenido la precaución de mantenerse del otro lado del canal, pudieron llegar fácilmente a la llanura y seguir la base del Golden Mount. Corriendo a toda velocidad, se dirigieron al campamento de los texanos. No necesitaron más de veinte minutos para llegar a él.

Se detuvieron entonces. Algunos de los hombres de Hunter, que se habían quedado en el campamento, una decena, huían hacia el bosque. Sus caballos se dispersaban por la llanura, espantados por el estrépito de la erupción.

El campamento estaba desierto. Cinco o seis miembros de la banda que habían podido escapar de la meseta rodaban por las pendientes del tolden Mount, dejándose caer cuesta abajo con riesgo de romperse los brazos y las piernas.

Entre ellos vieron a Hunter, gravemente herido sin duda, arrastrándose apenas a unos cien pasos de altura. Se agarraba a las matas, caía, se volvía a levantar, a la zaga de los otros que una vez abajo emprendieron la fuga.

En ese momento sonó una detonación. Era Neluto, que acababa de hacer fuego antes que nadie se lo pudiera impedir.

Hunter, alcanzado en el pecho, dio un salto, rodó de roca en roca y fue a despedazarse al pie del Golden Mount.

XIV
De Dawson-City a Montreal

¡Qué modo tan inesperado de terminar esta campaña! ¡Qué desenlace, en lugar del que Ben Raddle y sus compañeros esperaban, que los hubiera puesto en posesión de las incalculables riquezas del volcán! Sin duda, la intervención de los texanos había contrariado los planes de Ben Raddle. Para defender la caravana el ingeniero había debido precipitar las cosas, provocando la erupción. Pero, de todos modos, aunque ésta se hubiera producido en su día y a su hora, el oro.que encerraba hubiera estado perdido para él, porque el volcán arrojaba sus materias eruptivas del lado del mar.

-Toda la desgracia -dijo el scout- proviene de que el volcán ya había despertado cuando llegamos a las bocas del Mackensie.

-En efecto -respondió Summy Skim-, Jacques Laurier creyó que estaba extinguido, cuando en verdad sólo estaba dormido, y despertó demasiado pronto.

La mala suerte había privado a Ben Raddle de todos los beneficios de su campaña, y no había palabras para consolarlo. Nunca se consolaría.

-Veamos, mi pobre Ben -dijo Summy Skim-, un poco de filosofía y un poco de cordura. Ahora sólo tenemos que volver a nuestro querido país, del que faltamos desde hace dieciocho meses.

Ben Raddle, por toda respuesta, se encaminó al campamento. Como el de Hunter había sido abandonado y los sobrevivientes de la banda habían desaparecido, juzgó conveniente tomar dos de sus carros para reemplazar los que habían sido aplastados por las piedras. Por otra parte, sus compañeros lograron traer dos o tres de los caballos que habían huido a través de la planicie. Los engancharon en los carros y regresaron todos al Rubber Creek.

Se fijó la partida para el día siguiente. Como decía y repetía el scout, no había que demorarse si Ben y Summy querían llegar a Dawson-City a tiempo para tomar la ruta de Vancouver antes de que las borrascas de nieve la hicieran impracticable, y antes de que los primeros fríos interrumpieran la navegación de los ríos y de los lagos.

Se levantó el campamento como se pudo para pasar esa última noche.

La derivación del río continuaba, y quién sabe si todas las aguas del vasto estuario no irían a alimentar las entrañas del volcán durante semanas y meses.

-Quién sabe -dijo el scout a Summy Skim- si esta inundación no acabará por apagarlo, y esta vez para siempre.

-Es bien posible, Bill, pero no se lo digamos a Ben. Sería capaz de esperar. Aunque, en verdad, ya no tendría nada que recoger del cráter. La parcela del Golden Mount no vale ahora más que la del Forty Miles Creek. Si una quedó ahogada bajo la inundación, la otra se vació en el mar.

Esa última noche fue tranquila. No hubo que vigilar los accesos del campamento. Durante las pocas horas de oscuridad, ¡qué hermoso fue el espectáculo de la erupción en toda su fuerza!...

Esas llamas que subían hasta las nubes, esos surtidores de fuego de artificio impulsados con violencia extraordinaria, esa ceniza de oro cuyas volutas giraban en tomo de la cima del Golden Mount.

Al día siguiente, a las cinco, la caravana del scout efectuó los últimos preparativos. Antes de que se diera la orden de partida, Ben Raddle y Lorique exploraron la base del volcán. ¿Habrían caído por ese lado algunos bloques de cuarzo aurífero, algunas pepitas? Quisieron saberlo antes de abandonar quizás para siempre esas regiones del alto Dominion.

Nada. La erupción no se había desviado y todas las substancias, piedras, escorias, lavas, cenizas, proyectadas hacia el norte, seguían cayendo al mar, a veces incluso a una distancia de setecientas a ochocientas toesas. Del lado de la llanura, nada. En cuanto a la intensidad del fenómeno, era de una extrema violencia. Hubiera resultado imposible subir al cráter. Si Ben Raddle había tenido la intención de hacer por última vez la ascensión del Golden Mount, tuvo que renunciar a ella. Además, ¿con qué fin?

Se formó la caravana. El ingeniero y Summy Skim iban adelante en su tartana, conducida por Neluto. Los carros iban detrás, bajo la conducción del scout; poco cargados, como es de suponer, con el material del campamento. Los hombres, canadienses e indios, habían podido instalarse en ellos, lo que hacía la marcha más rápida. Como al venir, ésta sólo se detendría para el descanso del mediodía, durante dos horas, y

ocho horas por la noche.

La comida estaba asegurada para unos quince días, pues la caza y la pesca habían permitido economizar las conservas durante las semanas pasadas en el Golden Mount. Luego, a lo largo de la ruta a los cazadores no les faltarían perdices ni patos ni presas mayores. Si Summy Skim lograba por fin cazar un oriñal, podría llegar a decirse que no lamentaba ese largo viaje y esa prolongada ausencia.

El tiempo era incierto. La buena estación tocaba a su fin. Era de esperar, sin embargo, que la capital de Klondike no fuera afectada por el mal tiempo antes del equinoccio de septiembre. La temperatura se enfriaba, ya que la curva diurna del sol bajaba de día en día. Ahora tendrían que sufrir los fríos nocturnos en sus descansos, a menudo sin protección, a través de esa región desprovista de árboles.

Cuando la caravana se detuvo para que comieran los hombres y pastaran los animales, el Golden Mount era todavía visible en el horizonte. Ben Raddle no podía apartar los ojos de esos torbellinos preciosos que se elevaban en su cima.

-Vamos, Ben -le dijo Summy Skim-, todo se va en humo, como tantas cosas en este bajo mundo. Sólo pensemos en esto: estamos todavía a (dos mil ochocientas cincuenta)[26] leguas de nuestra casa de la calle Jacques-Cartier en Montreal.

La caravana marchaba con toda la rapidez que le era posible hacia Fort Macpherson. Seguía la orilla izquierda del río Peel. El puesto de la Compañía de la bahía de Hudson estaba, como se sabe, en la orilla derecha. Ya el mal tiempo se hacía presente con lluvias y borrascas que hacían muy penoso el camino. Cuando la caravana llegó al fuerte, la tarde del 22 de agosto, debió permanecer allí durante veinticuatro horas.

Los hombres del scout no ocultaban el pesar que les causaba la contrariedad que habían sufrido. Ellos también contaban con las riquezas del volcán de oro, de las que les correspondería una parte. Volvían ahora con las manos vacías.

Reanudaron la ruta en la mañana del 24 de agosto. El tiempo se había hecho detestable. Las ráfagas de nieve inquietaban a Bill Stell.

A partir de Fort Macpherson la caravana abandonó el curso del Peel, que torcía hacia el sur a través de la región limitada por la enorme cadena de las montañas Rocosas. Siguieron la dirección sudoeste, tomando de este modo el camino más corto entre Fort Macpherson y Dawson-City. Atravesaron el círculo polar más o menos en el mismo punto que a la ida, dejando a la derecha las fuentes del Porcupine.

La marcha se hizo entonces todavía más fatigosa. Tenían que luchar contra una fuerte brisa que soplaba del sur. Los animales avanzaban con dificultad. Summy Skim y Neluto no tenían suerte con la caza, pues las presas ya se habían marchado a las regiones más meridionales. Estaban reducidos a los patos, que no tardarían también en escasear.

Por fortuna, la salud general se mantenía en un estado bastante satisfactorio. Esos vigorosos indios y canadienses estaban hechos a las fatigas.

Por fin, el 3 de septiembre aparecieron las alturas que enmarcan la capital de Klondike. Por la tarde la caravana se detenía delante del hotel Northern, en Front Street.

Toda la ciudad se enteró inmediatamente de la llegada de la caravana del scout. No se tardó en saber lo que el ingeniero había ido a hacer por esas altas regiones del océano Artico.

El primero que acudió al hotel fue el doctor Pilcox, siempre apresurado, siempre alegre y comunicativo. Colmó a los dos primos con manifestaciones de amistad.

---

[26] Cifra omitida.

¿Se encuentran bien de salud? -fue lo primero que les dijo.

-Bien -respondió Summy Skim.

¿No demasiado fatigados?

-No demasiado, doctor.

¿Y satisfechos?

-Satisfechos de estar de vuelta -contestó Summy Skim.

El doctor Pilcox fue puesto al corriente de todo. Conoció las penurias de esta infructuosa expedición, los incidentes que la habían marcado, el encuentro con la banda de los texanos, los ataques de que había sido víctima el campamento, cómo se había producido la erupción del volcán, en qué condiciones, cómo la había provocado el ingeniero, cómo Ben Raddle y sus compañeros se habían librado de esos malhechores y cómo tantos esfuerzos habían sido inútiles, ya que las pepitas del Golden Mount yacían ahora en las profundidades del mar Polar.

-¡Vea usted, vea usted! -exclamó el doctor-. ¡Un volcán que no ha sabido ni siquiera vomitar por el lado correcto! ¡Verdaderamente valía la pena administrarle un emético!

Por emético entendía el doctor la derivación del Rubber Creek que había precipitado torrentes de agua en el estómago del Golden Mount.

Por todo consuelo, sólo pudo repetir a Ben Raddle lo que le repetía Summy Skim, con alguna variante:

-Sea filósofo. La filosofía es lo más higiénico que hay en el mundo. Si uno fuera verdaderamente filósofo...

Pero jamás explicó el doctor cuáles podrían ser las consecuencias de ese "si" medicinal.

El mismo día los dos primos se presentaron con él en el hospital. La hermana Marta y la hermana Magdalena estuvieron felices de ver a sus antiguos compañeros de viaje. Summy Skim encontró a las dos religiosas tal como las había dejado: completamente entregadas a su misión.

-Con tales auxiliares -dijo el doctor-, el servicio marcha solo. Con ellas estaríamos en condiciones de curar los trescientos quince tipos de enfermedades que afligen a la especie humana.

Durante la tertulia vespertina, que el doctor pasó en compañía de sus compatriotas, se habló de la partida.

-No tienen tiempo que perder -declaró el doctor-, a menos que quieran pasar un segundo invierno en este adorable Klondike.

-Adorable, de acuerdo -respondió Summy Skim-, pero prefiero reservar mi adoración para Montreal.

-De acuerdo también, señor Skim, pero qué ciudad esta joven Dawson-City, y qué prosperidad le reserva el porvenir...

En la conversación, Ben Raddle sacó el tema de la parcela 129 del Forty Miles Creek.

-Ah, señor Ben -dijo el doctor-, esa parcela está todavía bajo las aguas del nuevo río, y Dios quiera que éste no se seque jamás.

-¿Por qué? -preguntó Summy Skim.

-Porque le han dado mi nombre -respondió el doctor-. El río Pilcox. Y estoy muy orgulloso de figurar en la nomenclatura geográfica de este hermoso país de Klondike.

No había que temer tal desgracia. La parcela 129, como la 127, permanecerían para

siempre bajo las aguas del río Pilcox.

Ben Raddle y Summy Skim estaban decididos a partir sin tardanza. El invierno parecía que sería precoz, como lo había sido el verano. Los mineros que iban a residir en Skagway o en Vancouver hasta la primavera próxima ya habían abandonado Dawson-City hacía unos quince días.

La campaña había sido buena. Se habían hecho fortunas en los territorios regados por los afluentes del Yukon, sobre todo los tributarios del Bonanza, del Eldorado, en las parcelas de montañas y en las ribereñas. Las previsiones del experto en catastros Ogilvie no cesaban de realizarse. Las minas de Klondike terminarían por dar tantos miles de millones como millones habían dado los yacimientos de África, América y Oceanía.

Al día siguiente de su llegada, Ben Raddle y Summy Skim trataron definitivamente con el scout la cuestión de la partida. Contaban con los servicios de este leal e inteligente canadiense para que los llevara a Skagway. Pero he aquí lo que, después de maduras reflexiones, les dijo Bill Stell:

-Señores, para mí habría sido un placer continuar con ustedes mi oficio de guía. Pero no puedo ocultarles que es demasiado tarde para emprender un viaje a través de las planicies del Pelly. Dentro de quince días, los ríos y los lagos estarán helados, la navegación se hará imposible y tendríamos que volver a Dawson-City.

Esta perspectiva no asustó a Ben Raddle, pero Summy Skim, al escuchar las palabras del scout, no pudo menos que saltar como una gamuza.

-Por lo demás -continuó Bill Stell-, el tiempo se hace cada vez más frío, y, admitiendo que pudiéramos atravesar los lagos, con toda seguridad encontraríamos cerrados los pasos del Chilkoot, y les sería imposible llegar a Skagway.

-¿Entonces, qué hacer? -preguntó Summy Skim, que no se podía estar quieto a causa de su impaciencia.

-Lo que hay que hacer -respondió el scoutes llegar a Saint-Michel, a la desembocadura del Yukon. Allí encontrarán los vapores que hacen el servicio de Vancouver.

-Pero... ¿para descender el Yukon? -preguntó Ben Raddle.

-El último paquebote va a partir de DawsonCity dentro de dos días y llegará de seguro a SaintMichel antes de que los témpanos hayan interrumpido la navegación sobre todo el curso del río.

Era un consejo prudente, y, viniendo de un hombre tan práctico como el scout, sólo quedaba seguirlo sin vacilaciones.

-¿Y usted? -preguntó Summy Skim.

-Yo pasaré el invierno en Dawson-City, lo que ya he hecho muchas veces, y esperaré la época en que sea posible volver al lago Benett.

Le comunicaron este proyecto al doctor Pilcox y éste lo aprobó. El también creía en la proximidad de los grandes fríos, y se podía confiar en su experiencia. Por lo demás, no era hombre que se espantara por cincuenta o sesenta grados bajo cero. Ni siquiera cien grados bajo cero le inspirarían temor.

Se decidió partir antes de venticuatro horas. Los preparativos no serían largos ni difíciles.

Ben Raddle propuso a Lorique acompañarlo.

-Se lo agradezco, señor Ben -respondió el contramaestre-, pero prefiero quedarme en Dawson-City. En la próxima estación trataré de colocarme en alguna concesión, y no me

faltará trabajo. Y luego, usted es siempre propietario del 129, y digan lo que digan, vaya usted a saber si un día el río Pilcox le devuelve su propiedad...

-Y ese día, Lorique -respondió Ben Raddle, hablando en voz baja para que su primo no pudiera escucharlo-, ya sabe: un telegrama.

-Sí, un telegrama al señor ingeniero Ben Raddle, calle Jacques-Cartier, Montreal, Dominion -respondió Lorique.

Decididamente, el ingeniero y el contramaestre estaban hechos para entenderse.

Pero si Lorique no había aceptado la proposición de Ben Raddle, no ocurrió lo mismo con Neluto, cuando Summy Skim, que apreciaba en lo que valía la lealtad de este valiente indio, le dijo:

-Neluto, ¿quieres quedarte en este país que durante ocho meses se disputan los vientos y las nieves?

-¿Dónde podría ir yo, señor Skim?

-¿Por qué no vienes conmigo a Montreal?

-Si eso le conviene a usted, señor Skim...

-Yo te instalaré en Green Valley y, cuando llegue la primavera, iremos a cazar juntos. Y, como los oriñales no tardarán en huir de este abominable Klondike, que es bueno sólo para gente como Hunter y Malone, terminaremos por cazar algunos...

-Señor Skim, estoy listo para partir -respondió Neluto con los ojos brillantes de satisfacción.

Sólo restaba arreglar con el scout los gastos de la expedición al Golden Mount, lo que se hizo en forma generosa y significó, evidentemente, un considerable deterioro para las finanzas de los dos primos. ¡Qué pesadumbre para el ingeniero al pensar que todos esos gastos debían haber sido pagados con los beneficios de la parcela 129 y luego con los del volcán de oro!

La mañana del 17 de septiembre marcó la hora de los últimos adioses. La hermana Marta, la hermana Magdalena y el doctor Pilcox acompañaron a Ben Raddle y a Summy Skim al barco en que habían reservado ubicación. El contramaestre Lorique los esperaba.

Las religiosas tenían los ojos húmedos y Summy

' Skim experimentaba una intensa opresión en el corazón al pensar en esas dos santas mujeres a las que, sin duda, no volvería a ver.

El doctor tampoco ocultaba su emoción cuando estrechó la mano de sus compatriotas. Las últimas palabras de Ben Raddle a Lorique fueron:

-No olvide: un telegrama.

Luego el paquebote soltó amarras y pronto desapareció en una vuelta del río.

La distancia entre Dawson-City y Saint-Michel por el Yukon es de unas seiscientas leguas. El yukonero, de unos cien pies de largo y sesenta de ancho, movido por su poderosa rueda trasera, descendía rápidamente la corriente del río, que empezaba a acarrear algunos témpanos. Pasó a seis leguas de Dawson-City entre el pico del Viejo a babor y la punta de la Vieja a estribor. Después de haber hecho escala durante algunas horas en Cudahy, y de atravesar después la frontera a treinta y seis leguas de la capital de Klondike, llegó a Circle-City, ese pueblo de unas cincuenta isbas de donde Hunter había partido para el Golden Mount. Luego la navegación continuó a través de esa pintoresca región, entre centenares de islas cubiertas por espinos, abedules, álamos que hacían resonar las cimas de la orilla con sus silbidos. Se estacionaron durante medio día en Fort Yukon.

A partir del lugar en que el Porcupine se mezcla con el gran río, donde alcanza el punto más alto de latitud, el Yukon tuerce hacia el sudoeste para desembocar en la bahía de Norton.

Ben Raddle y Summy Skim no dejaban de interesarse en los incidentes de esta navegación, cuyas siguientes etapas fueron Fort Hamlin, simple depósito de aprovisionamiento, y Rampart-City, en la desembocadura del Munook Creek, ocupado entonces por un millar de mineros, más allá del cual todavía no se habían emprendido exploraciones. ¡Qué avidez, qué ansiedad despertaban esos lugares en los pasajeros del yukonero, la mayoría de los cuales regresaba con las manos vacías después de una infructuosa campaña!

El tiempo era inseguro, lluvioso, nevoso incluso. El frío se dejaba sentir, y río abajo encontraron más témpanos de los que habían supuesto. Ya se formaban capas heladas. La marcha del barco, que se interrumpía cada noche, se retardó mucho. La duración del viaje alcanzó el doble de lo habitual; en lugar de efectuarse en seis días, se efectuó en doce. Después de haber hecho escala sucesivamente en los montes Tanana, en Novikakat, en Nulato, frente a Volassatuk, en Kaltag, en Fort Get There, en Anvik, donde se fundó una misión, simples campamentos de tribus indias todos esos lugares, el yukonero llegó a Starivilipak, el punto más meridional del río, que tuerce a partir de allí hacia el noroeste para desembocar en Kullik, en el mar de Bering.

Desde allí, la navegación de treinta y dos leguas hasta Saint-Michel sólo tardó medio día, pues la marcha ya no se veía obstaculizada por los hielos.

El señor Arnis Semiré dice que en este puerto, donde están establecidas las compañías de navegación del Yukon, llueve siempre, más de seis pies de agua por año. Y fue bajo un diluvio que Ben Raddle, Summy Skim y Neluto desembarcaron la tarde del 29 de septiembre, después de una travesía de catorce días.

Tuvieron la suerte de encontrar pasaje para el día siguiente en el Kadiak, que partía en dirección de Vancouver. Mil ciento cincuenta leguas los separaban todavía de esta ciudad, desde donde salía el tren que los llevaría a Montreal. Pero el Kadiak fue azotado por fuertes tormentas, sobre todo en la travesía de la extensa península de Alaska, y debió buscar refugio durante cuarenta y ocho horas en las islas Pribylof.

De todos modos, este viaje de retorno fue más breve y sobre todo menos fatigoso que el que efectuaron a través de la región lacustre hasta Chilkoot. El scout había dado un buen consejo a Ben Raddle y Summy Skim.

El Kadiak hizo su entrada en el puerto de Vancouver el 17 de octubre.

Cuatro días más tarde, Ben Raddle y Summy Skim, seguidos por Neluto, entraban en su casa de la calle Jacques-Cartier, en Montreal, después de dieciocho meses de ausencia.

¡Cuánta pesadumbre, cuántos deseos insatisfechos habitaban en el espíritu del ingeniero! Su carácter se había resentido y parecía que en cualquier instante iba a estallar en recriminaciones contra la mala fortuna.

Desde entonces, Summy Skim decía a menudo:

-Sí, mi pobre Ben está siempre a punto de hacer erupción. Después de todo, cuando has tenido un volcán en tu vida, ¡siempre te queda algo!